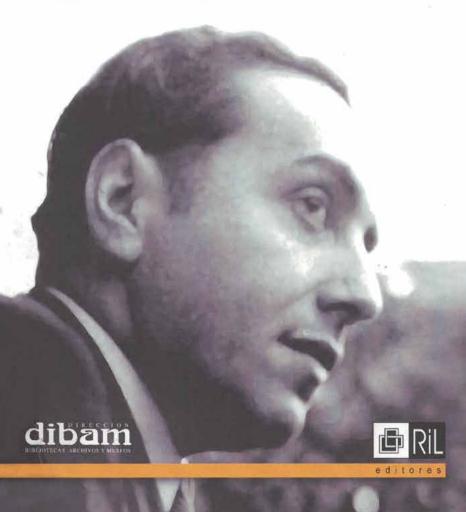
Miguel Laborde

CONTRA MI VOLUNTAD

Biografía de Julio Barrenechea





MIGUEL LABORDE DURONEA (1949), formado en el Taller Literario del Colegio Saint George (1964-1966) y en el Taller Literario de la Biblioteca Nacional, del que fue su secretario (1967-1969), ambos dirigidos por Roque Esteban Scarpa, se inició escribiendo guiones audiovisuales en Chile y Alemania.

A su regreso al país, inició una investigación sobre la cultura mapuche, a partir de la que escribió sus primeras crónicas en El Mercurio (1981) y que sintetizó en el libro de prosa poética La selva fría y sagrada (Editorial Contrapunto, 1990).

Miguel Laborde

CONTRA MI VOLUNTAD

Biografía de Julio Barrenechea





928

Laborde, Miguel

L

Contra mi voluntad : biografía de Julio Barrenechea / Miguel Laborde. -- Santiago: RIL editores, 2002.

370 p.

1 BARRENECHEA, JULIO, 1910-1979-BIOGRAFÍA. I. Laborde, Miguel. II. t.

(

Copyright 2002, by Miguel Laborde

Inscripción 128.625 Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

ISBN 956-284-244-4

RIL editores ®
El Vergel 2882, of. 11, Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com - www.rileditores.com

Baldomero Fernández Moreno 1217 Buenos Aires, Argentina Tel. (54-11) 4432-2840

Composición e Impresión: RIL editores Diseño de portada: Cristián Silva L. Fotografías: Gentileza de la familia Barrenechea.

Impreso en Chile - Printed in Chile

Derechos reservados

Cantor de la vida y pensador de la muerte, protagonista del animado ambiente cultural latinoamericano de los años '30 a '70, Julio Barrenechea sugirió el texto de su propia lápida:

> Aquí estoy contra mi voluntad Julio

ÍNDICE

Poetas y políticos en la casa del padre	9
Líderes del Partido Radical	3
Hijo del sur	5
Los líderes históricos de la FECH	9
Adolescente de los años '20	9
Los nuevos bohemios de Chile	3
El pintor de mariposas	7
El presidente de la FECH	7
Los sucesos de 1931	7
Grove, Schnake y Neruda	5
En el Hércules y la Bahía	7
Los años de la Guerra Civil	6
Pablo Neruda y el Frente Popular	9
En nombre de los refugiados españoles	5
Es el tiempo	9
Embajador en Colombia	3
Chilenos en Bogotá	9
La violencia y el refugiado asesinado	3
Caminando en Santiago	9
Presidente de la Sociedad de Escritores	5
Premio Nacional y Frutos del país	7
El sobreviviente	7
Príncipe del tono menor	5
Un chileno total	9
El recordado	9
Cronología visual	9

POETAS Y POLÍTICOS EN LA CASA DEL PADRE

Nació en un buen año Julio Barrenechea Pino, el de 1910, centenario de varias repúblicas americanas. Entre éstas, Chile, por lo que hubo en el aire –en todos sus meses– un sentimiento de orgullo adolescente, la sensación de ser capaces de emprender una historia nueva. Aunque Chile viviera en la periferia, lejos de París y Londres, el telégrafo, los buques a vapor y el teléfono ya lo estaban acercando a la sociedad civilizada.

Para el poeta Barrenechea serán muy seductores los signos de esa época. Lo marcó para siempre ese optimismo porque a su propia casa, como amigos de su padre, iban con frecuencia varios de los literatos y pensadores más lúcidos de la América austral. La de su padre fue una "casa-taller", un taller de ideas, de sueños y utopías.

Algunos serán sus amigos aunque la vida los terminará distanciando. Los visitantes –hijos del siglo XIX–, habían formado una generación más utópica, más ingenua y menos violenta que la suya propia; ésta no podría esperar, exigiría una revolución de una vez por todas, el fin de las lacras e injusticias. Pero les guardará cariño y los defenderá, incluso, cuando sus coetáneos desprecien a los Lillo o a Víctor Domingo Silva por no ser vanguardistas.

Rubén Darío, el faro de esa generación utópica, escribe por entonces su "Canto a la Argentina", esa nación donde españoles y judíos, italianos y franceses, se unieron para colonizar las pampas amplias y libres, donde había espacio para todos. Era ésa, poco más, poco menos, la historia de todo el Cono Sur de América. Una tierra de inmigrantes, de población indígena dispersa y sin las grandiosas ciudades precolombinas encontradas más al norte. Un laboratorio de razas diversas aprendiendo a convivir en el sur de América. Una gran geografía con escaso pasado y un gran porvenir. Una tierra hambrienta de modernidad, de siglo xx, ansiosa por acelerar la historia para tener un lugar digno entre las naciones. Naciones ricas en sueños y materias primas.

Darío, nicaragüense pero avecindado en Chile, se había contagiado de las dinámicas tensiones de ese Cono Sur. También llamaba a vivir rápido, a comprometerse, porque aún era tiempo de cumplir la misión del continente. No era hora de encerrarse en soledades románticas cuando había afuera una naturaleza inmensa, paradisíaca, lista para ser habitada. Son espacios que invitan y convocan a la humanidad toda, es hora de construir aquí el Paraíso:

> Tú que estás, la barba en la mano, meditabundo, ¿has dejado pasar, hermano, la flor del mundo?

Don Julio César Barrenechea –el padre del poeta– es autor de versos que se publican en la recién aparecida revista Zig-Zag y comparte largas tertulias con Rubén Darío y Luis Orrego Luco, quien le ha presentado al genio de Nicaragua. Atesora su ejemplar, con dedicatoria, del inmortal Azul, la obra cumbre de Darío, llamada la "Declaración de la Independencia Literaria de América". Como destacado líder del progresista Partido Radical –miembro de su mesa directiva– don Julio César comparte su visión esperanzada de América del Sur, el sentimiento de que su historia recién está comenzando a escribirse.

Sociable, bohemio, generoso, don Julio César tiene su casa abierta a tertulias frecuentes. Dos veces a la semana se juntan, hasta el amanecer, poetas y políticos, pintores y periodistas que se sienten parteros del nacimiento de un nuevo Chile. No quieren dejar pasar "la flor del mundo", no quieren morir sin haber visto, al menos, la Tierra Prometida... Se sienten, igual que Abraham, un puente entre dos épocas.

El lugar público que los congrega las noches del fin de semana es el Papá Gage, un restorán ubicado en Huérfanos casi frente al Pasaje Matte, estratégicamente situado cerca del diario *La Época* donde publican crónicas Orrego Luco y Rubén Darío.

Hablan, recitan, cantan, lanzan discursos al techo y a los cielos. El niño poeta, hijo mayor y muy querido de su padre, asiste a muchas tertulias de las caseras. Mientras la mayoría de sus coetáneos pondrá sus versos al servicio de las ideas del momento, él crecerá con una fe distinta; creyente en el poder de la palabra, por respeto a ella no la usará para fines ajenos. La palabra, hablada, recitada, cantada o enarbolada –con pasión en una asamblea– es un poder que tiene sus propias leyes y no debe ser prostituida.

Como en el mundo primitivo, Barrenechea aprenderá a respetarla, a sentir que cada una encierra una sustancia... No cometerá el sacrilegio, salvo en tres o cuatro ocasiones y para celebrar los atributos de una reina de belleza –tarea obligada de los poetas de la época, ser jurado y cantor de señoritas–, de poner la palabra al servicio de algo externo. Como el chamán o el músico ritual, padece de un temor supersticioso: que por usar mal el poder que le han concedido los cielos, lo pierda. Y así se seque la fuente de su origen.

Cuando escriba se entregará a lo poético, se someterá a un estado que lo transporta, y de ahí que su poesía sea original, única, diferente. Es, a su manera, todavía en el siglo xx, un fiel sacerdote de la palabra.

Aunque no dejan de impresionarlo los amigos del padre, que no influirán en su poesía directamente pero sí en su vida. Luis Orrego Luco, por ejemplo, tiene una cultura que incluye toda la América Latina artística e intelectual, lo que lo llevará a la dirección de la mejor revista cultural de la época, lujosa y de exportación, Selecta, la que los barcos repartirán por todos los puertos hispanos del continente.

Educado en Europa, diplomático, periodista, escritor, anticuario, coleccionista de arte, Orrego Luco siempre vuelve a este país que lo hiciera remecer de niño cuando, internado en un colegio suizo en mayo de 1879, la prensa europea narró el Combate Naval de Iquique. Por varios días y con lujo de detalles, apareció en diarios y revistas la figura de Arturo Prat como la de un héroe de otro tiempo, un romano virtuoso, idealista, encarnado en una edad frívola. El orgullo de Chile, el de esos días, no lo abandonó ya nunca. Tendrá la fe, la convicción, de que en el sur de América había un país, el suyo, marcado por un alto destino. Por el cual se podía vivir, e incluso morir.

Al venir a Chile quedará muy impresionado por la belle epoque chilena, la de mansiones de salones amplios, cajas de champagne, sedas femeninas importadas, abundantes ponches a la romana, caviar en bloc, escalinatas de mármol en el Municipal y largos coches americanos, arrastrados por troncos de caballos finos cuyos cascos restallaban en los adoquines al tenor de los látigos. Tras publicar Casa grande en 1908, novela muy crítica de ese mundo tan afrancesado, de inmediato se volvió célebre. Casado con María Vicuña Subercaseaux y yerno de Benjamín Vicuña Mackenna —cuya energía parece haber heredado como hijo espiritual— se interesó en todo lo chileno y pronto ubicó a artistas e intelectuales afines; cultos y nacionalistas.

Desde el diario *La Época*, con Pedrito Balmaceda y Alberto Blest Bascuñán, inició la renovación de las letras chilenas a fines

del siglo xix. Ese grupo sería el único capaz de abrirle un espacio acogedor a un Rubén Darío mestizo y algo estrafalario, incomprensible para el europeizado ambiente local. Más pendiente de la modernidad que de los orígenes –América es el futuro–, Orrego Luco ingresa al Ateneo de Santiago, institución que, impulsada por el poeta Samuel Lillo, era el lugar más vital de Chile para pensar, conversar y escribir en esos días. Miembro importante del Partido Radical –como casi todos los que frecuentaban la casa de Julio César Barrenechea– las inquietudes de Orrego Luco lo llevaron a aceptar los más diversos cargos: intendente de Colchagua, ministro de Justicia e Instrucción Pública, director del Museo Nacional de Bellas Artes, embajador en varios países...

En Madrid sería testigo de la hora de triunfo de su generación. A Europa, la tan imitada, llega un día el mestizo Darío, el profeta del nuevo castellano y la nueva poesía. El americano silencioso, al que tantos hicieran el vacío en Chile –salvo el fanático y escaso núcleo de leales–, fue recibido como un héroe. Así como los libros de Cervantes habían cruzado el Atlántico de Este a Oeste, los suyos ya habían cruzado el océano en dirección inversa.

El propio Antonio Cánovas del Castillo, entonces presidente del Consejo de Ministros de España, lo recibirá con un banquete propio de un príncipe, de un jefe de Estado en visita oficial. Se lo reconoce como un gigante de las letras castellanas, un volcán de la altura de Garcilaso, Góngora o Quevedo, pero moderno. Con la ventaja, sobre otros vanguardistas de la época, que éste –según dijera el propio Darío– "hablaba en español y creía en Dios".

Franceses, alemanes o ingleses parecían haber acaparado el sentimiento de lo moderno. Hasta que emerge Darío, como un héroe antiguo, luego de sufrir lo indecible en las tinieblas de la indiferencia, trayendo un castellano digno del nuevo ritmo de las locomotoras y los telégrafos eléctricos. Hasta le abrió sus puertas y lo ensalzó el gran Juan Valera, el mismo crítico intrigante quien, luego de leer su Azul, había escrito que esa obra era demasiado perfecta, sospechosamente perfecta... No podía haber sido escrito en Chile, en esa misma América que llegara tan tarde al "banquete de la civilización".

Tiempo después, los propios poetas del nuevo continente le rendirían homenaje a Darío, saludándolo oficialmente como "Padre de América".

Como Orrego Luco viajaba mucho, era la de Samuel Lillo la figura más familiar y constante en la tertulia de los Barrenechea.

Chileno viejo, sobrino de don Eusebio –el autor de la letra del Himno Nacional– y hermano del Baldomero de las novelas *Sub-Sole* y *Sub-Terra*, que sacaron a luz la miseria de los mineros del carbón, a Samuel le atraía más el campo, el mundo del indígena.

A los indios prestó su voz, su tremenda voz de resonancias épicas, y se hizo vocero de los mapuches, iluminándolos con una dignidad que habían perdido en las últimas batallas, treinta años antes, al caer derrotados. Testigo cuando joven del último alzamiento mapuche, pero también de los abusos que contra ellos se cometían y de cómo les robaban las tierras corriendo los cercos y con subterfugios legales, de ahí no paró más en su campaña para mantenerles vivo el espíritu y abrirles un lugar en la cultura chilena.

Los ancianos caciques y sus hijos cargaban el peso de la historia; no podían olvidar sus derrotas militares. Pero, muy pronto, por las rucas y reservaciones indígenas comenzó a oírse el *Cancionero de Arauco* de Samuel Lillo, que les abrió un horizonte nuevo. Muchos se lo aprendieron de memoria y le dieron un homenaje excepcional en esa época de tantas heridas vivas: Lillo fue distinguido como hijo honorario de la raza mapuche.

Se lo veía en todas las iniciativas culturales de la década. En el Grupo de los Diez, que fue semilla fértil del nuevo arte chileno, cónclave de poetas, pintores y músicos; en el "Ateneo" que, encabezado por él mismo y donde tenía a un joven Arturo Alessandri Palma de secretario, durante veinte años fue el lugar donde más sistemáticamente se pensó Chile; en la Academia Chilena de la Lengua; en la Prorrectoría de la Universidad de Chile...

Insistía en anunciar que el país estaba lejos de la Amazonía y el Caribe; que luego de tantas copias de lo europeo, y hasta de los exotismos europeos, sería un error hundirse en lo americano desconocido. Otra falsificación más, otra caída. Había que mirar este país, descubrir Chile. Con sus ojos de hombre bueno, vivía en paz con el mundo, respetado por todos.

Fue, para Julio Barrenechea, un maestro. Y el primero, cuando era todavía un niño de once años de edad y Lillo su profesor, en llamarlo "poeta".

Don Julio César también dedicó varios de sus poemas a los mapuches, como el llamado "Canto a la Raza" que en parte dice así:

> Y formaron del indio, antes altivo y orgulloso señor de la montaña,

un maldiciente ser, tímido, esquivo de andar pausado y de mirada estraña.

Y lo arrojaron solo y harapiento al pie de la nevada cordillera a vagar sin más brújula que el viento por los pueblos de toda la Frontera.

¡Pobres indios de Arauco! Los he visto mansamente sufriendo sus dolores, poner la otra mejilla como Cristo al golpe de sus crueles invasores.

De los que abominando de la Historia y de la sangre que en sus venas arde se ceban en la raza y en su gloria cual se ceba en su víctima el cobarde.

Poesía civil, enardecida, escrita para ser recitada con voz entera. El niño crecerá admirando su poder envolvente, imágenes claras y poético poder de denuncia: "a vagar sin más brújula que el viento/por los pueblos de toda la Frontera"...

Federico Gana era el más bohemio del grupo, y el más buenmozo también. Elegante, de alta y delgada estampa, era tan esteta que, siendo secretario de la embajada chilena en Londres, se había preocupado de buscar al mismo sastre que atendía al rey. Y le gustó... Aquí, los pintores Juan Francisco González, Lynch y Valenzuela Puelma, entre otros, lo retrataron por su figura arquetípica, coronada por una cabeza romántica y pálida. Un símbolo físico de la época.

Su familia tenía recursos. Fue una hacienda paterna, cerca de Linares, la que lo proveyó de las imágenes y personajes que lo llevaron a ser considerado entonces el mejor cuentista chileno. Era una especie de Chéjov nacional, sobrio y fino, por el que patrones y campesinos entraron a las letras chilenas con una fresca soltura que, después, perderían con los rígidos criollistas. Según la leyenda, antes de volver a Chile, al terminar su rol diplomático en Londres, fue a despedirse de una amante alemana y bebió de tal manera que perdió la memoria. Ella lo habría embarcado, pero él llegó de regreso sin recordar nada del zarpe.

Aquí se dedicó a escribir y promover las obras de Iván Turgueniev, antes desconocidas en Chile. Algo de ruso tenía él mismo, en su melancólica intensidad. Como Tolstoi, sentía que en el olvidado hombre de campo sobreviven los mejores sentimientos, algo valioso y medieval, puro y místico, que se reaviva en cada crepúsculo y que, fatalmente, desaparece en la ciudad por culpa de la politiquería, los especuladores, las trampas legales... Era complejo Gana, muy depresivo, y necesitaba la sencillez rural para soportar la vida. Amante de Chile como los demás del grupo, en Europa había coleccionado libros de viajeros ingleses que se referían al país.

Samuel Lillo, que lo había presentado en el Ateneo cuando Gana era apenas un adolescente, lo acogió fraternal y entusiasta a su regreso de Londres. Muchas noches, con los demás –Julio César Barrenechea, Víctor Domingo Silva...– se encontraban en la Plaza de Armas a fumar, conversar en torno a un escaño y, al hacerse tarde, "despedirse" en un bar.

Lo acusaban a Gana de haber llegado con la extraña afición del ajenjo, y de caer en extraños raptos de delirio. Recién casado con la bella Blanca Subercaseaux, desaparecía de noche y por días. No soportaba el dinero, ni ganarlo ni conservarlo. Cuando le llegaba alguna cantidad, por cosechas o lo que fuera, invitaba a unos banquetes monumentales, inolvidables. Generoso, fue el principal protector de Baldomero Lillo, el que, con sus experiencias en la minería del carbón –material de sus célebres novelas–, quedó con la salud muy perjudicada. Por suerte, este Lillo era de puntería fina y en los cerros de Chena se abastecía de codornices; éstas eran la base de su dieta cuando no tenía qué comer...

Gana perdió todo. Cuando el Grupo de los Diez formó una editorial, la inauguraron –a propuesta de Pedro Prado– con la publicación de sus magistrales cuentos; escasos eran los derechos de autor, pero de ellos tendría que aprender a vivir. Hasta su hermosa quinta de San Bernardo, vecina a la del poeta Manuel Magallanes Moure, tuvo que vender. Acosado por el asma, crecido en cuna aristocrática, no era hombre de trabajo regular; abogado de profesión, jamás ejercería. Al alejarse de noche, por las empedradas calles de Santiago vagamente iluminadas, muchas veces acompañado por el también llamativo Augusto D'Halmar, llamaba la atención. Ahí van los artistas, acusaban las señoras sin dejar de mirarlos. Las seducía su aura de hombres fatales, y también las historias que se contaban de ellos por la bohemia del primero y la compleja sexualidad del segundo.

Pedro Prado lo promovió por advertir en él una imagen del artista del futuro, según lo describió en el primer número de la revista del Grupo de los Diez: "Lejos de las ciudades populosas y de los alegres puertos; distante de la paz de las aldeas y de las mansiones solitarias de los misántropos; sin tierra que cultivar; sin siervos que proteger, sin ambiciones de dominio ni orgullo de ser enseñanza, ejemplo o guía; sobre un enorme y abrupto peñón que ha recibido durante cien siglos el ataque del mar y la esperanza de sus prodigiosas lejanías, se elevará tranquila, aislada y libre, la roja Torre de los Diez". Artista no social, Federico Gana sería, imaginaban, el primer habitante de la torre. Y por ello fue el primer editado por este grupo.

Como todos los demás, que sí fueron reconocidos por sus pares –Samuel Lillo, Pedro Prado, Víctor Domingo Silva...–, "el padre del cuento chileno" también debió recibir el Premio Nacional de Literatura.

Silva era el artista urbano, el de las multitudes. Era el mejor amigo de don Julio César y, aunque no venía tan seguido a la casa, con él compartiría la misma pasión por las letras y la política. El célebre autor de *Golondrina de invierno*, también es quien escribió "La Nueva Marsellesa" y, de todos, era el más intelectual e interesado en la cosa pública. Por lo mismo, se dedicó a novelar y dramatizar la historia chilena, por lo que recibiría el Premio Nacional de Literatura y además el de Teatro.

Como "todos los que sufrimos debemos ser iguales", y "porque ya es hora de erguirse y rebelarse", padecía la fiebre de hacer justicia, de repartir el pan en la mesa fraterna del nuevo hombre. Su ser se crispaba, físicamente incluso, ante las violentas desigualdades económicas del Chile del Centenario, un país de una minúscula oligarquía en medio de un mar de miseria; de pocos muy educados en medio de una masa analfabeta. Él mismo, coquimbano de infancia dura y escasa educación formal, había padecido rigores desde muy joven.

Publicista innato –y también consciente del analfabetismo popular...– descubrió que el teatro era la mejor arma para difundir masivamente sus ideas. Primero escribió "Nuestras Víctimas", obra llamada "la primera piedra del teatro nacional", que tuvo tal éxito de taquilla que incluso llegó a presentarse en el muy hermético y europeizante Teatro Municipal. Pronto lo siguieron, por la misma senda nacionalista y de crítica social, Carlos Mondaca y Max Jara, dramatizando otras escenas de la historia de Chile; dio origen a un movimiento.

Era un gran orador. Con sus aires de romántico, y una voz encendida de tribuno que a veces se hacía soñadora y poética, a Víctor Domingo Silva se lo adoraba en las asambleas populares; era anunciado como si se tratara de un artista. Sus ardientes y simples poemas sociales, especialmente los del libro *Hacia allá*, se recitaban en fábricas y tabernas: "Pobre como su destino,/rudo como su faena,/ se está muriendo de pena/ el corazón del pampino"...

Escribió con tal vigor y precisión para denunciar la situación del obrero salitrero en el norte –era de un coraje inteligente– que la Cámara de Diputados finalmente se resignó a enviar una comisión investigadora de sus denuncias. Ésta lo respaldó, pero nada se hizo. Furioso, decidió radicarse en Iquique para hacer justicia por sí mismo, solo, aunque nadie lo ayudara. Comenzó a rugir en las plazas abiertas del norte, a sabotear a los caciques locales que todo lo controlaban, a regar toda la pampa de poemas incendiarios... Tanto se oyeron sus rugidos en todo Chile, que desde 1913 pasó a ser conocido como el "León de Tarapacá".

Apenas hubo un proceso eleccionario, decidió jugarse a fondo. El señor del lugar, Arturo del Río, salitrero millonario que siempre intervenía las elecciones con el apoyo de la policía, con insolente descaro se presentaría una vez más. Contra él, Arturo Alessandri Palma, el joven prosecretario de su amigo Samuel Lillo en el Ateneo, dispuesto a iniciar una carrera política. Éste sería el hombre del destino, la nueva esperanza, y Silva se puso a su disposición, generoso, con todo el poder de su agitada oratoria. Corría el año 1915 cuando el poeta del norte le regaló al candidato su bien más preciado, el apodo honorífico que le dieran las masas populares, de "León de Tarapacá".

Y también versos contra Del Río, su contendor:

...Y alcé la mano en la que había un látigo, y sin miedo, jinete en mi ideal, con la entereza del que cumple un deber alargué el dedo ¡Ése! –grité–. Su blanca investidura de senador manchó...

Alessandri no era del Partido Radical como los demás del grupo, pero no importaba. Astuto, al advertir que Del Río había comprado el proceso una vez más, y dándose cuenta de que nada podía hacer en el norte –férreamente controlado por el senador– volvió a Santiago para denunciar la situación en la Cámara de Diputados. Lo acusó públicamente de contar incluso con la complicidad de Pedro Montenegro, entonces ministro del Interior. Éste, ofuscado, lo retó a duelo y el impetuoso Alessandri, por supuesto, aceptó.

En una casaquinta de Providencia -la Villa Tranquila- se dispararon sin consecuencias pero Del Río se encargó, después, de buscarlo y advertirle que si volvía al norte "lo haría fondear" en la bahía de Iquique. Alessandri no era cobarde y se embarcó.

El Partido Radical destinó a Víctor Domingo Silva y Julio César Barrenechea, los dos amigos poetas, oradores iluminados, con experiencia en calentar auditorios y convocar gente a las plazas, para que lo acompañaran y prepararan el ambiente antes de los discursos de un candidato. También se les unió un guardaespaldas que consiguieron, Manuel Lemus, teniente del Ejército.

La virulencia continuó en el norte y hasta el propio prefecto de la policía –además de tres obreros salitreros– cayó muerto en una de las refriegas. Al final, aunque Del Río hizo cuanto pudo para conservar el poder, Alessandri ganó la elección. El país quedó atónito, sorprendido al ver un candidato popular triunfante. Y que además se le reconociera el triunfo, en público, lo que parecía aún más increíble en un país acostumbrado a convivir con la corrupción electoral.

Las esperanzas se cumplían, el cielo azulaba, ya estaba escrita la primera página del Chile nuevo... Darío, Lillo, Barrenechea padre tenían la razón, no habían soñado en vano. Silva, que se había vaciado emocionalmente en dos años de tensa campaña, exclamó:

-Esto ha terminado. Ya nada me queda por hacer, sino aburrirme.

El año anterior había viajado a la capital para leer, la noche del 22 de diciembre, los versos triunfadores de la velada en que se coronaba a la reina de los Juegos Florales. Los "Sonetos de la Muerte" pertenecían a una tímida provinciana del Valle del Elqui, que no quiso, o no se atrevió, a leerlos ella misma en el estrado del Teatro Santiago donde se celebraba el acto.

Silva, como fundador de la Sociedad de Artistas y Escritores de Chile, organizadora de esos Juegos Florales, tomó las hojas y comenzó a leer los versos de la joven nortina: "Del nicho helado en que los hombres te pusieron"...

Julio César Barrenechea, sus amigos escritores, poetas, todos quedaron sobrecogidos. Era una voz enorme la que había nacido, la de Gabriela Mistral.

Para no "aburrirse", el hiperkinético Silva se fue a recorrer Argentina y Uruguay, estrenando piezas teatrales que escribía a torrentes, al paso, en los hoteles y las pensiones del camino. Ahora que Chile se abría al futuro, había que encender la misma llama en el Cono Sur, y después en toda América... Su energía era inagotable.

Volvió para la campaña presidencial de 1920, ésa en la que el joven Alessandri, con cinco años más y todo el peso de la experiencia parlamentaria en el cuerpo, rugiría con más fuerza. Como la vez anterior, Silva y Barrenechea padre volvieron a recorrer las plazas arengando a los electores, llamando a iniciar un Chile nuevo donde el obrero, la mujer del pueblo, el pescador, todos tendrían un espacio y un lugar. Si Alessandri los acompañaba, después de calentar el público, al final, anunciaban al Hombre, al Elegido, al Presidente del Nuevo Chile... La voz inflamada de la poesía les daba vuelo, fuego y pasión, los hizo seductores de masas.

Eran los poetas civiles que cantaban a la raza, la tierra, la patria, al campesino, al obrero, a las multitudes que abrían las anchas puertas del horizonte, e iluminaban el cielo de las plazas con sus voces dramáticas, rugientes e hipnóticas, creadores de un espectáculo antiguo que sólo sucumbiría ante la magia del cine. Alessandri Palma, también orador excepcional, terminaba de electrizar a las masas haciendo palpable el Chile que ya venía.

Gracias a Rubén Darío se conocieron en Chile las obras del mexicano Salvador Díaz Mirón, el que, acusado de asesino y ladrón pero también de apóstol y libertador, mago y bandido, al fin huyó de las masas que lo idolatraban para hacerse poeta místico y no abusar de su don. El niño poeta crecía, entretanto, oyendo en su casa los poemas de estos santos laicos dispuestos, como los mártires cristianos, a ofrendar hasta la vida por los demás.

Desde el norte aparecía Silva de nuevo, siempre cargado de imágenes nuevas, desconocidas. Pedregales violeta, montañas trágicas, desiertos violentos de Tarapacá o Atacama, donde sólo sobrevivían los puros de espíritu; inundaba con ellas las mentes de los asistentes a las tertulias.

En su generación, él dio a conocer el paisaje del norte. En una época sin viajes de turismo, sus palabras dibujaron esos ambientes que muy pocos conocían. Puso en suspenso a numerosos públicos describiendo a los agitadores de las salitreras, vegetarianos de voces suaves y largas barbas que casi no decían palabra. Hombres que, dueños de miradas lejanas, sólo escribían en unos papeles modestos que luego andaban de mano en mano; pero sus líneas despertaban las miradas, las avivaban, como si fueran espejismos de papel. Los ojos de los pampinos parecían iluminarse, lue-

go de años opacos de polvo blanco de nitrato, y con ese brillo recobraban la esperanza.

Grande era el poder de la palabra... Si el Partido Radical nació entre las familias oligarcas de la minería del norte, en Copiapó, y en las amplias casonas patronales de la agricultura ganadera y triguera del sur, por Concepción, su espectacular crecimiento en la clase media se debió, fundamentalmente, a la voz poderosa de sus escritores, los que fueron poetas, periodistas, profesores y, tantas veces, las tres cosas al mismo tiempo. Frente al poder desnudo de los patriarcas del siglo xix, autoritario, que se imponía desde fuera, ellos ofrecieron, seductores, uno que se despertaba al interior de cada auditor emocionado. Así demostraban, hacían sentir, que llegado el momento histórico todos serían protagonistas de la historia.

Otro amigo de la casa era Joaquín Edwards Bello, cuya amistad heredaría el poeta. Igual que Orrego Luco, escribió una novela social y también generó insultos, voces airadas, artículos de prensa que lo fustigaron con una rabia social mal disimulada bajo frases de crítica literaria. Como la de los demás, su posición política no era ideológica, ni doctrinaria; era una sensibilidad que, ante la injusticia, el egoísmo, en su caso explotaba con toda la agudeza de su filosa inteligencia.

Tal como se reía de una sociedad que leía en francés, compraba en inglés y copiaba los uniformes militares alemanes, con el mismo desenfado caían sus comentarios lúcidos sobre los ambientes populares, escribiendo que "esta suciedad sórdida y sin remedio es nacional, la marca del roto. Podían meter a esa gente en una casa moderna, con agua corriente, baño y cocina perfecta; al poco tiempo, el baño sería almácigo, y la cocina, gallinero. Sentirían la nostalgia del olor caliente de la mugre".

Sus críticas no tenían dueño, eran libres y salvajes. Pero su coraje despertaba admiración, era un ejemplo. Y muy especialmente en un niño que se estaba volviendo poeta.

Fue tal la conmoción provocada por sus escritos, que Edwards Bello se autoexilió. Culto, conversador ingenioso, agudo, de buena voz a la hora de cantar o recitar, en Madrid se inmortalizó como "Rey de la Noche". A la hora de la guerra, Edwards recobró sus orígenes ancestrales y combatió por Inglaterra en la Primera Guerra Mundial. Ahí se devolvería a Chile incorporándose –justo a tiempo con los demás– para luchar con todos sus recursos por la candidatura presidencial de Arturo Alessandri Palma, el candidato lla-

mado a encarnar los sueños del Centenario, el que eliminaría los abismos nacionales que quedaron a la vista tras las fiestas del primer siglo de vida de la República de Chile.

LÍDERES DEL PARTIDO RADICAL

Un ocasional de las tertulias era Enrique Molina Garmendia, el poeta y filósofo que, como educador, marcó a generaciones enteras de intelectuales del sur. Siendo rector del Liceo de Talca transformó este establecimiento en un verdadero centro cultural de la zona del Maule, con frecuentes recitales, conferencias y conciertos que atraían gente de varios kilómetros a la redonda. De allí, tocados por su vara mágica, egresaron varios jóvenes que luego harían historia en las letras chilenas. Luego, ya afamado, haría lo mismo desde la Rectoría del Liceo de Concepción.

Por entonces, 1919, estaba fundando la primera universidad del sur de Chile, la Universidad de Concepción, que pronto se prestigiaría en todas las provincias australes. Esto lo tenía yendo y viniendo a la capital casi cada semana, cargado de entusiasmos sucesivos, seduciendo inteligencias, hasta que formó un cuerpo docente que lo dejó tranquilo; sería su rector durante 36 años, hasta darle peso latinoamericano.

También compartía Molina Garmendia el sueño de hacer de Chile una nueva Atenas, un foco cultural de América del Sur, un polo propiciatorio de una sociedad fraterna y justa. Para ello hacía falta otra universidad, ajena a la docencia utilitaria y pragmática de los que sólo hablaban de ganarse la vida. Había que pensar Chile, descubrirlo, inventarlo si hacía falta.

De Europa hizo traer libros de Heidegger, Durkheim, Bergson, Husserl, pensadores coetáneos que se conocieron en esta América hispana gracia a su fe y empuje, autores a los que también divulgó al fundar la Sociedad Chilena de Filosofía y la revista Atenea de su universidad.

Luego, como ministro de Educación y personalidad americana condecorada por Alemania y Francia, jamás perdió el entusiasmo juvenil de esos años fundacionales. Poeta celebrado por Pedro Prado –éste, al inaugurar la revista *Contemporánea* lo destacó por su voz original–, era otro miembro relevante del Partido Radical. Al venir a Santiago era una visita esperada donde los Barrenechea y, del mismo modo, su casa sureña era estación obligada en los veraneos familiares. Los hermanos de don Julio César adherían al mismo partido. Y también el tío abuelo Manuel José Barrenechea Naranjo, célebre pionero de la oftalmología en Chile, formado en Europa y Estados Unidos. Fue uno de los médicos que, junto a los doctores Vicente Izquierdo y Francisco Puelma Tupper, salvó en el Hospital de Sangre de Domingo Matte cientos de vidas de oficiales y soldados de la Guerra del Pacífico. El trío se había formado junto a Manuel Barros Borgoño, el que trajera de París la anestesia, la cirugía antiséptica y la asepsia, modernizando de golpe la medicina chilena. El doctor Barrenechea había fundado en 1890 la revista *El Progreso Médico* para difundir la nueva ciencia y, como parlamentario radical, impulsaba por entonces —en 1920— la reforma de la prácticas ginecológicas.

Desde las tribunas del Partido Radical, los doctores Barrenechea y Puelma Tupper abogaron por una nueva salud pública. El tío Manuel José, al ser elegido diputado por el norte, integró la Comisión de Asistencia Pública de la Cámara y promovió, con el mismo doctor Barros Borgoño, otro tema de gran interés para los intelectuales radicales: la enseñanza agrícola e industrial. Gracias a ésta, se decía, las clases populares podrían alcanzar una vida digna y autosuficiente, adecuada al siglo xx. A esos temas, en las tertulias familiares se incorporaba otro tío abuelo, Santiago Barrenechea, ingeniero creyente en los mismos proyectos.

Todas estas ideas brillaron en Chile –antes que en otras naciones americanas– gracias a que tuvieron una prensa que las acogió. Sus simpatizantes no habrían podido hacerse de un espacio, ni dar a conocer su visión del mundo, de no haber contado con órganos periodísticos que, hasta los últimos rincones del país, llevaron sus ideas. Habrían permanecido aplastados por el peso de la sociedad tradicional mientras rumiaban su pena, y su indignación, en el trasnoche de los cafés y los bares. Así sucedió en otras repúblicas hermanas, que demoraron su modernización.

Aunque no era radical sino liberal como Alessandri Palma, el joven empresario Agustín Edwards Mac-Clure les aportó la plataforma y les construyó el escenario para que le hablaran al país. Todos ellos lo habían querido presidente de la República en 1910. Tenía el apoyo de los intelectuales, de la juventud, era un emprendedor culto y progresista, dotado de energía y talento organizacional pero, rico y brillante, se lo envidiaba demasiado. Millonario y genial, capaz de fundar *El Mercurio* de Santiago a los 22 años, ser vicepresidente de la Cámara de Diputados a los 24, canciller de

Chile a los 25, y Ministro Plenipotenciario en España, Italia y Suiza a los 27, pudo ser el principal protagonista del cambio. En medio de toda esa vorágine fundó además, y en rápida sucesión, la popularísima revista infantil *El Peneca*, el histórico *Pacific Magazine*, el diario *Las Últimas Noticias*, *El Mercurio* de Antofagasta...

Fue, en todo caso, el gran renovador del arte y la cultura. A Luis Orrego Luco, por su formación, Edwards le encargó crear y dirigir la revista *Selecta*, que pronto fue considerada la mejor publicación cultural en esta parte del mundo. Con máquinas nuevas traídas de Alemania, modernas y novedosas fotografías, papel especial importado de Estados Unidos, dibujos finos, impresión en cuatricromía para reproducir pinturas y paisajes, fue una publicación coleccionable y exportable. En ella, Orrego Luco se encargó de dar a conocer a los nuevos literatos europeos pero, también y especialmente, a los creadores y pensadores nacionales del Ateneo, del Grupo de los Diez y de las demás instancias en que se reunían los coetáneos.

Narraciones de batallas chilenas, historia de los orígenes del Parque Cousiño, las grandes propiedades cercanas a Santiago, reseñas de los Salones de Bellas Artes, críticas de teatro, la nueva música de Próspero Bisquert, la biografía del escultor Eberlein, autor de la Fuente Alemana, los temas más diversos y, por supuesto, la nueva poesía chilena, que tuvo así tuvo un lujoso estreno en sociedad. América Latina entera se sintió orgullosa de esas publicaciones que se repartían por los puertos de la región.

Para difundir los artistas plásticos, en *El Mercurio, Las Últimas Noticias y Zig-Zag*, Edwards escogió a Manuel Magallanes Moure –el vecino de Federico Gana en San Bernardo, el amor platónico de Gabriela Mistral–, quien también era miembro del renovador Grupo de los Diez.

Sociable, entusiasta, había sido Magallanes quien aportó su quinta para fundar ahí la Colonia Tolstoiana donde los artistas cultivarían sus propias hortalizas, proyecto utópico que se suspendió luego de unos pocos meses porque mientras algunos pocos trabajaban al sol, la mayoría leía, pintaba y escribía... a la sombra. Era, además y nada menos, el poeta descubridor del mar chileno, el primero en asomarse a las azules y turbulentas vastedades del Pacífico sur. Generoso para destacar los talentos ajenos, era por entonces el presidente de la Asociación de Artistas y Escritores de Chile, lo que se prestaba muy bien para cumplir su rol en *El Mercurio*. Su sección plástica tendría, casi de inmediato, un sólido prestigio y una influencia decisiva.

Armando Donoso, miembro también del paradigmático Grupo de los Diez, corresponsal chileno de la *Revista de Filosofía* que
dirigía José Ingenieros en Buenos Aires, director de Extensión
Cultural de la Universidad de Chile, era considerado el gran crítico literario de la época. Su propia casa –que compartía con la poetisa María Monvel, su esposa– era un verdadero centro cultural de
Santiago. Fue llamado por Edwards para que asumiera la subdirección de *El Mercurio*, como su brazo derecho.

Aunque don Julio César Barrenechea, el padre del poeta, sólo tenía 18 años en el año de fundación del diario, 1900, ya había escrito algunas precocidades adolescentes en La Leyy El Ferrocarril. Al principio sólo aportó colaboraciones en los medios creados por Edwards pero, para cuando nació el poeta, ya se había integrado como Jefe de Crónica –iría todas las tardes– mientras Víctor Domingo Silva, su correligionario, asumía la Secretaría de Redacción. Otros colaboradores de primera hora fueron Oscar Budge y Benjamín Vicuña.

Todos tenían otras actividades y muchos escribían de noche, en las mesas de café, mientras se interiorizaban de los sucesos del día. Pero algunos de los convocados, poco a poco seducidos por la actividad, dedicarían su vida al periodismo y formaron generaciones cuando no existían todavía escuelas universitarias de la especialidad; especialmente Carlos Silva Vildósola –"el primero de los periodistas chilenos" – y Joaquín Díaz Garcés.

Tal era el interés de Edwards en las actividades artísticas del país, que el propio diario se transformó en centro cultural. Allí fue donde el Grupo de los Diez presentó más de cien obras de arte en la histórica exposición del año 1916, en un despliegue inaudito en una ciudad sin tradición plástica. Óleos, dibujos, esculturas o aguafuertes de Pedro Prado, Magallanes Moure, Alberto Ried, fueron expuestos hasta en los últimos rincones de *El Mercurio*, el que, ocupando el antiguo Palacio Larraín Zañartu en plena esquina de Compañía y Morandé, frente al Congreso Nacional y los Tribunales de Justicia, estaba óptimamente situado para estas actividades.

Tal vez por su extrema juventud, 22 años, Edwards impuso una formalidad casi inglesa en la empresa, incluso con don Julio César de quien era vecino inmediato en la Avenida Portales del Barrio Yungay antes de trasladarse al Palacio Errázuriz de la Alameda. De etiqueta lo recibía para analizar las noticias de la semana, en el comedor, cada uno en un extremo de la mesa, con hieráticos mozos a sus respectivas espaldas. Pero al encontrarse en la calle era el mismo de

siempre, conversador de temas múltiples, interesado en todo, hasta en los hijos Barrenechea, recordando el nombre de cada uno.

Fuerte fue el impacto de *El Mercurio*, con su despliegue de colaboradores de excepción. El francés Emilio Vaisse también se incorporó y se hizo cargo de formar la biblioteca del diario. Dueño de una cultura superlativa, creó la célebre sección de "El averiguador universal", donde se respondía cualquier pregunta del público, desde los detalles de la batalla de las Termópilas hasta la forma de limpiar una mancha de tinta en una tela de seda.

En un medio poco crítico de sí mismo, cuando emerge la pluma visceral e implacable de Joaquín Edwards Bello, será Vaisse el que se juegue en su defensa. Y es que él tampoco aceptaba que la ciudad se rodeara de pura miseria y suciedad, que murieran tantos niños de hambre o por enfermedades derivadas del abandono sanitario, o que la viruela arrasara con barrios pobres completos mientras en dos o tres barrios de la capital, casi como si se tratara de otro país, se concentraban todas las nuevas obras públicas. En este mínimo Santiago, de apariencia francesa, en no más de diez manzanas se inauguraban tranvías eléctricos, paseaban caballeros enfundados en trajes de telas inglesas traídos especialmente por barcos que hacían fila en los muelles de Valparaíso, y desfilaban carruajes con señoras cuyos trajes se habían importado de París.

Ése era el panorama social que, justamente, denunciaba el Partido Radical. El futuro poeta va a heredar directamente estas inquietudes, esta visión crítica de la sociedad chilena, la que conocerá tanto en las tertulias caseras como en reuniones públicas que a veces encabeza su propio padre, don Julio César, que es por entonces un miembro del CEN, el consejo directivo nacional del Partido Radical.

Enrique Mac-Iver era el caudillo del partido, y más de un lunes lo presentó Samuel Lillo en sus esperadas conferencias del Ateneo para que el líder, brillante y fogoso, analizara algún aspecto de la realidad chilena. El círculo de amigos, completo casi siempre, asistía a esas sesiones vespertinas. Diego Dublé Urrutia, poeta al igual que su cuñado Vicente Huidobro y miembro también del Partido Radical, ejercía un cargo en la Prorrectoría de la Universidad de Chile y era quien aportaba las sillas. Cada uno de los asistentes debía cruzar la Alameda con la suya, desde la sede central de la universidad hasta el local del Ateneo que estaba justo al frente. Y luego, llevarla de vuelta...

Mac-Iver, en una de esas charlas, inaugurales del siglo, remeció al país con su visión:

"Ni de espíritu de empresa ni de energía para el trabajo carecemos nosotros, descendientes de rudos pero esforzados montañeses del norte de España. Adonde no fuimos. Proveíamos de nuestros productos las costas americanas del Pacífico, las islas de la Oceanía del hemisferio sur, buscábamos oro en California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centroamérica, fundábamos bancos en La Paz y Sucre, en Mendoza y San Juan, nuestra bandera corría todos los mares"...

En 1906 se había opuesto a una nueva emisión de papel moneda: "La profunda excitación de las clases trabajadoras, la carestía intolerable de la vida... ¿No pueden traer envueltas las huelgas futuras con todas sus consecuencias? ¿Tenemos nosotros derecho para quejarnos del levantamiento del pueblo? Los pobres, los que están afuera, los que viven de salarios, ésos que no tienen medios de defensa, ésos son los débiles en la lucha por la vida. Ésas son las víctimas de esta clase de proyectos"...

Para el Partido Radical, el estado de la nación era seguro caldo de cultivo para una revolución. Pronto vendría ésta, arrastrando el país al caos, si no se iniciaban las reformas necesarias. No podía ser, como contaba el doctor Augusto Orrego Luco –hermano de Luis–, que el 60% de los niños muriera antes de cumplir los siete años, casi todos ellos en los barrios pobres. La familia chilena estaba literalmente enferma, y el reformismo radical sería su cirujano. Las noticias de la Revolución Rusa y el inicio del fin en el precio del salitre, con sus terribles secuelas de cesantía y hambre, fortalecieron la convicción de los líderes del partido; era urgente la total renovación de la política en Chile.

Desde el norte se vio llegar a los desventurados, los que asomaron en la capital ya exámines, con los huesos a la vista, inmensos los ojos pacíficos, polvorientos. Eran los hijos del salitre, los mismos héroes anónimos que cantara Víctor Domingo Silva, ahora de cuerpo presente en las calles de Santiago.

Se removieron las conciencias aún más. En el Partido Radical, en el Grupo de los Diez, en el Ateneo de Santiago, en las páginas de *El Mercurio*, afloraron una tras otra las denuncias contra una sociedad que, ciega a "la cuestión social", sólo aspiraba a tener los medios de fortuna para vivir en París y veranear en Biarritz. Aunque el partido tenía un diario propio –*La Ley*– don Julio César y la mayoría de los amigos más cercanos, católicos, no se sentían repre-

sentados por ese medio agresivo que traía historias cotidianas sobre curas ladrones u homosexuales. Era una publicación fanática, y de ahí que se sintieran mucho más cómodos en *El Mercurio*.

Aunque al final los radicales católicos abandonarían el partido, casi en su totalidad, por entonces la convivencia era todavía posible y casi no faltaba nombre de artista o intelectual en sus listas, ateos y creventes unidos. Valentín Letelier, rector de la Universidad de Chile; Juan Nepomuceno Espejo, rector del Instituto Nacional; Paulino Alfonso, padrino de nacimiento del Museo de Bellas Artes con su amigo Carlos Fernández Peña, apóstoles ambos de una cruzada nacional contra el alcoholismo: Ramón Corvalán Melgarejo, pionero de la salud pública y autor, con Paulino Alfonso, del Código Sanitario; Darío Salas, director de Enseñanza Primaria y luego ministro de Educación; Luis Orrego Luco, novelista y sociólogo que también ocuparía la cartera de Educación; Armando Quezada Acharán, diplomático, ministro y más tarde rector de la Universidad de Chile; Benjamín Vicuña Subercaseaux, hijo del gran intendente y autor de El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y Chile.

Núcleo de avanzada, progresista, como no tenía entonces la fuerza necesaria para aspirar a la Presidencia de la República apoyó, sucesivamente, a las figuras más reformistas del Partido Liberal; Agustín Edwards en 1910, Eliodoro Yáñez en 1915 y Arturo Alessandri Palma en 1920. Pero a los dos primeros no los apoyó su propio partido, el liberal, que optó por figuras más tradicionales. En 1915, por ejemplo, se impuso Juan Luis Sanfuentes Andonaegui, cuyo programa era gozosamente frívolo: "El país quiere ser rico a toda costa y todos queremos serlo... El país quiere hombres nuevos y emprendedores... Dejen a Reyes, a Barros Luco, a Montt y Lazcano como reliquias inservibles de nuestro pasado histórico"... El suyo sería el último éxito eleccionario de la sociedad de la oligarquía tradicional.

En 1920 ya les tocó celebrar a los radicales, cuando triunfó Alessandri Palma. El presidente del Partido Radical y de la Asociación Nacional de Profesores, Pedro Aguirre Cerda, abogado y pedagogo de gran prestigio aunque sólo tenía 41 años de edad, fue elegido por Alessandri para uno de los cargos más altos de su gobierno; será el ministro del Interior.

Aguirre Cerda es un excelente ejemplar, arquetípico, de los radicales que sueñan cambiar el mundo con el poder del conocimiento. Especializado en Derecho Administrativo y Financiero en La Sorbona, Francia, visitante de centros educacionales de Bélgica, Inglaterra e Italia, estudioso en Estados Unidos de sus sistemas de la enseñanza industrial, es un devoto del conocimiento. Con él, el Partido Radical inicia su ascenso. Muy poco después —en 1924—, al ser sus miembros los más preparados para organizar los cambios en el país, será el partido mayoritario de Chile. Los radicales encabezarán las reformas que el país demandaba.

Ofrecían un camino propio y equilibrado. Ni conservadurismo continuista ni anarquía socialista; evolución y no revolución; armonía en lugar de conflictos entre el capital y el trabajo. Alessandri, orador incansable y poético, lo resumió en una frase con sabor demagógico, sensiblera, pero que no se olvidó porque se oponía centralmente a la violencia revolucionaria: "El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo".

Los radicales católicos se sentían continuadores de la obra de Cristo. Pensaban, con Augusto Comte, que el rico debe cumplir un rol social y ser el creador y el administrador de la riqueza, haciendo uso de sus talentos. Pero no para sí mismo, en exclusiva y por egoísmo, sino por el bien común. Como el atleta que goza en el ejercicio de sus músculos, le paguen o no, por el puro placer de hacerlo. La inmensa mayoría de la juventud idealista del país, y de los intelectuales con sensibilidad social, compartió esa visión que anunciaba el nacimiento de un Chile donde ricos, pobres y clase media, todos tendrían un espacio.

Esta cultura, bebida por el poeta Barrenechea desde la infancia y a lo largo de toda su adolescencia, lo marcó de por vida; y le marcó la vida. Le dirían más tarde algunos críticos que pudo haber sido un poeta universal, pero que, entrelazados sus intereses con lo público, con la política que siempre lo atrajo y lo distrajo, se quedó en poeta de América, incluso iberoamericano, sin alcanzar difusión mundial, escasamente traducido.

Sí, se distrajo. Efectivamente viviría a caballo entre las dos pasiones que conoció en la casa paterna. Cercano a la política, pero sin dedicarse a ella; poeta, pero sin perseguir una carrera literaria. Intentando una síntesis propia, su propia vida...

Y es que fue un tercer factor, familiar y también heredado, el que más le pesó. Con unos padres unidos por el arte –el padre poeta, la madre cantante de romances con su guitarra–, primer nieto de sus abuelos y mayor de cinco hermanos, creciendo en un ambiente cultural optimista y creativo, se salvó de la necesidad de triunfar. La poesía le crecería sola, alimentada por sus aguas propias.

El dinero tampoco era un tema en su casa. La frase de don Julio César a su esposa era decidora: "No se preocupe m'hijita, que la plata es redonda para echarla a rodar"... Y no es que a ella le importara; como tampoco a la abuela Matilde que vivía para leer libros –todo lo que cayera cerca– y oír música; desde la hora del desayuno, con la vitrola y sus discos al lado, y un volumen muy bajo porque a don Julio César no le gustaba la ópera en la mañana, comenzaba su jornada melómana.

Julio Barrenechea Pino comenzó a escribir a los siete años de edad, siguiendo el modelo de su padre. Al principio muy romántico, en su primer poema escribió de un soldado que, terminada la batalla, vaga solitario por los campos... El destino del primer esfuerzo lo llenó de orgullo, lo incitó a seguir escribiendo; su padre lo guardó, con cuidado, en su propia billetera. María Molina, la hija de don Enrique –el rector de la Universidad de Concepción–, que venía mucho a la capital por entonces, recordaría la primera imagen de ese niño de ojos grandes que, de pie sobre un elegante taburete, era instado a recitar su poesía del soldado.

Aunque al niño no le gustaba el mundo de los niños. Aspiraba ya a ser grande, independiente, y prefería, por lejos, el mundo poético y musical de los adultos, el de largas tertulias que se prolongaban hasta el amanecer resonando las voces, los cantos, las proclamas y las carcajadas.

El mejor panorama era salir con su padre a pasear por el centro. También para don Julio César, hombre de familia, casero, quien –por lo mismo– nunca aceptó ser diputado como le solicitaran en el partido. En Merced con Estado se detenían casi siempre, junto a Manuel Vargas, un sobreviviente de las guerras del siglo anterior que, de dos metros de alto, atraía los pájaros como si fuera un árbol. Gran comedor –como don Julio César–, al encontrarlos un día les informó de la buena idea que había tenido: dejarse caer a almorzar donde los Barrenechea. Y les tenía, además, otra buena noticia; él, personalmente, iba a cocinar...

Era un artista de las ollas, un sacerdote de la gastronomía que, ceremonioso, disponía todos los dientes de ajo apuntando hacia el sur. Sabía todos esos detalles que, de no cumplirse, impiden la perfección en una receta. En sus bolsillos de comedor compulsivo las aves siempre encontraban algo; por eso lo esperaban, desde muy temprano, en la esquina consabida.

Un día se levantó para morir. Escogió las gradas del Hospital San Juan de Dios, en la Alameda, sabiendo que ahí lo atenderían. Sus notables fuerzas, hercúleas, las que le permitieran cruzar desiertos sin agua durante la guerra, lo abandonaron. Adentro, en la camilla, con un suspiro de voz pidió que le avisaran a don Julio César y que le trajeran dos cosas, la bandera de la República de Chile y los Estatutos del Partido Radical.

Para el niño poeta, ese mundo de los adultos era el verdadero. Así, igual, quería vivir su vida. En el placer de las noches largas y los incontables amigos, con música cantada y buena gastronomía, hablando de ideas, viajes, sucesos... Esa visión, privilegiada, le permitirá no apartarse nunca de algo que intuye esencial. Su orientación de la vida, tema muy central en su poesía, sorprende y lo consagra cuando se publica el poema "Vida liviana", escrito cuando tiene unos 23 años de edad. Es una declaración vital, completa, pero de gran sencillez:

> Yo amo la vida de las cosas que apenas hieren en el mundo. El sueño de los pequeños cristales. El pensamiento de las dalias. El cuerpo débil de la brisa tiritando en la noche blanca, y la luz como un jugo azul cuando exprime su fruta el alba.

Amo la vida a que pertenecen el rumor, la sombra y el vuelo. Todo eso que el sentido toca, cuando alarga sus finos dedos. Eso que siente la mirada cuando roza la piel del cielo.

Así el rocío temblando, la lágrima pronta a caer, el movimiento del agua tranquila, lo que está próximo a la muerte. Lo que exige silencio, recogimiento atento, lo que un golpe, un sonido, un olor, desvanecen.

Cosas que son livianas como un perfume del mundo, y vacilando viven entre la vida y la muerte. Cosas que apenas hieren al corazón que las mantiene, como el aire a los pájaros que detienen el vuelo.

Tuvo la fortuna de elevar una mirada que "roza la piel del cielo", tener un entorno que le permitió observar "lo que exige silencio, recogimiento atento", amar "las cosas que apenas hieren en el mundo", e incluso conocer y gozar de la silenciosa contemplación que sólo es posible en la soledad.

La generación del '30, tan segura de sí misma, lo entronizó. En un Chile convencido de su destino, liderado por una clase media culta y profesional, abierto al aporte de razas diversas que llegaron por entonces, orgulloso de su tierra libre que da asilo a todos los perseguidos de América, España y Rusia, interesado en una modernidad que comenzó a entrar por la plástica, la música y el teatro, la poesía de Barrenechea, tan seducida por la belleza del mundo, al igual que su prosa humorística, fue recibida con honores y premios. Traía sonidos nuevos a la fiesta, una música placentera y original.

Si Neruda escribiría de todo, y De Rokha de volcanes y truenos y rugidos, la obra de Barrenechea descubrió para la poesía chilena el mundo de las cosas livianas, lo sutil, el sueño de las cosas
que apenas hieren el mundo, lo que a veces habita sub-terra. Llegará a cantar, incluso, como nunca antes en Chile, la verde precisión del perejil minucioso. Fue más allá de sus mentores, más allá
de Lillo, Silva o Magallanes Moure, los pioneros que señalaron el
camino sin alcanzar, como Moisés, a adentrarse hasta llegar a la
Tierra Prometida. Como Neruda, Guzmán Cruchaga, Óscar Castro, en cambio, alcanzaría con gozo pleno y paradisíaco, a veces en
orgiástica comunión, a latir al unísono con el paisaje, la tierra, los
signos de esta tierra.

Hombre fuerte, capaz de ser tierno y delicado. Tan fuerte, que no tuvo miedo de ser suave. Tuvo una noble soberanía interior, dueña de sí –como debió demostrarlo más de una vez–, porque llegado el caso podía ser duro e implacable.

Fue hijo de su tiempo, actor y protagonista de primera línea en las décadas más fértiles del Chile del siglo xx. Después, cuando llegaron generaciones chilenas más grises, de baja autoestima, trabadas por varios complejos que frenaron su desarrollo y terminaron en el estallido de una neurótica violencia, no sería comprendido. Pero, para entonces, ya estaría fuera del escenario, transformado en espectador.

Hombre con suerte para nacer y morir. Con razón tuvo apego a la vida, con razón su tremendo rechazo a la muerte. Si la vida era eso, quería más, más de lo mismo... En su propia tumba, en el Cementerio General de Santiago y según él mismo lo encargara en vida, su lápida reza:

AQUÍ ESTOY CONTRA MI VOLUNTAD

HIJO DEL SUR

La familia –y el niño poeta no será la excepción– vivía en Santiago con un oído siempre puesto en el sur. Tal vez porque los Barrenechea se habían instalado allá muy tempranamente, en el siglo xvII en la ciudad de Concepción, cuando ésta era la capital de Chile en la práctica, se sentían muy unidos a esa zona marcada por su pasado de guerreros y funcionarios reales, al borde de La Frontera y la selva araucana, junto al bosque frío y lluvioso donde se gestó una pálida e introvertida raza chilena.

Tendrá siempre el poeta una parte de su ser anclada en ese mundo austral, que recorrió y cantó con tanta frecuencia que hay diccionarios biográficos y enciclopedias que lo dan como nacido en Temuco.

Y es que pertenecía a ese mundo. Tal como tuvo fe en el poder de la palabra, igual que los chamanes primitivos, como ellos también aprendió, asimismo, a hablar con los seres de la naturaleza. En sus bosques y campos descubrió cómo dirigirle la palabra a un árbol, a las estrellas, a un trigal, a las olas, y hay poemas suyos que son exactamente eso, el diálogo de un hombre con un elemento. Gracias a la palabra poética avanzaría en medio del paisaje, en estado de encantamiento, transpuesto, ido de este mundo, gracia que es origen de algunas de sus mejores poesías.

Pero como un amante, no como un violador.

Su poesía deja ver que conoció el éxtasis de estar en el mundo, ese estado de plenitud espiritual, perdida una parte de la conciencia cotidiana, despierta a otra más lúcida. Dormido aquí para asomarse a otro mundo, y así comulgar con el mundo. Su infinito respeto poético a un cardo, un cangrejo, una mata de perejil, es porque en ellos ve trozos del universo, como si se tratara también de modestas pero nobles puertas al Más Allá.

Eran muy hondas las raíces de la familia en ese sur, muchas las generaciones que caminaron los barrosos caminos más allá del río Laja, en cercana convivencia con el mundo indígena de Arauco durante casi cuatro siglos; no es casualidad que su padre haya dedicado su poema más largo a una "Defensa de la raza" de Arauco.

Pero no quedaron testimonios físicos porque nadie guardaba papeles en esas ciudades incendiadas por los indios, periódicamente arrasadas por salidas del mar, a veces, incluso, asoladas por maremotos. Pero allá en Concepción fue donde Juan de Barrenechea y Albis escribió la primera novela de las Américas, en el siglo xvii, junto a las aguas anchas del Bío-Bío; ese fraile mercedario, que deliraba con misiones místicas, con una ciudad utópica donde europeos e indígenas convivirían en paz, también había sido un firme creyente en el poder de la palabra. Escribió su libro para seducir a los indígenas y acercarlos a Cristo, convencido de que la ficción novelesca era un lenguaje más adecuado para comunicarse con ellos. En todo caso, el fraile se declara vástago de una familia de guerreros, en la propia presentación del libro: "En el convento de la ciudad de Concepción, que es la frontera de la guerra, asistí seys años de Comendador y, lo que es más, es allí donde nascí y me crié a vista del marcial exercicio, profesión que fue siempre de mis progenitores"... Un hermano suvo, el capitán Prudencio Barrenechea (también figura a veces como Barnechea), encomendero de Ouinel, fue alguacil mayor de Concepción.

Después siguieron en armas, más que en las letras. Don Pedro, el tatarabuelo del poeta, fue apoyo de José Miguel Carrera en los días de la Independencia. Amante de escaramuzas, juego en el que venían por más de dos siglos enfrentándose sus antepasados a los mapuches, cuatro veces vino a Chile de incógnito durante la Reconquista y, al formarse el Ejército de los Andes, siendo comandante de caballería, subió la Cordillera de los Andes y esperó al cuerpo que cruzó por el Paso del Planchón. La columna de Ramón Freire, que venía formada por 100 cuyanos y 100 emigrados chilenos, se duplicó gracias a los 200 hombres de don Pedro, que venían de asaltar y ocupar la ciudad de San Fernando para distraer a los realistas. No dejó de combatir desde entonces, por un cuarto de siglo, en toda la Guerra a Muerte, en muchas acciones que relata Benjamín Vicuña Mackenna en el libro de ese nombre, La guerra a muerte. Por conspirar con Freire y otros de Concepción, será desterrado al Perú de donde se viene en La Flor del Mar, barco que llegó con la misión de alzar a los mapuches contra el gobierno de Santiago. Reincorporado al ejército en 1842, viejo y respetado patriarca de la zona, diputado por Laja, su nombre desaparece entonces de la historia.

Otro gran patriota de la zona es Ramón Zañartu Barrenechea, quien, casado con Gertrudis de Arechavala, se unió en pecado a Tomasa de Santa María provocando las iras del obispo; él y sus amigos, alejados de la religión, darían origen al movimiento político radical de Concepción.

Don Pedro dejó descendencia en María Ignacia Carrillo y en Nieves Amigo Arestizával. De la primera rama, y de su hijo Manuel José, nace en Chillán su nieto Francisco de Paula, el que se vino a los 18 años a Santiago, compró tierras cerca de la capital en los faldeos de la Cordillera de los Andes, y luego urbanizó una parte; es el que dejó su nombre a un pueblito que luego, alcanzado por la ciudad, se ha vuelto comuna, Lo Barnechea. Y es el patriarca de la rama familiar de Santiago.

Trece hijos tuvo el fundador de Lo Barnechea. Cuando un compadre viudo, José María Contreras, murió por los días de la Guerra del '79 dejando a los suyos en total orfandad, don Francisco de Paula, muy patriarcal y autoritario, resolvió armar las parejas entre los hijos de unos y otros. Así fue como se multiplicaron los Barrenechea Contreras; Francisco –el abuelo del poeta– se casó con Matilde, Enrique con Clarita y Nicolás con Concepción. También aparecieron algunos Contreras Barrenechea, por la Elvira unida al hijo varón de don José María, del mismo nombre.

Ese abuelo Francisco —el tata Pancho— y su Matilde Contreras Vergara, que así vinieron a estar unidos por la pura orden paterna, a la fuerza, resultaron buena pareja. Son los que marcaron el estilo de todos sus descendientes, los que estamparon su sello en toda la rama Barrenechea de Santiago. Para comenzar, él fue quien inició dos grandes cultos familiares, el de los ferrocarriles y el del Partido Radical.

El niño poeta creció sabiendo que Chile era un país largo, muy largo, construido a ambos lados de la vía férrea, y que sólo se mantenía unido gracias al prodigio de los rieles del ferrocarril. Nadie se lo dijo pero siempre supo, por evidente, que si se detenían los trenes largo tiempo o, peor, si dejara de existir la empresa del ferrocarril, el país quedaría sin esternón, sin estructura que lo soportara, inerte.

En la casa del abuelo, y en la propia también, si se hablaba de "La Empresa" todos sabían de qué se estaba hablando. Los ingenieros franceses de ella, Blanquier, Huet, eran los más altos símbolos del progreso, los hombres nuevos, los únicos que se asomaban al futuro y de ellos dependía, seguramente, la salvación de Chile. En todo sentido porque, decían, la penetración de los rieles de acero en los latifundios del sur implicaba, directamente, una merma en

los votos del Partido Conservador. Más kilómetros de ferrocarril, menos sufragios para los oligarcas, porque junto con la entrada del ferrocarril se producía una eliminación de muchos privilegios patriarcales, coloniales, y, en cambio, de inmediato, corría un aire fresco y moderno, democrático. La Empresa era el mejor bastión, la mejor aliada del Partido Radical.

El niño contemplaba al abuelo, lo veía entrando a la iglesia con su chaqueta de alpaca y sombrero de paja, en la mano un misal de tapas negras, tan negras como sus cejas. Era un creyente el anciano, en Dios y el progreso. Mucho lo quiso y lo amó la huérfana que le tocó en suerte, la abuela Matilde, que en los últimos días del "tata Pancho" andaba afanada, mala la vista, pero haciéndole una pequeña almohada para que su blanca cabeza descansara en paz. Muy hermosa de rostro, de gran carácter, ávida lectora y melómana, el niño amará y cantará esta abuela Contreras que aportó otros dos signos clave de la familia, la belleza de sus mujeres y el amor a la literatura. Nada menos. Al clan de los guerreros combativos, hombres de alta estatura, llegó ella, pequeña y preciosa miniatura cargada de libros, y los cambió para siempre.

El niño poeta, siendo el mayor de sus hermanos –por bastante diferencia–, se acostumbró a los mayores, a estar con ellos. Sólo en el colegio conoció la violencia física, la agresividad, un mundo mucho menos perfecto que el de la casa. No sería nunca de pandillas pendencieras y ni siquiera asistiría a las clases de gimnasia, como víctima temprana de una hernia umbilical que lo volvió cauto para moverse, razón de que Neruda, años más tarde, lo apodara "El Oso".

La abuela Matilde le pasaba libros para que se entretuviera. Ella, la que llegara a la familia por casualidad, no sólo resultó ser devoradora de libros; además, era una operática seguidora de todas las temporadas del Municipal, con lo que también contagió al niño. Lo llevó, año tras año mientras éste fue colegial, hasta seducirlo para el mundo de la música.

Era una mujer de personalidad fuerte, que odiaba la incultura y la ignorancia. Sustentada en la belleza de su rostro perfecto se había acostumbrado a no ocultar lo que pensaba. Un día, en el Teatro Municipal, cuando el célebre Fleta –gran tenor– perdió una vocal de manera ruidosa, porque ya no era el mismo de sus días de gloria, y fue estruendosamente pifiado, doña Matilde se puso de pie. A pesar de su corta estatura saltó de su asiento como mordida por una serpiente e increpó a grito firme a todo ese público que, tan rápido, había olvidado los placeres que les había

regalado el tenor en otras temporadas. Retó a la ciudad de Santiago completa, por malagradecida. Fue una lección inolvidable para el niño poeta.

La sangre fría de la abuela Matilde era a toda prueba. Había perdido una hija, muerta joven, y pasados unos años avisaron del Cementerio que, por unas obras, el sector donde la tenían enterrada había sufrido algunos daños. Nadie puso mayor atención. A los dos meses, nuevo aviso, que algunos ataúdes se habían abierto. Partió un grupo familiar, inquieto, con doña Matilde a la cabeza. Afortunadamente, el féretro de la joven sólo había experimentado perjuicios menores. En todo caso, fue abierto para asegurarse. Después de veinte años, la niña seguía igual, parecía estar durmiendo, intacta.

A los gritos de "¡Milagro! ¡Milagro!", golpes en el pecho y exclamaciones de tías y mamas que anunciaban la santidad de la fallecida, doña Matilde las cortó en seco, impasible: "Son las corrientes de aire las que tienen así a la niña"...

Barrenechea dedicaría un poema a esta abuela Matilde, la de los libros y música. Lleva el nombre de "Círculo", nombre que define y refleja su visión de la familia toda:

> Mi abuela es pequeña y distante, llena de amores lejanos. Situada al fin de muchos años en el comienzo de mi padre.

Es pequeña como una aldea y desde ella mi padre un día salió con su atado de música a andar por la vida del mundo.

Mi padre fue de pueblo en pueblo. Fue por las ciudades buscándome hasta divisarme escondido bajo los ojos de mi madre.

Al fondo de sus aguas claras estaba yo, como un guijarro.

Y mi padre, con el más tierno de los esfuerzos de su vida, me sacó a sufrir y jugar con los otros niños del mundo. Un día mi padre partió hacia la tierra del silencio. Llevaba los ojos cerrados y en las manos un frío intenso.

Y la abuela ha permanecido, como una cosa de otra vida. Pequeña aldea que visito, para soñar frente a sus ruinas.

Pequeña aldea del recuerdo donde reviven cosas muertas, yo soy mi padre para ella, mi padre que ha dado una vuelta.

No extraña que, mientras muchos de sus contemporáneos –la mayoría– se acercara cada vez más a una poesía abstracta, de angustia vital, se distinga Barrenechea por su veta diferente, única, pletórica de placer de vivir, gozosa de experimentar la luz del mundo, como iluminada.

Don Julio César, el padre del poeta, además de heredar la afiliación al Partido Radical siguió la línea empresarial del tata Pancho, la que consistía en presentarse cada vez que se licitaban contratos de pintura y restauración de puentes ferroviarios. Aunque era un hombre de la capital, visitador de teatros, animador de tertulias, caminante de parques y plazas, santiaguino de tomo y lomo, siempre estaba dispuesto a dar una vuelta a las afueras de la ciudad.

Cada vez que tiraba la voz del campo, con cualquier pretexto, partían todos a Codegua donde se habían asentado los Barrenechea Contreras. El lugar era la propiedad que comprara el bisabuelo después de urbanizar y vender "Lo Barnechea" y ahí alcanzaron a nacer varios de sus hijos e incluso algunos de sus nietos, como el propio padre del poeta, don Julio César.

Ubicado cerca de Graneros, era un campo con caserío propio, misteriosamente injertado en medio de la inmensa Hacienda de la Compañía, la que fuera de los jesuitas hasta su expulsión en 1767. Sus 12 mil hectáreas, escasamente humedecidas por los esteros Codegua, Cadenas y Machalí, habían sido transformadas por ellos luego de canalizar las aguas e irrigar el valle. Cuando los expulsaron del reino, remató la hacienda don Mateo de Toro Zambrano.

Estaba en la provincia del Colchagua, conocida como el corazón del Chile Viejo, y por su distancia de Santiago era Codegua, según los sabidos –a sólo 72 kilómetros de la capital–, el mejor lugar para las fiestas de septiembre. Bajaban los mineros de la cordillera y los arrieros de los pasos andinos, en cada primavera, luego de muchos meses de soledad, todos buscando compañía, música, remedios. También se iban acercando los inquilinos de la hacienda, acostumbrados a las festividades largas del lugar, y el tío José María a todos los esperaba con sus recetas de sabio herbolario y también con su lustroso violín, que iluminaba la noche con sus sonidos apenas salían las estrellas; él era "médico de cuerpo y alma".

Para los mineros, especialmente, que padecían de la Ley Seca que se aplicaba en las minas de Sewell y Coya –apenas contrapesada por los esfuerzos de los guachucheros, contrabandistas del aguardiente llamado popularmente "guachucho"–, la sola vista de las casas de los Contreras era un acicate para la sed. En toda la zona, Codegua era la capital de la fiesta, donde no faltaban los clandestinos, con vitrola sonora, que ofrecían niñas y mesas de juego, además de los "vituperios" alcohólicos. Don José María, sabio en dolores que trataba con música o yerbas indígenas según el caso, era una suerte de juez de paz cuando afloraba, inevitable, la violencia.

En vacaciones de verano, alcanzando cada vez más lejos a medida que el ferrocarril penetraba hacia los bosques y lagos del sur, los Barrenechea se ponían en movimiento. Más allá de Colchagua, hacia La Frontera donde convivía el indígena con el inmigrante europeo. Don Julio César, incluso, fiel al sino austral que portaba en la sangre, había perdido su soltería por esas tierras.

Andaba un día en Temuco, mezclando un negocio ferroviario con una crónica para El Mercurio –sobre la transformación de la joven ciudad gracias al emprendedor Teodoro Schmidt–, cuando en una tertulia en el Hotel Central se quedó mirando fijo, suspendido, a una hermosa mujer de ojos verdes, verdes y atigrados, de cuello señorial, quien, como si nadie le importara, hacía subir y bajar su voz con hondo sentimiento. Rabia, ternura, caían sobre su auditorio en un torrente de canciones y romances que, herederos de una antigua tradición hispana, tenían unos versos muy largos donde se describían con todo detalle amores enfermizos e ingratitudes que no merecían perdón de Dios. Don Julio César, alma de poeta al fin y al cabo, quedó en trance.

Ahí, ese día, comenzó a escribirse la historia del niño que sería poeta. Y cuya obra sería particularmente celebrada por su musicalidad... Como que tenía su origen en un literato que había quedado eclipsado ante una mujer afcionada al canto. Preguntó y supo que ella era profesora en Concepción –su mismo origen...– y que sólo estaba de paso, por vacaciones en Cautín. Poético era su nombre, Claudina Pino. Se le acercó y a ella no le pareció nada de mal este Julio César de tongo y perla en la corbata, poeta y periodista, amante de ferrocarriles, de voz llena, amigo de muchas cosas tan buenas como la palabra, la comida y la risa. Se reconocieron afines y se casaron pocos meses después.

Don Julio César dejaría correr la pluma a los pocos días, en su habitación, para dejar testimonio de su estado emocional:

No hai nada comparable en la existencia con la luz de sus ojos estrellados que derraman regueros de inocencia en cada resplandor. ¡Cuántos mortales no han sentido sus pechos abrasados por la luz de sus ojos celestiales! Son verdes, de pupila soñadora y cuando miran, irradiando amores tienen las explosiones de la aurora hablan de Dios, subyugan y arrebatan y a la vez que mitigan los dolores hacen llorar al corazón y matan.

Ella era hija de un señorito de Chillán, Ruperto Pino Gazmuri, el que, de leva clara y violeta en el ojal, desaparecía de pronto por varios días sin que se supiera dónde estaba. Al volver, encontrando la mirada azul y glacial de su esposa, la que al verlo sólo decía "Pero Ruperto...", él se iba indignado por tan fría recepción. Cuando murió, habiéndose gastado todos sus bienes en la vida bohemia que llevaba, ella puso un hotelito en Concepción, sólo para niñas estudiantes.

Muy alta, muy blanca, de océanicos ojos azules, enérgica y de religiosidad católica militante y combativa, su presencia llenaba un salón. A sus discípulas las instaba a estudiar, estudiar mucho, porque el matrimonio para una mujer dependiente era la peor de las desgracias. Su hija le heredó los grandes ojos claros y, de tanto oírla, el mismo gusto por las canciones de amores trágicos, celos fundados, infidelidades imperdonables. Tal vez por ella, además, tomó la decisión de casarse con un hombre –como Julio César– tan amigo de sus amigos, de la poesía y el canto, pero casero. Nada de bohemias de amanecida, nada de ausencias misteriosas. Un hom-

bre de familia, un jefe del clan sentado a su propia mesa, de hombres y mujeres iguales ante Dios y la ley.

¿Que no era eso lo que promovía su famoso Partido Radical?... Ya pues... Y así fue como el niño poeta gozó de una casa abierta, donde siempre hubo espacio para otro puesto a la mesa, con un Julio César y una Claudina –o Coya, en familia–, de cabecera, respetados por parejo. E igualmente amantes del arte.

Para el niño sólo eran poetas su padre y los amigos de él que llegaban a la casa, como Samuel Lillo, Víctor Domingo Silva o Andrés Silva Humeres. Mucho se indignó cuando un joven visitante, Rubén Azócar –futuro autor de *Gente en la isla* ambientada en Chiloé y Premio Municipal de Poesía, de quien sería muy amigose declaró poeta en el salón. Le pareció un abuso del título, una ilegalidad, el robo de un escudo de armas.

El matrimonio Barrenechea Pino partió en el Barrio República, el que tenía un ambiente muy heterogéneo. Entre el clásico almacenero italiano –Don Giuseppe–, mansiones palaciegas cercanas y el conventillo donde vivía un gásfiter cuyos hijos eran campeones de box, el barrio era una sociedad completa, en miniatura.

El campo nunca estuvo muy lejos, era imposible olvidarlo. Llegaba cada ciertos días, a veces en la forma de un cordero que –¡oh, espectáculo!– se faenaba en el patio de más atrás. Como hijo mayor, o para que fuera conociendo el mundo, el niño poeta debía partir con los cueros sanguinolentos, chorreantes, a venderlos calle abajo. Esas primeras incursiones distantes, en solitario, hacia el mundo más popular que emergía al poniente del barrio, tenían un atractivo adicional; en el camino había unas tabernas, muchas veces de puertas abiertas iluminando de noche la oscuridad de la calle, en las que unas gordas enormes, hipnóticas, cantaban las tonadas y tonadillas más célebres de la época, como las de Paquita Escribano. Palabra, voces, en las calles del barrio. Como en su casa, y en Codegua y en todas partes.

A España se le había perdonado el bombardeo de Valparaíso, el de 1865, y estaban de vuelta sus actores de zarzuelas, su música, su pintura, luego de casi medio siglo de hostilidad cultural, período en que había penetrado muy fuerte lo francés, lo italiano y algo de la cultura alemana. Pero el nuevo arte joven, más lejos de París y más cerca del paisaje austral, volvía a acercarse a lo español por la cultura popular y campesina tradicional, mundos donde nunca se había olvidado la matriz hispana.

Por entonces, en las largas noches de invierno, el niño se entretenía buscando monólogos, piezas teatrales, que él mismo dirigía mientras actuaban, entretenidas, las empleadas más jóvenes de la casa, campesinas inmigrantes a la ciudad.

A veces, aún de noche, acostados todos, también reaparecía el sur. Se oían unos cañonazos y los muros de la casa vibraban. Eran botellas de chicha de manzana que, venidas de Codegua, Concepción o Temuco, almacenadas en el repostero, hacían saltar sus corchos por la fermentación.

Creció el niño poeta en varias casas de tres patios, una tras otra, porque la familia se mudaba periódicamente sin que nadie pueda explicar porqué. El sector, por fortuna, era siempre el mismo, el de Santiago Poniente, entre la Avenida Portales, la calle Salvador Sanfuentes y la Avenida Brasil.

En el Barrio Brasil la mayoría de las veces, donde todas las casas se parecían. La fachada siempre muy europea, al igual que el primer patio embaldosado, con sus salones de pesados muebles de estilo. Perfumado el segundo, el florido patio de la vida familiar al que rodeaban los dormitorios cuyos postigos se abrían cada atardecer por refrescarse y capturar la fragancia del jardín para la noche. Salvaje e indómito el tercero, el de la huerta y las bodegas y la cocina, territorio de las empleadas venidas desde el sur y en el que pareciera revivir la geografía y la flora de la Araucanía. Se recorre la casa como quien avanza en la historia, desde el puerto de origen, impecablemente extranjero, hacia las tierras vírgenes del interior. El rostro es francés o inglés, el patio florido español, y al fondo late el misterio de lo indígena.

El poeta no olvidará ese barrio, especialmente la primera cuadra de la Avenida Brasil ya que en ella vivieron en tres casas distintas. Al pasar por esas calles verá siempre la figura de su padre, pesada y afectuosa, conversando con los que, además de vecinos eran amigos –Lillo, Gana, Edwards Bello...–, o conocidos como Augusto D'Halmar. Los ve elegantes, ingeniosos, sabios. La Plaza Brasil los convoca a todos, bañándolos para siempre en su memoria, en cada atardecer de octubre, con una luz dorada en la que los cuerpos parecen navegar. El tiempo era infinito, dilatado, pleno, inagotables los temas de conversación a la caída de la tarde hasta que los interrumpía, con su trote irregular, el cojo encargado de encender los "chonchones" del alumbrado público.

En las noches de verano, maravillosamente claras de estrellas, la luna se elevaba sobre la fragancia de huertos y jardines, sostenida por sus aromas, para cruzar la atmósfera tan fresca y oscura como un océano. Luna de los cielos del sur... Hasta que la llegada del amanecer, sonoro de cascos de caballos y ruedas de carretelas – hora de lecheros y bohemios, periodistas y panaderos– echaba a andar un nuevo día. Con el restallar de los látigos, el reclamo de un vecino malhumorado, el patinazo de un caballo en los adoquines lustrosos.

Es el mismo Valle Central de Chile, pero humanizado al interior de la ciudad. Con cuatro estaciones precisas y un clima privilegiado que permite pasear en las plazas o trasnochar con las ventanas abiertas durante largos ocho meses, sin apuro. Algún crítico dirá que la poesía de Barrenechea tiene algo oriental en su sabio disfrute del mundo, en su goce lúcido y sensible. Pero, más que oriental, es hija de ese mundo. Una visión, clara y agradecida de lo perfecto del valle y su luz; lástima tener que morir y, por lo tanto, tener que abandonarlo algún día.

En un medio orgulloso de sí mismo, en paz con el mundo, creció sin envidias ni resentimientos, sin arribismos ni rencores. Creció como un pájaro, feliz de la vida. El niño poeta hablará con los seres vegetales de la plaza y los huertos, en un diálogo interrumpido en el Renacimiento por el hombre que dejó de creer en signos y señales, y que por entonces comenzarán a recobrar algunos poetas.

Sin propósito, con la naturalidad del niño que se abstrae, absorto, ante la presencia sublime de un árbol de tres siglos, oscuro tronco, que se pierde arriba en el follaje. Luego de los paseos canta su poesía como la del caminante que, al llegar a lo alto del monte y sentado a mirar el valle, rompe a cantar sin pensar en auditores.

La familia, muy católica, daba gracias a Dios. En Semana Santa, tal como en los días de la Colonia, se hundían en el silencio que se apoderaba de la ciudad toda; hasta los caños del agua se abrían con más cuidado para no sobresaltar el duelo. Con abstinencias estrictas, muy largas para un niño, el hambre se saciaba con historias de miedo... Que ése que vivía en la otra cuadra murió en un ahogo violento por intentar comer, ante sus propios hijos, una chuleta de chancho en pleno Viernes Santo. Que aquélla se vistió con su vestido nuevo de color barquillo, como si se alegrara de la muerte del Señor, y apenas llegó a su casa...

El orden de los días se altera en Semana Santa, la fantasía latina se adueña de la ciudad, casi pagana, y se vuelve supersticiosa. Cualquier ruido, como el cierre de una puerta, o la caída ruidosa de una cuchara, provoca el grito de la madre o la abuela materna:

-¡Silencio niño, cuidado, que Jesús está muerto!

No hay orden en este mundo, sólo Dios sabe porqué hace las cosas. Lo que triunfa al final, siempre, es el misterio. El poeta escribirá de la muerte, esa muerte que deja en oscuridad este mundo pero que permite saber, finalmente, qué es la vida y porqué existe el hombre. Sólo la muerte es dueña de las mejores respuestas...

Para siempre, toda la vida cada año, se encerrará en Semana Santa. En una oscuridad de postigos cerrados, de cortinas espesas, que le hará revivir mejor esos días de la infancia. Y que también vivificará su fe.

Si aprendió a gozar de la palabra poética y admirar el don de la oratoria en la política, también –y en esto se aleja de casi toda su generación– creerá en el poder de la palabra sagrada, la plegaria, la oración capaz de penetrar en el mundo espiritual. Así como su abuelo radical católico chocaría una y otra vez con las mayorías de su partido formadas por masones laicos, el poeta guardará, pero en privado, ese nicho al que se acerca solitario en cualquier momento.

No le gustó su primer colegio, el enorme caserón del Liceo de Aplicación cercano a la casa. Nunca olvidaría el primer invierno, de pesadilla, en una sala de vidrios rotos donde las tapas de los libros llegaban a crujir de tanto frío. Una vez repusieron los cristales pero los peñascazos de los condiscípulos los destruyeron la misma semana. Muchos alumnos tosían, semana a semana, todo el invierno, mientras el pálido profesor enronquecía intentando hacerse oír sobre ese coro disonante.

Manos moradas, rostros congestionados, narices rojas, niños crujientes por el papel de diario con que las madres o mamas los forraban bajo la ropa, algunos no soportaban la estación maldita que cobraba una cuota de alumnos cada año. Todo era guerra entre las mujeres y la muerte, pero los niños, indiferentes, no tomaban partido. Ellos sólo eran espectadores, irresponsables, hasta el día en que alguno era guardado en un blanco ataúd. Calentados cada mañana, envueltos en lana tejida en casa, los niños descubrían la crueldad del frío en cada invierno.

Pero después olvidaban todo, con los primeros soles. La primavera no era un invento de los poetas, era la vida, la de verdad, inundada de color, luz y movimiento, con aromáticas explosiones de flores. Aunque los sabañones los hicieran llorar, instalados tras las orejas, entre los dedos de las manos o los pies, provocando picores insaciables...

A veces se queda en la casa, porque cualquier mal se demora en soltarlo. Le quedará para siempre la casi certidumbre de la muerte cercana, la sospecha al mirarse la lengua en el espejo, la muerte como alguien cercano, ese dedo de hueso de la Muerte escogiendo, cada invierno, un niño en cada colegio. Vivirá con intensidad, día a día, como si cada uno fuera el último. Poesía lúcida y despierta la suya, de enfermo desahuciado. Tan agradecido al cielo azul, un poco de brisa refrescante, un rayo de sol cálido iluminando la cama con su esperanza.

El doctor, el tío Manuel José, no ayudaba mucho a pesar de su fama; se instalaba a conversar del país, del partido, olvidando el tema de la visita. Un día, estando don Julio César en los huesos por una bronconeumonía, tras una animada tertulia se levantó para despedirse y sólo entonces pareció acordarse del enfermo:

-Mejórate pues, hombre...

Al niño, cuando ya se pudo desplazar solo por la ciudad, lo cambiaron al Instituto Nacional donde terminó la primaria y cursó la secundaria. Fue ahí donde tuvo a Samuel Lillo de profesor. Después de un trabajo, éste dictaminó que Barrenechea era un poeta.

Éste se defendió, pensando que le quedaba enorme el título, ante lo cual Lillo se ofuscó por entender que la condición era menospreciada, tomada como un insulto. Había que aceptarlo:

-Bueno, soy poeta...

La familia estaba instalada por entonces en la calle Salvador Sanfuentes número 2231 del Barrio República. La casa, típica de la época, era alargada hacia el fondo, de un solo piso, y ocultaba su alma de adobe bajo una gruesa capa de estuco republicano. Justo al frente vivía Joaquín Díaz Garcés, periodista famoso bajo su seudónimo de Ángel Pino, por entonces director del Museo de Bellas Artes. Por algún motivo, oscuro para el niño, a veces llegaban los universitarios en grupo e inventaban consignas, gritos, frases mal intencionadas contra Díaz Garcés. En la familia le tenían simpatía. Alcalde de Santiago en los días terribles del terremoto de 1906, don Julio César lo conocía bien porque "Ángel Pino" era otro de los fundadores de El Mercurio y de la revista Pacífico Magazine, dos de las publicaciones de Agustín Edwards.

Mirando el niño por la ventana, contagiado por la molestia de su padre ante los estudiantes, el futuro poeta aprenderá a desconfiar de las turbas sin liderazgo, de las masas sin una misión que encauce sus energías, siempre prontas a causar desmanes y des-

LOS LÍDERES HISTÓRICOS DE LA FECH

La persecución del gobierno de Juan Luis Sanfuentes contra los líderes estudiantiles le hizo admirar su coraje y asomarse más allá de los muros del mundo infantil. Hasta entonces, de los estudiantes sólo conocía sus gritos contra el vecino Díaz Garcés, cuando se apostaban frente a su casa, jóvenes portadores de caos y desorden...

Pero ahora, las palabras de Víctor Domingo Silva, las guerras civiles narradas por Orrego Luco, el futuro del que hablaban el padre y sus amigos, ése que habría de nacer cuando aumentaran los generosos de espíritu, se encarnó para él en esos arriesgados oradores universitarios. Llevado por su padre, al que acompañaba como hijo mayor, le tocó asistir al asalto de las tropas a la sede de la Federación de Estudiantes, la FECH, y nunca olvidaría esas imágenes violentas, en especial la brutal golpiza que le propinaron a su presidente, Santiago Labarca.

Nació en él una honda simpatía por esos adolescentes que, a pesar de recibir tantos empellones y palos, frágiles ante la policía armada y montada, eran capaces de elevar la voz y denunciar al gobierno. La muerte del estudiante Julio Covarrubias Freire la sintió en carne propia, como si se tratara de un amigo, aunque nunca lo conocierá.

A Santiago Labarca lo había oído, aunque no lo escuchó en la famosa Convención de la Alianza Liberal para elegir el candidato presidencial. En ese día, que cambió la historia de Chile, el joven fue decisivo. Al plantearse el nombre del patriarca Enrique Mac-Iver, una vez más, fue Labarca quien se levantó para oponerse a la mesa del partido: "En esta obra no hay sino un hombre al cual deben mirar los chilenos, el señor Alessandri...". Logró seducir al auditorio, y ése fue el candidato.

Estudiante de ingeniería, cojo y frágil de físico, Labarca era pura fuerza interior. Al tomar la palabra se transformaba, sus ademanes se volvían seguros, elegantes, y la voz, débil al inicio, iba tomando cuerpo hasta hacer vibrar de emoción a los oyentes. Un pequeño establo, cercano a la Alameda, le permitía vivir consagrado a la FECH gracias a la venta de su leche.

Barrenechea también aprendió a admirar a Pedro León Ugalde, otro presidente de la FECH de la época. Desde uno de los balcones de la sede saqueada y destruida, éste acusó al gobierno de Sanfuentes por el asesinato del joven poeta José Domingo Gómez Rojas. Su discurso, lleno de fuego y ajeno al peligro, dejó electrizado al joven poeta. Labarca, Ugalde eran las nuevas voces de una generación de recambio en el Partido Radical, los portadores de una sensibilidad distinta, menos moderada, más apresurada. Desconfiaban de Alessandri por sentirlo aburguesado, conciliador.

La de Gómez Rojas, el poeta mártir, fue la voz fundamental de esa generación. Era la más clara, lúcida y visionaria, imagen de un Chile nuevo que aún estaba muy confuso pero que él, poeta y profeta, parecía adivinar. El dolor y la rabia ante su sangre derramada fueron infinitos el día de su muerte. Ese día, de rojo, quedó bautizada "la juventud de 1920".

Bastaba haberlo oído poco antes –en el entierro de Alfredo Lobos, excelente pintor de apenas 27 años– para comprender su carisma. Este artista, como sus hermanos Alberto y Enrique, era hijo de una lavandera. Para vivir, los tres se turnaban atendiendo un local de lustrabotas en la calle San Diego. Miembros de la Generación del '13 –"la Heroica Capitanía de Pintores" – pintaban viejos caserones de campo, patios de huevillo, fuentes de agua, los escenarios del Chile Viejo. Eran muy queridos y el entierro fue masivo.

Fue Gómez Rojas el que elevó su voz en ese funeral, y sus palabras quedaron registradas porque pintaron esa mañana el espíritu de su generación:

"Nadie nos parecía más feliz que nosotros sobre la tierra fragante de rosas y bajo un cielo florecido de estrellas... Eramos locas e imprevisoras cigarras: de día nos gastábamos todo el oro del sol, y de noche, más pobres ya, toda la plata de la luna. Vociferábamos contra los burgueses, y 'nosotros los dioses', como nos llamábamos a nosotros mismos, supimos comprender entonces que nuestra virtud de juventud debía renovar el mundo; que el milagro de nuestra virilidad fecundaría los esfuerzos de nuestro brazo y daría forma plástica a las concepciones de nuestra mente".

Todas las generaciones dicen lo mismo, o algo parecido. Pero el sonido es siempre diferente, otro el acento. El futuro poeta Barrenechea vibra con ese nuevo son, más eléctrico, de horizontes más cercanos, que comienza a recorrer las calles de Santiago. La mayoría de esos jóvenes se alejará del reformismo del Partido Radical, por sentirlo insuficiente, y se hará anarquista como Gómez Rojas.

La originalidad poética de Barrenechea tiene, como toda creación, algunas marcas de origen. En su caso, derivadas de su padre y de los amigos de éste, de la reiterada presencia del paisaje de un sur que lo hará sensible al poder de la naturaleza, y también, como tercera fuente, de esa generación de 1920. De ella va a extraer una impronta libertaria –aunque no anarquista– que se prolongará en la propia, la de 1938.

Si los poetas del Centenario habían estado al servicio de Chile, cantando sus campos, indígenas, obreros, cielos y frutas, éstos van a querer la libertad de no estar en comisión de servicio. Ni siquiera por la patria. Quieren, como los europeos, oír sólo sus propias voces internas. Aunque varios, y tal vez la mayoría, olvidarán esa vocación después, con el fragor de las contiendas políticas y el antifascismo. Ése era el sueño virginal de los adolescentes de entonces, ansiosos de escapar a toda tutela. Muchos estuvieron muy cerca de militar en el anarquismo, y algunos lo hicieron. La vida les iría exigiendo compromisos y causas, pero en los primeros años, a lo Vicente Huidobro, el sello generacional fue libertario y de ruptura total. El surrealismo, el absurdo, la escritura automática, todo calzaba y coincidía con la prédica anarquista.

Para el Barrenechea adolescente serán Óscar Schnake y Juan Gandulfo, otros grandes líderes de la FECH de esos años, su puente más directo al nuevo sentimiento. No eran ideas ni ideologías lo suyo, era un sentir, una sensibilidad, algo que parecía encarnarse en los anarquistas rusos de comienzos de siglo, un dolor agobiante ante la miseria obrera que estrangulaba las ciudades, una impaciencia algo rabiosa para que la vida no fuera sólo un calvario para tantos millones, mientras la prensa seguía hablando de progreso, electricidad, higiene e industrias.

Los jóvenes no querían esperar.

Especialmente trató a Óscar Schnake Vergara, por ser parientes en lo materno –era sobrino de la abuela Matilde Contreras Vergara– y además porque éste, de tanto ir a Codegua en fines de semana –ahí se fueron conociendo, en ese poblado que también era indómito–, terminó casado con la hija de uno de esos matrimonios arreglados por Francisco de Paula Barrenechea; el del huérfano José María Contreras con la tía Elvira Barrenechea. La joven Graciela, nieta de Francisco de Paula, deslumbró a Schnake con su libre y poderosa personalidad. Muy buena moza, crecería para ser una de las líderes más notorias del movimiento feminista chileno. Rectora del Liceo 1 de Niñas –"bastión forjador de mujeres demo-

cráticas"—, en enero de 1939 asumió como alcaldesa de Santiago, la primera mujer en ese cargo. Tendrían cuatro hijos los Schnake Contreras, pero sólo sobrevivieron dos.

El poeta no olvidaría la frase sacramental del tata Pancho cada vez que caía un gabinete o se descubría un negociado: "¡Hay que nombrar un ferroviario!". Igual la repetía este Óscar Schnake, que luego sería unos de los presidente de la FECH, gestor de la CORFO, embajador en Francia y México, candidado presidencial socialista –renunció para darle el triunfo a Ríos y detener al general Ibáñez del Campo—, el chileno más inteligente del siglo xx según algunos admiradores. Por entonces, y a pesar de su juventud, Alessandri Palma permitió que integrara la Comisión Constituyente de 1925.

Mucho se seguirían viendo con Barrenechea, al ser doblemente parientes; ambos gozarían con sus encuentros y una larga amistad. Schnake, Gandulfo y demás líderes no eran violentos, ni fabricaban bombas como los anarquistas rusos. En cambio, recitaban poemas y difundían obras de teatro afines. Las "Vidas Mínimas" narradas por José Santos González Vera, las "Poéticas" de Manuel Rojas, pero muy especialmente los trabajos de Víctor Domingo Silva se hicieron populares entre ellos. Silva, con su temperamento volcánico y apasionado, y por su febril llamado a ponerse de pie y decir basta, parecía un adelantado de la época, un anárquico natural, innato. Autor de "La Marsellesa" chilena, de voz seca y estremecida, enfático como un profeta vidente, tenía la estampa seductora de un poeta romántico.

La muerte de Gómez Rojas dio forma a todos esos sentimientos y, además, hizo correr lo que siempre requiere un movimiento: la sangre de un mártir. La policía, en los mismos días, arrojó a la calle los libros que encontrara en la sede de la FECH, lo que fue otro acto de estúpida barbarie que ganó simpatías para los universitarios. Muy en especial en un poeta adolescente cuya casa destinaba su mejor mueble a los libros, una alta estantería acristalada que los protegía del polvo, ubicada en un muro al que no llegaba el sol directo.

Sobre los adoquines de la calle, pisoteados por los caballos de los uniformados, quedó en evidencia un universo; José Victorino Lastarria y Rubén Darío, Kropotkin y Marx, Verlaine y Mallarmé, la Mistral y la Ibarbourou... Una revista propia, *Claridad*, servía a los universitarios para difundir a autores como Víctor Domingo Silva, Pedro Prado, González Vera, Antonio Acevedo Hernández, Pedro Prado, y también voces nuevas que habrán de ser

muy significativas para el futuro poeta, las de Pedro León Loyola y Roberto Meza Fuentes.

Labarca, Ugalde y Gandulfo, los rostros visibles de esa juventud, acusados por el gobierno de antipatriotas y subversivos, debieron desaparecer de la circulación. Fue justo en esos días, de escepticismo ante "la guerra de don Ladislao" contra el Perú, la que se consideró como burda estrategia del gobierno para distraer a la opinión pública, Gómez Rojas –tal vez así selló su joven muerte– exclamó: "Patriotismo no significa amor a la guerra, sino amor a la Patria".

Detenido por la policía, en la cárcel escribió sus mejores versos. De ojos oscuros e incisivos, irónica la boca sensual, el poeta ocultaba una infancia misérrima que lo dejó con una salud débil. Sometido a castigos carcelarios, de aguas heladas, se quebrantó. Apenas trasladadado al manicomio, la muerte puso fin a sus sufrimientos.

Ya no se lo vería por la Avenida Matta, donde discurseaba en el Café de la Julita. Muchos obreros preferían pasar la noche ahí, oyéndolo, soñando despiertos, antes que caer, como su cuerpo se los pedía, en la cama a dormir. Él fue quien se movilizó para que las obras del modesto y tímido Antonio Acevedo Hernández –futuro Premio Nacional– llegaran por primera vez a un escenario. Amante del teatro, por sí mismo y como medio de propagación de los ideales del anarquismo, ideó una Compañía Dramática Chilena para actuar ante ricos y pobres, destinada a presentar obras que hablaran "al corazón del pueblo". Alcanzó a funcionar un año y medio.

La policía lo tenía fichado. Por lo demás, sin ocultarse, pasaba noches enteras en la Casa del Pueblo, la sede de los anarquistas; era fácil seguirle los pasos. Estaba siempre ahí, o en el Café de la Julita y en el de don Federico, también éste en la Avenida Matta, al que acudía para difundir sus ideas por ser otro lugar concurrido por escritores y obreros de vanguardia. La belleza de la Julita y el carisma de don Federico, éste un hombre espontáneo que no incomodaba ni a los más tímidos obreros, eran los ganchos respectivos. Gómez Rojas, líder nato, iba de un local a otro explicando los sucesos de Europa, el despertar del pueblo ruso sojuzgado por siglos. Y anunciaba el amanecer de la nueva humanidad, la justa y fraterna. La tan esperada, la definitiva.

Muerto, asesinado, todo se oscureció. Su madre, hundida en la fatiga de unos ojos verdes que daban miedo, parecía ser la única que no se sorprendió. Tal vez había leído ya la muerte en la mirada de ése, su hijo único, tan soñador, y sin quebrarse se alejó hacia la calle Victoria donde vivían, de San Diego hacia al poniente. Sola entró a la modesta casita, no quiso compañía, a seguir soportando la vida.

El deceso generó un clima nuevo. Por vez primera en Chile se produjo la unión de los universitarios con los obreros. Don Julio César también fue a ver, con su hijo, el cuerpo de Gómez Rojas a la sede de la FECH. La multitud, lo más silenciosa posible, se desplazaba con inesperada delicadeza. El sonido de sus pasos, arrastrándose suaves por la Alameda, y el rostro del poeta difunto con sus manchas moradas, no los olvidó nunca el joven poeta. Regresó a verlo dos veces más, obsesionado.

Se aprendió un poema de Gómez Rojas, el que se inicia con un presagio, como si hubiese escrito –siempre profético– su propio responso:

> La juventud, amor, lo que se quiere, ha de irse con nosotros. Miserere. También la tierra lentamente muere con los astros lejanos. Miserere.

La única esperanza, para que el mundo siguiera girando, era que triunfara Arturo Alessandri Palma. En lugar de coleccionar estampillas de tierras lejanas, el niño maduró en adolescente y comenzó a pegar las estampas del candidato por todo el barrio, ansioso de propiciar el destino. Las empleadas domésticas también estaban con Alessandri, el que prometía un Chile más fraterno. Su himno se oía en las calles con frecuencia: "Una conquista haremos/ cielito lindo/ los radicales:/ que todos los chilenos,/ cielito lindo/ seamos iguales".

Una de las empleadas se aceró a la dueña de casa, la madre del poeta, y con mucha suavidad le anunció:

-Señora Coyita, como usted ha sido tan buena conmigo, cuando don Arturito sea presidente no le voy a pedir que me dé toda la casa. Sólo dos piececitas al fondo...

Todas las "chinas" adoraban a Alessandri, el que había prometido que, si llegaba a La Moneda, en Chile no habría una sola "china" más. Claro que él se refería a la palabra, despectiva, no a la función.

En *El Mercurio*, estratégicamente ubicado en la esquina de Compañía y Morandé, Agustín Edwards le facilitó al candidato uno de los balcones que miraba la Plaza Montt-Varas para que discurseara, lo que era esperado por muchos y temido por otros. Era tal

su poder de convicción que un coronel de ejército de apellido Phillips, opositor a su campaña, al salir de un local cercano y advertir que estaba hablando, murmuró:

-Ya está hablando ese miser....

Y partió rápido en dirección contraria. No fuera cosa que, como le había pasado a tantos, lo terminara convenciendo. Cuando se hizo realidad el esperado triunfo, Alessandri fue llevado en hombros a La Moneda, a los acordes del "Cielito lindo", rugiendo las masas con una alegría popular como jamás antes se viera en la capital.

La tensión había sido mucha, demasiada, y hasta el último momento. Casi hubo empate de electores, 179 para Alessandri y 175 para Barros Borgoño; pero el primero obtuvo más votos, 83.100 contra 82.063. Todo esto al culminar unas campañas de nuevo estilo, con marchas, manifestaciones y pendones, himnos y asambleas. La muerte de Gómez Rojas, el asalto a la FECH, el ataque incendiario que destruyera la Federación Obrera de Magallanes –también causante de muertos y heridos– todo había contribuido a un clima electoral álgido, decisivo. Nunca, por lo demás, se habían presentado dos contendores con propuestas más diferentes.

Alessandri era el primer portavoz de los intelectuales, de la clase media, del pueblo chileno. Lo acompañaba el hombre de las ideas sociales, Pedro Aguirre Cerda, su futuro ministro del Interior, un radical creyente en los principios del Derecho del Trabajo recién aprobados en el Tratado de Versalles. Su programa educacional, que pertenecía a Darío Salas, también del Partido Radical, postulaba la enseñanza obligatoria y gratuita para todos los connacionales... Era otra cultura la que entró a La Moneda ese día 23 de diciembre en que –Navidad a la puerta, Año Nuevo–, Alessandri Palma fue proclamado.

Hubo verdadero temor en las derrotadas filas de Barros Borgoño. Alessandri parecía un Balmaceda resucitado, pero más ardiente aún, revolucionario. Un populista, medio socialista, un bolchevique que podía arrastrar el país a quizás dónde. Pero los triunfadores sólo eran reformistas y el pánico de la derecha, según se vio con el paso de los meses, era injustificado.

Don Julio César no aceptó cargo alguno. Víctor Domingo Silva, que recién viajara por Argentina y Uruguay quedando encantado de esa América austral, pidió ser cónsul en Bariloche y luego en Neuquén. Allá, el futuro Premio Nacional de Literatura y Premio Nacional de Teatro seguiría escribiendo sin tregua. Luis Orrego Luco también se alejó, al nombrarlo Alessandri embajador en Colombia

por tres años, y luego en Uruguay. Federico Gana se seguía hundiendo en la depresión y pronto partiría, también, pero al otro mundo. Así, la tertulia de don Julio César sufrió mermas de importancia justo a la hora de las celebraciones, tras tantos años de espera.

Casi como si Alessandri estuviera maldito –según lo anunciaron antes de tiempo algunas señoras de sociedad– el gobierno se inició con tropiezos. El descubrimiento del salitre sintético terminó de hundir los precios del nitrato chileno y los obreros del norte, por miles, hambrientos y hacinados, con sus hijas vueltas prostitutas, ensombrecieron las calles de la capital. Esperaban todo del gobierno, éste era su última esperanza, que el propio y mítico "León de Tarapacá" los salvara, personalmente.

Allá en el norte, que se volvió tierra de nadie, un teniente del Ejército violó repetidas veces a una quinceañera, hija de un trabajador del salitre. Todo frente a dos de sus soldados y en presencia de la madre de la niña... Estallaron los desórdenes, rabiosos, y las fuerzas enviadas a controlar la situación dejaron 130 cadáveres. Alessandri no dio la orden pero el peso, la culpa y la sangre cayeron sobre él, sin misericordia. Era su gobierno, su fuerza pública.

Salió al balcón del palacio de gobierno a hablar, a defenderse. La multitud, levantados los ojos, aguardaba. Tanto habían esperado, no puede haber muerto tan rápido el "Cielito lindo". Algunos rezan, en voz baja. Él se concentra, fibroso, contenido, exaltado por dentro. Retrocede medio paso, como para tener a todos los que lo escuchan en su campo visual. Levanta el brazo derecho, como invocando el apoyo de los cielos, la energía del sol. Luego el otro, en postura de mago, de chamán. El silencio se prolonga, casi exasperante, hasta que su garganta estalla en una invocación:

-¡Conciudadaaaanoos!

Les habla, gesticulando, primero una mano al pecho, luego los brazos abiertos, unos pasos adelante, otros atrás. Invoca la justicia y la hermandad, recuerda todo lo que habrá de cumplirse pronto, lo que ya está anunciado y escrito, que los ancianos e inválidos también tendrán previsión, que los capitalistas y obreros se entenderán para construir el nuevo Chile, y que miles de maestros ya se preparan para educar todos y cada uno de los niños que lo habitarán en el radiante futuro.

No los mira. Sus ojos están clavados más allá, seguro del poder de sus palabras, sintiendo en las venas que están todos pendientes de cada una de sus frases. Su mirada se alza más allá de los cerros que rodean el valle, y a veces se eleva hacia las nubes que cruzan su cielo. Hasta que siente, intuye, que ha devuelto la fe a la masa, restablecido el orden.

La tormenta ha pasado pero deja, como todas, una estela de destrucción. La FECH, los anarquistas, los socialistas, todos los que lo apoyaron con algún recelo, están ahora convencidos de que sólo es un burgués, un reformista, no un verdadero amigo del pueblo. Y se alejan, paso a paso, de su gobierno.

No se deja vencer sin combatir. El mejor alumno de su época en la Escuela de Derecho, el funcionario que expulsaran de la Biblioteca Nacional, y luego de la del Congreso, porque en lugar de atender al público se abstraía leyendo sin pausa, el que llegó a tener un prestigiado bufete que no le impedía compartir la noche santiaguina con poetas y periodistas, pintores y soñadores, pagando cuentas sin titubear, el líder nato e innato, ha esperado por años este momento, la Presidencia de la República. Se siente, como lo bautizara su amiga, la escritora Inés Echeverría, "El Predestinado", el único que puede conducir al país a una nueva etapa de su historia, de la oligarquía a la democracia.

Todavía cuenta con la gente de centro, reformistas como los Barrenechea, que no lo abandonarán. Aunque don Julio César no aceptara cargo en su gobierno –preocupado del destino de sus contratos de ferrocarriles si los abandonaba mucho tiempo– el mandatario le mantuvo abierta la puerta de su casa. Por lo demás, para quien quisiera tratarlo en directo, Alessandri nunca dejó de concurrir con su perro "Tony" al Paseo de la Alameda, a la altura de la calle Vergara, donde había varios escaños y unos pimientos. De sangre italiana y vocación sociable, Alessandri necesitaba de la gente, el ruido, ver pasar las jóvenes, sentir correr su sangre, hablar con amigos.

Los atardeceres en ese paseo, la imagen del presidente con su perro –como un vecino cualquiera–, quedarían en la retina del poeta como trozos de un momento dorado de la historia del país, el que sería interrumpido, abruptamente, por la dictadura del general Ibáñez del Campo. Éste será el gobierno que lo hará madurar, y el que lo hace ingresar a la historia.

El que lo obliga a iniciar su camino propio, dejando atrás todo resabio de la infancia.

ADOLESCENTE DE LOS AÑOS '20

Ahora vivirá su primera etapa universitaria, el ingreso a la bohemia, sus años de descubrimiento del mundo y, al mismo tiempo, es cuando comienza a ser públicamente conocido. Con el triunfo de Alessandri Palma, la fiesta de los estudiantes universitarios fue especialísima ese año de 1920. Desde la primera, organizada cinco años antes por Salvador Necochea y Agustín Vigorena, no se veía tanta expectación. La gran figura fue el joven Roberto Meza Fuentes, un orador festivo, aficionado al buen comer, animador de incontables noches santiaguinas a lo largo de muchos años, las que, aunque era algo mayor, habría de compartir codo a codo con Barrenechea.

Años después, el poeta se metería en un lío por defender su compromiso de darle a Meza Fuentes su voto para el Premio Nacional de Literatura. Testarudo, aunque hacía falta su voto para desequilibrar un empate, y sólo él votaba por ese candidato, se mantuvo fiel a su palabra de caballero y a su admiración por este líder juvenil que, con el tiempo, muy pocos recordarían.

Pero él sí... Y es que Meza Fuentes fue, precisamente, el fundador de los diarios donde habló la célebre juventud de los años '20, esa primera generación que tuvo en Chile voz y peso político, tan influyente en el poeta. A través de las páginas de *Juventud y El Universitario*, siempre vestido de negro a la usanza, fue la voz oficial de esa generación a la que luego se integraría el sureño Neruda cuando llegara a estudiar a la capital. Con el tiempo, Meza sería catedrático permanente de Literatura en la Universidad de Chile y un gran conocedor de Rubén Darío, tal vez el mejor, convencido de que el nicaragüense era quien había abierto las puertas del siglo xx para América Latina. Consagrado Meza como el poeta oficial de esa histórica primavera de 1920, compuso las líneas que serían el himno de esas fiestas, de versos decimonónicos algo forzados todavía, dulzones:

Juventud loca y encendida y lapidada con horror, de tus heridas haces rosas, que llenarán todas las cosas con una vibración de amor.

El afiche de las fiestas lo dibujó Isaías Cabezón, quien muy pronto –en 1923– junto a Camilo Mori, Julio Ortiz de Zárate y algunos otros, convulsionaría el arte nacional. Vicente Huidobro, Picasso y Fernand Léger, desde París, celebrarían la exposición rupturista que organizaron los jóvenes vanguardistas ese año.

Cabezón, luminoso como su pintura, soltero eterno, bohemio, paseador de un París donde justamente se especializó en carteles y escenografías, también sería amigo de Barrenechea hasta su muerte. Sabía siempre del restorán nuevo, del dato barato, era el mejor experto en "picás". Y no sólo en Santiago, que llegó a conocer como nadie, sino –para desconcierto de los amigos– en otras ciudades donde viajaron, intuyendo, casi desde la salida de la estación del ferrocarril o del edificio de la aduana de un puerto, hacia dónde debían encaminarse. Era un perro de presa, pero de presas culinarias.

Ese mismo año, en la fértil revista *Claridad*, número 111, Pedro Prado –el hermano mayor de la cofradía del Grupo de los Diezpublicó una crítica al libro *Crepusculario* de un poeta nuevo al que le auguraba, desde ya y sin ambages, un porvenir brillante, Pablo Neruda. Este primer libro apareció con ilustraciones de Juan Gandulfo, estudiante de medicina y dirigente de la FECH, otro de los cercanos al anarquismo, amigo de Schnake.

A pesar de todo ese ambiente, al joven Barrenechea, casi más que los poetas, le atraen por entonces los discursos, la pasión encendida de los políticos, el fenómeno de los oradores en la Alameda electrizando multitudes. Pero también los viajes, lo exótico, el misterio de las tierras lejanas.

Tiene demasiados anhelos, inquietantes. No es raro entonces que, cuando le encargaran un trabajo de composición en el colegio –el Instituto Nacional– sobre el tema de lo que quería ser en el futuro, anotara que pretendía ser parlamentario y embajador. Después diría que en muy mala hora hizo públicas tales fantasías, porque algunos, irónicamente, comenzaron a llamarlo "el diputado". Otros, más perversos, lo apodaron "el diplomático".

Arturo Alessandri marcó el siglo chileno. En un país paralizado por una fuerte distinción de clases -como estaba sucediendo en casi toda América Latina-, pero aprovechando la ventaja nacional de tener varios buenos liceos repartidos por el país -Concepción, Chillán, Talca, Valparaíso, Temuco- forjó un espacio para la clase media y transformó la política nacional mediante la Constitución de 1925, obra fundamentalmente suya. Así logró que, frente al poder oligárquico, se alzara un fuerte poder presidencial.

Al comprometer al Estado en una clara defensa de los marginados y desposeídos, comenzó a hacer realidad las demandas de los artistas e intelectuales, los que, desde el Partido Radical, ahora también tendrán respaldo en el gobierno. Creó así un nuevo escenario para los poetas, filósofos, profesores, periodistas, antes marginados de toda forma de poder y representatividad. Aunque sin lograr darles trabajo, los reconoció, les dio dignidad y, en este ámbito, Alessandri fue el iniciador del Chile moderno.

Pero la revolución de septiembre de 1924, con una Junta de Gobierno respaldada por el Ejército y la Marina, puso fin a su primer gobierno. Los poderes fácticos nunca habían terminado de aceptar al "Anticristo", como también lo apodaban, y la suerte, por lo demás, no lo había favorecido. El "Cielito lindo" de Alessandri llegó a su fin...

Alessandri prefirió dejar La Moneda para evitar la guerra civil. Arturo Olavarría, el hombre de confianza del mandatario, quiso detenerlo, asegurándole que el pueblo estaría con él. Pero Alessandri, animal político, intuitivo, le respondió:

-No sea niño, Olavarría. Ya no hay nada que hacer. Estamos nadando en un mar de traiciones. Por lo demás, créame, si Balmaceda hubiera hecho lo que yo en este instante, no habría tenido necesidad de pegarse un tiro, porque a los seis meses habría estado de regreso en gloria y majestad. Acuérdese de lo que le digo: no pasarán tres o cuatro meses sin que yo vuelva a esta casa, a recibir el adulo de los que hoy me echan.

No anduvo lejos con sus cálculos.

Partió a refugiarse a la Embajada de Estados Unidos, a organizar su viaje en tren a Buenos Aires. En ese puerto se embarcó hacia Europa.

Pero antes, Alessandri logró publicar su Constitución, la de 1925, la que consolidó formalmente un fuerte poder presidencial frente al poder de la sociedad dirigente de base agraria, terrateniente. Además separó, sin conflictos ni cismas ni violencias como en otros países, a la Iglesia Católica del Estado. El nuevo Chile se inaugura en esos días, estatista y centrado en la clase media, el país reformista que se prolongará hasta los años '60, por casi medio siglo.

En 1925, la revolución de enero -de militares nuevamentelo hizo volver. Esto gracias a gestiones de Agustín Edwards MacClure, que convenció a los uniformados de permitir el regreso del líder porque ya todo indicaba que Chile caería en un baño de sangre, en una guerra civil, si la situación continuaba. El pueblo pedía su regreso, y también la nueva Junta de Gobierno. Sus competidores, los líderes reales, Ibáñez del Campo y Marmaduke Grove, a regañadientes, se resignaron.

En Italia, Alessandri se despidió de Mussolini, del Papa Pío XI, e inició el regreso, aunque su hijo Jorge se opusiera porque allá, aislados, habían compartido por primera vez una vida familiar, íntima, algo que nunca habían tenido en Chile.

Fue un día memorable cuando la ciudad de Santiago salió a recibirlo, unas 200 mil personas, algo jamás visto ni cuando regresara el General Baquedano al término de la Guerra del Pacífico. Una escena poética, inundada la Alameda por un océano de gente desde la Estación Central hacia arriba. Avanzó el tribuno entre las tropas que le rendían honores mientras las bandas militares atronaban el aire y las masas gritaban hasta enronquecer. El mundo volvía a girar, el sol a alumbrar el "Cielito lindo". La Alameda fue rebautizada: Avenida Arturo Alessandri.

Poco duraría tal nombre y el nuevo gobierno. El general Ibáñez del Campo, su archi-enemigo, ya se había enamorado del sabor del poder, del poder total. Y pronto, tan astuto y político como su oponente, lo conseguiría. Con sabor a dictadura.

Afortunadamente, el cambio de gobierno trajo algunos beneficios en medio de tanta decepción; se logró el rápido despacho, finalmente, de las leyes laborales y previsionales que el país requería con urgencia. El mismo reformismo de Alessandri continuó con el general Ibáñez del Campo, también opuesto a la oligarquía conservadora e igualmente convencido de que el país estaba en condiciones de dar un salto en su desarrollo. Aunque adversarios permanentes, durante medio siglo, los dos mandatarios fueron coprotagonistas de un mismo proceso de modernización.

La historia lo absolvió. Más allá de sus promesas, o de su demagogia, Alessandri mantuvo a raya los gérmenes revolucionarios, los estallidos sociales, y el país avanzó con cierto orden progresista. Lo dirá en una carta al historiador René León Echaíz: "Quise y reclamé para todos un mínimo de bienestar físico, intelectual y moral, levantar al de abajo sin abatir a los de arriba; pero busqué aquello en la armonía de todos, en la concordia y cooperación, principalmente en la armonía entre capital y trabajo". Ideas que tenían su origen en Francia, en el positivismo de Augusto Comte, representadas en Chile por José Victorino Lastarria, su iniciador, y desarrolladas por su mejor teórico –y maestro de Alessandri–, el radical Valentín Letelier. Éste fue autor en 1896 de un texto que remeció el país, *Los pobres*, en el cual denunció que "es nuestro egoísmo, es nuestra indolencia, es nuestra política de mera expectación lo que irrita y exaspera a los que padecen de hambre y sed, enfermedades e injusticias". Describe a Cristo como el mejor ejemplo de tal sensibilidad, por cuanto "impuso a todos la caridad, y trató de imponer a los propietarios la comunidad de bienes".

Sensibilidad que las novelas chilenas pioneras, como *Casa gran*de y el *Idilio nuevo*, de Luis Orrego Luco; *Juana Lucero*, de Augusto D'Halmar, y *El roto*, de Joaquín Edwards Bello, llevaron a la literatura y se compartieron en la casa de los Barrenechea, marcando profundamente al joven poeta.

Esa doctrina positivista niega la lucha de clases. Promueve la evolución, no la revolución. Llama a la solidaridad, como los maestros de las novelas rusas que tanto se leían en el Santiago de entonces. El positivismo contribuyó a que todos se interesaran en la geografía nacional, en los indígenas, en los rincones del paisaje. Hizo soñar a los creadores, sembró el deseo de develar la esencia de Chile en obras literarias y, de manera casi mesiánica y profética, se comenzó a hablar de un "nuevo Chile", mezclándose el socialismo utópico, el cristianismo evangélico y los eternos ideales de hermandad humana.

Era una cultura propia, aunque sus orígenes fueran ajenos.

Idealistas y románticos, todos sufren por los sufrientes y claman por una patria sin miserias ni dolores infamantes. Temen que si el pueblo no es oído, si su miseria no es paliada, el descontento explote de manera irracional y destruya la sociedad entera. No puede haber tanta distancia, reclaman, como la que denuncia Joaquín Edwards Bello en *El roto*, su novela clásica, donde figuran dos mundos que se desconocen: "Las casas grandes y hermosas, con cúpulas y terrazas, le intrigaban sobremanera; creía adivinar en sus interiores la vida fastuosa de esa gente blanca, limpia y elegante que pasea por la Alameda en la parte de los graciosos jardincillos".

Esa obra remeció el ambiente, porque era fuerte y casi sin esperanza: "En las luchas de la vida, que eran nada más que una cacería en la cual el grande se come al más chico para el mejoramiento y continuación de la especie, el roto, fuerte, inteligente, audaz, temerario, sucumbía irremediablemente por las condicio-

nes en que vivía y la falta de educación. El extranjero, y los nacionales que más tenían de extranjero, se lo iban quitando todo poco a poco...". La poesía y la política se entrelazaron, pareciendo indisolubles, dos caras de una misma medalla. Los poetas son del Partido Radical, los ideales de los radicales son poéticos...

Además de las fiestas de la primavera, y de las fiestas cívicas cuando salió elegido Alessandri Palma y cuando volvió al país, estaban las privadas. Barrenechea tiene apenas 15 años en 1925, pero se ha elevado a metro ochenta de estatura y tiene una mirada intensa en sus ojos oscuros, una "mirada de fuego" según escribiera su coetáneo Héctor Fuenzalida. Parece mayor, porque es un adolescente que ha vivido siempre entre adultos, acostumbrado a hacerse oír en sus tertulias. Es carismático, también ingenioso, de un humor rápido y festivo. La carcajada le ronda cuando se sienta a una mesa, amigo del comer, el tomar, de la conversación. Ya lo buscan y lo invitan, por su rica compañía. En paz con su familia, su país, consigo mismo, irradia placer de vivir.

Pero la muerte, siempre la muerte, paraliza todo, interrumpe todo. El padre... Eran tantos sus libros que don Julio César tardaría mucho en descubrir que otro de sus hijos, el bohemio Javier, sacaba ejemplares para venderlos en los locales de compraventa de la calle de San Diego para así tener unos pesos para sus salidas nocturnas. Se dio cuenta el día en que quiso ver el Azul, de Rubén Darío, inconfundible porque el nicaragüense se lo había regalado con una dedicatoria... y ya no estaba.

A él no le gustaban los recitadores de poesía. Para nada. Pero el poeta, entusiasmado con Berta Singerman, un día logró que lo acompañara al Teatro Municipal. Apareció ella en el escenario. Sola, única, resplandeciente de belleza joven, soñadora. Fue dejando caer su voz, sin falsos acentos, natural, fresca, hasta culminar en la "Marcha Triunfal" del padre del modernismo, Rubén Darío. Ambos se unieron a la ovación y el padre miró al hijo, algo irónico:

-Ahora lo comprendo.

Ésa fue la última salida, grata y perfecta, de las tantas que existieran desde los días infantiles cuando el padre lo tomaba de la mano para llevarlo al Parque Cousiño. El año aciago de 1925 trajo esa muerte, el ascenso al poder del general Ibáñez del Campo, el fin de la niñez, el paso brusco a la madurez. La partida de don Julio César fue larga, tras dos años de una enfermedad que le provocaba intermitentes y agudos dolores de cabeza. Vivían todos en la familia con la angustia, la sombra permanente, de llegar un día a la casa

y encontrarlo muerto. El niño que fue, ahora adolescente, revivía la inquietud de cuando temía que una guerra, un enrolamiento, se lo llevara.

Y así ocurrió, de repente. En la mañana pasó a verlo, le comentó con indignación que un primo, médico y literato, la noche anterior había declarado en público que Samuel Lillo era un simple versificador y no un poeta. El padre se unió a la molestia del hijo por el ataque al amigo. Fue la última conversación. Se despidió el poeta poniendo la mano en la cabeza del padre, sintiendo lo suave que tenía el pelo, como de un niño.

Hubo algunos que no aceptaron esa muerte. Y entre tanto amigo artista y fantaseador se echó a correr una leyenda. Que don Julio César –que era masticador célebre, insuperable– había enfrentado al "Buitre", crédito de Cautín, al quién come más. Y que lo había derrotado, después de un sinfín de empanadas, cazuelas, gallinas, asados de vacuno, cuando llegó la hora de los melones y las sandías. A raíz de ello, por excesivo, luego de tres días agónico, pasó a mejor mundo. Le habría gustado mucho el cuento a don Julio César, morir con las botas puestas, por causa de un festín...

Ahora estaba el poeta, solo, ante la vida. Línea final de lo ancestral, desde el lejanísimo Pedro Ángel de Concepción, casado con doña Gabriela; y su hijo Pedro, el teniente coronel patriota y diputado del Laja; y Francisco de Paula, el de Lo Barnechea... Y ahora va quedando solo, ya no está el abuelo Francisco, ni el padre, sólo los hermanos y las hermanas que lo miran como si él fuera el padre nuevo que tiene que hacerse cargo de todo. Enfundado en un traje oscuro con banda negra, parece de veintitantos.

El espigado adolescente tuvo que asumir el rol de "hombre de la casa", pensar en cómo ayudar a la debilitada economía familiar. Afortunadamente, el principal contrato que manejaba don Julio César por entonces, el de proveer de carbón y durmientes al Ferrocarril Militar Puente Alto-El Volcán, estaba vigente. Como don Julio César llevaba todo por escrito, cada detalle cuidadosamente anotado, la madre pudo seguir adelante con él.

Ella fue la roca que mantuvo el barco a flote en esos años. El poeta tendrá muy clara la importancia de tal presencia femenina en su vida, de ese amor incondicional que lo salvará de los estragos de una bohemia universitaria que vivió sin miradas ni reproches gracias a su condición de hombre de la casa. Así lo reconocerá en el poema "Rienda perdida":

Miguel Laborde

Madre, asísteme en esta hora en que la rienda está perdida. Tú, que eras la montaña mía cuando en tu falda me dormía. Dame tu triste fuerza blanca para mi ser a la deriva.

Hacia el medio del poema enumera situaciones:

Sé que por darme el aire tuyo, de respirar te dejarías.
Si hasta la tierra me faltara, siempre tu mano encontraría. Si los caminos me perdieran por tus jazmines volvería.
Si mi alimento me faltara, tu tibia leche volvería.
Madre asísteme en esta hora en que la rienda está perdida.

En alguna hora oscura en que está escrito, angustioso el poema, el final es un grito entrañable:

Negra montura, negra espuela, estribo negro, negra brida, con el caballo desbocado miro hacia el punto de partida. ¡Qué lejos, Madre, en esta hora, en que la rienda está perdida!

Su poesía es elemental, puramente humana, hija del siglo xx. No da clases de moral, no oculta sus miedos y debilidades, es el ser desnudo el que así escribe. Tampoco busca lo heroico y lo grandioso, ni lo mágico y milagroso. Barrenechea escribe como un hombre de la calle, que le habla a su madre, a su hermano, al amor o la muerte. Como los romances y canciones populares que oyera frecuentemente cantar a su madre, o como la poesía popular que conociera en Codegua. Es la suya una voz de la sensibilidad, de la emoción.

Ibáñez del Campo, el "enemigo" familiar, era todavía el presidente de la República. El mismo militar que había hecho asaltar la casa de los Alessandri apenas alcanzado el poder, el deportador de Eduardo Alessandri a la Isla de Pascua, el que detuvo al resto de los hijos del mandatario, el mal visto... En el pequeño Santiago de entonces, donde todos eran conocidos, se sabía que los Barrenechea eran alessandristas militantes, totalmente opositores a Ibáñez. Sin embargo, correcto el general, tuvo a bien prorrogar la vigencia del contrato ferroviario y, al principio, con las mismas entradas pero menos gastos –era rumboso el padre, amigo de mantener la casa abierta– hasta mejoró la economía doméstica.

Tiempos de nuevas inquietudes, de hacerse hombre. Muy cerca del Barrio Brasil, en la entrada de la Avenida España vivían unas hermanas de trenzas rubias, alumnas del Universitario Inglés. Eran el lujo del paseo de la Alameda, hadas nórdicas escapadas de un cuento, el mejor adorno de la ciudad según les parecía a los quinceañeros. De familia extranjera, atléticas –lo que no se veía en las santiaguinas de los años '20– pasaban raudas en sus bicicletas, de improviso, dejando mudos a los jóvenes, con el corazón en la garganta. Las niñas chilenas no daban esos espectáculos, tan físicos, tan corporales. Barrenechea, que ya sentía preparado para los amores imposibles, comenzó el cortejo bajo los balcones.

Fue tal la indiferencia que hasta el desdén era preferible a esas miradas transparentes, vacías de emoción. Se trasladó el grupo de amigos a pasearse por Eleuterio Ramírez, la calle de vida nocturna, perpendicular a la de San Diego. Querían ser vistos, piropeados, celebrados, aunque fuera por las dudosas discípulas de la Flor María. Sentirse hombres deseados, con los primeros cigarrillos colgando del labio inferior, peinados a la gomina, con un traje propio para salir de noche, ojalá cortado por un sastre de renombre.

Y tener una chaqueta oscura y un pantalón Oxford claro, para bailar el charleston; mirarse en los espejos poniendo cara de Rodolfo Valentino, o de Ricardo Cortez al menos; aparecerse de noche por el Bar Zeppelin, las patillas cortadas en forma de pluma, bastón con la cacha en el hombro, y defender a muerte los últimos cinco pesos que eran la cuota de un malón o de un baile en la terraza del Santa Lucía.

Eran los tiempos del *shimmy*, del *one step*, del tango de treinta y seis figuras, del eterno vals. Arriba en el cerro, las alumnas de la Escuela Normal eran mucho más asequibles que las niñas "bien" de la Alameda. Al menos, les respondían y no andaban con chaperona.

Con sus dos hermanos hombres conformará, al crecer todos, un trío casi autónomo; se bastaban entre ellos. Julio a la cabeza, el mayor; luego Javier, que vivió rápido y de noche, especial y dotado, que se tragó la vida en pocos años, brillante y complejo, corriendo tras una muerte temprana; y Manuel, de humor rápido, lúcido, irónico y cargado de una ternura ácida, recitador de poesías y cantor de tangos, bueno para las tertulias largas, muy querido por todos los amigos del poeta que lo verían crecer. Viven una adolescencia a carcajadas, con la risa abierta en todas las muelas, sin sombras.

Javier también alcanza a publicar un libro, Rascándose el poto, muy de época por su ansia de reírse de todo y de todos:

> Gente que era sana cayó en este mal por rascarse el culo se enfermó Vidal.

Escuchando cuentos de Pedro Urdemales se rascaba el poto don Diego Portales.

Tomando unos tragos en el Quitapenas se rascaba el culo Vicuña Mackenna.

Haciendo sus crónicas sin dar un resuello se rascaba el culo Joaquín Edwards Bello.

Renegando a gritos su suerte tan loca rascábase el poto Don Pablo de Rokha.

Creando sus versos con su cara de Buda se rascaba el culo el Bardo Neruda.

Leyendo los diarios casi en una esquina se rascaba el culo el Ñato Molina... También Claudio Arrau eximio del piano se rascaba el culo a veces a dos manos.

Cantando muy fuerte todo el ay, ay, ay se rascaba el poto el tenor Vinay.

Gente que vivía muy cerca del Laja en grupos compactos se rascaba la raja.

Y los que pernoctan allá en Zapallar se rascan sus culos a orillas del mar.

Y los que residen allá en Talcahuano sin menor escrúpulo se rascan el ano.

Y los que jugaron siempre a las carreras rascáronse el culo ...la vida entera.

Así seguía, larguísimo, deleitando incluso a los aludidos porque nada había de agresivo en el tono. Era humor, puro humor. La ciudad era hermosa, con sus calles empedradas para caminar las noches. Grata la vida, alegres los amigos, abundante el vino. Chile, un buen lugar para vivir. Los hermanos compartieron el mismo humor disparatado. Que no era sólo lucidez, no sólo el placer juguetón de tener la inteligencia activa; era también su filosofía, una postura ante el mundo. Una aceptación, con coraje, de la vida con sus sinsabores.

Todo esto irá asomando en la poesía de Barrenechea, una poesía de vida y muerte, sin términos medios, casi feroz de lúcida o a veces de una ternura insospechada, emotiva. Como lo dijera Heráclito hace tantos siglos, en el amanecer de la poesía, "el tiempo es un niño que juega". Así viven los Barrenechea, sin hacer carrera ni buscar fortuna; porque la vida es irracional, tiene un sentido que cuesta encontrar, es misteriosa y disparatada. Hay muertes que

jamás podrán aceptarse, injusticias sin castigo alguno, traidores que no merecen vivir, triunfos de la corrupción, actos de barbarie que jamás serán comprensibles...

Todo es absurdo, un disparate. Cualquier día se muere uno, es mejor gozar el día, la noche, el año, lo que se tiene entre manos.

Para cultivar este humor se requiere inteligencia, capacidad de juego y, muy especialmente, el don de reírse de uno mismo. Y es por eso que los tres hermanos se ven tan libres cuando avanzan por la vereda, dueños de una soltura envidiable. Se ríen de todos, pero de ellos también.

Ahí está, incubándose en esa adolescencia, otro rasgo básico de la poesía de Barrenechea. Sigue un camino único, personal como lo destacaran todos los críticos de la época, que no rinde pleitesía a ningún maestro vivo o muerto, porque la poesía le brota de adentro. Desde esa libertad para vivir y morir, gozar o entregarse, ganar o perder. Vital.

Ajeno a los arrebatos de la locura –no será un poeta malditoy también de las pasiones violentas –es un hombre del siglo xx, sutilmente escéptico– camina por el mundo con ojos nuevos, sin prejuicios, curioso de saber, después de todo, cómo es el hombre y cómo es el mundo. Tal vez en ese siglo xx no podrá saberse qué son el hombre y su mundo. Pero, por lo menos, hay que saber cómo son. Y eso hará su poesía, dar testimonio de lo que ve, de su mirada observadora. Los discursos, las proclamas de la generación anterior, ya no son suficientes para darle un sentido a su vida. Tiene que, con sus ojos y sus palabras, construir en la poesía un mundo más propio.

La empresa no era intelectual, de bibliotecas, sino vital. De amigos, de amores, de espectáculos, de música y naturaleza, viviendo lo que trae cada día con su larga noche.

Les gustaba el box a los tres hermanos, lo que también era un gusto nuevo en el país. Todos cautivados, poco después de la Primera Guerra Mundial –en su generación– con la pelea entre Georges Carpentier, el francés y héroe de la guerra, contra el norteamericano Jack Dempsey, norteamericano desertor. El bueno y el malo. La vieja cultura europea contra el arrogante imperialismo yanqui. Chile entero se quebrantó en el cuarto round, cuando Dempsey noqueó al europeo. Otro disparate, no hay caso, lo imposible sucede, la vida es absurda.

Por entonces los hermanos hacían footing en la Quinta Normal, para tener la resistencia adecuada –aunque la abuela gritara que el box era "cosa de rotos" – porque el futuro poeta había sido desafiado por "el coño Casanova"; que era más alto, más fuerte y mejor pegador. Con experiencia, además, porque ya se había subido a un ring. En el Liceo José Victorino Lastarria fue la pelea, a tres rounds, Casanova lo dejó amarillo, color que con el paso de los días se transformó en morado.

El poeta no dejaría de admirar, muy sinceramente y desde entonces, a cada chileno que se encumbrara en el box, a todo aquel que alcanzó alguna notoriedad en un arte tan misterioso; Manuel Sánchez, Heriberto Rojas, Juan Beiza, Clemente Saavedra, Lucho Gómez, Vicentini, Santiago Mosca, Loayza, Arturo Godoy, Godfrey Stevens...

Aunque su escenario natural era la Plaza Brasil –por entonces vivían en la esquina de Huérfanos con Maipú–, no podía dejar de darse unas vueltas por el barrio enemigo, en esa Plaza Yungay que acogía desde escritores amigos de su padre como Augusto D'Halmar y Joaquín Edwards Bello hasta jóvenes brillantes y coetáneos como Félix Schwartzmann. Y también a bellezas que atrapaban la luz que caía entre los árboles, las inmortales fugitivas que lo iban seduciendo en cámara lenta, cada mes más.

No posa de intelectual ni colecciona libros. Cree en la poesía libre, espontánea, que llega cuando se le ocurre. Aunque sea un literato, no podría haberse sentado a construir una novela, o a trabajar la precisión de un cuento. Cuando siente, escribe al paso. Es un artista.

Siente, luego existe.

LOS NUEVOS BOHEMIOS DE CHILE

Para un chileno amante de las letras –pero que necesitaba darle apoyo económico a la madre y a los hermanos menores–, no había entonces más posibilidad que estudiar Derecho. Y esa senda tomó el poeta, optando por la Universidad Católica porque su horario de clases le dejaría tiempo para trabajar.

Sólo un año estuvo ahí. Salió sin arrepentimientos porque encontró amigos para la vida como Raúl Marín Balmaceda y, especialmente, Fernando Orrego Vicuña, el fundador del museo de su abuelo Benjamín Vicuña Mackenna; el que, años después y en nombre de la Academia Chilena de la Lengua, devolvería a Nicaragua la visita de Rubén Darío a Chile. Justamente esos amigos, y el descubrimiento de una bohemia joven, en trasnochadas de amanecida con gente de su propia generación, lo llevaron a faltar muchas clases. Y por esa falta de asistencia... a perder el año.

Pensaría, más de una vez, que el cuarto de punto rebajado por esa causa le cambió el destino. Porque se fue a la Universidad de Chile, y en ella se formó, encontró maestros inolvidables, se enamoró de la que sería su primera esposa... Llegaría, incluso, a escribir el propio himno de esa casa de estudios, su "alma máter".

Desde ella aumentó su participación en la vida universitaria y nocturna de Santiago. Se volvió otro bohemio más, cada vez más familiarizado con la filosofía de la imprevisión nacional, que le fue pareciendo hija natural de lo sísmico del territorio. Diría alguna vez que los chilenos debieran recibir una bonificación del resto de los países del mundo por afrontar una vida de tanto riesgo, y en un rincón tan distante, obligados a ingentes gastos en pasajes para ir a encontrarse con los demás. Le parecía muy justificado, entonces, especialmente por las razones geológicas, que el chileno viviera al día, sin ahorrar, levantando obras siempre provisorias... Igual se desplomarán la próxima semana.

La consigna, la tradición, era una sola para todos los santiaguinos de entonces; un mes de sueldo adelantado, un mes de arriendo atrasado... La conoció bien, la hizo suya, y pudo haber sido otro más de los bohemios incapaces de organizarse una vida normal, como tantos escritores de su generación. Pero lo salvaron las responsabilidades familiares, las que lo mantenían con un ojo alerta en la ruta del deber. Por la familia mantuvo el rumbo, los horarios, una disciplina.

Eso sí, igual vivirá sin tomar medidas ni cautelas, sin juntar ahorros, arrojado a la vida. Los óleos que aparezcan en sus muros serán los que le regalen los propios amigos artistas, o los que compre a algún pintor en crisis alimenticia. Lo mismo los libros, los que constituirán una biblioteca escogida por amistades –todos dedicados– más que por temas o autores. Son cuadros y libros hijos de los afectos, testimonios de tertulias, recuerdos, trozos y testimonios de su vida que irán ocupando muros y estanterías.

En las tardes, fuera en el paseo de la Plaza Brasil o en el de la de Armas, a esa edad era fácil enamorarse de todas las niñas. En la primera circulaban el amistoso Samuel Lillo y Carlos Préndez Saldías, dos personalidades literarias de la época, con las que era grato departir. A Canut de Bon lo encontró en ella un día y el artista le pidió 800 pesos prestados, nada menos, todo un sueldo de la época. Tal vez así iniciaba sus famosas conquistas amorosas el escultor, seduciendo por la osadía, pidiendo lo imposible...

No tenía tanto Barrenechea, pero en recuerdo de su padre le ofreció dos pesos y además lo llevó a almorzar al Club Coquimbo y Atacama con la condición de que le prestara el sombrero, su prenda romántica, única en las calles de Santiago. Radiante el escultor, frente a una docena de huevos fritos y una botella de tisana, levantó los ojos al cielo del restorán y exclamó el consabido "ahora creo en Dios". Lo que sonaba extraño en sus labios, los del hijo del padre de los canutos.

Santiago era una ciudad pequeña, donde la Plaza de Armas, igual que en provincia, era llamada "la plaza". Como se mantenía el paseo de los jóvenes en una dirección y las niñas en la contraria, en la vitrola de la plaza giraban dos discos de sexos según el poeta Clemente Andrade, y en las tardes se podía salir a cazar pantorrillas con las escopetas de los ojos. Un viejo de apellido Lillo, al parecer inmortal, hacía perchas con alambres de cobre sentado en uno de los escaños. Bajo un árbol filosofaba Pedro Pablo Álvarez, alto y muy delgado, pobrísimo; su miseria lo obligaba a disputar las migas de pan con las palomas. Todo tenía su lugar en ese orden universal.

Pero a veces todo parecía absurdo, menos romántico y perfecto que para los utópicos amigos de su padre. Si ellos habitaron un mundo más mágico, hijo de la imaginación y capaz de hacer entrar espectros y musas en sus versos, Barrenechea preferirá afrontar la desnudez de los nuevos tiempos. Hijo del naciente siglo xx, necesita ver la piel y el hueso, saber en qué consiste cada ser y cada cosa. Incluso, él mismo.

Esto no era tema en la generación anterior, tan ajena al autoanálisis, a preguntarse qué es el hombre. Barrenechea, en cambio, llegará a decir que él, en el fondo, era un investigador de sí mismo. Vivirá, entonces, el desconcierto del hombre moderno. Pero a su manera, sin caer en la angustia existencial ni en la crisis permanente, sin jugar con la locura. El desconcierto, privado, visible en alguna de sus poesías, nunca le impedirá el placer de vivir.

En la universidad le tocó vivir el apogeo de las festividades estudiantiles, el triunfo del sol en el mes de octubre, el rumor de fondo de ciertas músicas olvidadas, el amanecer de ritmos cada vez más violentos. Es el fervor de los locos años '20, que brotó en todas las naciones occidentales. El arte, la edad de la juventud, la belleza, las noches, todo lo asaltará en agitado desorden.

Pero logra mantener el equilibrio, a pesar de todo. Mientras algunos amigos pierden la brújula al ver al hombre como un posible dios, o eventual demonio, él se mantiene sereno; es un humanista cristiano. Un creyente, aunque no sea piadoso, en que si no hay justicia en este mundo igual está la esperanza del Otro Mundo para corregir los defectos de éste. Por lo mismo no le interesó el panteísmo, tan cercano a los poetas agnósticos o descreídos de la época. El mundo, tal como es, le parece suficientemente esplendoroso. No hace falta atribuirle poderes mágicos ni voluntad propia.

Esa serenidad interna lo caracteriza, lo distingue. Ni cínico ni desesperado, ni romántico ni intelectual, ni contemplativo ni exaltado. Aunque muy pronto se reconoce en él a un líder, tampoco aspira a ser profeta ni sacerdote. Parece poseer un secreto, una clave, que irradia ante los demás como una fuerza. Tiene el carisma de los que se sienten en paz consigo mismos, lo que le atrae amistades y respetos. Algo que seduce, atractivo para ambos sexos. Es el carisma del hombre de acción, no del intelectual de bibliotecas.

Por su éxito anual, la Fiesta de los Estudiantes fue transformándose en fiesta de la ciudad y, entonces, como signo de su éxito, cambió de nombre; se volvió Fiesta de la Primavera. Tenía su afiche anual seleccionado –de Isaías Cabezón tantos años–; una canción recitada –gloria de Ricardo Meza Fuentes más de una vez–; farándula y velada artística; carros alegóricos... Un espectáculo completo, que arrastraba a la capital durante toda una semana en cada primavera, culminando todo en los corsos que cruzaban la ciudad

por calles y paseos que eran enclaves del Santiago de los años '20, como la Avenida República y la Quinta Normal.

Dos bailes crearon los estudiantes, el del Club Hípico y el del Santa Lucía. En todas las calles y barrios centrales los vecinos fueron contagiándose, los ricos encargando disfraces a París, los pobres improvisando algo, y hasta los rateros de la ciudad –tiznada la cara con un corcho quemado y amarrado un trapo rojo— le tomaron el gusto a la fiesta disfrazados de "apaches". En una ciudad programada y rígida, la libertad de transformarse en desconocidos, aunque fuera sólo una vez al año, se hizo necesaria. Los desconocidos se podían relacionar, hablarse... porque no se reconocían. Eran los mejores días de la temporada social.

Suponía un gran esfuerzo colectivo de los estudiantes, tanto de imaginación como de producción. Cierta vez se disfrazó uno de presidente de la República y en las cocheras de La Moneda se consiguió los landó para llegar, con todo el "gabinete en pleno", con un doble de cada ministro. La imitación, caricaturizada, de los principales hechos y personajes políticos era lo más esperado del evento, y alimentaba por semanas a las revistas satíricas. La velada en el Municipal era importante también, por la coronación de la Reina de Belleza luego de semanas de contiendas en favor de las candidatas. Con la belleza entronizada, para eterna satisfacción de su familia y condiscípulos de facultad, terminaban las fiestas.

Los estudiantes conocían bien el Teatro Municipal porque esos años de pasión por la ópera les habían enseñado a soportar largas colas en la calle para entrar a la "claque", sin pagar. Capaz como era de reírse de sí mismo, y aficionado al género luego de tantas funciones a las que asistiera desde la infancia llevado por la abuela Matilde, el poeta fue comparsa en múltiples ocasiones, corriendo el riesgo de equivocarse en el escenario al sufrir algún pánico escénico. Todo con tal de ver las esbeltas artistas tras las bambalinas, el mundo mágico de las escenografías, la emoción en los rostros antes de empezar. Su constancia le valió reemplazar a un cantante, nada menos que en "La Bohème". Aunque toda su participación se limitaba a responder a Mimí, cuando ella pregunta por la dirección del pintor Marcelo:

-Eccola.

El poeta nunca se perdería esta ópera en los años venideros, en distintos países. Esperando atento, cada vez, el momento en que su "sucesor" pronunciara la palabra inmortal...

Los primeros años de las preparatorias los había realizado en el Liceo de Aplicación, en su propio barrio, antes de pasar al Instituto Nacional. No los olvidó –a pesar del frío que pasara– porque de ahí salieron amigos inolvidables, poetas algunos, con los que se encontraría en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile: René Frías Ojeda, Mario Servat, Raúl Cañón, Óscar Waiss (su primer editor...), Hernán Cañas Flores y Augusto Santelices.

Por entonces, ya universitarios, Barrenechea, Frías Ojeda -futuro intendente de Santiago en tiempos de Salvador Allende- y Santelices -autor de *El Imperialismo yanqui y su influencia en Chile*-, volverían a ese liceo a revivir el Centro de Ex-Alumnos. El grupo preparó una obra de teatro que luego presentaron en el Aula Magna, "Su amor de la provincia". Con texto de Frías y Santelices, Barrenechea fue su director. Los tres actuaron, más dos ex-alumnos y dos amigas que se requerían para sendos papeles femeninos.

Esos ensayos teatrales harían historia. Con estas prácticas y otras similares comenzó a gestarse un gran movimiento teatral universitario ahí, en la Chile y en la Católica, que alcanzaría su auge en los años '40 con obras experimentales de vanguardia que no tenían lugar en los escenarios tradicionales, testimonios de la nueva sensibilidad, más áspera e irónica.

De todo el grupo, el primero en ingresar al mundo oficial de la poesía fue Raúl Cañón, en su calidad de secretario del Círculo Latinoamericano de Artes y Letras, institución que dirigía Vicente Aguirre Errázuriz en el Salón de Actos de *El Diario Ilustrado*.

Cañón llevó a Barrenechea a tal círculo. Sintió éste que, literalmente, ingresaba así al Olimpo. Su emoción no podía ser mayor. Luego de leer su trabajo en sesión solemne, y debido a la indesmentible calidad de sus poemas –se le explicó–, le sería suprimido el engorroso trámite de ingreso. En el mismo momento, de inmediato y por aclamación, Barrenechea fue aceptado como nuevo miembro del círculo. El comienzo no podía ser más auspicioso para el novel poeta, aún desconocido.

Salió pisando nubes. El centro de la ciudad le pareció el lugar más hermoso del orbe y anduvo celebrando con cuanto amigo encontró en su recorrido, hasta que al final despertó a su madre al llegar a la casa de amanecida.

El lunes siguiente, puntualísimo, estirado a la plancha, nuevamente en el salón abarrotado, otra sesión; y un nuevo candidato, Enrique Valdivieso. Nueva aclamación, ingreso sin más trámite, todo lo mismo del lunes anterior... Era parte de un rito semanal, ideado por su astuto amigo Raúl Cañón, futuro mago de la imagen corporativa, que así rejuvenecía y vitalizaba la modesta institución. Barrenechea no se quejó. Primero, porque hermanos y amigos tuvieron tema para reírse a carcajadas por varios días. Y también, porque ahí pudo conocer mejor a Pedro Sienna, Américo Vargas, Benjamín Morgado, todos grandes personajes de la escena o de las letras chilenas de entonces, y a varios del movimiento "runrunista", tendencia literaria que le llamaba la atención.

Del grupo de amigos prosiguieron asistiendo Frías Ojeda, Augusto Santelices y Raúl Cañón, todos interesados en la poesía del absurdo; Frías se estrenó con "El volantín de cemento". Con poemas similares hicieron presentaciones, visitas a la prensa, hasta exposiciones de su arte de vanguardia. En un acto poético ofrecido en el Club de Señoras, la presidenta, doña Delia Matte, se retiró indignada al ver llegar al grupo vestido para jugar tenis, con raqueta y naranjas.

Visitó el círculo el crítico y poeta español Enrique Diez Canedo, ante quien presentó Eduardo Robles, uno de los miembros, su epigrama a la ciudad de Santiago, convencional y romántico:

> Aquí donde la cordillera cambia en mujer toda su nieve, cada rostro es un cielo breve, y un relámpago azul, cada mirada.

A través de los poetas ecuatorianos Rafael Vallejos y Rafael Aguilar, que también vivían en Santiago Poniente, festivos ambos, muy musicales y de cuerda larga para soportar trasnoches, se acostumbró Barrenechea –todavía de 18 años– a las tertulias literarias hasta el amanecer. Todo por leer y comentar textos, mientras mantenían el cuerpo con algunas papas fritas y muchos "canelazos" a la ecuatoriana, de aguardiente, canela, azúcar y agua.

En una de esas tertulias apareció un día el libro *U* de Pablo de Rokha, que contenía ese largo poema recién publicado. Se trataba de un ejemplar dedicado a Neruda, aportado por éste mismo a la tertulia, en el que las cercanías y las distancias entre los dos Pablos ya estaban presentes en esa dedicatoria de 1927: "A Pablo, su hermano en diferencias, Pablo"...

El festivo ecuatoriano Aguilar, tan importante como anfitrión, tenía sólo un poema, "Aviso en el diario de un poeta":

> Necesito una niña de quince años que me sepa bordar monogramas y pájaros en el lino del alma.

Lo que más apreciaban estos extranjeros, de toda la poesía chilena, era Las pagodas ocultas de Vicente Huidobro, obra que habían conocido y recitado en los parques de Quito, y que les había dado la seductora imagen de un Santiago de Chile moderno y rupturista. Con el mismo creacionismo huidobriano, que interesaba a todos los poetas de esa tertulia por la libertad con que nacían los versos, a veces jugaban también a escribir lo que les pasara por la cabeza, sin filtros. Descubrieron así el valor puro de las palabras, que, cuanto más incoherente era el resultado, más se perfilaba por sí solo.

Barrenechea jugaba con simpatía. Así como sentía recelo ante la ruta de los iniciados, el de los poetas que se pretenden magos o profetas, coincidía con los creacionistas en que había que inventar un camino que incluyera el absurdo, tal como en el teatro nuevo. Había que explorar, sacarse el peso de los tontos graves, hasta que surgiera algo fresco, inesperado, que lo expresara.

Aunque él no hacía lo mismo en las obras propias... Su poesía era la del lenguaje claro del agua, o la del misterio de los astros, pero con los ojos abiertos; sin escritura automática, sin buscar impactos.

Como los arquitectos de la Bauhaus, que comienzan a promover algunos amigos en el Chile de entonces, hay que mirarlo todo con los ojos desnudos, como si nunca se hubiera visto algo similar, partir de cero. Por eso le escribe versos a la camelia pero también a la centolla.

Por lo mismo, no busca los escenarios ni colecciona discípulos seguidores de su estilo y tendencia; a él le viene bien su poesía, así le sale, es lo suyo y punto. Alguien lo verá sentado en una vereda compartiendo una damajuana con unos maestros de la construcción, con el mismo entusiasmo y humor con que se aparecía en las tertulias de poetas. Nadie sabe qué es "perder el tiempo"; nadie sabe dónde está la pérdida y dónde la ganancia. Sólo cabe que cada uno, por sí y ante sí, siga su propio camino.

Y, más que su pensamiento, que obedezca a su sentimiento...
Por eso no se se apura. Lo único seguro es el sol, la fraternidad de los amigos, el vino, la belleza de las mujeres, una mesa suculenta, conocer paisajes nunca vistos... Intuye, y es lo único que siente saber, que las claves están en la vida cotidiana, en la calle. No en los arcanos secretos de una secta, ni menos en los pomposos discursos

de una asamblea.

Si hay una verdad nueva en el siglo xx, será simple y abierta, universal. Si hay que encontrar el paso secreto que lleve hasta alguna Tierra Prometida, el que lo haga deberá, como los bíblicos, abrir camino para sí y para toda su tribu, con mujeres, niños y ancianos. Todos juntos.

De ahí que su poesía será todo menos críptica, todo menos hermética. Clara y abierta como el pan, para cualquiera. Incluso habrá algunos poemas suyos que pronto entrarán fácilmente a las antologías escolares por su diáfana y transparente musicalidad.

Pero también, hijo de su tiempo, sabe que está solo en el mundo. Con coraje acepta el desafío y no rehuye la soledad. Por el contrario, hombre de fe, le pregunta a qué viene, le tiende el oído para oír su mensaje...

Como los chamanes antiguos, valora el diálogo interno, el estado contemplativo, el que requiere palabras de poder. Pero no se encierra. Escribe y luego vuelve a los suyos, se une a la fiesta, a compartir lo descubierto. Con otros, siempre con otros. De signo Piscis, con el símbolo de un pez en cada dirección, en él conviven un solitario y un gregario. En curiosa, pero coherente, armonía.

Por entonces se inicia la cadena de sucesos que lo lanzó a la palestra pública. El primer suceso fue por un detalle muy menor. En la universidad había un Club de Estudiantes, con financiamiento oficial, pero su actividad era muy pacífica porque los jóvenes, luego de algunos sucesos violentos, se habían acostumbrado a no hacer ruido, a evitar conflictos y represalias. La combativa FECH había sido disuelta a palos y no se olvidaban sus muertos en la calle.

El rector Daniel Martner, entusiasmado con tanto orden, concibió la peregrina idea de que los estudiantes usaran capa y gorro, como en Europa. En el Salón de Honor de la universidad, al presentarse el proyecto a los alumnos, Barrenechea pidió la palabra y habló en contra. El rector lo hizo callar pero el alumnado, en el frío salón, tomó nota de su gesto, con el que todos estaban de acuerdo, y de su coraje.

El Centro de Derecho tenía una revista, *Llamas*, y el poeta aprovechó el medio, con sus amigos, para publicar dos textos propios; darían a conocer uno de Santelices y otro de Barrenechea, "La lección sobre Maud". Poco después, volviendo ya de mañana tras una fiesta larga en una quinta de San Bernardo, antes de acostarse abrió *La Nación* dominical para leer la crítica literaria de Alone, el pontífice único por ese entonces. Se refería a un poema, que comenzó a leer.

Lo fue reconociendo, sin poder creerlo; era el suyo. Alone lo celebraba con entusiasmo y concluía su crítica con una frase promisoria: "En un ambiente semejante y de manera parecida, amaneció la poesía de Pablo Neruda". Durmió muy bien...

Llegaron entonces las vacaciones, el viaje al sur, con más tiempo de escribir. Roto el corazón por una hermosa alemana de Valdivia, rubia de trenzas y piel de durazno, se fue a recuperar al campo de un primo recién casado, en las cercanías de Victoria. Era un gran fundo, de la esposa en realidad, la que lo había heredado de su primer marido, un bruto célebre en la región.

Éste había sido un mujeriego violento, maldito en todo Cautín, que administrara la zona con mano de hierro hasta el día en que conoció a esta santa mujer, muy delicada, que pareció apaciguarlo. Se casó con ella y por dos años viajaron los dos por Europa y algunos países del Oriente, mundo entonces lejanísimo y fabuloso. De vuelta al fin, cuando todo parecía presagiar una vida nueva, doméstica y ordenada, a las dos semanas apareció una mujer con dos hijos del hacendado. Venía a quedarse y el bruto la acogió. A las pocas semanas llegó otra, y luego otra, y otra, hasta que fueron once.

¿Las había llamado?

El hombre era supersticioso, así es que decidió que la esposa debía comer aparte, para no ser trece a la mesa. Y como la amaba a ella, la más fina, se acostumbró a encerrarla con candado para que no se fuera a contagiar con las otras que eran algo ordinarias... Galopando se estrelló, de cabeza, contra un árbol que lo detuvo en seco. Sólo así pudo la mujer salir de su esclavitud, y la zona volvió a la normalidad como si se hubiera roto algún encantamiento medieval.

El primo, con la agradecida mujer, era más que feliz; y ella con él. Lo recibieron encantados, felices de la compañía del pariente santiaguino.

Y él pudo escribir de ese mundo, del de afuera y del que traía por dentro. Así escribe en "Evocaciones":

El adorable sol dorado doraba más tu cabellera. Yo te tenía entre mis brazos, gavilla viva y adorada. El beso nuestro entre los oros ardió con lenta llamarada. Saltaba el trigo de los cascos. Dorada nube de la era. Y perseguido por el viento, giraba el círculo de yeguas...

Es un mundo inocente, joven, propio de sus 18 años, pero que anuncia el que irá germinando hasta explotar unos años después con poemas tan notables como su "Campestre", en el que se funden la vocación y el mundo, el hombre y su entorno, en plena armonía:

Yo he venido a estos campos a desnudar las rosas y a quedar con las manos punzadas y olorosas.

Yo he venido a buscar la fuerza de los cerros y a quedarme dormido al compás de los perros.

A llevar una aureola de luz como los santos, y a abrir con la mañana la jaula de los cantos.

A fustigar el agua del arroyo incansable, y a entregarme en los brazos de las tardes amables.

Yo he venido a quitarme mi corbata que sueña con ahorcarme algún día con sus dedos de seda.

Y a sacarme este peso de edificios y calles para hundirlo en el verde profundo de los valles.

Yo he venido a mirar el viento en el manzano y alternar con los bueyes tratándolos de hermanos.

Yo he venido a morir y a nacer nuevamente. A morir y a nacer celebrando mi muerte.

Ese mismo año -1928- apareció el *Chilenos en París* de Alberto Rojas Jiménez, libro testimonial de la bohemia de los compatriotas en Europa, la que era tan festiva de juergas y orgías como patética en su pobre economía, al borde de la miseria. Ser artista era una vocación que requería renunciar a todo, hasta el último peso, en un acto de santidad civil. La "Carta océano" abrió en Chile las puertas de una nueva poesía, y fue ese Rojas Jiménez, para Barrenechea y muchos otros, el líder natural de la modernidad nacional; el que había encontrado lo que se andaba buscando, tanto y más que Huidobro. De ahí que muchos lo cantaran tras su joven muerte, como Neruda que le rindió homenaje en su "Alberto Rojas Jiménez viene volando"...

Literalmente, a Rojas le gustaba volar, Y así lo conoció Barrenechea por entonces, estando una día de sobremesa en el célebre restorán "El Jote" de San Pablo al llegar a Bandera, donde iban también Tomás Lago, Roco del Campo, Ortiz de Zárate, Cruchaga Santa María y algunos otros. De mesa en mesa, saltando, apareció Rojas Jiménez.

Barrenechea, parroquiano, estaba con el poeta José Miguel Latorre. Por encontrarle cara de judío, Rojas Jiménez se arrodilló ante éste y lo saludó como "Rex Christi". Era espontáneo, fresco, una novedad en persona.

También muy pobre. Bebedor constante, la Sociedad de Amigos del Arte sería –casualmente– la culpable indirecta de su muerte. Para colmo de coincidencias, en la propia Posada del Corregidor –en la antigua casona de la familia materna del poeta Miguel Serrano Fernández– se había fundado la mentada institución, con una gran fiesta donde los elegantes sentados a las mesas eran los amigos del arte, y los parados en las esquinas, los pálidos y marginados, los que se mantenían tímidamente en los oscuros umbrales, eran los artistas. Un día, en ese lugar, como no tenía Rojas con qué pagar las cervezas consumidas, le sacaron la chaqueta en castigo y lo empujaron fuera. La lluvia, el frío, le causaron una mortal bronconeumonía.

Muerto de puro pobre, el adelantado de Chile.

Las finanzas propias tampoco andaban boyantes para el joven poeta, lo que a veces le preocupaba. Por lo mismo, cuando sonreía la fortuna la alegría era doblemente grande. Un amigo solidario era Alberto Cumplido, conocido como el autor de las mejores escenas en las veladas del Teatro Municipal durante las Fiestas de Primavera. Un día en que Barrenechea andaba mal del bolsillo, y se encontró con él en el centro, Cumplido lo convidó al Papá Gage, al que se atribuía el mérito –además de haber tenido a Rubén Darío de parroquiano– de inventar el "bistec a lo pobre". Se comieron unas empanadas con vino tinto –el único verdadero según el poeta–, y después Cumplido lo invitó a su departamento para mostrarle sus últimas esculturas.

Luego de mirar las obras, el anfitrión se sentó al piano y tocó tres veces la "Apassionata" de Beethoven, dejándole así el cuerpo y el alma plenos. A mayor abundamiento lo citó para el día siguiente; ahí le prestaría algo de su cuenta de ahorros para que afirmara sus finanzas. Un milagro.

Barrenechea volvió a la cita, llegó hasta la puerta, levantó la mano para golpear, pero algo lo detuvo. Creyente en sus intuiciones, se alejó. Le tocaba viajar al sur. En el tren nocturno, acostado en el coche dormitorio, desde una cama de altos oyó una voz que decía al amanecer: "Se mató Alberto Cumplido"...

No se había dado muerte a sí mismo. Fue de accidente, de accidente generoso, llevando auxilios en un avión a la terremoteada ciudad argentina de San Juan que había caído casi completa, causando muertes sin número. Apenas quedó en pie la histórica casa del escritor y político Domingo Faustino Sarmiento, cerca de la plaza, la única de adobe. Era muy querido Cumplido, un alma grande. Había sido gobernador de Isla de Pascua, a la que llegara sin instructivos ni reglamentos pero cargado de novelas y poesías; decidido a hacer patria. Le tocó custodiar a Marmaduke Grove, el preso político, revolucionario vitalicio, a quien llegó a rescatar un barquito... El gobernador Cumplido, la máxima autoridad del lugar, se entusiasmó con el viaje por los mares del sur... y se fugó con los fugados.

Todos juntos llegaron a una isla de la Polinesia donde, precisamente, el rey era chileno. Gozaron cada atardecer, con los saltos de las ágiles y flexibles isleñas que, entre risas y al crepúsculo, se perseguían de roca en roca. Cumplido recordaría después, en fríos amaneceres santiaguinos de bohemia trasnochada, esas historias de soles brillantes. Todos quedarían en silencio oyéndolo, llenos los ojos, el corazón, de las doradas y alegres adolescentes de piel oscura. Y ahora había muerto, uno de los noctámbulos más generosos de la ciudad. Uno de los que, con su bolsillo, mantenía el equilibrio social y la esperanza de que sí era posible un mundo mejor.

En esa época de recursos escasos, en que la casa familiar consumía todos los ingresos y sobraba poco para restoranes, una variante para vivir la noche era salir con Guillermo Acuña Zañartu, un amigo que merodeaba por los bares vendiendo libros. Se sentaban a una mesa los dos, y después partía Acuña a vender algo para salvar el consumo. No fueran a responderle mal o con descortesía –era muy sensible– porque entonces sacaba una voz corajuda y rotunda para aclarar que él no era un cualquiera, era "un Acuña Zañartu"...

No podía el poeta dejar de pensar, al vivir tales momentos, en el bisabuelo Francisco de Paula, el fundador de Lo Barnechea que tuvo casas y tuvo tierras; y en el tata Pancho y en don Julio César, su padre, a quien le habría gustado tanto ser propietario, y que había muerto sin cumplir su deseo. ¿Qué le traería su propio destino?

La viuda y los hijos -Julio el primero, por mayor- veían a veces, con espanto, que el ingreso del mes no alcanzaba para el arriendo. Los golpes de Absalón –el cobrador– retumbaban en las habitaciones como si fueran las trompetas del Juicio Final. Luego se añoraban sus golpes porque, pasados unos meses, el bíblico Absalón era reemplazado por un frío y desconocido receptor que traía, en fatídico silencio, una orden de lanzamiento... Había que correr, agenciárselas, para convencer y calmar a Absalón.

¡Cuánto aplaudió el poeta a Gabriel Amunátegui, amigo de muchas noches, cuando en una manifestación en el Caupolicán éste se levantó para lanzar un grito de guerra astuto y populista, "¡Arrendatarios del mundo, uníos!", lo que arrancó estruendosos aplausos y vítores en la atestada platea.

Partió a Peñaflor el poeta, un día, para conocer a un boticario que había sido compañero de pensión en Valparaíso del gran Rubén Darío. No fue fácil ubicarlo, pero finalmente llegó frente a él. Contaba el hombre que, en los mismos días cuando el célebre poema "Azul" se gestaba en el alma de Darío, el nicaragüense dormía en el suelo sobre papeles de diario, y a veces despertaba agónico de hambre, frío, nostalgia, de todo. Pero, afortunadamente, la dueña de la pensión lo quería, al verlo tan débil y necesitado. Con unas monedas, unas "chauchas", partía Darío a tomarse un par de vasos de aguardiente. En ellos encontraba el calor caribeño que su piel reclamaba, y el brillo que sus ojos perdieran con los helados vientos del invierno austral.

Barrenechea llevaba a la casa todo cuanto ganaba, lo que no era mucho. También se mantenían algunos contratos ferroviarios, pero en franca disminución. No le costaba echar mano al bolsillo a solicitud de su madre, entregar lo que tenía, aunque rogando para sus adentros que quedara algún sobrante, un vuelto, una vez hechas las compras. Muy joven, cualquier restito hacía una noche. Y una noche era todo, la eternidad...

El insigne Juvenal Hernández, el rector de la Universidad de Chile que elevó la casa de estudios a la categoría de centro de investigación y extensión reputado en toda América Latina, le ofreció una solución ideal, el cargo de archivero. El poeta, con su genio libre, podía trabajar cuando y como quería. Ideal. Hernández, que lo conocía, le indicó su tarea:

-Aquí tiene usted su escritorio; ésta es su ocupación; pero, ante todo, lo más importante es que escriba y publique usted un libro...

Juvenal Hernández, el gran rector, fue el padrino más directo de su primer libro.

EL PINTOR DE MARIPOSAS

El poeta Julio Barrenechea no asistió al lanzamiento de su primer libro, publicado a sus 21 años de edad. Por entonces,1931, la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo lo tenía relegado en el norte, y fueron sus compañeros de universidad quienes decidieron darlo a la luz pública. Incluso, generosos, fundaron una editorial con ese propósito, la Minarete, de muy corta vida pero que cumplió su propósito. Esos amigos financiaron la publicación, vendieron los libros. y, con disciplina, sorprendiéndolo, le enviaron en un giro el producto de las ventas. Así apareció *El mitin de las mariposas* en Santiago, su libro inaugural de poeta, valioso para sus coetáneos como testimonio de la nueva sensibilidad.

Quien hizo de cabeza de toda la operación fue Oscar Waiss, compañero de curso, judío brillante y emprendedor, el único capaz de crear una empresa con sus insufribles papeleos y trámites. No era poeta pero amaba las letras y con el tiempo se volvió ideólogo, como tantos escritores de la Generación de 1938 que, sacudidos por los signos de los tiempos, terminaron poniendo sus plumas al servicio de alguna bandera. Autor de Nacionalismo y socialismo en Chile, obra de un estilo agudo y muy incisivo, cuando la política se volvió más ácida se haría célebre en todo Chile por su columna en el diario Clarín, de tendencia comunista, bajo el seudónimo de "Lord Callampa". La carrera de Waiss culminó muchos años después cuando otro amigo de juventud, Salvador Allende, al llegar a la presidencia le encargó la dirección de La Nación, el diario estatal.

Por entonces ninguno del grupo pensaba mucho en el futuro. Tanto así, que varios ni siquiera se titularon en la universidad, envueltos en la acción política o en la bohemia artística de esa fértil década de América Latina, la de los años '30, para muchos la mejor del siglo xx. El propio poeta, hijo de su tiempo, tampoco llegó a obtener el título de abogado; completó sus estudios, egresó, pero nunca regresó a cumplir con los trámites finales.

Sólo les interesaba hacerse oír en un Chile que sentían dormido en polvorientos caminos coloniales e hipnotizado por las afrancesadas avenidas republicanas. Querían aire fresco, una música distinta, entregar su mensaje... y trasnochar. Despiertos hasta el amanecer, mientras el país literalmente dormía, la noche era su horario para vivir de otra manera.

Siguieron publicando la revista Mástil, cada vez con más artículos y literatura propia, de ellos mismos. Así, entre balbuceos poéticos y discursos políticos encendidos, fueron aprendiendo a abrirse un espacio propio al margen de la generación anterior. En ocasiones invitaron a publicar a escritores algo mayores, a los que siempre tratarían como a coetáneos, especialmente Ricardo Latcham y Eugenio Orrego Vicuña.

Barrenechea tenía una voz sonora, muy poderosa, la misma que le había permitido oponerse al rector. Ella le abriría paso a los estrados y podios, en una época en que la oratoria era un espectáculo muy popular. En el mismo grupo universitario había otro amigo, Astolfo Tapia Moore, también dueño de una voz importante, magnética, que le servía para hacerse oír en las tempestuosas asambleas de los futuros abogados. Con el mismo manejo con que silenciaba a sus compañeros, pocos años después se impondría en el propio parlamento, donde, al ser de la primera camada de diputados socialistas junto a Ricardo Latcham, Salvador Allende y el propio Barrenechea, su posición era muy minoritaria. En una época de esplendores y mayorías del Partido Radical, fueron sus voces contundentes las que les abrieron un espacio.

Tenían los dos, Barrenechea y Tapia, una rutina célebre entre los coetáneos. Era una función de títeres de mucha ironía, que, con el tiempo, se dieron cuenta de que era reflejo de su rebeldía irónica, ansiosa de algún cauce. Tenían muy claro que el mundo afrancesado, oligárquico, victoriano y pomposo del 900, había llegado a su fin, tanto como el sencillo y solidario nacionalismo de sus padres. Pero no podían tener la misma fe en el progreso de éstos.

Se estaba volviendo cada vez más difícil creer en algo. Sólo el absurdo, el surrealismo, el humor iconoclasta, les ofrecían algún horizonte. Con Tapia Moore, que también fue autor de algunos poemas universitarios como casi todos los políticos de esa generación –incluido Allende–, compartían el mismo amor a la voz humana en todas sus versiones, la oratoria y el canto campesino, el tango y el bolero, los recitales poéticos y los espectáculos de ópera en el Municipal.

Pero Tapia Moore se alejaría del arte arrastrado por las tensiones de la vida pública. Como Waiss, se volcaría al pensamiento político, hasta ser presidente de la Sociedad Chilena de Sociología y de la Cámara de Diputados; fiel a sus años universitarios, apenas llegó a la cámara baja se preocuparía de rendir homenaje a dos seres poéticos que, luego de iluminar las noches de Santiago, habían muerto en plena juventud. Gracias a sus gestiones, el parque de Pío Nono pasó a llamarse "Domingo Gómez Rojas", y una calle cercana a las avenidas Vicuña Mackenna y Matta recibió el nombre de "Alberto Rojas Jiménez".

Gómez Rojas y Rojas Jiménez quedaron así, para la historia, consagrados como los faros de esa generación.

Augusto Santelices, quien llevado por el espíritu de la época escribió *El imperialismo yanqui y su influencia en Chile*, alcanzó su verdadera popularidad la noche en que dio a luz un único y solitario poema que casi sería inmortal, "La botella". Éste llegó a ser, por los años '30 y '40, el verdadero himno de los poetas al vino de Chile, un canto de cada noche que, transportado por los poetas de esa época que luego fueron diplomáticos, terminaría cruzando las fronteras.

Otro de la tertulia, Hernán Cañas Flores, brilló como poeta y tuvo su hora de consagración en la primera Semana Universitaria, la del año 1934. Muy merecidos fueron esos laureles porque había sido el alma de la fiesta en varias de las Fiestas de la Primavera. Con una vertiente literaria de inquietudes sociales y públicas, muy politizada como los demás, terminó a cargo de la Casa de la Cultura de San Miguel por muchos años, hasta el día en que cayó Salvador Allende, en el año 1973.

También era un integrante del grupo René Frías Ojeda, dirigente estudiantil –vicepresidente de la FECH–, el que estaría presente en las horas primeras del Partido Socialista para luego derivar al comunismo. Y Orlando Torricelli, más conocido como Blacamán desde que así lo bautizara Neruda debido a su aspecto de mago oriental, el que moriría apenas cumplidos los veinte años...

Frías Ojeda recitaba con gracia su único poema, "Maestrita":

En la escuela pequeña que fue tu corazón mi adolescencia triste yo fui a matricular, yo fui el único alumno que aprendí la lección y tú fuiste la única que me supo enseñar.

Tapia Moore, Waiss, Santelices, Cañas Flores, Torricelli, Frías Ojeda son los mejores amigos del poeta en la Universidad de Chile. Juntos se expresarán en esa revista *Mástil* que, inspirada en su lucha "contra el imperialismo yanqui", le hará la guerra al cine,

por considerarlo un comercio que terminaría por imponer el idioma inglés en todo el mundo...

Cuando llegue Pablo Neruda, de regreso de su largo quinquenio en el Lejano Oriente, Barrenechea lo irá a visitar, como representante de la juventud y la poesía. Entre ellos nacerá una larga amistad que, muy pronto, se extiende a todos los demás del grupo. La Unidad Popular de 1970, que unió a comunistas y socialistas para llegar al poder, en términos humanos nació en esos días de los años '30.

Neruda, luego de esos años de soledad ensimismada en Rangún, período que le sería muy fecundo como poeta, había llegado hambriento de tertulias y cantos, de amigos y voces. Especialmente, de humor. Era lo que más había añorado a la distancia, desde la soledad del paisaje birmano que se le había vuelto triste y depresivo. Venía ansioso de Chile, tras sentir el pulso de América Latina desde ese lugar recóndito. Allá en Asia había descubierto América.

Unos pocos pesos duran la noche entera en ese Chile castigado por la crisis de 1929, muy duramente golpeado por tener su débil economía dependiendo por completo de las ventas al exterior y los créditos extranjeros. Todo es tan modesto en el ambiente chileno que la primera película sonora del continente, "Norte y Sur", creación local de Jorge Délano, sólo pudo hacerse gracias a que Enrique Kaulen tenía auto –sus focos iluminaban las escenas-y porque alguien se conseguía prestado por horas un salón de patinaje en plena Alameda, el que estaba desocupado por las mañanas.

En el Ministerio del Trabajo, donde un iluminado creó un Departamento de Extensión Cultural –en un país que casi nada ofrecía artistas e intelectuales–, pronto entraron Neruda a cargo de la biblioteca y Joaquín Edwards Bello como jefe del Área Docente, mientras un joven Francisco Coloane asumía el rol de aprendiz... Acercarse a la literatura era jugar con el hambre.

Antonio Roco del Campo –el antologuista de los 400 años de la ciudad de Santiago en 1941– era el epítome de la pobreza. Terror de los mozos de restorán, ahí donde viera algún conocido entraba para hacerse unos sandwiches de pan con pan, salpicados de sal y ají, todo gratis, lo que hubiera en la mesa. Casi siempre sin un peso para entrar a un bar, un día de mucha sed ansiosa se paró frente al Teatro Central con la mano estirada:

-Dos pesos para un poeta...

Nadie se amargaba por lo que traería el día, luego de la no-

che. Por suerte, Alberto Rojas Jiménez, el mismo que había muerto por no pagar una cuenta en La Posada del Corregidor, se había encargado de contar que allá en París, en el famoso París –con sus ojos lo había visto– todo era muy parecido. Utrillo y Modigliani pagaban deudas pintando cuadros en las murallas, y también comían tallarines todos los días.

Parecían todos hermanos, en ese momento, los artistas e intelectuales de esa generación. No sería siempre así. Para varios, los más sensibles, el siglo se iría hundiendo, a ojos vistas, con el fracaso de utopías y el horror de las nuevas guerras. Quedarían marcados por esas caídas del espíritu humano. Otros, los más cercanos a la política, creerían posible que las fuerzas de la modernidad, sumadas a las de la fraternidad, aliadas, salvaran el continente. Estaban seguros.

Barrenechea, como poeta y político, ni tan deprimido como los primeros ni tan convencido como los segundos, anduvo tironeado entre las dos tendencias hasta que encontró la madurez de su propio camino, el camino de la vida. Pudo haber sido presidente de la República—lo previeron muchos—, tal como fue líder de la generación en ese momento, o un gigante mayor de la poesía mundial como lo imaginaran los literatos coetáneos, pero optó, con una especie de sabiduría innata, por lo más difícil: ser Julio Barrenechea. Investigarse a sí mismo, y dar a luz su mirada.

Uno que se incorporó después al grupo –algo más joven– fue Héctor Fuenzalida. Levantando la cabeza de los libros, veía entrar a Barrenechea a la biblioteca de la Escuela de Derecho. Admiraba al personaje que ya era famoso. Lo definiría como un muchacho flaco, de negrísimos ojos de fuego que, luego de saludar a Eugenio Orrego Vicuña –sumergido éste en los papeles de su abuelo Vicuña Mackenna–, extraía de los bolsillos unos arrugados papeles que miraba y revisaba. Eran los versos del poeta.

Se notaba Barrenechea, al entrar a un lugar. Fue su primer signo distintivo, y así lo recordarían muchos. Se prendía una luz, comenzaba una fiesta, algo entraba en movimiento. Parecía tener un carisma físico casi palpable. Irradiaba vida, inteligencia, un humor rápido para reírse de sí mismo y de todo sin ser nunca agresivo. Con paz interior. No se ganaba enemigos –los envidiosos aparecerían después, con los años– sino amigos por docenas que lo rodeaban a gozar de sus anécdotas, sus disparates, durante horas que se iban en un estado de placer jubiloso, presidido por su mirada lúdica y solidaria, comprensiva.

En los bares de los años '30 y '40 se volvió personaje. En La

Bahía, El Edén, El Patio Andaluz... Alguien estaba en su mesa media hora y, tras eso, se decía su amigo. Por haberse sentido visto, por haber gozado y participado de ese estado. Los imborrables momentos, tan escasos, que marcan una vida.

Pero su humor humanitario también sabía ser filudo, y muy tajante incluso, ante una injusticia. Era sensible, podía ser francamente delicado, pero dentro de un carácter fuerte que, deseándolo, sacaba a relucir. Con la agudeza, en esas ocasiones intimidante, de sus ojos que podían incomodar. Como si –producía esa sensación– adivinara los pensamientos de quien tenía enfrente. Nunca pasaba inadvertido.

Fuenzalida asistió al nacimiento del poeta, pero también al del Barrenechea público, el que pronto habría de emerger como el líder más visible de esa juventud universitaria. "Poesía y poeta asumieron la suprema jefatura de una promoción aglutinada alrededor del grupo lírico que se dio en llamar 'la generación del '30' en Chile, y que simultánea y milagrosamente había estallado también en toda América, amaneciendo en el canto de sus nuevos poetas", diría años después en una entrevista.

Barrenechea no prestó mayor atención a sus estudios jurídicos porque –según Fuenzalida– con "el éxito de sus versos de gracia plenos, fundados en motivos inmediatos, callejeros, cotidianos, llenó su vida y trajo a su poesía nuevas vivencias reales y sorpresivas, nacidas de una suerte de realismo mágico".

Allá en el norte, relegado por el general Ibáñez del Campo, el joven poeta recordaría a todos estos amigos. Espigado en una estatura de 1.80 que era inusual en el Chile de entonces, aureolado por su fama de líder estudiantil y orador flamígero, nunca había estado tantas horas solo. Los recatados padres de familia de La Serena –allá lo mandaron después de Caldera–, prohibieron a sus hijas, perentoriamente, todo contacto con el "revolucionario" de Santiago.

Y eso que no conocían, o tal vez sí, su otra fama santiaguina, la de sus éxitos femeninos. Buenmozo, seguro de sí mismo para atreverse a sentir y emocionarse, o jugar como un niño según el caso, o escribir poesías a la salida de un combate de box de la calle San Diego, alegre, era un conquistador sin buscarlo. Se sabía atractivo, lo que lo demoraba ante el espejo antes de salir a la calle, con un algo de vanidad.

Libre, distante de las frases hechas y compuestas, deja cantar el corazón en unas poesías que algunos calificarán de impúdicas por lo abiertas y espontáneas. Versos que las jóvenes de los años '30 encuentran algo salvajes, de un encanto espontáneo y nuevo, como en "La lectura del manzanar":

Muerde tú, lee esa manzana. La del vestido colorado. Su carne blanca es una historia dulce, la dulce historia de tu carne blanca.

Anda leyendo las manzanas. Anda mordiendo el manzanar. Yo leo las manzanas en tu cuerpo que ha caído en mis manos como una novedad.

No saben los serios caballeros de La Serena, ciudad que se mantiene todavía en una atmósfera colonial, que el joven poeta, encerrado tras los gruesos muros de adobe de una casona antigua, sueña con ríos que viven desnudos y contentos, tanto más felices que el agua de las cañerías. Esta agua, atrapada e imposibilitada de cantar, tiene sin embargo algunas horas de placer en las mañanas, "colmando las tinas temperadas/ para que se sumerjan las señoritas blancas...".

Apenas ha dejado la adolescencia atrás, y lo atrapan las excitadas imágenes propias de esa edad, las que vuelca en versos desatados:

> Es mi amor un furioso galope de veinte años tendido hacia lejanas pistas de inmensidad...

¿Cómo no iba a gustar, a las adolescentes, ese lenguaje al borde del descaro, palpitante, tan ajeno a la contenida poesía de los mayores, tan distinto a Samuel Lillo o a Manuel Magallanes Moure? Lo leen y murmuran, algunos versos en especial:

> Soy la luz que te inunda viajando por tus campos y hasta donde tú llegues yo podré continuar...

¿No es acaso lo que diría el amante soñado, el perfecto? ¿El que está lleno de fuerzas, infatigable, capaz de llegar hasta donde ella llegue, pero también infinitamente delicado como en "Madrigal frágil"?

Pero con qué cuidado yo te amaría débil niña

Miguel Laborde

Con el cuidado del fakir que acaricia su esfera mágica.
Con el sigilo que la mañana entra en tu cuarto
cuando aún duermes.
Temiendo dañarte al rozar los hilos de cielo de tus venas.
Siempre amándote de una vez
como si me fuera a morir.

Hay ahí una plenitud, de gozo, de vida, de intensidad, a veces expresado con una soltura que, como en "Nocturno de danza", incomoda a los ciudadanos mayores e incluso parece censurable a los creyentes religiosos:

> Déjame trepar por tus hombros. Voy a subir al sur del cielo. Enclavado en tu cruz me quedaré abrazándote hasta que me descienda la madrugada virgen...

Pero es que, como para los griegos, el mundo le es perfecto... casi siempre. Lo divino y lo humano, así como la naturaleza en medio, de pronto se orquestan en una armonía del Cosmos que lo deja atónito, asombrado, oyendo los mismos sonidos por arriba y abajo, adentro y afuera. Nada es diferente, nada está fuera de la danza... Hasta los árboles de los viejos patios le hablan a él, a su interior, solidarios con su hambre de espacios y libertad, como escribe en "Naranjo viejo":

Ha de pensar que el cielo es tan sólo el cuadrado que sostienen los muros del patio colonial. Así ha vivido, inmóvil, resignado a su suerte, sin una crispación buscando inmensidad. y hasta las agridulces palabras de sus frutos tienen el tono medio de la conformidad...

En la naturaleza, fauna y flora que siente solidarias del hombre, y a las que él así humaniza, resuena lo humano hasta los confines del universo, como cuando se dirige a las estrellas con la sencillez y naturalidad con que les habla un niño:

> Ustedes que se miran en las aguas tendidas, no vayan a asustarse si se hallan verticales al verse en el espejo del ropero.

Ni vayan a creer que yo fabrico estrellas porque he encendido un fósforo. ¿También les interesa el lavatorio? Pues bien, es ahí donde mañana tras mañanas, dejo caer al agua mis caras trasnochadas.

También hay horas de soledad e insomnio, en las que brotan y emergen una dudas pavorosas, totales, como no las conociera el hombre del siglo XIX ni la generación de sus padres, angustias claramente expuestas, desnudas, de nervios excitados y algo enloquecidos. Propias del hombre contemporáneo. Así dice, aúlla, en "Minuto de trampolines":

Cómo crecer lo mismo que un llamar de sirena. Azotar mi cabeza en los muros del cielo. Trenzar las cordilleras, y hacer que todo tiemble con temblor de sollozo. Me miro tan absurdo y si acaso cambiara quién sabe si después me echaría de menos. y esta tierra en que vivo es una idea loca que gira atormentando el cerebro del aire...

Sorprenderán esos versos en 1931, cuando aparezcan. Hay algo que inquieta, una energía diferente, turbadora para la generación anterior.

Mirando el techo de la habitación, en La Serena plácida, rememora las noches ruidosas de la capital. Pocas semanas antes, una y otra vez, había visitado al músico Javier Rengifo, célebre autor de "Tango triste", a quien la Casa Amarilla había editado ese año el "Vals de amor". Como había perdido por entonces sus bienes, debió aprender a sobrevivir con los muy escasos pesos que le proporcionara el éxito de su vals. Tampoco pedía más. Era un idealista, con eso quería vivir; en esos años plenos de euforias y pobrezas, abre las puertas de su casona en Huérfanos al llegar a la Plaza Brasil para que sea de todos cada sábado. En tiempos tristes, de cesantía nunca antes vista, de gente tensa y deprimida, la suya será la única casa abierta a todos los que aman la música y poesía. Era tan buen hombre Rengifo, que al fracasar un día el hipnotizador en su acto, se ofreció para que éste le inmovilizara el brazo. Y anduvo, toda la noche, con el brazo estirado...

Su hijastro Adolfo Castro Wood –futuro alcalde de Santiago–, quien lo ayuda a recibir a los contertulios, es el que prepara un misterioso ponche que, luego de dos copas, hace flotar a los asistentes. Entre otros, el ecuatoriano Rafael Vallejos, gran recitador y amigo de todos, y Javier Vergara Huneeus, al que se le pedía siempre el mismo poema, "Los bohemios".

Las imágenes de la capital desfilan ante sus ojos. A veces recuerda sus días de portales, en jornada completa, comenzando con la lustrada matutina en el Portal Mac-Clure, cuyos lustrabotas eran considerados los mejores de la ciudad. Ahí se paraba a ver pasar las niñas, a comprarles flores, mientras una notable orquesta de ciegos, con un barítono de hermosa voz, inundaba la plaza. Culminaba el día en el Portal Edwards, cerca de la Estación Central, lugar elegante con su Casino Bonzi de celebrada orquesta de "Damas Vienesas". Muy cerca, el Teatro Politeana, el de palcos con asientos de base de bronce, traía buenos espectáculos de otros países.

Los amigos, y esos ritos urbanos, piensa, lo han alejado del nihilismo de algunos contemporáneos, del absurdo y la nada existencial, del temor a la civilización destructora. Y lo acercaron a la fe en vida, a la alegría, el humor, los placeres de los sentidos. Tal vez en el océano vacío, inexorable y absurdo, de pronto aparecerá una mancha en el horizonte, una isla. ¿Cómo saberlo sin mirar, sin estar atento, disponible?

Vive con los ojos abiertos, buscando, aunque algunas de sus noches sean negras y muy largas. Permanece con los ojos abiertos, es un testigo, un observador. Lo que suceda, vendrá. Si la historia es dudosa, plagada de guerras, de crímenes, teñida en sangre, quedan el arte, la contemplación, el asombro. Entre los despiertos y alertas, de su vida vivida, cantada y llorada, habrá de emerger una visión nueva.

No es una doctrina, porque ya basta de prometer el paraíso a los hambrientos. Es una visión personal, común y simple, la de un hombre que habita en este mundo. Nada más, pero nada menos. Esta posición irá adueñándose del poeta a medida que madure. Si muchos de sus contemporáneos se alejan de lo mágico y lo simbólico y se acercan a la prosa de las ideas, al realismo socialista, Barrenechea, receloso y respetuoso del poder de la palabra, separa los dos mundos, el de la oratoria política y el de la poesía.

A ésta la dejará siempre libre.

EL PRESIDENTE DE LA FECH

Nunca había estado Barrenechea tantas horas solo, como allá en el norte. Con el paso de los días todo le va pareciendo algo extraño, ligeramente incomprensible, disparatado. Por ejemplo, era irreal el poderoso ministro Pablo Ramírez, tan aficionado a los atletas y nadadores de músculos perfectos, a quien se le ocurrió demoler la elegante Biblioteca del Instituto Nacional, la de estilo inglés y anaqueles de maderas finas –dirigida por el tío Enrique Barrenechea, el bibliógrafo–, para construir una piscina. El cultivo del cuerpo, o el mejoramiento de la raza como también se decía entonces, marchaban bien con esa época de auge de los fascismos racistas.

El arrogante ministro, con sus efebos bronceados y vestidos de blanco, los que incluso se instalaban a descansar en la antesala del jefe del gabinete en el propio Palacio de La Moneda, eran tema nacional. Esto no podía ser tomado en serio, o tal vez tendrían razón los escépticos, los vientos veían malos. Corrían rumores de que a los homosexuales los lanzaban al mar en la bahía de Valparaíso, algunos torturados previamente.

Chile no podía seguir así, con un gobierno perseguidor implacable de todos sus disidentes, Chile en manos de una dictadura. El año había sido intenso, sin tregua. La crisis occidental, más el descrédito creciente del gobierno de Ibáñez del Campo, tenían al país hundido en un estado de permanente angustia. Tres asesinatos políticos casi simultáneos, torturas, parlamentarios y periodistas opositores enviados al exilio, prensa censurada, represión de la vida sindical, se sumaron a la depresión económica mundial iniciada en 1929, la que, según informe de la Sociedad de las Naciones – aunque nadie había querido creerlo—, tuvo su mayor impacto mundial en Chile.

Barrenechea no sentía haber hecho nada muy revolucionario, como para estar en ese destierro. Pero ahí estaba, aislado, viendo pasar los días, las semanas, los meses, caminando por horas o encerrado rumiando ideas e imágenes. Calificado de prisionero político, relegado.

En julio -comprobaría alguna vez que en su vida todo se iniciaba en ese mes- había ido con su directiva, siendo el presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Derecho, a visitar a los dirigentes de Pedagogía. Esa decisión, tan sencilla, fue el comienzo de todo. Es que sintió que no podían los universitarios estar ausentes, en silencio, ante lo que estaba sucediendo en el país. Luego, unos días después, ambos grupos partieron a Arquitectura. Al impulso de la oratoria del poeta, comenzó a agitarse el ambiente estudiantil.

La primera bandera, el primero objetivo, era recrear la desaparecida y mítica Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la fech, para que los universitarios pudieran aparecer ante la opinión pública con todo su peso histórico, aureolados con el prestigio alcanzado en tiempos de Loyola, Labarca y Ugalde. Sólo así los tomarían en serio. Se acordó constituirla el día 4 de agosto.

Previamente, en la casa del gran escritor venezolano Mariano Picón Salas –futuro rector de la Universidad de Chile–, ubicada en la tercera cuadra de Serrano, número 215, se reunieron los dirigentes universitarios para organizarla. Cerca estaba la pensión donde residían unos estudiantes venezolanos, lugar de reunión habitual porque entraban y salían estudiantes habitualmente, de noche y de día, por lo que confiaban en pasar inadvertidos. Alfredo Larraín Neil y Alejandro Bermúdez, mayores y con alguna experiencia como opositores al general Ibáñez, pidieron que todos se juramentaran antes de hablar. Luego anunciaron que el movimiento nacional iba en serio, y que un grupo de militares ya había decidido tomarse La Moneda el mismo día de la asamblea estudiantil, el 4 de agosto.

Analizada la situación, decidieron apoyar a los uniformados. Éstos llamarían a salir a las calles una vez que finalizara la asamblea universitaria. Pero nada de eso ocurrió el día acordado, no hubo movimiento entre los militares. ¿Fueron fantasías de Bermúdez y Larraín?

En todo caso, Barrenechea no era partidario de un golpe. Si se reemplazaba a Ibáñez del Campo, decía, sólo las fuerzas de derecha podrían beneficiarse, las únicas organizadas para sustituirlo. Pero la agitación andaba en el aire, a ritmo propio, y parecía tomar velocidad con cada marcha callejera, con cada enfrentamiento con la policía, y especialmente con las detenciones y allanamientos a los que el país no estaba acostumbrado.

El poeta, con su compañero Oscar Waiss, partió a visitar al ministro del Interior, el almirante Froedden, para solicitarle un permiso de asamblea para los estudiantes y así enfrentar la situación con cierto orden.

El alto oficial respondió:

-Sí, todo está muy bonito, pero ustedes celebran reuniones de juramentados, como la de Serrano 215.

Quedaron helados.

El mismo mes, luego de algunas primeras relegaciones –como la del propio Larraín Neil– por haber leído ante los estudiantes el manifiesto militar de 1924, los estudiantes acordaron estudiar una Reforma Universitaria, conseguir un local propio para sede de la dirigencia de la FECH –añoraban la antigua, en plena calle Moneda con Ahumada–, generar una revista permanente y dar los pasos necesarios para que la Universidad de Chile se transformara en "universidad libre". El poeta, que tanto observara a los líderes de 1920, tenía muy claros sus objetivos.

También invitaron al alumnado a un Paseo Meditativo en el Parque Forestal, el 15 de agosto a las 10, y a un Té Pensante en el café Lucerna y en otros salones de té del centro de la ciudad, todo lo cual habría de culminar con una romería a la tumba del joven poeta y mártir Domingo Gómez Rojas. El marco artístico y cultural de las actividades, casi social, no podía ser controvertido por el gobierno.

Ochocientos jóvenes, reunidos en la Casa Central de la universidad, cruzaron la Alameda encabezados por Barrenechea y se dirigieron a la Intendencia de la Provincia, donde los escuchó el general Ambrosio Viaux. El rector de la Chile, Armando Quezada Acharán, un masón cuñado del poeta Samuel Lillo, hombre de gran capacidad y larga trayectoria política, parecía cansado en esos días, débil. Le pesaba, además, el descrédito de haber sido embajador en Francia de ese régimen, el de Ibáñez del Campo. No hubo acuerdos.

Al aumentar la tensión los alumnos declararon una huelga general e indefinida, lo que causó gran impacto y concitó mucha prensa; era la primera manifestación pública en años. Ante la reacción nacional, el poeta buscó un oído maduro que lo asesorara y lo encontró, una vez más, en Pedro León Loyola, el pionero presidente de la FECH de 1913, el líder de los estudiantes del mítico año 1920, el redactor de la Declaración de Principios de la federación universitaria, el fundador de la Universidad Popular José Victorino Lastarria –la primera de América del Sur para obreros–, el gran filósofo.

Para no comprometerlo, por si los seguían igual que a la casa de Mariano Picón Salas, Barrenechea se juntaría con él, varias veces, en la de Alberto Spikin Howard, un poeta místico que, luego de pasar hambres sin cuento en Londres –donde aprendiera de todo con sólo sentarse a escuchar a los conferencistas y charlatanes del Hyde Park– había regresado para impartir la cátedra de piano en el Conservatorio de Música. Alma inquieta, era además alumno en Medicina y militaba en el movimiento estudiantil.

Aunque Loyola había sido el líder más intransigente quince años antes, la madurez lo había cambiado. Como filósofo, predicaba la no violencia. Por sus ideas y físico – rostro aceituna, cuerpo como disminuido en largos ayunos, iluminado por una mirada ferozmente viva e inteligente–, pronto se lo compararía con Gandhi.

Pero el gobierno reaccionó vivamente ante la huelga. Se cancelaron matrículas, hubo expulsión de alumnos, se suspendieron exámenes... El rector Quezada Acharán, el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales Juan Antonio Iribarren, y el director de la Escuela de Derecho y titular de la cátedra de Derecho Civil Juan Esteban Montero, entre otros, prefirieron dejar la universidad antes que continuar su actividad académica en una institución intervenida. Los universitarios sintieron que el cielo estaba cerca, que el movimiento había logrado más de lo esperado. Tarde descubrirían que la información que manejaba la policía política de Ibáñez era casi total; la infiltración, presumiblemente, debía incluir alumnos amigos. Aunque fueron autorizados a celebrar una asamblea en el Teatro Esmeralda de calle San Diego, igual llegó la policía y algunos dirigentes fueron detenidos, Barrenechea entre ellos. Iba llegando a su casa cuando lo subieron a un vehículo y, tras llevarlo a la Escuela de Carabineros, lo interrogaron por sus contactos con políticos profesionales. De inmediato se le advirtió que sería enviado a un lugar de relegamiento, en provincia.

En la Estación Mapocho lo esperaba la madre llorando, para despedirlo junto a unos amigos que alcanzaron a pasarle unos billetes. Un agente lo acompañaría hasta Copiapó, su primer destino. Así comenzó una estadía en el norte...

La adolescencia quedó atrás, en esa estación. Supo que nunca sería lo mismo con su madre. Ya no será el hijo, se dio cuenta entonces, tendrá que asumir definitivamente el rol de hombre de la casa, responsable por siempre, aunque alguna vez sueñe con un "Regreso imprevisto": Y siempre ahí te encuentro, madre, vigía mío, siempre con el oído apegado a su tierra. Miras como pidiéndome el cuento de mi viaje. Yo no lo sé contar, pero sé que hoy me duele haber ido más lejos de tus ojos, porque en el fondo de tus cuencas había dos valles verdes que eran buenos para esconderse de la vida...

"Esconderse de la vida"... Deberá dejar ese entorno para encontrar la vida propia, y tal vez no encontrarla. Así lo escribe en ese poema, el último de su primer libro, en los versos con los que se despide de la inocencia del niño y la irresponsabilidad del adolescente:

> Yéndome sin andar hacia ignorados lejos. Sin caminos marcados, como un viaje de aroma, partí un día a buscar el sentido de mis llantos, el motivo que arranca los aerolitos de mis noches.

Así me sorprendí: como una cruz girando parecía no estar, era de humo en el viento. O acaso fue de vidrio el centro de mis llantos que me creí sin muros y me fui en sus paisajes. Olvidados los cauces de mi ser en la tierra, sin poder dirigir mi corazón disperso.

Como siguiendo una huella sin buscarla, un camino que lo marca, a los veinte años conoce así la primera persecución política, cuando el gobierno dictatorial del general Ibáñez lo envía a ese nortino puerto de Caldera, lugar entonces casi sin población.

Allá, en esas soledades, en ese paisaje azotado por el vacío y el mar, el capitán de Puerto –con su convencional pata de palo– y el cabo de Carabineros mantenían una reñida convivencia; la contienda se expresaba en la calidad del verdor del metro cuadrado que tenía cada uno frente a su sede, sendas pequeñeces que, sin embargo, relumbraban en la seca plaza. Por lo solitario del lugar se atrevieron a invitarlo por turno –nadie lo sabría– e incluso hubo una fiesta de recepción para celebrar la presencia de este perseguido de Santiago que escribía poesías.

Era el sacerdote, un franciscano colombiano, el personaje principal del lugar. El Padre Negro, así se le llamaba, se había hecho famoso por predecir un sismo que fue efectivo, lo que lo hacía temible. Tenía el aura de un profeta.

Para Barrenechea, las caminatas nocturnas por el pequeño puerto, conversando con el cura bajo el rumor del oleaje suave del atardecer, serían una fiesta. Algo mágico que culminaba en las noches cuando, a cualquier hora, el religioso echaba a volar las campanas de la iglesita parroquial... por el puro placer de oírlas. Sin otro sonido más que el ligero de las olas, tañían con un sonido puro, profundo, que incubaba poemas.

A veces, como en "Paso de neurastenia", el poeta denuncia la soledad que padece, aparecen versos menos felices que los del sur:

¿Qué hacer?
Me asomo a la ventana
y hallo desesperante la calle detenida.
Las piedras son pedazos de nublado.
O alguna arquitectónica gallina
ha puesto el empedrado.

Mira, comenta, ve, observa, se asoma al mundo porque, por adentro, el futuro es incierto:

> En fin. Así logro gastarme los ojos y quedo ciego para no mirarme.

Pero al fin amanece, cada día. El mar de Chile, su fría fragancia, el peculiar olor de sus algas, el cochayuyo. En el pequeñísimo Hotel América la dueña lo espera, siempre, con cazuela de locos y un congrio frito. Serían un lujo en cualquier restorán, pero ahí son la comida casera. La modesta mujer, luego de mirarlo devorar, es la única que un día se atreve a preguntar lo que todos ansiaban saber: "Por favor, dígame, ¿cómo es eso del cine sonoro?".

Luego vino el traslado a La Serena, ya más cerca de las poblaciones, donde se alojó en casa de un ingeniero de ferrocarriles, Eduardo Humeres, hombre práctico y amigo de la familia. Lo unía a los Barrenechea la secta del ferrocarril; era otro más de los creyentes en que los trenes de acero serían los grandes impulsores del desarrollo del país. Pero muy pronto la cerrada sociedad serenense, arcaica y conservadora, comenzó a presionar al dueño de casa por haber albergado a un rebelde, un revolucionario. Al saberlo, el joven poeta le dijo que se iba a otra parte de inmediato, en el momento, para no causarle más problemas. Emocionado el anfitrión, picado en su orgullo –solidaridad de ferroviario–, decidió afrontar la condena pública y lo mantuvo en casa.

En la habitación, sin poder alejarse mucho porque debía firmar en la comisaría tres veces al día, siguió escribiendo. Lo primero, poemas y cartas a Jaia, una compañera de curso. Como tenía cierta facilidad para el dibujo, para la caricatura en realidad –talento de mesa de bar–, también hizo algunos retratos de ella. Por la soledad se dio cuenta de algo muy obvio que no había advertido en Santiago; estaba enamorado. Sin darse cuenta, en las aulas de la Escuela de Derecho había sido víctima de un "Amor universitario":

Los compañeros la conocen y hacen sus bromas al pasar. Notan un acento extranjero en nuestra manera de hablar. Nuestro amor universitario... Puede ser que no quede atrás, que se reciba con nosotros que no se canse de estudiar.

De noche, siguiendo las instrucciones de un amigo músico, intenta realizar vuelos astrales. Tal vez llegue a otros mundos, o tal vez sólo a Santiago, donde ella. Para cumplir el ensueño del poema llamado "Suposición de víspera", de versos modernos en su factura y mirada:

Entonces voy a querer ser un joven Dios de espaldas de oro. No el ciudadano donde vivo y con cuyas manos te toco. Voy a querer la desnudez del gran hombre maravilloso, para llevarte en fuertes brazos a la otra orilla de esta tierra vadeando el cielo por los cerros desparramados como piedras...

Gracias a un policía, con el que nació cierta amistad, supo que el mundo seguía su curso. Un día, en cortas frases, el uniformado le informó que el sur estaba ardiendo de rumores, que a Concepción había llegado un avión rojo con varios líderes civiles, Marmaduke Grove, Carlos Vicuña Fuentes, Pedro León Ugalde –el

mismo ex líder de la FECH-, los que intentarían sublevar al Regimiento Chacabuco. La oposición al general Ibáñez del Campo iba en aumento, a pesar de la rigidez del régimen. El famoso avión rojo, que ingresó por el sur el 21 de septiembre de 1930, aunque fracasó porque el general José María Barceló se retractaría de sus promesas, encendió una luz. Los conspiradores terminaron repartidos en la Isla de Pascua, la Isla Quiriquina, la Isla Grande de Chiloé y en la austral provincia de Magallanes.

Eran buenas noticias. De pronto, y tal vez por la misma razón –el gobierno no quería incrementar la resistencia– le anunciaron que terminaba su relegación. Podía regresar a Santiago. Más tarde supo los detalles. Un notario amigo de la familia, Alfredo Marín, se interesó en su caso y fue a visitar al general Ibáñez con el que tenía alguna llegada. Le dijo, irónico, que el joven Barrenechea era tan bueno, tan bueno, que no se atrevía a publicar *El mitin de las mariposas* por temor a que los carabineros le disolvieran el tal "mitin". Al gobernante, en una época en que los mitines era la expresión de la lucha popular, le hizo gracia la analogía.

En Santiago se encontró con la novedad, adicional, de que las niñas se sabían sus poemas de memoria. Desde la distancia su imagen había crecido y se lo consideraba, oficialmente, el nuevo poeta chileno. Tertulia con las "Estrellas", "Amor universitario", "Lección para Maud", "Tenso amor", los poemas de ese libro ya corrían de boca en boca aprendidos de memoria.

Alguien le advirtió, agudo, que en sus versos se notaba el amor por la belleza en sus dos caras. La belleza efímera, y también la trascendente. En forma simultánea, con mirada de esteta, sus poemas eran testigos, testimonio, de lo bello de este mundo. Sufriendo lo que muere rápido, pero también ansioso buscando lo oculto, sabio para encontrar la belleza en cualquier rincón. Fue lo más lúcido que le dirían, y nunca recordó quién se lo dijo.

No era el chileno rebelde, marginado, sombrío, melancólico, que avanza por los bordes fríos del paisaje lamentando la dureza de esta geografía. No era tampoco el soñador que, para sobrevivir, exalta, sublima y engrandece la realidad. Era sólo un ojo, alerta y despierto, sensible e inteligente. Tenía la mirada, inquisitiva, de un descubridor de Chile. Así como su generación abriría después los ojos hacia América Latina, con una fuerte conciencia continental y, tras la Guerra Civil Española, también hacia España, él mismo empezó a sentirse pariente de Quevedo y Jorge Manrique, hermano de los Machado y García Lorca, iberoamericano total, abierto a

todo el mundo hispano. Al no leer en inglés ni francés, esas poesías le resultarían más ajenas.

No es un ratón de bliblioteca y lo que le llega es lo que siente, mira, toca y huele. Escribe de lo que vive... Por lo mismo, le era más fácil ser original, indiferente a las modas.

Con la risa en los labios, y con un fondo de melancolía, irónico a veces –consciente de que la poesía no puede cambiar el mundo–, cumple con rastrear la belleza, pintar mariposas, ser coleccionista de imágenes. Aunque puede feliz estar en la noche de los amigos y, al despertar, escribir un poema llamado "Minuto negro":

Por irme acostumbrando contemplo en el espejo, cómo voy a quedar cuando me quede muerto.

Bien sé que cualquier día en un canasto negro como fruta caída me sacarán del huerto.

Dejo blancos los ojos y la boca entreabierta, como el vo de mi espejo me verán los que queden.

Como la vida el cuarto, y la muerte el espejo. Al penetrar la luna yo me muero un momento.

Para irme acostumbrando al estar insensible con mi yo del espejo trato de confundirme.

Y cuando en un instante casi me creo muerto, un dolor en la espalda me dice que no es cierto.

Será poeta de lo que salta a la vista y de lo oculto, del árbol y el aire... Vivirá abierto como un monje oriental, expuesto a todos los puntos cardinales, asombrado del orden del cosmos:

Cuando el árbol más alto termina el cielo comienza a nacer.

No teme al pasado ni al futuro. Vive el día y trasnocha sin cesar. No le pesa la tradición –la familia de origen vasco es antigua en Chile, llegada en el siglo de la Conquista– ni tampoco es un advenedizo ansioso de fundar una dinastía. Está en paz, con los ojos abiertos, en el presente intenso, sin tratar de "hacer carrera", sin pensar en la mañana... No se queja de "este país" ni lo idealiza.

Al no saber cuál es el orden del mundo, todo tiene un valor compartido. La flor delicada que canta el poeta del siglo XVIII, pero también el gran cangrejo que avanza torpe por el fondo del mar en las orillas heladas del mar de Valdivia. Aquí está el hombre, ciudadano de este extraño planeta, embriagado en la plenitud de lo diverso.

Pero sólo cuando sabe verla.

Su futuro ya estaba claro. Lo dice él mismo en el prólogo de El mitin de las mariposas. Escribe los poemas "tal como a mí vinieron". Y ése es su oficio, "pintar las mariposas, nutrirlas con mi polen y echarlas a volar". Es un observador, que se sale de sí mismo en su deseo hambriento de palpar el mundo: "Para desempeñarlo estoy parado entre las cosas y yo mismo, y según he mirado a izquierda o a derecha, ha sido diferente el vuelo y el color".

El mundo lo golpea, lo inunda, lo cambia. Estará expuesto a todo, desnudos los flancos. La vida lo podrá herir más fácil, es cierto, pero no hay otra forma de estar vivo... Según hacia dónde mire serán diferentes los versos, las palabras, y a él vendrán los lugares, las personas, las imágenes, para asomar al mundo en sus poemas. Anidan las cosas en su talento, para nacer, ser vistas, contempladas. Reúne, colecciona, muestra: "Este es mi oficio. Crear las mariposas y echarlas a volar. Me remunera el verlas llenando mis espacios. No he pretendido nada más. Ahora, como pueden deshacerse en el tiempo, prefiero que se sequen en un libro"...

Y así siguió rodando por el país El mitin de las mariposas, el libro de los poemas escritos a los 18, 19, 20 años, publicado gracias al generoso dueño de una imprenta ubicada en la primera cuadra de la calle Arturo Prat, quien se conmoviera al ver un grupo de universitarios tan confiados en el talento de su amigo desterrado. El inmediato apoyo de Hernán Díaz Arrieta, Alone, el crítico más célebre del siglo, personalidad de relieve latinoamericano, a los poemas del joven relegado, le abrió de inmediato las puertas principales de la poesía chilena. Ya era una promesa real, una esperanza concreta; Chile tenía un nuevo poeta.

LOS SUCESOS DE 1931

Fue un año violento en América Latina, el de 1930. Y también los siguientes, con aires de cambios, crisis financiera mundial, caída de gobiernos en cadena –Arosemena, Yrigoyen, Siles, Leguía, varios centroamericanos–. Clima de revolución.

En Lima, el 20 de septiembre se funda un movimiento que habrá de remecer el continente, el APRA, socialmente comprometido con los marginados pero nacionalista, latinoamericanista, ajeno al marxismo internacional. Con un sabor local, indigenista y mestizo, de raíces locales. En Chile lo funda Eugenio Matte Hurtado –hijo de don Claudio, el educador millonario, autor del Silabario Matte— con el nombre de Nueva Acción Pública, NAP. El poeta se entusiasma, es una versión joven del Partido Radical, más contemporánea, tocada por los libros de Mariátegui y Vasconcelos, hija de artistas e intelectuales de América Latina. Ingresa, por primera vez, a la vida política.

Por esos mismos ideales es que había sido capaz de alzar la voz en las asambleas universitarias; tenía esa imagen ante los ojos, una visión clara y actual, más positiva que la anarquista de los antiguos líderes de la FECH. Los demás estudiantes se dieron cuenta, por ella lo encumbraron, y por ella había sido relegado al norte.

De regreso en Santiago, ya no pudo vivir como antes. En ese momento, tan decisivo para su destino, debía emprender un camino. Y lo eligió todo, o no pudo romper con nada; ni con la poesía, ni con la política pública. Como lo buscaban retornó al escenario, a ese primer plano que lo alejaba de la vida íntima que nutría su literatura.

El ambiente era muy intenso. El eje, el epicentro, fue una vez más la Casa Central de la Universidad de Chile. Al medio, con el prestigio de su reciente relegación, elevado por su poesía y por sus condiciones de orador incomparable, estará el poeta recién reelegido presidente del Centro de Derecho.

Varios grupos animan las asambleas estudiantiles. El de centro-izquierda, interesado en el socialismo latinoamericano y democrático del APRA peruano, encabezado por Barrenechea, incluía a René Fuentes, René Frías Ojeda, Mario Hermosilla y Jorge Téllez entre sus líderes. Pensaban que el suyo era el único camino americano y democrático, el que podía hacer una revolución alternativa al comunismo que rechazaban por internacional y totalitario.

En el de los socialcristianos –Grupo Renovación– estaban Manuel Antonio Garretón e Ignacio Palma Vicuña a la cabeza, también de la Universidad de Chile, muy ligados a líderes de la Universidad Católica como Rafael Agustín Gumucio, Eduardo Frei Montalva y Bernardo Leighton –presidente de Derecho de esa universidad–. Éstos vivían el influjo de la encíclica papal *Cuadragésimo Anno*, la que los instaba a preocuparse por las condiciones de trabajo de los obreros y a construir una sociedad más cristiana.

Por último, el Grupo Avance fundado por Marcos Chamudes –el pionero de la fotografía chilena–, inspirado en el Grupo Vanguardia del Perú, con varios comunistas integrándolo, en el que se inscribieron amigos muy cercanos como Óscar Waiss, Orlando Torricelli, Santiago Aguirre y Adrián Perry. Algunos de ellos, como Salvador Allende –presidente de los alumnos de Medicina en 1927 y luego vicepresidente de la FECH–, Juan Picasso y Astolfo Tapia Moore, preferían no abanderizarse en facciones pero igual se fueron separando los oficialistas afines a Moscú –estalinistas– y los trotskistas liderados por Waiss cuya revista se llamaba *La Chispa*, traducción literal del nombre de la publicación soviética *Iskra*.

Para el poeta, el mejor interlocutor de sus ideas e inquietudes era, nuevamente, Pedro León Loyola, ya prestigiado entre los profesores de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes. Partía Barrenechea a la casa del filósofo en la Avenida España, donde los placeres eran dobles; por unas perdices que le mandaban desde el sur y por su conversación. Aunque Loyola era un neo-espiritualista, en la línea de Jules Lachelier y Boutroux, no era un creyente. Pero el materialismo le parecía totalmente derrotado. El futuro vendría de la paz, y no del choque de clases, preconizaba. El poeta, firmemente, creía lo mismo.

Afirmaba Loyola que no era ninguna verdad científica el materialismo histórico, como aseguraban algunos marxistas locales. Pero tampoco estaba con Spencer o Comte, ni con ninguno de los naturalistas tan de moda entonces, los que soñaban con la religión del progreso. El poeta, también espiritualista e igualmente rendido ante el misterio del hombre y la vida, lo oía mientras paseaban por el Barrio República, yendo y viniendo entre la Alameda y Blanco Encalada.

Loyola, tal como el propio padre del poeta, era un radical que dejaba espacio a la religión. Aunque no era creyente, no soportaba quedarse con la pura razón. Prefería reconocer que era posible lo metafísico. Incluso, que la fe era capaz de construir un universo.

La filosofía debía entenderlo todo, razonarlo todo, pensarlo todo. Sí, decía Loyola, pero incluso la religión, Y no sólo se debía pensar en lo Absoluto, en lo Eterno, sino ser incluso capaces de amarlo, de unirse a Ello y alcanzar así una nueva, mayor, desconocida, plenitud. Todo hombre, decía, tiende a lograr la armonía aunque no se dé cuenta. Todos los males del hombre, todos los males del mundo, son en el fondo males del alma...

Loyola, futuro organizador del Primer Congreso Interamericano de Filosofía, como los griegos, pensaba caminando; era un peripatético. En la Avenida España, en República, las pálidas y mustias luminarias públicas apenas los dejaban caminar sin tropezones cuando los sorprendía el crepúsculo.

No todos tenían la misma paciencia para oírlo. Aunque había querido ser seminarista, lo que su familia no le permitió por ser radical y laica, tenía fuertes opositores en esos años en que la libertad de cátedra no estaba de moda. Pensador claro y preciso, odiaba a los especuladores filosóficos que huían de la acción directa. Una caricatura en una revista de entonces, que lo pintara de sabio togado con una bomba anarquista en la mano, atinó en lo central; era un pensador de acción. Por eso había sido presidente de la FECH en su tiempo. Hombre de acción, como los que admirara el poeta cuando más joven, como Santiago Labarca, Pedro León Ugalde y el desaparecido Gómez Rojas.

El 17 de julio de 1931, a las cinco y media de la tarde, se reunieron 3 mil estudiantes en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, El lugar se vio atestado con alumnos de todas las facultades. Uno cualquiera, René Fuentes, comenzó dirigiendo la reunión ya que la FECH no existía. Barrenechea, como presidente de los estudiantes de Derecho, ocupaba una posición relevante y tomó la palabra.

Propuso reconstituir la Federación de Estudiantes, la histórica FECH, dueña de una tradición que debía recuperarse, tan significativa en años anteriores. Una FECH absolutamente independiente, sin dependencia de ningún organismo oficial. Y que las escuelas nombraran delegados para redactar la Declaración de Principios y los Estatutos de la FECH, que serían evaluados, con fecha precisa, la semana siguiente. Todo fue aprobado, con el entusiasmo que generó el vértigo de su oratoria, por aclamación.

Barrenechea, al ser entonces elegido presidente de la FECH, tuvo que coordinar la acción de los dos grupos de opinión, el de los socialcristianos, casi todos vinculados a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, ANEC, bajo el nombre de "Renovación", y el de los izquierdistas reunidos en el Grupo "Avance". El Mercurio publicó los acuerdos, destacando la participación de "Santiago" Barrenechea, confusión debida a su tío médico y parlamentario, oftalmólogo célebre en esos años.

El mismo día 17, el ministro de Hacienda Pedro Blanquier dio a conocer el estado desastroso de la economía nacional, su enorme déficit, y el crecimiento de la deuda externa a unos niveles que ya no podían enfrentarse. El país contaba con cinco millones, pero se debían noventa. Más de 200 mil cesantes ensombrecían las calles, 300 mil según otros, los que vagaban desesperados pidiendo ayuda. Las tasas más altas de tuberculosis y de mortalidad infantil del mundo pertenecían a Chile. Era la bancarrota, con el 25% de la población del país viviendo en la miseria extrema. Creció la indignación estudiantil porque el comercio exterior exhibía un superávit, pero las utilidades no quedaban en el país; se iban mediante las empresas de comercio de "propiedad extranjera", Duncan Fox, Grace, Weir Scott...

Para el martes siguiente quedó citado el alumnado. Todos confluyeron el día 22 de julio, incluso los de la Universidad Católica, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. También, algunos obreros.

Barrenechea, orador central, impulsado por el ambiente, va más allá del pacifismo al que siempre tiende. Y es que ha visto, luego de tantos años, que ahora sí es posible el fin de la dictadura de Ibáñez del Campo; vive el calor de la asamblea, la euforia de un momento que todos saben histórico. Hay un presente que se debe aprovechar, y ni él mismo se reconoce cuando anuncia: "¡Compañeros, desde este momento estamos en revolución! ¡La revolución se llama los estudiantes de Chile contra la dictadura de Ibáñez! ¡La Universidad se declara tomada, en poder de los universitarios! ¡Fuera del recinto las mujeres y los niños! ¡Los que permanezcan en la universidad, al patio de la izquierda! ¡Los demás a la calle, a dar vuelta tranvías, a quebrar postes y vidrios, hasta producir congestión y alarma pública!".

Se acuerda la huelga indefinida, la creación de una Guardia Cívica y se cierran las grandes puertas de la universidad. Queda aislado y detenido Juan Gómez Millas, futuro rector de la misma. De los mil asambleístas, 147 permanecen adentro. En la tarde, apenas ochenta... Tomás Chadwick y Óscar Waiss, los que estaban a cargo de las operaciones, se desesperan por temor a que todo termine así, diluido. Pero muchos de los que habían salido participan en manifestaciones callejeras, mezclados con opositores de variados orígenes encabezados por otro cercano amigo del poeta, Galileo Urzúa. El movimiento es pronto seguido por los estudiantes de la Católica, liderados por Bernardo Leighton y Eduardo Frei, los que se incorporan formalmente.

En las calles ya se han producido choques de alumnos y carabineros, éstos desconcertados porque los jóvenes los envolvían en serpentinas, como a reinas de las fiestas de la primavera... No tenían instrucciones para reaccionar ante tal ataque.

En la Casa Central, Barrenechea hace uso de su oratoria para mantener vivas las acciones. Para muchos, para toda una generación, por haber estado ahí o por haberlo oído después, fue inolvidable la imagen del poeta en ese lugar rodeado por las fuerzas de orden. Al iniciarse el ataque desde afuera, pidió calma e improvisó una arenga para mantener el ánimo de los que seguían adentro.

Instaló su comando en la Escuela de Derecho –entonces en la misma sede, Casa Central–, en la propia oficina del Decano, a salvo de las balas de carabina que se ingresaban desde la Alameda. La noticia de que el Regimiento Buin iba camino de La Moneda, a tomársela, los hizo salir a la calle, festejando. Pero el Buin iba en defensa del Palacio de Gobierno... Apenas alcanzaron a volver.

En la fría mañana del día siguiente –mes de julio, inviernocortados el agua, el gas y la luz, comienzan a oír frecuentes disparos de carabina desde el frente de la Alameda. No saben que son
de fogueo. Un nuevo gabinete los invita, conciliador, a parlamentar. Pero apenas dura un día reemplazado por otro en el que Gustavo Lira, nuevo rector de la Universidad, asume la cartera de Educación. Era él, a ojos del gobierno, la última oportunidad de calmar la situación. A la Asistencia Pública llegan y llegan jóvenes y
obreros heridos por la acción policial. De los 62 atendidos, seis
fueron hospitalizados, dos de ellos con diagnóstico grave. Es clausurada la Universidad Católica y se hace público un telegrama enviado desde Buenos Aires por el expresidente Alessandri Palma y
firmado por los congresales Ladislao Errázuriz y José Maza. Urgen
a Carlos Ibáñez para que renuncie a la primera magistratura.

El día 24 llegan los universitarios a un acuerdo con el Gobierno y dejan la Casa Central, contra la voluntad del poeta. Pero sin alimentos, ni agua, ni luz, ni calefacción, en un mes de invierno helado, el ánimo había desaparecido y el representante del gobierno, mayor Aquiles Frías, junto al Dr. Arturo Guzmán, logró convencer a la mayoría de salir para evitar más desgracias. Pero el mensaje de rebelión ya había prendido en la ciudadanía, aunque Ibáñez intentara todavía controlar el desorden: "Respondo con mi vida, si es preciso, de que la República entrará pronto por el próspero camino del resurgimiento económico y financiero, si este llamado es atendido por mis conciudadanos".

Los choques con la policía ya han producido siete muertos y más de cien heridos. Tres oficiales de Carabineros y once uniformados de tropa también se contabilizan entre los atendidos en los hospitales.

El ejemplo universitario ha prendido en otros sectores. Los propios médicos realizan una gran asamblea y acuerdan solidarizar con el movimiento estudiantil. En Santiago Sur, calle Sierra Bella, el joven catedrático Jorge Guzmán Dinator le cuenta al poeta que los médicos se reunirán en el Hospital San Vicente de Paul, para votar una huelga revolucionaria. Parten. Tras disfrazarlo de practicante, con delantal y gorro, cortándole las patillas largas de bohemio, lo hacen pasar al anfiteatro para que hable ante los profesores y los alumnos de los cursos superiores.

Pero su famosa oratoria no fue suficiente ese día.

Un joven, Jaime Pinto Riesco, entraba y salía repartiendo proclamas, el más entusiasta. No se lograba un acuerdo, una línea de acción, hasta que corre la noticia de una desgracia. Pinto ha muerto, alcanzado en un pulmón por un disparo policial. Nieto del presidente Aníbal Pinto, bisnieto del presidente Francisco Antonio Pinto, hijo de una madre que era sobrina del presidente Germán Riesco, el hecho conmueve a una ciudadanía ya muy exasperada.

En la Facultad de Medicina cambia de inmediato el ambiente y se acuerda el paro indefinido. Las calles, entretanto, son testigo de nuevos choques múltiples entre polícías y opositores. En la esquina de Alameda con Gálvez –calle después bautizada con el nombre de Zenteno– desde la casa que pertenecía al hijo de Arturo Prat, los nietos del héroe naval abren fuego contra Carabineros y la policía arresta a los tiradores. Hay más muertos en las calles, paraliza el transporte público, cierra el comercio, el caos es una realidad.

Al día siguiente, 20.000 personas escoltan los restos de Jaime Pinto Riesco, número enorme para la población de la época. Al salir del cementerio la multitud pasa frente a la Décima Comisaría, la responsable de la muerte del universitario. Alguien dispara, al parecer por accidente, y Carabineros responde. Queda muerto el joven Alberto Zañartu... que no iba en el cortejo.

Se agregan más y más muertes: Luis Alberto Díaz Ramírez, Isaías Cid Stuardo, Mercedes Meza Vargas, Mauricio Bisick. Hay también otros, anónimos. Y tres oficiales y once carabineros heridos. ¿Qué más espera Ibáñez? Cantidades de universitarios llegan al centro el día siguiente y la Cámara de Diputados se reúne, hasta la noche, en sesión extraordinaria. En la Universidad de Chile, una orquesta improvisada, dirigida por el estudiante de música Víctor Tevah, hace oír la Canción Nacional. Hasta el Administrador Apostólico, monseñor José Horacio Campillo, va a visitar a Ibáñez con su automóvil envuelto en la bandera chilena.

La fuerza de los acontecimientos ha desbordado todo, mucho más allá de lo que imaginaran los universitarios. Pero fueron ellos los que alentaron la expresión del descontento, los que avivaron la indignación pública, la chispa. La ciudadanía lo sabe y los aplaude al verlos pasar por la calle, en columnas.

El domingo 26 la agitación continúa. Cien mil personas asisten ahora a los funerales de Zañartu, toda la ciudad por así decirlo, y nadie duda lo que ello significa. Es el país contra Ibáñez del Campo. Ahí van, juntos, cientos de estudiantes. Quisieron los asistentes acercarse al palacio de Gobierno pero la infantería del Yungay, así como el Regimiento Cazadores, los enfrentó con decisión. En la calle Compañía se agolpa el público frente al diario *El Mercurio*, cuya radio, con parlantes, trata de mantener el hilo de los acontecimientos. Toda la semana la han pasado ahí algunos periodistas, durmiendo en el lugar, por no saber qué giro tomarán los sucesos, ni en qué momento.

El domingo cargado avanza muy lento. Es ya el mediodía y El Mercurio sin aparecer. Las carabinas, en el silencio dominical, retumban como cañones. El diario no se distribuye porque en la madrugada ha llegado un censor, enviado del general Ibáñez, para modificar la página editorial. El director, Clemente Díaz, se ha opuesto terminante y manda a todo su personal a la casa. Se queda solo, esperando. A las tres de la mañana llega la autorización, pero, muy tarde, todo está atrasado. Al fin, a las cuatro de la tarde salió la edición, 150 mil ejemplares que la gente se arrebata frente al dia-

rio, sin que se logre distribuir al resto de la ciudad. Ante la ansiedad de información, y la demanda creciente, la misma empresa decide sacar un vespertino, otro diario. El de ese día fue el N° 1 de La Segunda.

Un reportero consigue la más esperada de las noticias en La Moneda, de labios de Félix Nieto, el subsecretario de Relaciones Exteriores: "El presidente Ibáñez ha pedido permiso constitucional para alejarse del Gobierno, en la misma forma en que, hace algunos años, lo hizo el ex presidente Alessandri".

Barrenechea, en la Escuela de Medicina en esos momentos, oye la noticia. La algazara es total, de médicos y alumnos. Pasa un momento a su casa, afortunadamente, porque ya lo daban por muerto debido a una falsa noticia emitida por una radio, la que lo hacía figurar en la lista de bajas del día.

Santiago entero se embanderó y las calles se inundaron de música. Algunos sacaron vitrolas a la vereda, cantaban y bailaban en una explosión de alegría popular como nunca se había visto, en una euforia sólo comparable al día en que saliera elegido Alessandri Palma en 1920. Pocos minutos después, la Radio El Mercurio, por sus altoparlantes, propala la noticia oficial.

La ciudad entera se vuelca a la calle, la ciudadanía avanza por la Alameda, la Avenida de la Libertad Civil según la bautizara O'Higgins, que se fue congestionando entre la Universidad de Chile y la Biblioteca Nacional, con vehículos incluso, los que tratan de cruzar haciendo sonar sus *claxons* entre la muchedumbre. Los vecinos inmediatos, con fachada a la avenida, además de desplegar banderas comenzaron a lanzar flores a los manifestantes. La alegría produce abrazos entre desconocidos, y cientos de armas escondidas aparecen para ser disparadas al aire, celebrando. Al fin se acoplan las gargantas y comienzan a elevarse en el aire las primeras líneas del Himno Nacional, el que fue creciendo a medida que más y más asistentes se unían: "Puro, Chile, es tu cielo azulado...".

Corren lágrimas, un nuevo Chile nace en esos mismos momentos. Emociona estar ahí, viendo su aparición a la luz, ninguno olvidará esas horas tan esperadas. Los mismos carabineros, que hasta el día anterior persiguieran implacables a los agitadores, con órdenes de "mantener el orden a todo trance", comenzaron a retirarse. Los estudiantes se reúnen frente a la Universidad de Chile, es también su propia fiesta, su minuto en la historia, y la ciudadanía los reconoce y celebra porque ellos comenzaron todo. En improvisada tarima, Barrenechea, como presidente de la FECH, habla con su tremenda voz. Lo hace como nunca antes, arrebatado por el clima del día, pero nadie recoge sus palabras. Ni él mismo las recordará pero no le importa, sólo el resultado y el futuro tienen interés. Otros dos líderes suben a su vez, a dirigir sendas arengas; Roberto Alvarado, estudiante de Medicina en nombre del Grupo Avance, y Bernardo Leighton el líder del Grupo Renovación. Aparecen banderas en lo alto de los edificios, Chile está de fiesta porque el "tirano" ha decidido partir.

Poco después, y con barba de ocho días, el poeta Barrenechea aparece en el balcón de La Moneda, junto al ex-ministro, radical, Juan Esteban Montero. Piden calma a la ciudadanía congregada en la Plaza de la Constitución, que la fiesta no se vaya a enturbiar por un accidente.

¡Qué lástima que su padre no hubiera estado vivo ahí, en ese día, para celebrar la caída de Ibáñez del Campo, sombra eterna de la democracia, y más encima dando paso a Montero, el primer presidente chileno del Partido Radical, el primero de toda una larga serie de triunfos que marcará el país del siglo xx, como tanto soñaran!

Julio César Barrenechea, ese padre que fuera miembro del CEN Radical, del comité directivo de un partido aún pequeño en sus días, no lo habría creído. Y menos con su hijo ahí, en la primera línea del histórico suceso... Aunque el poeta reconocerá, siempre, que no inició el movimiento estudiantil para derrocar al general. Buscaba, simplemente, movilizar un estudiantado que veía dormido, sin inquietudes, indigno de las pasiones que agitaran a las anteriores generaciones, ésas que soñaran y sufrieran en el nombre del destino de Chile. Que su generación aportara, tuviera un lugar en la historia, nada más.

El día 28, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el poeta preside el acto en que se acuerda mantener vivo el Frente Único Civil para apoyar el nuevo gobierno, y reiniciar todas las actividades normales. Lee algunas de las docenas de adhesiones que le han llegado, tanto de Chile como del extranjero. Luego parten a los funerales del estudiante José Sanhueza, miembro de la Guardia Cívica caído mientras dirigía el tránsito en la esquina de Madrid y Placer, y de Ismael Goycoolea, ultimado a tiros de carabina frente a su casa.

Además de la primera edición del diario *La Segunda*, también se logró producir el primer noticiario sonoro chileno, presentado con gran bombo el día 30 de julio en los siete cines principales de la capital. El moderno milagro fue realizado por la nueva

empresa Andes Films, asociada con un particular, Emilio Taulis. La película registra dos discursos del día, los pronunciados desde el balcón de La Moneda, los de Juan Esteban Montero y Julio Barrenechea.

Entonces descubrirá, cuando apenas tiene 22 años, que la historia la escriben los vencedores a su manera. Habrá, en su misma y propia juventud universitaria, algunos que se arrogarán el rol de revolucionarios, de héroes contra la dictadura. Barrenechea respeta demasiado a los que estima verdaderos próceres, como Labarca, Ugalde, Loyola y demás, para verse a sí mismo nada más que como un estudiante elevado por las circunstancias.

Bomberos armados recorren las calles intentando controlar turbas que, aprovechando la agitación general, salen a causar destrozos y saquear todo lo posible. Es una situación que mancha vergonzosamente la felicidad del día.

A las cuatro de la mañana, en el silencio del descanso, cuatro vehículos parten a Los Andes, a dejar a Ibáñez del Campo en la estación del tren transandino. Reporteros de *El Mercurio* lo ven alejarse con personal alegría, se acabarán los turnos nocturnos...

El "tirano" se va a la Argentina. Ibáñez decidió alejarse, según algunos, debido a su amistad con el padre del joven baleado, amigo suyo, situación que ya no logró soportar en medio de una crisis tan generalizada. Aunque muchos dudan de tal versión, porque se le oyó hablar de dos de los muertos, Pinto Riesco y Zañartu, calificándolos de "fanáticos oligarcas".

Al caer Ibáñez –lo que celebró la mayoría de la nación, incluida la derecha– los directivos de ésta invitaron a Barrenechea a una manifestación en el Club de la Unión. El poeta agradece, pero prefiere rechazarla. Era su primera experiencia directa con el extraño mundo de la política.

Lo que faltaba, para que todo volviera a la normalidad, era un nuevo rector para la Universidad de Chile. Fue Ramón Montero, director de la Escuela de Artes y Oficios, pariente y amigo del nuevo presidente –éste proclamado en el Teatro Municipal–, quien pensó en el brillante filósofo que era Pedro León Loyola, la gran figura intelectual del Partido Radical, líder indiscutido, figura atrayente para los dirigentes universitarios. Era ya de noche, y fueron largas las horas empleadas por René Silva Espejo, entonces subsecretario del Ministerio de Educación, para convencer al filósofo. Implacable, Loyola no quería aceptar el cargo si no se designaba al ingeniero Pedro Godoy, que le brindaba confianza absoluta, como

ministro de Educación. Godoy había sido otro de los contertulios, medio clandestinos, de los que se reunían a deliberar en la casa de Spikin Howard.

Al fin se le aceptó la condición, saliendo ya el sol del día 27 de julio de 1931. Por supuesto, para el poeta, tener a Loyola de rector era una noticia inmejorable y se dedicó a prepararle una gran recepción. Cuando entró el filósofo al Salón de Honor de la Universidad de Chile por la puerta de San Diego, los estudiantes seguían esperando el desenlace. La ovación fue delirante, atronadora, hasta las columnas marmóreas parecían vibrar con el estruendo. Con su aspecto de líder hindú, frágil y espiritual, era el triunfo visible de la inteligencia sobre la fuerza. A su lado venía "el guatón" Héctor Fuenzalida –el amigo y compañero de Derecho del poetaque, en contraste, se veía aún más alto y grueso. Al mismo tiempo entró Pedro Godoy. Todos amigos, para iniciar un período nuevo en el país. Exultante, emocionado, casi quebrado en su interior, Barrenechea comenzó uno de sus más célebres discursos:

"Por los mismos boquetes que abrieron en estos muros las balas de la dictadura, un nuevo espíritu ha entrado a la universidad...".

Sólo ahí terminó el conflicto y la paz volvió a los claustros. El día 28, en el Salón de Honor presidido por Barrenechea, los estudiantes celebraron oficialmente el triunfo de su movimiento. Cientos de telegramas, de Chile y también de otros países, manifestaban su adhesión a la causa de los universitarios que había logrado poner fin a la dictadura. Las juventudes de toda América latina, muchas de naciones controladas por gobiernos similares al de Ibáñez, festejaban los sucesos de Chile como cosa propia. Era un signo de los nuevos tiempos y la prensa se extendía en detalles sobre los sucesos de Santiago. En Buenos Aires, Bogotá, Caracas, Ciudad de México, los estudiantes rendían homenaje a los de Chile.

Pintoresco fue el acercamiento de Ismael Valdés Alfonso, pionero de la cultura vegetariana en Chile, dueño del restorán El Naturista, quien invitó al poeta, como premio al líder de la juventud, a su local de Ahumada 135. Éste era un lugar muy célebre entonces porque cada mañana, en la vereda, un tablero sorprendía a los transeúntes con frases y aforismos sabios, la mayoría de las veces relacionados sutilmente con la actualidad. Su ingenio y humor refrescaban tanto como sus jugos, durante la dictadura.

Don Ismael lo llevó a los altos, donde avanzaron por una planta laberíntica de rincones y pasillos hasta que golpeó en una puerta y una voz respondió. Ahí estaba Domingo Zárate, desfalleciendo con sus luengas barbas, el personaje al que Nicanor Parra le dedicaría toda una obra poética.

Era el propio Cristo de Elqui, que don Ismael Valdés rescatara de la Casa de Orates. El predicador del norte, el seductor de multitudes, perseguido por el régimen de Ibáñez, yacía en un camastro. Había intentado volar, sin resultado, y se estaba reponiendo de la caída.

El nuevo gobierno anunció trabajo para diez mil cesantes, en obras públicas que incluían un nuevo tramo de la canalización del Mapocho y el hermoseamiento de sus riberas.

Comenzaron a llegar exiliados de regreso, Agustín Edwards MacClure, Ladislao Errázuriz, Ernesto Barros Jarpa, Arturo Alessandri Palma... Éste, para tranquilizar el ambiente, apenas pisó tierra chilena en el norte, declaró: "No quiero, no puedo ni debo ser candidato a la Presidencia de la República". Barrenechea, con la ingenuidad de sus 22 años, le telegrafió: "El presidente de la Federación de Estudiantes felicita al ex-presidente de Chile don Arturo Alessandri por su patriótica actitud, al declarar que no puede ni debe intervenir en política chilena".

Alessandri se indignó, y a un amigo le preguntó "porqué me odiará tanto este niño". Como ese amigo conocía al poeta, lo invitó a la casa de Arturo Alessandri Rodríguez –el hijo mayor del ex mandatario, donde éste se había instalado al llegar a Santiago, casi al fondo de la Avenida República– y se lo presentó. Su rostro era familiar para el poeta, porque el propio don Arturo, años antes, acompañaba a sus hijos en las mañanas al Instituto Nacional, caminando.

El viejo cacique le preguntó de quién era hijo. Al oír la respuesta exclamó, con su verborrea habitual:

-Cómo, de Julio, de Julio César, del gordo, de mi amigo, digo mal, de mi hermano... ¡Qué gran poeta era su padre!... Recuerdo que en esa inolvidable campaña del veinte, cuando el tren atravesaba por esos bosques del sur, su padre recitó estos versos...

De corrido declamó ocho líneas, de la "Defensa de la raza", quejándose luego de no haber podido dedicarse a la poesía porque la vida lo había arrastrado a la política, una y otra vez, y que ahora nuevamente lo empujaban aunque él no lo deseara. Ahí mismo, a su puerta, explicó, estaban los representantes de los obreros portuarios para rogarle el regreso...

Tras comentar que a la izquierda le faltaba un hombre, y que por eso llevaban de candidato a una monja -así le decían a Juan Esteban Montero-, agregó que era preciso, cuanto antes, aplicar el socialismo para evitar la llegada del comunismo. Lo que ya sabían todos los hombres inteligentes en Europa... incluyendo al derechista de Gustavo Ross.

-Porque hay una verdad histórica -agregó-, y es que toda evolución retardada se convierte en revolución.

Barrenechea, que no era lector de temas sociológicos ni políticos, le dijo que todos lo reconocían como el inventor de la lucha de clases en Chile. De inmediato debió lamentar tales palabras, porque Alessandri le replicó con fuerza:

-¡Eso es lo que dicen los imbéciles! ¡La lucha de clases no se inventa, es un hecho social que existe!

Mucho gozarían de noche, revolcándose de risa en un bar, sus amigos ideólogos, conscientes del desaguisado: "¡Inventor de la lucha de clases en Chile!". El poeta sería uno más a la hora de reírse de sí mismo, el más sonoro con sus enormes y célebres carcajadas: "¡Eso es lo que dicen los imbéciles!".

Alessandri perdió la elección, representando a un electorado de izquierda, al obtener apenas el 34.6% de los votos frente al radical Montero, la voz del centro moderado que logró el 63.7%. Pero luego, justo un año después, en octubre de 1932, se recuperaría al presentarse –astuto lector de los nuevos signos electorales– con apoyo del Partido Radical. Así volvió al poder, a sacrificarse una vez más...

Fue, entonces, muy corto el gobierno de Montero. Elegido en octubre de 1931, pero con la oposición de alessandristas e ibañistas por igual, estos últimos de inmediato comenzaron a buscar apoyo militar para derrocarlo. Efectivamente, a los ocho meses, una junta de Gobierno encabezada por el general Arturo Puga, y luego por Carlos Dávila, asumiría el poder; el Congreso Nacional fue disuelto. Casi de inmediato hubo otro golpe de Estado y el General Bartolomé Blanche asumió la Presidencia Provisional. En medio, la famosa República socialista duró doce días y medio. Era el caos político, con gobiernos de meses. Sólo con las nuevas elecciones de 1932, y con Alessandri Palma en el poder, el país volvió a enrielarse.

¿Qué estaba escribiendo el poeta por entonces? ¿En esos años cargados, cuando a ratos tomaba una servilleta de papel en un bar, para estampar algunos versos?

Como todo adolescente, en sus "Evocaciones" deja en claro que, en el fondo, a pesar de tantas asambleas multitudinarias, está solo consigo mismo:

Miguel Laborde

Siempre fui solitario Sigo siendo un desierto. Pero en mis soledades necesito de un huerto...

Para esa soledad, a los 21 ó 22 años, sólo la presencia de la mujer es remedio:

Desnuda en mí, clara y liviana, como en la tierra la mañana.

Sólo la mujer es capaz de encender el horizonte, como en el poema "Muchacha durmiendo" que así comienza:

Tendida sobre el piso de la meseta verde, ante claros telones altos de luz y cielo, loma de curva dulce, una muchacha duerme...

El líder político, el gran orador, dueño de su coraje, se estremece ante el cuerpo de una mujer. Incluso, poeta como es, también ante la simple visión de unos niños jugando en la plaza cercana. Así nace "Columpios", poema de una musicalidad que le ganaría un lugar fijo en las antologías escolares. Éstas son sus primeras líneas:

> Columpios con niños al atardecer. al cielo lo acerca y aleja el vaivén.

Rama del columpio nerviosa y jovial. Los niños se cimbran de modo frutal.

Los cordeles tocan el azul final. Los niños regresan de la inmensidad...

El mismo destino escolar ha tenido "Cosecha", que así comienza:

Van los pescadores. Van a cosechar. ¿Benditas las tierras deshechas del mar!

Campos sin cultivo Campos de agua y sal. ¿Quién sembró los peces? ¿Quién sembró el coral?

Campos al cuidado de la inmensidad...

Y también "El harinero", imagen y estampa donde se lee una presencia que lo encandiló en su propia infancia del Barrio Brasil:

Va por la calle el harinero, como una blanca nubecilla.

Va todo blanco cabalgando sobre su caballo de harina.

Llegará hasta el fin de la calle Después seguirá cielo arriba.

Y no es la Virgen en la burra, quien duerme adentro de la luna. El que duerme es el harinero en su blanca cabalgadura.

Así, en medio de las agitaciones políticas no olvida su ser interno. Muy públicos serán los acontecimientos a los que se ve arrastrado, pero él no deja de mirar el mundo, y de estar en el mundo, con su mirada de siempre. Es poeta, el poeta recolector de lo leve, del detalle, de lo que casi no existe. De esos años, y así de liviano es el poema llamado "Lluvia de verano":

En puntillas.
Silenciosa.
Cae el agua,
temerosa.
Ala fresca.
Ala de cielo.
Que leve a la tierra
roza.

La lluvia se ve caer, y parece que se evoca.

Miguel Laborde

Agua que casi no canta. Agua que casi no moja.

En la tarde del verano, una estrella se deshoja.

Discreto, sutil, ingresa al torrente de la vida con total naturalidad. Es una poesía tan delicada que pareciera no haber nadie tras ella, sólo una mirada que no altera aquello que descubre, que apenas anuncia que ahí está para que los demás, también, cada uno a su manera, compartan el fenómeno. La metáfora final, "una estrella se deshoja", como imagen de una lluvia de verano, es sorprendente, muy original. Pero es tal la soltura del poema, que se pasa por ella como si uno estuviera acostumbrado a esa imagen, como si siempre se hubiera sabido que las lluvias de verano son estrellas deshojadas.

Por su delicadeza ha sido llamado "poeta oriental". Pero no es el caso, no tuvo tal influencia, aunque el símil es muy atinado porque irradia la serena sabiduría de los orientales. Pero él es y será cristiano. Muchos, casi todos los poetas de su generación, si tuvieron alguna fe cristiana en la infancia la perdieron al despuntar la adolescencia, y pocas veces volvieron a ella. Varios, en cambio, se arrojaron sobre la naturaleza con un fervor religioso, casi panteísta, en el gozo del fundirse en ella eliminando los dolores del ser, del tener un "yo" pensante y sufriente. Otra influencia de Rubén Darío...

Pero Barrenechea, espiritual y muy occidental, no se disuelve en el paisaje. Es un testigo, con su "yo" presente, y asume su condición de ser humano lúcido, sensible pero siempre pensante. No le duele su condición. Eso sí, su mirada no es europea. Heredero de una matriz mestiza a mucha honra –como latinoamericano—, hijo de su padre en ese orgullo y conciencia, es un occcidental a la manera local, americana del sur.

De querer acercarlo a Europa habría que situarlo en la senda de Francisco de Asís, el que siempre lo encandiló. Porque también se acerca a lo natural sin panteísmo, en su sensibilidad "franciscana" por lo breve y leve, lo humilde y escondido, lo que crece en los rincones. No es la tormenta, no es el rayo, no es el trueno o la gigantesca rama desgajada con violento estruendo lo que lo conmueve. Es la gota de rocío, el verdor del musgo en la rama, apenas visible a la luz al despuntar el día.

Julio Barrenechea es el testigo deslumbrado. Si fuera un poeta filósofo se preguntaría por el origen de las cosas que se ve, pensaría a través de sus poemas. Y de ser un poeta orgiástico se entregaría sensualmente a la experiencia de lo que sucede a sus sentidos. Pero, como es un testigo con los ojos abiertos, mira y canta como un niño al ver el mar por vez primera, o como el ser humano que emerge tras la Creación; agradecido y encantado.

Así, con toda naturalidad, tomó su camino original en medio de los de su generación. Sin quererlo ni pretenderlo, se unió a la tradición de los poetas creyentes, de los poetas que invocan, evocan y repiten el acto de Creación del Cosmos, de los que andan por el mundo dando fe y testimonio de ello. Celebrando el triunfo del Cosmos sobre el Caos, el triunfo de la Vida sobre la Muerte.

GROVE, SCHNAKE Y NERUDA

A todo esto, también había que mantener una casa donde hermanos y hermanas eran menores, cumplir roles de marido responsable ante su madre ya que en él recaía –machismo latino– gran parte de la tarea económica, y padre de sus hermanos por la misma razón. Tenía que buscar empleo, lo que fuera, y soportar.

Terminado el de la universidad con Juvenal Hernández, entró de oficial auxiliar a la Biblioteca Nacional, Grado 21, media jornada, mientras continuaba sus estudios en las mañanas. Se aburriría mortalmente, "como una especie de alga con sueño", escribiendo las pequeñas tarjetas para los libreros y cortándolas luego con una guillotina. Un jefe supervisor, hierático, tenía como única función vigilar a los funcionarios nuevos de la Sala de Lectura.

Pero nombraron a otro Director General, sacerdote muy enérgico, y éste lo destinó a atender público en el Fondo General. Los bustos de Horacio, Homero y Virgilio, presidiendo la gran sala, no hacían menos lentas las tardes para un joven inquieto que sólo quería ver el mundo. Pararse una y otra vez -él, que siempre fue algo pesado de movimientos- para atender a los colegiales, que pedían uno u otro tomo de la Enciclopedia Espasa, no era una actividad excitante. Escribir un poema, a lo largo de un día, era su pequeño pasaporte hacia la libertad...

Pronto descubrió que eran falsas las cifras de lectores que, supuestamente, visitaban el lugar. Eran unos pocos, siempre los mismos, "ratones de biblioteca de una sección a otra", los que volvían cada día. Conoció ladrones de láminas y de libros, ya identificados, perseguidos y vigilados, pero a los que tomó alguna simpatía al final, frente a los rateros vulgares que sólo entraban a llevarse los sombreros de los abstraídos lectores.

En el piso superior del edificio estaba "el cielo". Ahí, el mayordomo Bonilla vendía –contra vales– tazas de té con poca leche y sándwiches de jamón barato.

Su desempeño en la FECH lo salvó y lanzó al mundo. La historia del movimiento universitario chileno, conocida en toda América Latina, andaba dando vueltas en diarios y asambleas y era el modelo a seguir... La universidad de Córdoba, en Argentina, y la de Chile. La poesía local, además, comenzó a ser cosa seria. Aunque el público permaneciera vagamente distante, en el mundo del arte y la cultura era el poeta el mayor protagonista, el artista total, temible incluso por ser considerado capaz, como un mago, de caminar en medio de la naturaleza en perfecta comunión con el mundo y apelar, de algún modo misterioso, a las fuerzas ocultas. Un poeta, como en la antigüedad, era un chamán.

Alguien que podía crear, gracias su don, imágenes esenciales del mundo visible; y de intuir algo que los ojos comunes no alcanzan a ver. Tal como los pintores del Renacimiento italiano, en el Chile de los años '30 eran los poetas la expresión más pura y clara del "hombre de su tiempo". Por lo mismo, pronto comenzó a viajar como vocero de una época, de un país, de su generación.

Por ser un testigo, otra vez, como si ése fuera su destino principal.

De Uruguay lo invitaron. Fue un viaje intempestivo y, como contó a la vuelta, algo duro para su vanidad de buenmozo galán de mundo. Se paseaba por La Plata, luego de dejar Buenos Aires, esperando la embarcación para cruzar el río hacia Montevideo. Con un traje color ladrillo –se había comprado dos en la Casa Francesa para el viaje– y guantes pato en la mano, se sentía elegante, dueño del mundo, a las puertas del futuro. Pero un viejo changador del puerto lo caló de una sola mirada y le espetó una advertencia:

–Mirá muchacho, si andás con dinero cuidáte, porque aquí siempre roban a los provincianos...

Lo recibieron muy bien los estudiantes uruguayos. Él mismo los había atendido en Chile, en 1928, introduciéndolos en la frescura inolvidable de la chicha. Y no lo habían olvidado, eran los mismos de entonces. Los felicitó por tener en la capital un edificio tan alto como la Torre Salvo, "como una calle que se ha puesto de pie", algo que por lo sísmico del suelo todavía no se habían atrevido a construir en Santiago.

Un exiliado paraguayo, que se le acercó por ser admirador de las glorias militares de Chile, y que le decía "Lautaro" al poeta, lo llevó a conocer a la Juana de América, la Ibarbourou. Hermosa, vanidosa también, el amigo le advirtió que convenía celebrarle las manos. Cumplió Barrenechea haciéndola sonreír. Una de esas noches, en el cabaret La Bombonería tuvo la fortuna de conocer a

Carlos Gardel, del que le impresionó lo arqueado de las piernas. Parecía jinete profesional, un jockey. Chocó copas con él. Años después, al reencontrarlo, le sorprendería el arte de Hollywood para rejuvenecer un cuerpo. Seguía igual a este Gardel de Montevideo, intocado por el tiempo.

Los mismos uruguayos admiradores de la chicha chilena le dieron a conocer la grapa –¿no era viaje de intercambio cultural?— un aguardiente que, en el Teatro Artigas y después de hablar y recitar, tomó al seco en un vaso grande agregándole limonada, trago que quedó bautizado como "El Chileno".

De vuelta en Santiago, en ese año de 1932, se anunciaba una novedad. Como poeta y presidente de la FECH, no podía dejar pasar el nuevo regreso a Chile de Pablo Neruda. El cónsul, a la distancia, no había dejado de enviar textos para las revistas universitarias, era un miembro más, aunque mayor, un adelantado de la generación. Le organizó una comida de recepción.

El acto fue en el restorán Martini, ubicado en Bandera entre Catedral y Santo Domingo, lugar muy concurrido por artistas e intelectuales, especialista en mariscos pero especialmente famoso por sus ostras de Chiloé. De sobremesa, Barrenechea le tenía una sorpresa a Neruda, un acto en el que el número de fondo correspondía a Augusto Santelices, el autor de un "Poema a la botella". Neruda no sólo lo celebró, sino que incorporó de por vida en sus asados de Fiestas Patrias, cada septiembre. Es ése que comienza:

¡Oh, Señora! ¡Oh, Botella! del corazón ardido de soles y de estrellas hada maravillosa, diosa de la alegría a tu flujo se trueca la noche por el día se muda el oro en cobre se vuelve el pobre rico, y el rico queda pobre!

Otra, que fue de inmediato incorporada, pertenecía a un temuquense alto y enorme, amigo de su hermano Javier Barrenechea; éste había importado el poema a Santiago y se lo aprendieron todos. Irradiaba la filosofía de la generación:

> ¿Y quién me critica? La vieja Garnica que tuvo burdeles y casas de citas... También me critica el viejo Garnico

rufián y tahur que echaron de Arica.

También me critican don Juan Renegado Ramón Usurero y Pedro el Cuatrero. También me critica doña Cisisbuta antigua doncella de casa de putas.

¿Porqué me critican? ¿Porque me tomo un tinto con el viejo Pinto? ¿O fumo un cigarro con el buen Chaparro o le doy la mano al pobre Zambrano?

¡Pero Pinto, Zambrano y Chaparro jamás han metido la mano en el barro!

Porque somos bobos, porque somos necios, no tenemos autos ni tenemos pieles, esencia del robo producto de burdeles...

¡Por eso me critica la vieja Garnica!

Por entonces llegó al poder Marmaduke Grove –4 de junio de 1932–, con una Junta de Gobierno que marcó época: la República Socialista. Él sólo se quedó como ministro de Defensa, mientras Arturo Puga, Carlos Dávila y Eugenio Matte Hurtado constituían la Junta. Pero Grove era su espíritu, el líder. Los jóvenes la apoyaron, por supuesto, y celebraron las medidas populares –y populistascomo la famosa devolución de todas las máquinas de coser que estaban en casas de empeño.

Tal como lo hiciera su padre, el poeta Barrenechea partió en gira a provincias. Lo mandaron a promover la causa del nuevo gobierno, a poner en juego su gran voz y fértil oratoria para conmover a las multitudes y tranquilizar a los propietarios de industrias y comercios que, leyendo las noticias, temían perder todo en un supuesto plan total de expropiaciones. En cada lugar, la población se congregaba en las plazas, ansiosa de saber en qué consistía la mentada Revolución Socialista chilena. El transporte facilitado por Grove, un avión de guerra tripulado por dos oficiales de la Aviación, con maestros y obreros y estudiantes que representaban las distintas facciones de la izquierda, anduvo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo.

En La Serena, el joven alto, de poética voz restallante, fue la noticia del mes. Desde el antiguo quiosco de la Plaza de Armas, hablando del futuro y de los poetas regionales, de las papayas y la causa obrera, usando metáforas poéticas y frescas, conquistó adherentes. En Copiapó se apostaba a fijo, ya que Marmaduke era de una familia antigua del lugar, de la sociedad local, descendía del médico William Grove llegado en 1844. El padre de Marmaduke había sido secretario de la Intendencia en tiempos de Guillermo Matta Goyenechea, el fundador del Partido Radical.

Quedó el poeta deslumbrado con Iquique y su paisaje, encuentro del océano y el desierto, cara a cara, como en el norte de África. Sentado en una mesa con el periodista Alberto Hermosilla Serrano, tomándose ambos unos tintos sureños, el poeta le aseguró que un día, algún día, Iquique iba a ser descubierto:

-Estoy seguro de todo esto. Un día, como la pepa de oro en la entraña de la tierra, será descubierto y adorado. Iquique será rico y placentero.

Parecía iluminado. Como si ya tuviera ante sus ojos la visión de ese futuro. Un pescador de pelo rojo lo invitó a cenar llevándo-lo al mejor restorán de la ciudad, donde lo esperaba un anarcosindicalista. Éste les aconsejó, a ambos, sobre cómo debía hacerse la construcción del socialismo. Por años le escribió, cada vez que Barrenechea aparecía en los diarios, para celebrarlo o criticarlo. Hasta que un día no llegó ninguna carta más....

Cierta vez, de paso el poeta por la ciudad, preguntó por él con recelo. Efectivamente había muerto, en la playa y sin un peso, y sin ver la llegada de su utópica sociedad de hermanos. Ahí surgió su homenaje al pescador, "El camarada Castillo", un poema sencillo y musical, muy de la época, social, que comienza así:

> El camarada Castillo se murió cerca del mar.

Tuvo un velorio de estrellas y una mortaja de sal.

Su red, en la madrugada, se levantaba del mar, como un pecho palpitante plateando el verde aclarar.

Le brillaba al camarada su pelo de mineral. Le brillaba el pan dorado de los esclavos sin pan.

Un aldabón le golpeaba en su frente de metal. Tenía redes de sueño echadas en otro mar.

El camarada Castillo no vio la lucha final. Se fue con su red vacía... al otro lado del mar.

Un maestro primario, Jenaro Torres, hombre práctico y ponderado, asumió el mando del heterogéneo grupo promotor de la República Socialista; era quien escogía hoteles y designaba los oradores en cada plaza. No hablaba nunca en público. Hasta que llegaron ahí, a Iquique... El tranquilo maestro, en vociferante discurso, la emprendió contra los militares, la Iglesia, todo el mundo, con tan volcánico temperamento y lenguaje que el intendente Wachholtz decidió comunicarse de inmediato con el Ministerio del Interior. En vez de calmar la ciudad estaban sembrando el terror. Los hicieron volver a todos.

Con el otro estudiante del grupo, Samuel Letelier –poeta autor de "Los asesinos de la niña" – quedaron amigos de por vida. En el viaje lo confundían a éste con Marmaduke, a lo que Letelier se resistió al principio. Pero luego, al ver cómo lo rodeaban las adolescentes en cada lugar, se resignó a cortejarlas, recibir ovaciones por sus discursos, prometer cargos ministeriales... Tiempo después perdió algo de su vistosa presencia, que tanto éxito le traía entre las damas, cuando una de ellas, por despecho, comenzó a besarlo y terminó arrancándole un pedazo del labio inferior. Un cirujano lo intervino, pero le quedó algo contraído. La dama, arrepentida, lo

visitó en la clínica y Letelier cedió otra vez a sus encantos, la perdonó, y ella casi logra su objetivo de morderlo en el labio sano... Ahí nació la leyenda de Letelier, de la mujer que lo perseguía devorándolo de a poco, como la mantis religiosa lo hace con el macho después de copular. Era Letelier de Talca y tuvo el extraño destino de ser atropellado por el único auto que había entonces en su ciudad natal, mientras conversaba con el escritor y bohemio Antonio Roco del Campo, apoyado un pie en la vereda.

Sólo duró doce días ese gobierno que tantas esperanzas provocara. Nadie alcanzó a saber de qué se trataría el socialismo pero era una palabra hermosa, poética, que resplandecía de libertad, fraternidad e igualdad. Se había colado entre los artistas e intelectuales, obreros y pescadores, y ya estaba en todos los rincones del país. Por ahora, la cárcel y el destierro en Isla de Pascua esperaban a Marmaduke, mientras el otro líder del movimiento —y mentor político de Barrenechea—, su pariente Óscar Schnake, era enviado a Lima.

Al decir de Jean Cocteau, "la pureza de una revolución dura quince días". Éste fue, exactamente, el caso en Chile. Las palabras del poeta alemán Enrique Heine, "la revolución debe conquistar para todos los hombres no sólo el derecho al pan sino también a la poesía", que de pronto habían parecido tan posibles y cercanas, se esfumaron por completo. La aventura, inmersa en una nube surrealista, ya no existía. Volvió la vida cotidiana, una vez más.

Desde la llegada de Pablo Neruda, con rapidez, se forjó una relación de trasnoches entre ambos poetas. Cuando apareció *El hondero entusiasta*, Neruda le mandó un ejemplar con una dedicatoria que, con sus faltas de ortografía y sensiblería medio cursi, daba fe del humor que cimentaba sus encuentros: "A Julio Barrenechea, como emblema suave del atardecer que pone en los corazones amantes de la poesía y el harte un vello destello de luz sonrosada, Pablo Neruda, 1933".

Otro día, el vate Neruda lo invitó a su departamento, uno muy pequeño y de un ambiente que tenía por entonces en la calle Catedral, para darle una noticia:

-Te hemos premiado en los Juegos Florales de Providencia...

Barrenechea ni sabía que era candidato... También le pasó un paquete, ya que debía ir de smoking a recibir el premio al Teatro Providencia. Todo estaba arreglado, los dos eran altos y muy delgados, iguales en silueta. Fuera de Neruda o no –no lo parecía–, lo cierto es que, llegado a su casa y probándoselo, frente al espejo

descubrió que mangas y pantalones le quedaban cortos. Y los zapatos de charol -del mismo paquete- le nadaban.

De amigo en amigo, en la tarde dio con uno que tenía smoking pero ése le quedó grande; el dueño original debió ser un gordo enorme. Con algunos suéteres de lana por debajo de la camisa... De largo estaba bien. El otro desafío es que la elección de la niña que sería Reina de Providencia le correspondía a él, personalmente, como era moda en muchos países donde se confiaba en el sentido estético de los poetas. De paso, los organizadores conseguían un poema dedicado a la belleza ganadora, lo que era indispensable para completar el programa. Comenzó a sonar el teléfono, con gente conocida o desconocida, presionando en favor de tal o cual candidata, hasta que decidió salir de su casa sin dejar señas de dónde estaría.

La noche del evento llegó al teatro y entró directamente a su camerino. De pronto, desde el interior del closet, entre atuendos colgados y disfraces, emergió un caballero con los brazos abiertos para aprisionarlo. Quería, era necesario, que escogiera a su hija. El poeta se deshizo de él prometiendo hacer lo que mejor pudiera, nada concreto. Llegó su hora de salir al escenario. Unas junto a otras estaban las flores humanas de Providencia, las niñas de ojos brillantes de ilusión. Tan frescas, tan jóvenes. Avanzó, cumpliendo su deber. La favorita del público era la niña Deformes que, por supuesto, encontró maravillosamente bien formada.

En la fila, había otra que "se destacaba por no destacarse". Como flor impalpable, sencilla en su blancura, diáfana, irresistible para la estética del poeta. Avanzó hacia ella y la llevó hacia el centro, el cetro y la corona le fueron puestos. El público, al principio algo molesto, finalmente la ovacionó. Y resultó ser la hija del señor del closet.

Años después, recibió el llamado de un notario. Tenía unas letras suyas, pendientes y –era el señor del closet– le daba la oportunidad de pagar sin mandarlas a protesto.

Marmaduke Grove y Óscar Schnake –ya de regreso los dos de su respectivos destierros y exilios– junto a Eugenio González y Eugenio Matte Hurtado fundaron el grupo "Acción Revolucionaria Socialista", para seguir adelante con su ideario. Este grupo, al año siguiente, abril de 1933, sería uno de los integrantes del nuevo Partido Socialista de Chile. Era un núcleo intelectual brillante, con figuras como Juan Gómez Millas, César Godoy, Eugenio González y Carlos Alberto Martínez, lo que sería clave para llevar al socialis-

mo, en pocos años, a ser la cuarta fuerza electoral del país. Como diría Gabriela Mistral, entrevistada en Italia, "el pueblo chileno se siente naturalmente inclinado hacia el socialismo; pero mientras ese socialismo signifique libertad, igualdad, justicia social y cooperación".

En eso creía Grove, cuya agresividad era sólo verbal. Cuando llegaban los obreros a acusar a un "enemigo del pueblo", les decía que anotaran su nombre en una libreta para que el día de la revolución lo buscaran y mataran. También decía que "lo que en este país hace falta son más faroles para colgar a los oligarcas". Todo sonaba muy bien en las asambleas, enardecía los ánimos, pero nunca promovió una sola acción violenta concreta.

Generoso con lo propio, abnegado, idealista, encarnaba un socialismo humanista y democrático, entonces mayoritario en el Partido Socialista, pero que fue perdiendo fuerza ante la facción marxista-leninista de Eliodoro Domínguez y Jorge Neut Latour. Además, los propios estalinistas, fanáticos de Moscú, irían creciendo a medida que el país se radicalizaba en los años siguientes. Cuando los seguidores de Stalin lograron al fin conquistar la mesa central del partido, Grove comenzó su alejamiento. Para él, que dejaba en claro que nunca había leído a Marx –sólo "lo conocía por fotos"–, y que se juntaba regularmente en La Guindalera o en la Fuente Iris a comer con artistas e intelectuales tan diversos como Juan Bautista Rossetti, Víctor Domingo Silva o Manuel Eduardo Hübner, era un mal camino el de la coalición mundial comunista. Un error muy grave.

No tenía alma sectaria. Cuando lo metieron a la cárcel se condolió hasta las lágrimas con un carabinero que había dado muerte a los dos tenientes que habían violado a su mujercita... Hasta le consiguió abogado antes de saber que estaba separado hace diez años, que los oficiales ni conocían a su esposa, y que los asesinó él mismo en un rapto de rabia porque lo dejaron de guardia cuando creía tener una salida.

La izquierda marxista lo tendría entre ojos, a Grove, como enemigo público de primera fila, porque alejaba a obreros y universitarios de "la verdadera lucha contra el fascismo". Similar fue la salida de Óscar Schnake Vergara. Hijo de un inmigrante alemán de Hannover, formado en el Instituto Nacional y la Universidad de Chile, presidente de una FECH que, mediante las revistas Claridad y Juventud adquirió peso nacional, generalísimo de la campaña presidencial del doctor José Santos Salas, Ibáñez lo había perseguido

acusándolo de conspirador, en días que fueron negros y brutales para la familia porque sus hijos habidos con Graciela Contreras Barrenechea, la alcaldesa de Santiago y prima del poeta, murieron por entonces siendo aún pequeños. En el gobierno de Aguirre Cerda, como ministro de Fomento, sería el gran impulsor de la CORFO, la institución madre de las grandes industrias estatales del país. Pudo ser aún más notoría su trayectoria de no haberse opuesto, siempre, a toda alianza con marxistas. Eso sí, prefirió renunciar a su candidatura presidencial en la elección siguiente, y apoyar al radical Juan Antonio Ríos, antes que correr el riesgo de un triunfo del general Ibáñez del Campo.

Había franco temor a un regreso de los uniformados. En los días de mayor auge del militarismo fascista, a Manuel Eduardo Hübner se le ocurrió crear una sociedad secreta, una que lograra subsistir en caso de un golpe de Estado. Aficionado a lo esotérico, diseñó una sala que lucía una gran bandera roja de fondo, con un candelabro de bronce como única decoración. Los 13 miembros sesionaban encapuchados y se identificaban con un número; además de Hübner y Manuel Hidalgo, sus organizadores, este "Gran Consejo de la Logia Bolívar de los Libertadores de América" estuvo formado por Barrenechea, Eugenio Orrego Vicuña, Marmaduke Grove, Óscar Schnake, Enrique Mozó, un coronel Hormazábal, Jorge Neut Latour, Humberto Mendoza, Oscar Waiss, Quiterio Chávez y Jaime Vidal. Las sesiones semanales se realizaban en Lo Barnechea, entonces un pueblito rural a las afueras de la ciudad, en una parcela de Neut Latour. Después ingresaron algunos otros miembros, como Astolfo Tapia Moore, a esa institución que, cuando el horizonte se hizo menos oscuro, derivaría en almuerzos campestres con campeonato de rayuela y cata de chicha.

También era un humanista el otro líder principal del grupo, Eugenio Matte Hurtado, hijo de don Claudio, el gran educador. Y lo era, asimismo, el joven y brillante Eugenio González Rojas, futuro rector de la Universidad de Chile. El propio Barrenechea vivió a plenitud ese ideario que, como los demás, debía ser el del verdadero Partido Socialista; un pensamiento socialdemócrata, que ofreciera cambio social sin vínculos con los soviéticos ni lucha de clases, en la misma línea iniciada por el nacionalista peruano Víctor Raúl Haya de la Torre.

Se distanciaron del socialismo cuando este adoptó el marxismo-leninismo. Dolidos con los que lograran el control del partido, perdiendo según ellos su sentido de alternativa latinoamericana al Partido Comunista, que no los calificaría de socialdemócratas, sino de socialfascistas. Algunos volverían a la casa política de sus padres, el Partido Radical, y sólo el auge del fascismo en occidente los haría volver a unirse en varias trincheras. El comunismo, según la tesis de Georgi Dimitrov, decidió suspender sus acusaciones de "traidores a la clase obrera" y "soporte mayor de la burguesía".

No era fácil conciliar poesía y política.

EN EL HÉRCULES Y LA BAHÍA

En lo humano, la época socialista de los años '30 le dejaría grandes amistades, algunas de por vida. Pero tendría que aprender a exigir respeto por su opción, inquebrantable, de no poner la poesía al servicio de la política, en una época en que, prácticamente, todos lo hacían. Supo imponer su voluntad.

Por entonces frecuentaba el bar Hércules, que estaba en el no muy santo barrio que se extendía en los alrededores de Bandera con San Pablo, -desde ahí hasta la ribera del río-, el que atraía una fauna diversa en la que abundaban escritores y artistas. Eran asiduos un fotógrafo ladrón que ocultaba en su gran cámara los bienes hurtados, el "Cadáver" Valdivia, así conocido porque fue enterrado tras un ataque y alcanzó a reaccionar en la capilla ardiente, y el dibujante Ricci, alias "El Príncipe", gran ilustrador de la época. Muy amigo del poeta Barrenechea era Antonio Roco del Campo, el autor de Panorama y color de Chile, gordo siempre hambriento y sin fondos. Invitado a comerse un chancho a San Felipe llevó dos libros suyos a la Estación Mapocho, para canjear uno por el pasaje, lo que el cajero aceptó si se lo dedicaba. Roco del Campo le escribió con entusiasmo: "Al más intelectual de los boleteros de Chile". A la altura de Llay-Llay, con hambre, se puso a vocear el otro para comprarse unos tentadores huevos duros.

Dueño de una gran simpatía, siempre bien informado, sabía quién publicaba qué, en cuál editorial y qué revista, así como la vida y obra de cada escritor nacional. Para él, todos eran parte fundamental del "color de Chile". De bar en bar hasta que cerraba el último, al fin se iba a dormir a la Plaza de Armas mientras no lo echaran los carabineros. Finalmente encontró un rincón de paz, casi propio, en la franja de césped que embellecía las fachadas norte y poniente de la Biblioteca Nacional.

A los amigos los asaltaba en cualquier restorán. Un día Barrenechea lo distinguió en la calle Estado y comenzó a escabullirse porque ya estaba encima la hora de almuerzo. Pero Roco del Campo conocía el centro como nadie, cada vericueto, y lo alcanzó. Quería gastarse cien pesos, que le habían llegado, en buena compañía. Otros contertulios eran Max Jara, futuro Premio Nacional de Literatura, famoso por sus *Ojitos de pena*, y Ramón Fehrman, el arquitecto de la fachada del Correo Central. No faltaba nunca Miguel Fernández Solar –hermano de la futura Sor Teresita de los Andes–, a quien Barrenechea consideraba como "el más auténtico cantor del campo chileno". Justamente, obtendría el Premio Municipal de Poesía por su libro *Campesinas, íntimas y otros poemas*. Alto y simpático, siempre escaso de fondos también, se sentaba en cualquier mesa y preguntaba: "¿Quién me robó mi vaso?".

Para ayudarlo, el rector de la Chile, Juvenal Hernández, amante de la poesía, tal como lo había hecho con Barrenechea, le encontró un cargo administrativo. Pero Miguelón pasaba días enteros sin asomarse siquiera. Al fin, no le quedó sino el despido, lamentándolo el rector más que el supuesto beneficiado.

Los amigos, Barrenechea entre ellos, se movilizaron para rogarle a Hernández que recapacitara y éste se dejó ablandar. Poniéndose serio, le espetó a Miguelón que lo contrataría de nuevo, pero que a la primera ausencia lo despediría.

Fernández, que permanecía en silencio hasta entonces, como indiferente al resultado de la reunión, despertó:

-¡A la segunda, don Juvenal!

A pesar de su pobreza era de una generosidad única. En la pieza que arrendaba en calle Alonso de Ovalle recibía gente sin techo y le ofrecía exactamente eso, techo. Sólo cabía dormir en el suelo ante la ausencia da camas o sillones. Era tan fino, celebraba Barrenechea, que a cada uno le entregaba diarios para taparse según su orientación política; El Diario Ilustrado para un conservador; El Mercurio para un liberal; de ser un comunista, El Siglo... Una vez encontró una "picá" increíblemente barata, un restorán popular donde casi se comía gratis. Eso sí, aclaró, si uno va en sábado o domingo le exigen usar zapatos.

Joaquín Edwards Bello también era cliente asiduo de los mismos bares y restoranes. Un día invitó a Neruda y Barrenechea a comer un menú propuesto por él: ostras, lomito con puré de porotos picantes y castañas con crema. Las anécdotas fueron para largo hasta que Edwards, hijo de la generación europeizante, los hizo cantar canciones francesas

En una misma mesa se instalaban muchas veces Barrenechea y Neruda junto a Julio Ortiz de Zárate, Orlando Oyarzún y Tomás Lago. Todos altos, metro ochenta para arriba, menos Luis Cerda que era delgadísimo, moreno, esquelético... Como alguien comentó-al verlos entrar- que podían pisarlo, que tuvieran cuidado, Neruda, que era un as para los apodos, lo rebautizó para siempre: "El Poeta Barata".

Tenía su genio el pequeño. Había acompañado a Alberto Rojas Jiménez a la Guerra del Chaco, pero mientras éste se quedó en Antofagasta atrapado por la hospitalidad del poeta Andrés Sabella, enamorado de las tibias y largas noches de la ciudad, entretenido en los prostíbulos musicales de anchas galerías con vistas al mar, verdaderos centros artísticos para el que sabía aprovecharlos, el Poeta Barata se internó en el desierto y partió al frente de guerra. Lo que allá efectivamente hizo, siempre fue dudoso. Según Teófilo Cid, en realidad Cerda era un monito ecuatoriano, llegado al hombro de un organillero italiano. Humilde, silencioso, no reclamaba ante estas historias.

Cuando lo nombraron Hijo Ilustre de Vallenar, varios se movilizaron al norte y lo ayudaron a cumplir su mayor deseo. Tan emocionado estaba con el homenaje, que había decidido llevar toda su biblioteca de 600 libros para donarla a la ciudad. Tenía un amigo que estudiaba medicina, compañero parroquiano de un bar de la Avenida Independencia, el que a veces lo acompañaba a esa tertulia del Hércules; el socialista Salvador Allende.

En el mismo lugar se celebró la despedida del popular Tomás Lago. Alberto Rojas Jiménez, Julio Ortiz de Zárate, Pablo Neruda, Abelardo "Paschín" Bustamante, Julio Barrenechea, todos con turbante oriental, en una larga noche de ésas que, ricas en humor e inteligencia, años después no sabrían si fueron ciertas o sólo un deseo.

También en el Hércules se rindió homenaje en 1931 a Ramón Gómez de la Serna, con discursos de Barrenechea, Rosamel del Valle, Pablo de Rokha, Juan Marín, Tomás Lago, Rubén Azócar... Los ingenios locales se encontraron con un serio contendiente en el escritor español, hombre de rápida y célebre agudeza.

La Bahía se inmortalizó por otras razones. La primera, y no menor, es que se comía muy bien. Además, los dueños -como Arcadio Vadell- que habían traído de Cataluña un estilo de atención alegre, personal, con firma de vales permitida, generaban un ambiente mejor que en los lugares chilenos, más secos. Algunas noches comenzaba el ambiente a enardecerse al punto de que un militar -el capitán Gajardo- de tanta emoción disparaba tiros al aire.

Le hacían coro:

-Un discurso... y un balazo. Suaz discurso, suaz balazo...

El vasco Juan Martínez, oriundo de Bilbao, pasaba directo a los comedores sin detenerse en el bar. De buena situación, arquitecto de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile entre otras muchas obras importantes, como era señor de grandes propinas él decidía qué piezas tocaría la orquesta. Entusiasmado, al fin subía al escenario y tomaba un instrumento, hasta el día en que empujó el piano proscenio abajo.

También había clientes muy silenciosos, como el colombiano Ramón Baquero, al que Barrenechea se acercó un día al verlo muy solo:

-¿Qué haces, tan solitario?

Y el otro, con delicadeza bogotana, suave y humilde le responde:

-Aquí estoy, amado poeta, prodigándome algunas atenciones que me estaba debiendo...

Por entonces, el poeta egresó de Derecho pero nunca se tituló de abogado. Parecía un sino de escritor chileno. Braulio Arenas y Eduardo Anguita estudiarían Derecho, como él, en la Universidad de Chile, sin terminar. Otros, como Ángel Cruchaga Santa María y Francisco Coloane, no terminaron la enseñanza media... Eduardo Barrios tampoco pisó la universidad; prefirió ser minero en Collahuasi y levantador de pesas en circos pobres.

Por las actividades políticas del poeta, el ministro de Educación le pidió la renuncia al cargo de la Biblioteca Nacional, el que ya arrastraba por tercer año; la entregó de inmediato pero no fue cursada. Una tarde de primavera, poco después, camino de la Biblioteca se le ocurrió mirar hacia el Santa Lucía y se fue a caminar al cerro, a gozar de sus árboles, la vista. No volvió nunca más a trabajar ahí.

Pronto tendría una nueva distracción. El 23 de junio se celebraron las nuevas elecciones para elegir las autoridades de la FECH, para las que Barrenechea era nuevamente candidato a la presidencia. Podía serlo, era un egresado, todavía sin título... Como la vez anterior había llegado al cargo por aclamación, estaba interesado en el resultado de la votación. Fue reelegido con 2169 votos, contra 1867 de Ignacio Palma Vicuña, el futuro senador de la Democracia Cristiana y quien sería amigo de la vida. Vicepresidente salió René Frías Ojeda, su compañero de lista y amigo de aventuras teatrales y poéticas.

El espíritu de la época también llegó a la Fiesta de los Estudiantes, que con su éxito se había transformado en evento de toda la ciudad, el gran suceso social de octubre, con proyección en todo Santiago, con el nuevo nombre de Fiesta de la Primavera. Pero en los últimos años había perdido sentido, fuerza, lucimiento y participación.

Barrenechea y Frías Ojeda decidieron restaurarla. Dando la espalda a la tradición, por considerarla aristocratizante –todas las reinas anteriores habían sido niñas de "la oligarquía" seleccionadas por una comisión cerrada– decidieron cambiar el esquema. Y así se hizo la primera "Semana Universitaria" y la reina se eligió en forma democrática, por los estudiantes. Ya no con el título de reina, que les parecía "monárquico", sino de "Compañera Universitaria".

Hernán Cañas Flores, compañero de tantas tertulias, fue el elegido para cantar a la compañera: "Pongo el oído fino/ viene naciendo una flor". Al año siguiente el honor fue para otro cófrade, Orlando Torricelli, el que moriría pronto de un ataque al corazón. Era el mismo grupo el que organizaba todo, unidos desde los años colegiales. También crearon la Primera Feria de Arte en el Museo de Bellas Artes, con stands, en que el gran evento fue el "concierto de 80 organilleros chilenos", cada uno tocando una pieza diferente, con la música de fondo aportada por loros y monos.

Aficionados también al teatro, convocaron a un concurso con miedo de que llegaran sólo uno o dos concursantes. En cambio, cada Facultad se hizo presente y la tradición tomó vuelo: los festivales de teatro universitario.

Todo en medio de una pobreza persistente del país, lo que los obligaba, desde la FECH, a organizar ollas comunes. También había que ocuparse de algunos poetas, como Luis Orrego Molina, quien terminó de capitán de barco manicero esperando la salida de los bares, en el frío amanecer, para tentar a los bohemios con rico maní calentito... A algunos se les congelaba la risa al verlo, medio entumecido en la oscuridad.

Cuando muriera Alberto Rojas Jiménez, poco antes, tan homenajeado años más tarde, sólo lo despidieron Barrenechea –que hizo uso de la palabra–, Diego Muñoz, Homero Arce, Vicente Huidobro, Antonio Roco del Campo, el pintor "Lalo" Paschín Bustamante y Tomás Lago. Neruda no asistió porque andaba por Barcelona con Isaías Cabezón, pero a su regreso bautizaría el bar de su casa de Isla Negra con el nombre de este literato introductor en Chile de la vanguardia, "Alberto Rojas Jiménez".

Una pequeña editorial, modestísima, avanzaba paso a paso abriendo un pequeño rincón a los poetas. La palabra, desde los mapuches en adelante, era pasión en Chile, pero pasión oculta. Neruda y Juvencio Valle fueron de los primeros en aparecer en esa nueva editorial. El cuarto libro fue *Barcos de papel*, obra de Juan J. Hidalgo, fenómeno popular. En el sur, sus recitales poéticos en fríos galpones arracimaban la gente en torno a un par de braseros. Era un éxito, el rey de la palabra viva. Nacido en Victoria, cultivador de un aura romántica, libertaria, atraía a los jóvenes y a las damas. Hasta los poetas que escogía como acompañantes en sus recitales, teloneros antes de entrar él con el público ya temperado, alcanzaban cierta fama.

A Barrenechea le pidió el prólogo de su libro, y éste lo comenzó así: "...A él se debe que a veces aparezca la brisa siguiéndole los pasos, como viento domesticado. Y es él quien habla del amor, del dolor y la muerte, entre los hacendados que discuten el precio del trigo y el peso de las vacas...". Agregó que Hidalgo es mestizo "alternado, a listas de indio y español", que las dos voces se turnan en su poesía para hablar por su lengua.

Tal como a don Julio César, su padre, la literatura también lo acercó al periodismo. Comenzará a colaborar en *La Hora*, diario en el que se encontró, justamente, con varios amigos de la casa paterna, como Joaquín Edwards Bello, Emilio Rodríguez Mendoza –autor prologado por Rubén Darío en 1895– y Augusto D'Halmar. El poeta se unió al grupo de talentos más jóvenes del diario, integrado por Salvador Reyes –el futuro Premio Nacional de Literatura–, Juan de Luigi y su amigo y correligionario Manuel Eduardo Hübner.

Llegaron por entonces varios refugiados peruanos, a vivir en un Chile que, como proclama el Himno Nacional, era "el asilo contra la opresión". Para recibirlos se hizo una velada en el Teatro Municipal, en el año 1934, con discursos de socialistas y recital de canto de la gran Blanca Hauser. Muy pronto, chilenos y peruanos estarán mezclados en la causa de la República Española y luego en el Frente Popular.

Eran de calidad los peruanos del APRA, una presencia enriquecedora para el ambiente cultural chileno que tendía a mirar demasiado hacia el Viejo Mundo. Uno de los más destacados fue Luis Alberto Sánchez, el que inauguró una nueva época de la Editorial Ercilla, empresa que tenía un caserón en Monjitas cerca del Forestal. Sánchez comenzó en una oficina que compartía con D'Halmar; el chileno en las mañanas, el peruano en las tardes. Éste ya era conocido por un viaje anterior y pronto llegaron a verlo, ahí o a su pensión, escritores y políticos. Entre lo primeros visitantes, recordaría después, estuvieron Salvador Allende y Barrenechea. Éste le fue presentado como el líder de los estudiantes contra Ibáñez, un joven poeta a quien las niñas recitaban con entusiasmo, memorizando los versos de su primer libro, *El mitin de las mariposas*. Se esperaba mucho de él.

Allende fue introducido por Óscar Schnake como un joven que planeaba un libro de medicina social. Era serio este socialista, o más bien lo parecía porque muy rápidamente, descubrió el peruano, estaba dispuesto a pasar al humor. Activo, simpático y elegante, sus bellas hermanas lo envolvían en un aura popular.

Después aparecieron a visitarlo una serie de personas que sólo con el tiempo pudo aquilatar el peruano, testimonio del sólido peso intelectual de Chile en la época, fueran o no chilenos los protagonistas; Rafael Maluenda, Alberto Romero, Carlos Préndez Saldías, Mariano Latorre, Mariano Picón Salas, Ricardo Latcham, Manuel Rojas, Marta Brunet, Salvador Reyes, José María Souviron, Joaquín Edwards Bello, José Santos González Vera, Santiago Labarca, Raúl Rettig... Era enorme el interés por el APRA, todos querían conocer mejor su camino de solidaridad social nacionalista y democrática, este movimiento nacido en América Latina y que, al parecer, era capaz de conciliar el progreso con la equidad.

La Editorial Ercilla, casi toda propiedad de Ismael Edwards Matte, tenía también una política localista; se jugaba por los autores chilenos aunque se vendieran mucho peor que cualquier europeo. Editó, entre otros, a Vicente Huidobro, Mariano Latorre, Neruda, Edwards Bello, D'Halmar, Subercaseaux, Hernán del Solar, Luis Enrique Délano, Salvador Reyes, Fernando Santiván, Raúl Silva Castro y al propio Barrenechea. En 1936 y 1937, en plena expansión, logró publicar un libro diario. Al año siguiente subió el papel, aumentaron las leyes sociales, hubo que subir los precios y bajaron las ventas.

El segundo libro del poeta – Espejo de sueño – fue publicado por esa editorial el año 1935. Muy bien acogido desde el día del lanzamiento, celebrado por la crítica, lo hizo merecedor del Premio Municipal de Poesía de 1936. A los 26 años de edad, Barrenechea tenía ya un reconocimiento sólo inferior al Premio Nacional. No podía quejarse. El de novela fue concedido al criollista Mariano Latorre, el autor de *On Panta*, y el de teatro a Armando Mook

por la comedia "Rigoberto". Nombres importantes en las letras chilenas, los que seguían prestigiando ese premio.

Don Ismael, director además de la revista *Hoy*, dio así un impuso fundamental a los escritores chilenos. Como simpatizaba con los apristas, cuando el gobierno peruano perseguía a Haya de la Torre inventó una entrevista a éste, para situarlo en Chile, con foto supuestamente tomada en el Parque Forestal gracias a un pionero truco de montaje.

La heroica Guerra Civil Española propiciaría en todo el grupo un ambiente idealista, de entrega a causas y pasiones más concretas, alejándolos de la pura bohemia. Por la necesidad de encontrarse las instancias se multiplicaron; salones literarios, el Ateneo de Santiago, la Sociedad de Escritores, los clubes de señoras en los que reinaba D' Halmar, todos rebrotaron logrando una nueva vida, como no se veía desde los días del Centenario.

También en 1935, Edwards Bello publica su exitosa novela *La chica del crillón*. Entrevistado, dijo que en Chile estaban mandando las mujeres, Blanca Errázuriz, Rebeca Subercaseaux, Inés Echeverría, Gabriela Mistral, Marta Brunet y María Monvel. Muy pronto, confirmando su aserto, Santiago habría de tener su primera alcaldesa, Graciela Contreras Barrenechea, la esposa de Óscar Schnake. Varias de ellas, encabezando tertulias privadas como Inés Echeverría y María Monvel, acentuarían el dinamismo de los distintos grupos literarios.

En esos años se hizo célebre La Puñalada, donde pronto se vio llegar a los refugiados españoles cuyas desgracias también contribuyeron, decisivamente, a estimular las organizaciones de artistas e intelectuales. Cuando comenzaron a llegar noticias de los horrores cometidos por republicanos en España, especialmente contra curas y monjas, algo bajó el entusiasmo y hasta los izquierdistas establecieron por la prensa que ellos no iban por ese mismo carril. Pero fueron años intensos, en los que la República Española y el Frente Popular de Chile parecían anunciar, y colaborar, el inicio de una nueva era en todo el mundo.

El propio Barrenechea, siempre tan capaz de mantener la política y la poesía separadas, sucumbió a la fuerza del ambiente y escribió un "Himno leal" dedicado a la Guerra Civil Española, que en sus primeras líneas dice:

> ¡Oh tierra de España cómo te han dejado! Caballo de muerte que te ha galopado.

Tú que eras morada del canto y del brillo Tú que eras como una campana de vidrio. Mirarte los campos de trigos quebrados. Ver ciudades rotas como decorados. Mirar tus palomas perdidas de espanto. Sentir un bullicio de sangre y de llanto...

Los ojos estaban puestos en España. Justo en esos días muere Pepe Vila, el rey de la zarzuela, el emperador de las tres tandas. Tal era su éxito que en los teatros, especialmente en el Santiago, presentaba tres funciones; una para los metódicos amigos de acostarse temprano, otra para los elegantes y una de trasnoche destinada a los bohemios, los jóvenes, los vividores, los poetas. Él era quien, más que nadie, había mantenido viva a España en Chile.

Las tertulias eran un encuentro en torno a la belleza, vínculo de acercamientos humanos, fuente de alegrías e intuiciones. Bajo el parrón de alguna casa ñuñoína, o en el primer patio de una casona del Barrio Brasil, los amigos, el cielo y el vino se iban concertando para crear una armonía que justificaba el estar en el mundo, la vida. Pero también eran, o podían ser para un poeta, un acto de fe. Una participación anticipada en la vida de un Más Allá. El placer anuncia y acerca el Paraíso.

Lo que amalgama y permite tertulias de cinco, seis y siete horas, a veces hasta el amanecer, es una alegría de ser y estar en este mundo bajo el sol o la luna, frente a un paisaje o en torno a una mesa. Hay un placer ante la belleza, otro ante el humor, otro ante el comer y el beber, y un cuarto ante la inteligencia. Son tantos, si se está despierto, disponible...

Basta abrir los ojos -y ésa es la poesía de Barrenechea- para asistir al esplendor del mundo. Que siga la amistad sin recelos ni envidias, que cunda el sueño de una sociedad solidaria y humanista, que sean un goce la vida y el mundo, que crezca la esperanza y cambie América para que sean cada vez más los que se sienten a esa mesa.

Y todos gocen de estar juntos en el mundo. Todo eso parecía posible, y esa posibilidad le dio alas a esa década que en Chile estuvo marcada por el auge y caída de la República Española.

LOS AÑOS DE LA GUERRA CIVIL

Eran muchas las distracciones, los llamados de la época, pero en una mesa de restorán, en la cama antes de levantarse, en cualquier lugar y de pronto, brotaba un poema. Sin que fuera llamado. Algunos serían hijos de la bohemia, escritos al amanecer, avanzando por una calle desierta con las manos en los bolsillos, sin apuro, viviendo el momento. Otros, en viajes donde aparecen imágenes que lo sorprenden.

En medio de esos años tensos, de desórdenes políticos y apasionadas asambleas, seguía intacta la alegría intensa del poeta, su mirada despreocupada, esa plenitud que lo lleva a escribir un poema como "Origen":

> Y en mis manos llenas de nuevas resinas sentía el origen de cosas Divinas...

Entre las voces de esa época se distingue por tocar una nota diferente, como si hubiera algo en él que venía de otra parte. Alguien dirá, Carlos Droguett, que Barrenechea parece dueño de una armonía casi oriental. Chile, el adolorido Chile, no le duele a este poeta. Camina por el medio, entre cordilleras, entre fachadas blancas de pequeños pueblos o muros grises de la ciudad, como si asistiera al más sorprendente de los espectáculos. Mantiene virgen su asombro. Incluso, su sensibilidad ante la belleza, su sentido de lo noble y lo justo, el concepto de la amistad, parecen de otra época. Anteriores a la angustia, la náusea, el absurdo del siglo xx.

O posteriores...

Basta ver cómo define la misión del poeta en una poesía de su segundo libro, "Campestre", que sólo en parte citáramos en relación a su vínculo con la naturaleza. En estas líneas, aporta otra imagen de su vocación poética, bella y simple:

> Yo he venido a estos campos a desnudar las rosas y a quedar con las manos punzadas y olorosas. Yo he venido a buscar la fuerza de los cerros y a quedarme dormido al compás de los perros.

A llevar una aureola de sol como los santos y a abrir con las mañanas la jaula de los cantos.

Efectivamente ese gozo, tan intenso de vivir, es escaso en la poesía occidental. Apenas hay algunos momentos en que aparece una visión de equilibrio, de contento con el mundo, como si la razón griega o la culpa judía, siempre latentes, impidieran tenderse desnudo en la tierra y bendecir la luz del sol.

Algo, siempre, parece impedirlo.

Barrenechea, por familia, amigos, época, talento, fue un afortunado. Tal era su concordancia con el mundo que llegó a sentir que sólo las injusticias humanas, las del hombre contra el hombre, impedían que la humanidad emergiera de la pobreza extrema y la ignorancia para alcanzar esa misma beatitud suya del buen vivir.

Casi le parecía fácil, como los sueños socialdemócratas de la época, que llegara a Chile la hora de la fraternidad. Por lo mismo es que estuvo entre los firmantes fundadores del Partido Socialista de Chile, el que abriría las puertas de la justicia sin pedirle ninguna llave prestada a Moscú. Un partido centrado en esta América...

México parecía haber iniciado la historia futura del continente, en sus zonas iberas, con su arte, sus ejidos y su arrogancia latina tan orgullosa de su origen e identidad. Pero las calles de Santiago eran parte, también, de esa nueva América Latina.

El poeta, abriendo ojos y manos y brazos desde el saludo mismo, elogioso y llano, era persona popular a pesar de sus pocos años. Horas, noches enteras, hablaba de literatura y política en las casas propias o, ya entrada la década, en el café Edén de la Alameda esquina de San Antonio.

Y sigue escribiendo, alentado además por las críticas a su segundo libro, excelentes, algunas de palabras consagratorias como las que le dedica Eduardo Barrios: "En Chile, desde que murió Manuel Magallanes Moure, la poesía no nos había dado esta índole de milagro. Creíamos a Magallanes irreemplazable".

Como siempre, las mujeres de la casa, abuelas, madre, hermanas, están ahí para mantener el orden de los días, las persianas abiertas, la mesa puesta. En cada libro hay un poema donde alguna de "sus" mujeres aparece, como en "Las manos de la abuela" que escribe por entonces. Comienza con estas líneas:

Manos antiguas, vagas, honor de Dios sobre la tierra. Manos que cultivaban una mata de cielo entre las piedras.

Más adelante, agrega:

Manos que desataban la tierra liberando a las flores, y aderezaban las mañanas de los antiguos corredores.

Manos unidas en la sombra de la blanca capilla, donde Dios como un campesino llevaba una vida sencilla.

Universitarios colombianos y venezolanos fortalecían la presencia de lo latinoamericano. Alegres, de familias muy ricas –a diferencia de las de los chilenos– eran capaces de organizar grandes fiestas semanales de buen comer y mucho tomar. Todos eran vagamente apristas, socialistas americanos, entre ellos Alfonso López Michelsen, el futuro presidente de Colombia. Bastaba estar en favor de la vida, de la libertad, de la independencia, del arte, para ser miembro de la amplia comunidad. ¿Quién podía ser opositor?

En sus departamentos, o en una pensión en la calle Lastarria donde vivían los de menos recursos, se tomaba jarros enormes de clery, un trago hecho de vino blanco, frutas, gaseosa, azúcar y hielo. También borgoña, con base de vino tinto, servido muy helado. O chicha de Quilicura, liviana... Los ricos venezolanos golpeaban la cátedra, con el whisky que en el Chile de entonces era una curiosidad. Además de Barrenechea y Astolfo Tapia Moore, los chilenos más asiduos eran el filósofo Jorge Millas, el novelista Fernando Alegría y Julio Jobet, todos jóvenes intelectuales brillantes que luego serían protagonistas de la cultura chilena.

También había un peruano algunos años mayor que los demás, Manuel Bedoya, aureolado por sus años de novelista en Europa y por haber participado en un duelo y sufrido persecuciones por panfletos acusatorios. Perseguido en su país, aquí fue otro de los apristas animadores del ambiente local.

El "Conde Azócar", Rubén de nombre, era un miembro natural de la tertulia. Propuso un día visitar a un amigo que vivía con "La Gallito", pareja cuya única riqueza era la cama en que dormían. Al llegar, como siempre, nada tenían los anfitriones para atender-

los. El "Conde", sin más, propuso al poeta remediar el mal. En el primer almacén bien surtido que encontraron, pidió víveres y bebestibles sin cuento, luego un canasto y, finalmente, un muchacho que cargara el canasto y trajera el dinero... que se le había quedado en casa. Partieron de vuelta hasta que el "Conde", frente a una gran mansión se acercó al zaguán y comenzó a buscar la llave. De pronto, se golpeó la frente:

-¡Niño! ¿En qué he estado pensando? ¡Si se me olvidó lo más importante, corre a traer dos botellas de champagne!

Alejado el muchacho, Azócar comenzó a correr.

Contaba el poeta que los "perros muertos" empezaron en Santiago en el restorán La Bahía, con una elegante pareja de edad avanzada que consumió mucho y fue eximida del pago ante la gran tristeza que los embargaba por la muerte de su perrito regalón... Historia que, corriendo, se supo que ya en otros lugares era conocida y reiterada. Los ancianos comían a costa del "perro muerto"...

El matrimonio le cambiaría algo las costumbres, pero no mucho porque su joven esposa –finalmente se había casado con su "amor universitario" – como era compañera de la Escuela de Derecho lo había conocido como era, popular y gastador de las noches. Jaia Dyvinetz Tocaroff era su nombre, muy conocido por los estudiantes de Derecho de la época; al haber contadas mujeres en la universidad, la presencia muy blanca de esta hija de inmigrantes, con sus ojos grandes azul violeta, era fácilmente recordable. Según Azócar, paraba el tránsito y, más de cerca, lo dejaba a uno inmóvil con sus ojos magnéticos y soñadores, de largos párpados velados.

El rumor anduvo más rápido que la realidad, relacionando al líder estudiantil con la belleza del lugar desde los primeros cursos de la carrera. Un día, al poeta le comentaron que los habían visto juntos, paseando por el Parque Cousiño. Esa frase le dio el pretexto para acercarse a la joven, que, tal vez por sentir la presión constante de tantos jóvenes, era muy seria. Él le dijo: "Nos han visto en el parque, ¿quiere que vayamos esta tarde, para ver si es cierto?".

Así había comenzado la relación, despacio, con algunos paseos y conversaciones. Hasta cuando el poeta, relegado el norte, encerrado en su habitación de La Serena, ya sin amigos ni asambleas, tranquilo, se había dado cuenta de que ella, su compañera de curso, era ya la señora de sus sentimientos. Ahora, finalmente, se sentía en edad matrimonial.

Muy pronto les llegaría una sorpresa, muy conveniente para iniciar una vida familiar. No lo sabía Barrenechea, pero estaba a punto de convertirse en un hombre público de tiempo completo. En Buenos Aires se encontraba cuando, asistiendo a un congreso por la paz, le llegó una carta de su reciente esposa, para anunciarle que iba de candidato a diputado por la provincia de Cautín.

Mujeres habían sido, socialistas argentinas, las que convocaran al poeta chileno a un Congreso Popular de la Paz en Buenos Aires. El evento debía celebrarse en el mes de diciembre, en los mismos días de la Conferencia Panamericana a la que asistiría el presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt. Había que boicotear la presencia del "imperialismo yanqui", el que osaba manifestarse en persona, cuerpo presente, en la América Austral.

Barrenechea fue invitado junto al vegetariano y delgado dueño del restorán El Naturista, don Ismael Valdés Alfonso –alias "El Lechuga"– el mismo que cinco años antes le presentara al Cristo de Elqui. También fue de la partida un cura que había dejado la Iglesia sin colgar la sotana, y, por supuesto, una mujer representante de las chilenas, Martha Vergara, la que el mismo día en que partieron se había casado con el célebre periodista y fotógrafo Marcos Chamudes. Un grupo variopinto, alternativo.

La invitación, en lo material, era sólo una tarjeta gentil y un pasaje en tren hasta Punta de Vacas. Allí los esperaba un taxi que los arrastró por los angostos caminos cordilleranos hasta que, finalmente, encontraron el alivio horizontal de la pampa.

Ya en Buenos Aires lo recibieron unos exiliados peruanos del APRA, a los que conociera en Santiago, que habían sabido de su viaje. De ahí salió a las calles en busca de un hotel barato hasta que encontró uno realmente económico. El conserje lo miró con una cierta extrañeza que sólo entendió más tarde, al oír crujideras de somieres, algunos sollozos y muchas risas.

El encuentro socialista se hizo en un teatro desbordante de público, ante la presencia de numerosos policías que casi se confundían por sus uniformes azules, color de la gran mayoría de las chaquetas de los asistentes. La delegada del Perú, poetisa Magda Portal, no se presentó, lo que aprovechó con rapidez Martha Vergara; consiguió que Barrenechea hablara en su lugar.

Tocado por el lugar, la ciudad, el ambiente, el poeta improvisó palabras incendiarias. La matriarca del lugar, doña Alicia Moreau de Justo –viuda del fundador del partido en Argentina– lo miró con molestia. Moderada, de más edad y experiencia, temió que por esas palabras se clausurara el evento y no alcanzaran a redactar ningún comunicado. Pero el público, galvanizado por la oratoria elocuente y rica en imágenes del poeta, lo nombró secretario del Congreso por aclamación.

Más cortos fueron los discursos de los otros chilenos, especialmente el de Valdés Alfonso quien, tras el largo viaje, se limitó a decir una sola frase: "Propongo que todos los ejércitos se disuelvan". El ex cura, vociferante, causó mayor impresión: "¡Vengo a hablar en representación de Cristo!".

De regreso en Chile, dispuesto a asumir la campaña parlamentaria por Cautín, partió en tren rumbo a la familiar ciudad de Temuco. Iba sin muchas expectativas, porque el campesinado de los fundos siempre votaba con el patrón y por el candidato del patrón, pero cumpliría con la orden de partido. A alguien se le había ocurrido que, teniendo tantos parientes y amigos en la zona, podía haber alguna expectativa. Aunque nadie apostaba a un candidato socialista en el Chile de entonces, nada se perdía con probar.

Al bajarse en la estación, dispuesto a oír los gritos de apoyo de algunos simpatizantes, descubrió el lugar vacío. Sólo el jorobado Picasso, más pequeño que nunca, lo esperaba en el desierto andén. Supersticioso el poeta, le tocó la joroba para invocar la buena suerte. Juanito Picasso era el defensor de los indios en Temuco, el abogado que no les cobraba. En la zona era frecuente un truco para apoderarse de tierras indígenas, "la nombradita". Consistía en el dato, pasado por algún funcionario, de que tal o cual terreno ocupado por indígenas no tenía el respaldo de una escritura legal. El advertido, tras pagar una comisión, reunía un grupo armado, de a caballo, y expulsaba a los mapuches. Ahí era cuando ellos buscaban al jorobado, su única esperanza: "¿Me vai a defender, Picasso?".

Lo acosaban, imperturbables, cada día, hasta la fecha del comparendo: "¿Pero me vai a defender, Picasso?". Desconfiaban de todos los blancos. Pero Picasso era fiel, y los indios votaron masivamente por su amigo Barrenechea, hasta en Puerto Domínguez, allá junto al Lago Budi, cerca de la tumba del poeta de los cisnes Augusto Winter, en cuya biblioteca, la única de la zona, detrás de su almacén y abierta generosamente al público, cualquiera podía pedir un libro prestado. El dirigente mapuche de esa localidad, Zenón Cadín, los recibió con toda la seriedad y pompa convencional de su raza, en torno a una opulenta mesa cubierta con bandejas rebosantes de porciones de salmón del lago y jarras de vino pipeño. Todo sobre un mantel impecablemente blanco, que se agitaba, suavemente, cuando la brisa del lago se acercaba a la orilla. Votarían por él, cada uno, aseguró el cacique.

El poeta le propuso a Picasso, otro día, una ronda de bares y cantinas, donde podían encontrar muchos votantes juntos. Si es que estaban congregados en alguna parte, era en tales locales. Partieron al anochecer. El pequeño jorobado tenía una personalidad enorme, combativa. Entraba gritando: "¡Viva el candidato!", con lo que producía expectación y silencio. Y luego, tras una pausa calculada: "¡Ahí está!". Entonces, el poeta empezaba a hablar, con su oratoria de siempre, hipnótica y seductora, llenando los lugares con su gran voz y las imágenes de su poesía. En los sombríos bebederos podía dibujar y colorear un futuro distinto, luminoso, a vista y presencia de los deslumbrados parroquianos. Un país cálido, fraterno, solidario, de masas unidas en torno a una tarea común, ayudando a los caídos.

Pero después, en la soledad, la misma noche podía brotar un poema tan místico como "Camelia":

¿Quién da sustento a la Camelia? ¿Quién la mantiene viva en su blanca fatiga? ¿De qué triste país helado y bello, asoma en esta vida su pupila?

Y luego, más adelante:

¿Hacia dónde perfuma la Camelia? ¿Hacia dónde siguen sus blancos pasos? ¿Qué pálidas estancias se alumbran con su aroma? ¿A qué sitio de ausencia, a qué apagada estrella, su don navegando llega?

Todos los amigos fueron elegidos. Manuel Eduardo Hübner, Salvador Allende, Ricardo Latcham, Julio Barrenechea... El poeta, que era el más joven, había obtenido la primera mayoría de su zona, en Cautín. La derecha quedó profundamente conmocionada al ver los resultados de las elecciones. Acostumbrada a la votación mínima de los comunistas, no sabía cómo entender el triunfo de estos jóvenes brillantes, con formación universitaria, elegidos bajo la bandera del Partido Socialista.

Para colmo, éstos también sacaron un senador, y nada menos que el latifundista Cristóbal Sáenz, un millonario, el quinto productor individual de trigo en el mundo, dueño desde Lautaro hasta nadie sabía dónde. Su encargado de "relaciones públicas" era un ser pintoresco, Rodemil, quien a pesar de tener un sólo diente, lo que le hacía perder aire, lograba sacar una voz tremebunda, muy útil en las asambleas.

El poeta, ya en el parlamento, dueño de otra voz potente y emotiva, y de un tono poco común en Chile –bien timbrado y restallante– era capaz de ser lírico, irónico o humorista según la ocasión, sensible al público e ingenioso. Se transformó en un espectáculo en la Cámara de Diputados. Considerado uno de los mejores oradores del siglo, en esas décadas de pasión por la oratoria, pronto tuvo un público que asistía especialmente para oírlo.

Ajeno a los temas políticos, decidió justificar su presencia promoviendo iniciativas culturales. Una de sus primeras actividades, dado su amor a la música, fue la de impulsar la creación de la Orquesta Sinfónica Nacional, idea para la cual se concertó el interés transversal de parlamentarios de signo político muy distinto. Junto a él firmaron la moción Guillermo Echenique, conservador; Fernando Maira y Rudecindo Ortega, radicales; Benjamín Claro, de la Unión Republicana; Fernando Durán, conservador; Carlos Contreras Labarca, comunista; Ricardo Latcham, socialista y Gregorio Amunátegui, liberal. En la discusión del tema, en la Cámara Baja, se lució su amigo Manuel Eduardo Hübner. El proyecto se anduvo paralizando después porque, entretanto, llegaría al gobierno otra tendencia, muy nacionalista y populista como las que asomaban en Europa; una que sólo promovía el folclore, las tonadas, la música tradicional, y que saboteó el proyecto. Finalmente lograron salir adelante con la idea y los chilenos pudieron oír una orquesta capaz de interpretar el "Requiem" de Verdi, la "Quinta" de Mahler, la "Consagración de la primavera" de Stravinsky, la "Pasión según San Juan" de Bach, la "Suite lírica" de Berg, piezas de Béla Bartok...

En el Congreso, a veces se trataban temas que, por edad principalmente, le eran terriblemente tediosos. Derechos mineros, políticas de transporte... Así, en esos momentos, podía seguir escribiendo...

Jugar, por ejemplo, medio distraído, a que ya estaba muerto. Y pensar en hacer un "Esfuerzo hacia la muerte", poema que así comienza:

> Tendido en mi reposo, hacia la muerte, alargando mi cuerpo me deslizo. Las llamas de mis manos se deshacen al final de mis brazos encendidos.

Sin hundirme en el sueño, sino apenas encima de su tibia superficie, como nieblas azules, como azúcar, dulcemente deshago mis sentidos.

Quiero estar más allá, quiero pasar la vida del color y del sonido, la vida del perfume y del sabor, los plumajes, las piedras y los lirios...

Más adelante agrega:

Hacia la muerte voy, curiosamente, sin temor, alegría ni tristeza.

Tan sólo por saber lo que es la muerte.

Tan sólo por saber eso que nunca entrará en mi recuerdo ni en mi olvido.

Por sentir qué será mi cuerpo cuando se desborden las aguas de su frío.

Cuando sea un jardín de heladas flores bajo un cielo de esmaltes ateridos.

Eso quiero sentir, eso que nunca sentiré en mi reposo decisivo. Quiero el yeso mortal para mi cuerpo. Quiero mi triste estatua de caído.

Ensoñaba en la Cámara de Diputados. A la hora de votar ponía su atención en un opositor que había escogido; si éste levantaba la mano, él no. Y viceversa. Contaba una noche, a unos amigos, que había tenido un día muy pesado en el Congreso; su opositor, su referente, no había ido... Era una comunidad como cualquier otra, con sus contiendas, recelos y humores. Los liberales eran los más elegantes de la Cámara. Algunos radicales, como Rudecindo Ortega, entraron en competencia con cierta exageración, lo que le valió a éste el mote de "Don Futrecindo". Otro radical, el senador Figueroa Anguita, elegante de verdad, fue apodado el "Pijeroa".

Dos veces fue elegido. Con la muerte del carismático Eugenio Matte Hurtado, el fundador del MAP, "el Apra de Chile" había perdido a su mejor representante. Este movimiento antiimperialista –y no sólo antiyanqui como el comunista–, nacionalista y no internacional, de integración latinoamericana y sin aspiraciones de control mundial, pensado como un frente de todas las clases sociales –y no como el arma de los obreros–, y que incluso aceptaba el capi-

tal extranjero si se sometía a las leyes nacionales, seguía ganando adeptos. Un amigo, Hernán Santa Cruz Barceló –luego destacado diplomático–, contrató a un ideólogo peruano para que explicara semana a semana esta filosofía, en su oficina. Ahí asistirían intelectuales como Alfonso Campos Menéndez y José Claro. Pero ahora, muerto Matte Hurtado, cayó una sombra sobre el partido.

La Guerra Civil Española causó una gran confusión, lamentable para estos fines conciliadores. De pronto, pareció que sólo había dos posiciones en el mundo occidental, fascista o comunista. Se hicieron populares las banderas rojas, los símbolos soviéticos, todo asociado a los heroicos republicanos de España. El ascenso del Frente Popular chileno también facilitaría la penetración del marxismo entre los socialistas; sus seguidores parecían los únicos con la fuerza organizada para detener el avance militarizado de los grupos fascistas del mundo. Durante largas noches, semanas, meses, las discusiones y asambleas se hicieron interminables para todos aquellos que no estaban alineados en ninguno de esos dos bandos. Las informaciones, a favor o en contra de unos y otros, saturaron las revistas de la época y mantenían vivo el debate.

Aunque una carta que enviara Gabriela Mistral a Armando Donoso –respetable personaje del Grupo de los Diez y El Mercurio- desanimó a más de alguno, porque con su habitual desenfado y claridad la poetisa denunciaba abiertamente a los comunistas por el modo como controlaban las facciones antifascistas de Europa, generando una odiosidad creciente, anunciadora de violencias, el interés en formar un "frente popular y democrático, antifascista y pluralista" siguió creciendo. Parecía imposible el equilibrio, la moderación.

Santiago se convirtió en un vasto observatorio, escenario del choque de las ideas occidentales. Los mapas de guerra, las consignas de los partidos, las canciones de combate de España –de uno y otro lado–, todo se trasladó a Chile. En pocos meses, los embates ideológicos reemplazaron las discusiones de café de los literatos. Y los grupos con laques, cadenas y algunas pistolas, asomaron su rostro en las calles. Los primeros heridos, y muertos, estaban por caer.

En España, el compromiso de los diplomáticos chilenos había sido íntegro, desde el primer momento, favoreciendo el interés de los locales en la contienda. Primero, cuando triunfaban los republicanos, asilaron religiosos, militares, aristócratas, derechistas, fascistas, todos los que estaban siendo perseguidos a muerte, hasta reunir a más de 2.000 personas. En la calle del Prado llegó a haber, bajo bandera chilena, un edificio de siete pisos, un hospital y varias residencias particulares de los distintos funcionarios.

Cuando triunfó el general Franco la situación no varió, pero ahora albergando a sus adversarios, los republicanos. Entre medio, el que el chileno Agustín Edwards fuera presidente de la Sociedad de las Naciones, o el que Chile en su momento representara a Alemania y Austria ante el gobierno de España, no hizo sino comprometer más el interés de los chilenos, polarizándolo.

Chile ya no sería el mismo.

El poeta llegaba tarde a su casa, cada noche, envuelto en la intensa actividad pública del momento. Igual estaba enamorado de su joven esposa, absorto en la belleza castaña de su rostro de facciones felinas e intensas, en esa boca grande de labios largos que hacía contraste con sus dulces ojos azules. Ella nunca se titularía... porque él no lo había hecho. Esperándolo. Viviría ese acto de amor permanente, con su férrea disciplina, ella que bien pudo llegar a ser y ejercer de abogada, pero no quiso introducir ese problema en la pareja. Toda la vida fue, con mayor esfuerzo y menos ingresos, profesora del Liceo 1 de Niñas, la contraparte femenina del Instituto Nacional. Aunque la madre del poeta llorara desconsoladamente cuando éste anunció su matrimonio, ya que así perdía su "segundo marido", el hombre de la casa, el que a pesar de ser su hijo le transmitía confianza y seguridad, se habían hecho muy buenas amigas las dos y aprendieron a compartir, juntas, su amor por él.

Pasó la pareja, con madre y hermanos Barrenechea, de una casa en la calle Bulnes 332 a otra de muchos árboles y largo parrón, ideal para tertulias, también de tres patios. Estaba en Huérfanos 3024 y su gran tamaño permitió que la nueva pareja también viviera ahí, independiente, con su dormitorio junto a unos dondiego de la noche, esas flores que aman los noctámbulos porque abren sus corolas después del crepúsculo, cuando sale la luna. Estaban junto al segundo patio, el acumulador de fragancias de los jazmines, cuyos rosales y amapolas entretenían el ojo. Todas estas flores se confabulaban para que, abiertos los postigos al atardecer, quedaran las habitaciones perfumadas toda la noche.

En el tercer patio, una gigantesca flor de la pluma casi ocultaba las puertas de cocinas y despensas. Los árboles frutales parecían transportados de un huerto del sur; y bajo ellos crecían matas de cilantro y perejil que nadie había plantado. Una espesa madreselva cubría el gallinero, alargando la siesta de las aves en las tardes pesadas del verano.

Adelante, comunicado al zaguán de acceso a la casa, el patio de recibir con sus baldosas y su fuente -y las hortensias que gustaban tanto a la recién casada- era el ocupado por las dos hermanas del poeta, muy amigas del baile. Especialmente la Yolita, alegre, que había heredado los ojos hermosos de las mujeres de la familia. Era ella la que instalaba la vitrola para ir colocando uno tras otro los charleston, los foxtrot, mientras los pretendientes de su belleza -célebre en las fiestas universitarias- giraban o zapateaban esperando despertar su interés. Como el poeta andaba mucho fuera, no le gustaba que su hermosa hermana saliera; prefería que ella invitara a la casa. El delantero era también el patio de retratarse, con los elegantes libreros atrás, la nobleza de sus maderas enmarcando la de las hermanas. Con los años se casaría con un empresario de origen catalán, Carlos Riutort, y tendría una numerosa familia heredera de su vitalidad. La otra, Elba, altiva y distante, permanecería soltera. En los años en que el poeta fue presidente de la FECH, y cuando la casa antigua era visitada por los líderes de la Universidad Católica encabezados por Bernardo Leighton, uno de éstos, finalmente, logró cruzar su gélidas barreras. Pero bastó un pequeño malentendido, que nunca se aclaró, para que ella se replegara por siempre.

La Yolita, seductora, era la que le pedía plata al hermano poeta para organizar las fiestas. Éste, cumpliendo con su rol paterno, pero también porque era curioso, preguntaba quién iba a venir. Para celebrar cada nombre, criticarlo, o incluso censurarlo. Y partía ella a la compra. Al regreso, la pregunta era consabida:

-¿Quedó algo de vuelto?

Mientras el ítem ostras estuviera resuelto para el sábado –afición fanática que no le celebrarían los médicos después–, el resto le daba lo mismo; no le interesaban los detalles. Casado, debían ser más sus responsabilidades, pero la verdad es que fueron menos. Porque la nueva esposa, muy organizada y llevándose bien con su suegra y cuñadas, asumiría roles que antes descansaban en él. Un año después del matrimonio, en 1938, la familia celebró la llegada de un primer hijo, varón, el tercer Julio Barrenechea de los Barrenechea de Santiago.

La vida que asoma, la vida que crece, pero adentro siempre, un dolor que no lo abandona, el saber que la muerte espera a la vida, paciente. Como en "Estatua de sal":

Miguel Laborde

Pálida flor nacida de mis venas, vives envuelta en mí, doliente estatua, como un mármol de lágrimas eternas alzado entre mis sombras y mis llamas.

Por ti, si miro la delgada harina, veo la dura piedra que la muele. Y veo oscuras y profundas aguas si arriban a la luz livianos peces.

Tú eres mi llanto propio, llanto mío, sin origen nacido, sin simiente, llegado de la nada hasta mi pecho como un ramo de lágrimas silvestres.

Seguía el poeta, constante, en su misma ruta de siempre en dirección de las preguntas que lo acosaban desde la adolescencia: ¿qué es el mundo, qué es el hombre, qué es la vida, cómo se acerca la muerte?

PABLO NERUDA Y EL FRENTE POPULAR

Por entonces, nuevamente, llegó Neruda a Chile. Había dejado el Consulado de Madrid porque la ciudad estaba siendo sitiada, a punto de caer en manos del franquismo. Transformado en comunista, se decía que por influencia de su nueva esposa, la artista Delia del Carril, estrella de la izquierda mundial, influyente, audaz y hermosa, bastante mayor que él. La Editorial Ercilla le publica por entonces su España en el corazón, título de la tercera parte de Residencia en la tierra, un aporte a la derrotada causa republicana.

Los amigos que lo fueron a esperar, que compartirían la vida de la pareja, formaban una lista selecta y de larga influencia en las artes y letras nacionales. Acario Cotapos, Isaías Cabezón, Diego Muñoz, Tomás Lago, María Luisa Bombal, Juan Emar, Arturo Aldunate Phillips, Juvencio Valle, Nicanor Parra, Óscar Castro, María Valencia, Rubén Azócar, Angel Cruchaga Santa María, Julio Ortiz de Zárate, además del propio Barrenechea.

Éste, en esa época escribe el "Soneto de Julio Ortiz" y el "Brindis por Juvencio Valle"; en el primero rinde homenaje al arte pictórico de Ortiz de Zárate:

> Como un golpe de luz, surgir te veo, Central del día, fulgurante estambre, rodeado de racimos y rodeos. Te viene el brillo de una piel de toro. Y entre tus dedos de celeste sangre le brota al aire una guitarra de oro.

A Juvencio Valle, hermano de origen y recuerdos por la tierra de Cautín, le escribe:

> En Imperial te veo con tu flauta de niño, aprendiendo en la loma los palotes del trigo, sorprendiendo la ciencia del ciruelo florido, entreabriéndole al aire los celestes postigos.

Por todo eso Juvencio que es la luz de tu anillo, por los verdes metales que te dan su sonido. Por tus novias silvestres de fragantes corpiños, por la sombra que dora tu claustro campesino.

Porque el río Cautín nos suba a la cintura Porque el viento aparezca sobre nuestras figuras, porque estire su colcha el Ñielol y nos cubra, porque traiga el manzano su redonda pintura...

Tenía Neruda, ya, una lista formidable de libros: Veinte poemas de amor, Residencia en la tierra –I y II–, Crepusculario, El hondero entusiasta, Anillos, El habitante y su esperanza, todos los cuales le publicaría Ercilla en años casi sucesivos, uno tras otro. Se instaló en Irarrázaval, en una casona cercana a Pedro de Valdivia, con Delia y unos amigos argentinos con los que había llegado, los González Tuñón. A diario, gracias a la infinita paciencia de Delia, se trasnochaba; allá se trasladó la tertulia por varias semanas. Los líderes comunistas trataban de conservar su rigidez, de ocultar su incomodidad al principio, frente a los artistas bohemios comedores y bebedores. Luego, con las horas, terminaban totalmente asimilados o, más frecuentemente, se iban silenciosos.

Acario Cotapos, grueso y locuaz, festivo y báquico, con Isaías Cabezón –muy mordaz desde su rostro impenetrable–, armaba parodias. Neruda y Barrenechea, de comentarios ingeniosos los dos y ruidosas carcajadas, eran su mejor público. María Luisa Bombal y sus dos hermanas eran las musas inspiradoras, las presencias femeninas juveniles indispensables para avivar el ambiente.

También se trabajaba, de día. El grupo sacó un diario nuevo llamado Frente Popular, dirigido por Jorge Jiles y Elena Caffarena, y comenzó a planear la creación de la Alianza de Intelectuales para agrupar a los creadores de arte y pensamiento democrático, similar a las alianzas que ya existían en Barcelona, París y Valencia con Picasso, Romain Rolland, Tristan Tzara, Thomas Mann, Malraux y Jacques Maritain, entre otros. Los creadores unidos contras el fascismo.

El primer presidente fue Neruda, por ser el portador de la idea y su organizador. Como poetas que eran, pronto fundaron una revista, la Aurora de Chile, con un Consejo Editorial integrado por Neruda, Barrenechea, Alberto Romero –autor de La viuda del conventillo—, Gerardo Seguel –estudioso de la literatura colonial—, Diego Muñoz , Rubén –"el Conde"—Azócar y Luis Enrique Délano.

Además de Romero, elegido después nuevo presidente de la Alianza de Intelectuales –quien partió a un Congreso Antifascista– viajó también Délano, el que ya había escrito, a la distancia, "Cuatro meses de Guerra Civil en España", dando muestra una vez más de su rica imaginación. Se lo despidió en la casona de Julio Walton, de calle Teatinos esquina Agustinas, la que también era editorial, librería y tertulia, un lugar muy animado y muy cómodo por estar entre el centro y el Barrio Brasil. Esa fiesta también sirvió de homenaje y despedida al lugar, que se iba a demoler para construir ahí un ministerio que, al final, se volvió hotel, el Carrera. La fiesta continuó en un restorán y fue inolvidable, hito de la época. Además de Barrenechea fueron Pedro Sienna, Eduardo Anguita, Juvencio Valle, Antonio Roco del Campo...

La filial chilena democrática y antifascista inauguró su sede en una casona de Santo Domingo, mientras *El Mercurio* les abrió espacio para difundir sus actividades gracias a Roberto Aldunate. Mariano Latorre y Luis Durand, los grandes maestros del criollismo nacional, que también la integraron, le dieron un sabor histórico, casi oficialista.

Por su parte, la Alianza se reunía en La Posada del Corregidor, lugar amenizado por cantoras que tocaban guitarra e interpretaban cuecas y tonadas de campo. Ahí llegaban Romero y Neruda, Barrenechea, Tomás Lago, Juvencio Valle, Guzmán Cruchaga, Hernán del Solar, Pedro Sienna, Matilde Ladrón de Guevara, Antonio Acevedo Hernández, Antonio Roco del Campo, Luis Vargas, María Tupper... Después se logró tener una sede fija en el segundo piso de la calle Estado, a tres cuadras de la Alameda, muy central. Por su éxito se abrirían filiales en Valparaíso, Concepción, Antofagasta y Temuco, entre otras ciudades.

En la Cámara de Diputados debió el poeta defender la Alianza en contra del gobierno. La institución, coordinada con el director de la Biblioteca Nacional Gabriel Amunátegui, y el ministro de Educación Guillermo Correa Fuenzalida, había acordado celebrar un acto público en que la primera donaría a la segunda libros importantes de autores alemanes, obras de grandes escritores que habían debido huir de la Alemania de Hitler. En su discurso, que la prensa calificó de brillante y reprodujo en parte al día siguiente, Barrenechea denunció al gobierno que, por solicitud del embajador alemán, había prohibido el acto.

Éste, explicó, consistiría en un discurso de Pablo Neruda, otro de Roberto Aldunate y un tercero de Eulalia de Benavente, para terminar con un número de canto y lectura de cartas de adhesión de Amunátegui Solar y Carlos Silva Vildósola. Cerca de 500 perso-

nas se habían hecho presentes, las que se encontraron con la sorpresa de que, por orden de la Presidencia de la República, la ceremonia estaba prohibida. Barrenechea terminó describiendo el aporte de tales escritores a la cultura, y la vergüenza nacional de que, mediante el silencio, el país se hiciera cómplice de las medidas de Adolfo Hitler.

Al poeta le habían encargado –orden de partido– que utilizara su humor en la Cámara de Diputados, su ingenio, con un propósito fundamental: aportillar al líder de los nazis Jorge González von Marées, dejarlo en ridículo. Pero, como el poeta no era sectario, al observarlo con detención le pareció un ser humano respetable, incluso digno de admiración. No pudo cumplir el encargo de la colectividad pero, para su fortuna, como varios de los diputados socialistas también provenían del mundo del arte y la cultura, y tampoco eran fanáticos, no fue el único en apreciar la calidad humana de los nazis chilenos que, por otra parte, no eran nazis; el mundo personal de Hitler, su antisemitismo violento, les era ajeno.

Por esos días regresó Gabriela Mistral. Traía noticias de España y además de Argentina, ya que había pasado donde su amiga Victoria Ocampo a la que le había dejado los originales de *Tala* para que ella los publicara destinando los derechos de autor a los niños vascos huérfanos de la guerra. Gran simpatizante de este pueblo, del que descendía por el lado materno –Alcayaga– y amiga del entonces presidente vasco en el exilio, José Antonio Aguirre, el dolor del País Vasco lo sentiría como propio y la tragedia del bombardeo de Guernica le removería el alma, provocando su decisión generosa. Según Luis A. Sánchez, "era una vasca incorregible".

También lo era Juan Uribe-Echeverría, buceador de raíces chilenas, quien poco antes había publicado su ensayo sobre La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual, de gran influencia en la época. Desde entonces, sistemático, iría sacando libros tras libro sobre poesía popular chilena, recogiendo los Cantos a lo divino y lo humano en Aculeo, Cancionero de Alhué, junto a otros estudios sobre literatos como Pío Baroja, también vasco. Secretario de Redacción de los Anales de la Universidad de Chile, y de la revista Mapocho de la Biblioteca Nacional, era un amigo leal y Barrenechea lo apreciaba en particular.

Habría que agregar, entre los íntimos del poeta en esa década, a Ricardo Boizard. De pluma muy crítica y polémica –"Picotón"–, también integró el grupo de la célebre Cámara de Diputados de los años '30. Influido por su mentor político y espiritual -Rafael Agustín Gumucio- acompañaría a Barrenechea y Carlos Vicuña Fuentes en la defensa pública que éstos hicieron de los judíos perseguidos.

Era tal la presencia pública de este círculo de poetas, que la revista *Ercilla* abrió una sección permanente a cargo de Orlando Cabrera Leyva, un periodista amigo de la noche y las letras. Diez años duró tal sección, la que mantuvo al día a miles de chilenos en las novedades poéticas del momento, difundiendo poemas que, asimismo, favorecían la venta de sus libros. También *El Peneca*, inicialmente dirigido por el crítico Emilio Vaisse y luego por Elvira Santa Cruz, la revista femenina *Margarita*, y el diario *La Nación* en la primera página del suplemento dominical, mantuvieron sección de poesía en esos años de auge del género.

Hombres, mujeres, niños, todos leían poemas. Y los recitaban... Aunque los autores no ganaban dinero alguno, no les importaba. Igual, no era negocio.

El Frente Popular, con facciones comunistas y socialistas pero todavía dominado por los radicales, una vez más hizo volver al poeta a la política de las calles, a los discursos y a las giras. El abanderado presidencial, en ese célebre año de 1938, fue Pedro Aguirre Cerda. Un hombre tranquilo, que no daba ningún susto al electorado, radical de derecha, que fue financiado por otros radicales de derecha del sur, ricos agricultores de Cautín, Concepción, Chillán.

Ésa era la idea, un gobierno de equilibrio, moderado, que dejara al país al margen de la violencia fanática y sanguinaria que cundía en el mundo occidental. Marmaduke Grove, generoso, había depuesto su candidatura para adherir, en un acto crucial al que se presentó con Óscar Schnake –los líderes mayores del socialismo– a la de Aguirre Cerda.

Barrenechea se sorprende una vez más de la clarividencia de su pariente Schnake. Seis años antes se había encontrado con él en un café de Ahumada. Éste le había dicho que, para triunfar, lo que necesitaban era un radical de derecha... como Aguirre Cerda. El modesto y paciente líder radical de los años '20, el que fuera joven ministro de Alessandri Palma, por entonces actuaba de abogado en un segundo piso de la Galería Imperio prestando servicios a gente modesta, muchas veces sin cobrar. También era presidente del Sindicato Nacional de Vitivinicultura, dada su ligazón familiar con la Viña Conchalí. Todo en él era ordenado, todo le favorecía.

Además, el éxito de los frentes populares en Francia y España prestigiaba la fórmula. El candidato de la derecha fue Gustavo Ross, millonario y con fama de mago de las finanzas. Contaba, en números, con el dócil campesinado de los grandes fundos del Valle Central, electores de los abanderados patronales.

Aunque los intelectuales y los universitarios fueran socialistas al igual que muchos obreros urbanos, y aunque los comunistas dominaran en el salitre del norte, el cobre de Chuquicamata y el carbón de Lota, Aguirre Cerda, estratégicamente empujado por el poderoso y distinguido Octavio Señoret –padre de varias hijas de belleza admirada y dueño de una vistosa casa en la Avenida Irarrázaval–, sería el abanderado del Frente Popular.

Ante las noticias de España –a propósito de las muertes de curas y monjas a manos de los rojos, muchos por consecuencia de torturas que daban espanto–, la figura del Frente Popular resultaba algo inquietante. Pero, con el pacífico rostro de Aguirre Cerda, además de ser su mujer muy católica, era el candidato más adecuado y generó un gran apoyo desde el inicio.

Buen profesor, Aguirre se puso a preparar un discurso para cada ciudad donde se detendrían, tocando todos los temas más importantes. Pero los abanderados con mayor experiencia le explicaron que lo conveniente era lo contrario, escribir uno solo, aprendérselo de memoria, y declamarlo cada vez mejor.

Así lo hizo: "Desde la modesta banca en una escuela pública en el pequeño pueblo de Pocuro, sin padrinos sociales ni políticos...".

El pueblo esperaba de él una nueva oportunidad, la misma que había perdido con el interrumpido primer gobierno de Arturo Alessandri, el de 1920, y que nuevamente perdiera con el también quebrantado y efímero gobierno de la república socialista de 1932. La tercera, la vencida... Casi hubo golpe de estado —lo preparaban el general Ibáñez y el líder nazi Jorge González— pero su movimiento fracasó y terminaron ambos en prisión.

El grupo que acompañó a Aguirre Cerda, incluido el poeta, tendría que aprender a reírse en cada estación de los mismos chistes... Los asesores, Arturo Olavarría y Elías Lafferte, era expertos en imagen. A este último se le ocurrió explotar la fealdad de Aguirre Cerda y en las concentraciones, al presentarlo, lo indicaba con el dedo: "¡Miradlo, es feo, feísimo; es un pellín chileno!". El pueblo gozaba con la imagen. Explotaba en aplausos, con simpatía por su pequeña estatura, sintiéndolo cercano. Lo mismo cuando bailaba cueca, en lo que era un maestro.

Uno tras otro, en los rincones sureños que inflaman al poeta, le brotan versos. Como ante la tumba de Augusto Winter, el amigo de los indígenas, el de biblioteca generosa en Puerto Saavedra. En parte dice así:

Augusto Winter tendido bajo la tierra, deshecho. Augusto Winter dormido con una guala en el pecho.

Vivía en Puerto Saavedra el que hoy vive entre los muertos. Aquí donde el mundo acaba en unos muelles desiertos.

Él vio a los cisnes del Budi cuando emprendieron la fuga, por el espejo del lago, como blanca trizadura.

Él dio de leer al pobre en el hueco de sus manos. Él educó a los helechos en la doctrina del lago.

Él fue el patrón solitario de sitios de luz y hielo. Molinero del granizo, molía trigo del cielo.

Sus amigos eran de agua, eran de ramas y de plumas. El río, el lago, los cisnes, los helechos y la lluvia.

Bibliotecario celeste, fueron sus libros más bellos, las mañanas empastadas con la escarcha de los cerros..

Así, una vez más, Barrenechea puso su oratoria al servicio de una campaña, lo que Aguirre Cerda le agradecerá en su momento. El poeta trabajó directamente en la campaña del sur, con Cristóbal Sáenz, el millonario triguero recientemente elegido senador por Bío-Bío y Cautín. De su bolsillo se esperaba todo para financiar la campaña, por lo que fue designado "Generalísimo de Cautín". Ba-

rrenechea quedó a cargo de hacer giras y discursos en toda la zona, la misma donde era diputado. Sáenz imaginaba que el candidato, o los partidos que lo apoyaban, tenían dinero para financiar la campaña, por lo que viajó a Santiago... a solicitar los fondos. En la capital descubrió que todos lo esperaban para que fuera él quien repartiera dinero... "¡Se acabó para mí la política!", le confidenció al poeta, a su regreso al sur.

Era Aguirre Cerda un hombre sensible a la poesía. Hacía ya muchos años, en 1915, había iniciado su padrinazgo lleno de fe en los versos de una modesta maestra, Lucila Godoy. Él fue, en gran medida, el responsable del nacimiento de Gabriela Mistral. Ella, agradecida, le dedicó su primer libro, *Desolación*. Además, fue él mismo quien le consiguiera –cuando ella no tenía todavía título pedagógico– el cargo de Directora del Liceo 6 de Niñas de Santiago, que fue tan providencial para la paz física y económica de la poeta.

Le gustaban las giras a Barrenechea. Salir de Santiago, sentir la fuerza desnuda de la naturaleza, de inmediato le agilizaba la pluma. En cualquier circunstancia brotaba el poema, como "Luna de Monte Patria". Iba en un auto, sentado atrás entre Marcos Chamudes y González Videla, cuando al volver la cabeza, atraído por su luminosidad, divisó una luna enorme sobre el pueblo de ese nombre. Guardó la imagen, que a la primera oportunidad se hizo verso.

O "Guitarra de Collipulli", en tierras de antepasados maternos, con imágenes muy acertadas y plenas de amor filial:

Aquí ha nacido el árbol de las guitarras entre el boldo sagrado de las montañas. Aquí están mis raíces porque mi madre crecía junto al árbol de las guitarras. Ella cantaba historias de amores infieles. El viento tamboreaba por las montañas. Yo vine desde el fondo de su guitarra. Yo toqué con mis dedos en sus entrañas.

Triunfó Aguirre, por apenas 4 mil votos. Alessandri Palma sondeó a los aviadores, los marinos, militares, Carabineros... Pero ellos respetarían el voto popular. Allende, Schnake, Barrenechea, Neruda, Lafferte, Delia del Carril, invadieron La Moneda la noche de la victoria.

El nuevo presidente no le daría ningún cargo: "Julito tiene que titularse primero", dijo en la sobremesa. Al fin y al cabo, era profesor de alma y su lema rezaba "gobernar es educar". Hombre bueno, Aguirre Cerda se consideraba "el puente entre muchos años de gobierno oligárquico y un futuro gobierno de izquierda". Pero también tenía, bajo su sonrisa, una voluntad de acero y se hizo respetar. Mantuvo la amistad con el poeta y, además, por el trato fraterno de éste con un sobrino del mandatario, Humberto Aguirre Doolan –futuro senador–, las puertas de La Moneda se le mantendrían siempre abiertas.

Lo llamó un pariente de Temuco, para hacerle "una pedida". Acostumbrado el poeta a que por ser parlamentario le pidieran las cosas más extravagantes, lo único que esperaba era que fuera algo razonable. Le contó el temuquense que también era pariente de los Reyes Basoalto, es decir, de Neruda. Y que además lo era de Rudecindo Ortega, el radical elegante, nuevo ministro de Educación. Por lo tanto explicó, con toda inocencia, "si no es ahora, ¿cuándo?".

Estaba preparado el hombre, con dos listas de peticiones, una que se llamaba "Para mí" y otra "Para mis amigos". El poeta llamó a un conocido, Patricio Garcés, funcionario de la Caja de Colonización Agrícola, que se mostró inmediatamente llano y dispuesto a concederle una "pega" al temuquense. Pero había que tomar un examen, era el procedimiento, lo exigía el reglamento... Era su método, sacaba mal a todos los solicitantes.

En la Cámara de Diputados se creó un clima nuevo, más dinámico, gracias al cual se gestaron varias iniciativas culturales, en las que Aguirre personalmente se interesó. Así, la publicación de obras literarias chilenas y de extranjeros sobre Chile, para repartirlas por las bibliotecas y liceos del país; la edición de obras folclóricas para niños; el apoyo oficial a las artesanías de Doñihue, Peine, Chonchi, Quinchamalí y Pomaire; la creación de la Primera Exposición Internacional de Arte Popular...

Se organizó un encuentro de todas las comisiones culturales similares de los países americanos, los que felicitaron a Chile por su creación de los Institutos Binacionales de Cultura, que aquí se habían transformado en grandes y notables difusores de la cultura mundial desde 1936, favoreciendo incluso a docenas de chilenos para que se perfeccionaran en Europa.

Al año siguiente, el grupo de parlamentarios afines al arte y la cultura, representado con discursos del poeta, propició la creación de Premios Nacionales para fomento de las artes. Después, ante el Ministerio de Relaciones Exteriores, el grupo planteó e impulsó la creación de Agregados Culturales, cargos adscritos a las embajadas de mayor relación con Chile.

En 1938 culminó la campaña pro-España. Un encuentro mayor se hizo en la casa de Luis Alberto Sánchez –calle Pérez de Valenzuela–, la que contaba con grandes corredores y un enorme patio. La derrota de los republicanos españoles debía movilizar al Frente, que gobernaba en la persona de Aguirre Cerda. Chile y México fueron los primeros en ofrecer su ayuda y, lejos, los dos que más asilados evacuaron.

La ruptura con España, consecuencia del republicanismo de casi todos los intelectuales y artistas chilenos, era previsible. El nuevo ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Cristóbal Sáenz –el triguero del sur– no tenía paciencia con esos "enemigos de la raza humana". Respondió con ira mal disimulada cuando Franco empezó a pedir la entrega de los asilados en la embajada chilena, y le hizo ver que Chile también había protegido a cerca de dos mil refugiados franquistas en los días de la República Española, algunos de los cuales tenían notorios cargos en su gobierno. Indignado, Saénz concedió sólo 24 horas a los diplomáticos españoles para que abandonaran Chile.

Pero también el Reich alemán reaccionó con desagrado ante la tozudez hispana. España, esperaba Hitler, debía ser el puente con la América Hispana; por razones políticas pero también porque le resultaban estratégicas varias materias primas como el nitrato de Chile. En Berlín, el embajador Ramón Serrano recibió señales de la molestia germana hacia los españoles, especialmente cuando las autoridades de Madrid intentaron entrar a la embajada chilena para llevarse los asilados. Éstos alcanzaron a llamar a la de Colombia, donde se celebraba el día nacional de ese país, con presencia de casi todos los diplomáticos iberoamericanos. Éstos, juntos y raudos, partieron al lugar. El embajador de Brasil, ya que España no aceptaba más la delegación de Chile, hizo izar su propia bandera sobre el edificio.

Aumentaban los extranjeros en Chile, de toda la América hispana, refugiados la mayoría. Todos contra Franco, el caudillo odiado, el enemigo común. Y es que el "asilo contra la opresión", cantado en el propio Himno de la República de Chile y derivado del régimen de las iglesias medievales, había prendido con mucha más fuerza en la cultura pública de América que en la del resto del mundo.

No se podía cerrar las puertas a los asilados... Barrenechea, en la prensa y en sus discursos en la Cámara, fue uno de los más ardientes defensores de este sistema que, casi inexistente en Europa y América del Norte, distinguía y enaltecía a las democracias de América Hispana por su espíritu solidario. Llegaron muchos catalanes y vascos. Los nacionalistas de este último origen escogieron al chileno Agustín Edwards MacClure, fundador de *El Mercurio* de Santiago, como su representante ante Franco, el que había capturado 3.000 prisioneros de esa raza. A diferencia de otros republicanos –asesinos de curas y monjas se decía– los vascos católicos aparecían como víctimas inocentes de cruentos desmanes similares. Esta posición, que unía a demócratas y a cristianos, también habría de encontrar eco en pensadores franceses como Jacques Maritain, enemigos del derechismo fascista de Franco. Ni los nacionalistas franquistas ni los rojos republicanos parecían muy cristianos, pero los vascos, sí.

Traer refugiados fue una tarea de poetas. En el muelle de Burdeos, Neruda sentado a una mesa junto a cinco representantes de los cinco partidos republicanos, los iba despidiendo. Y en el muelle de Arica los recibió Barrenechea en nombre de los artistas e intelectuales chilenos...

Lo acompañó, en esta emotiva ceremonia, un amigo y compañero de Derecho, Eduardo Trabucco, residente allá por entonces y con el que hablarían horas de horas mientras el barco, tan lento, se acercaba. Algunos de los llegados, ansiosos de iniciar pronto su vida nueva y muy contentos por la acogida local, se radicaron ahí mismo, en esa ciudad marina al borde del desierto, lugar de largas playas de arenas claras.

Poco antes, en 1937, se había publicado el pequeño libro Madre España, con versos de veinte poetas de la época. Neruda, la Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Nicanor Parra y Barrenechea estaban entre ellos.

En sus líneas, "Déjanos llorar un poco que hay tanto que decir" de Vicente Huidobro, "América te debe sus espaciosos sueños" de Gerardo Seguel, "traigo al corazón un tema inmortal/que vuela eternamente esta tarde" de Volodia Teitelboim, "hay en mi corazón tanto luto y tanta muerte/ que parece una selva/mojada por la sangre que mató sus sonrisas" de Neruda, "os escucho pasar como la vida veloz hacia el centro del mundo" de Eduardo Anguita, "Oh tierra de España cómo te han dejado..., tú que eras como una campana de vidrio" de Julio Barrenechea, la luminosa lista de poetas dio lugar a que una española, María Zambrano, dijera al leerlos: "Todos los hombres cuyo corazón está abierto al futuro, se sienten hoy hijos de España".

Además del Winnipeg llegó el Formosa, con unas 600 personas más. Varios de ellos también serían protagonistas del mundo artístico y cultural chileno en las décadas siguientes. La poesía de Miguel Hernández, de García Lorca, de Antonio Machado, las canciones revolucionarias, la desigualdad de fuerzas por el apoyo de Hitler y Mussolini a Franco, el asesinato de García Lorca, el bombardeo y los rostros de los niños de Guernica, todo se sumó para encender en Chile un enorme sentimiento y varios fueron los voluntarios que viajaron a combatir integrando las Brigadas Internacionales. Sus cartas, leídas en los cafés de Santiago, mantendrían vivas las acciones como si sucedieran en tierra propia. Las derrotas de 1937, la caída de Bilbao, de todo el País Vasco, causaron vivo dolor.

En el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en el Teatro Municipal, en cualquier lugar público se improvisaron actos de solidaridad mientras las editoriales publicaban libros de reportajes y visiones de tal guerra. Las radios transmitían, noche a noche, los sucesos.

Gabriela Mistral ayudó a huir de España a algunos profesores gracias al Instituto de Cooperación. La Alianza de Intelectuales, fundada por Neruda para canalizar el apoyo a los republicanos, recogía alimentos, ropa y medicinas por las calles de Santiago cantando los himnos revolucionarios, todo lo cual generó el clima decisivo para que en 1938 triunfara el Frente Popular.

Los refugiados abrieron en Santiago un ruidoso café, el Miraflores, un buen lugar para ir de noche y donde un cocinero vasco, Joaquín Berasaluce, pronto alcanzó la celebridad. Varios recién llegados serían claves para la cultura nacional, como Antonio Rodríguez Romera, Vicente Mengod, los Tarragó... También Germán Rodríguez Arias, que sería arquitecto para Neruda de su casa de Bellavista, La Chascona y decorador del café Miraflores. En 1940 se suma otro grupo de inmigrantes en el que vienen el escenógrafo Santiago Ontañón, el poeta Antonio Aparicio –revelación joven en España junto a Miguel Hernández–, el arquitecto Fernando Echeverría, Arturo Soria...

Los ámbitos chilenos más diversos se conmueven. Incluso la ingeniería, con los hermanos Víctor y Raúl Pey Casado, que diseñan los puertos de Arica, Mejillones, Huasco, Talcahunao y Punta Arenas, entre otros, además de construir la Casa del Niño en la Gran Avenida de Santiago y el Acueducto de Laguna Negra a Santiago. Víctor llegó a conocer tan bien el país, que cuando el presidente González Videla deja al Partido Comunista fuera de la ley, en 1948, a él recurre Neruda para que lo hiciera cruzar la cordillera y huir del país. Delia del Carril se quedó aquí en la casa de Manuela Casado, la madre de los ingenieros.

En el Miraflores se reunirían con ellos los chilenos Neruda, Barrenechea, Camilo Mori, Vicente Huidobro, Acario Cotapos, el cineasta Patricio Kaulen, Lily Garafulic, Inés Puyó, el argentino Godofredo Iommi. De paso, a sus mesas se sentarían extranjeros célebres: León Felipe, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Américo Castro...

Los inmigrantes vascos también fundaron el célebre Capri, de los De Rementería, los mismos que luego se hicieron cargo del Hotel Miramar en Viña del Mar, la ciudad turística donde crearon además el Cap Ducal.

Basta hojear algunos libros que escribieron los inmigrantes para medir su tremendo aporte. Incluso, Mauricio Amster renovará la tipografía al grado de ser llamado "el Toesca de los libros"; él fue quien compuso el propio folleto "Chile os acoge", que Neruda entregó a cada uno de los viajeros del Winnipeg y también diagramó, años después, el *Resumen de la Historia de Chile* de Leopoldo Castedo, otro viajero de ese barco.

Incluso, con fondos de los propios viajeros se creó la editorial Cruz del Sur que se estrenó con una colección de autores chilenos y el libro Alhué, de José Santos González Vera. La colección "La fuente escondida" serviría, a su vez, para que los chilenos conocieran textos españoles. También crearon el "Archivo de la Palabra" que se inauguró en 1947 con Neruda leyendo "Alturas de Machu Picchu", y varios contribuyeron a fundar el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, inspirado en el teatro La Barraca de Federico García Lorca, y cuyos primeros ensayos se hicieron en el local de la Alianza de Intelectuales, impulso que además dio origen al Teatro de Ensayo de la Universidad Católica (con la viajera Montserrat Julio, del Winnipeg) y al Teatro Universitario de Concepción.

Antonio Rodríguez Romera escribe la Historia de la pintura chilena y presidirá el Círculo de Críticos de Arte de Chile; Vicente Salas Viú publica La creación musical en Chile y además dirige el Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile; Castedo comienza con la Historia ejemplar de Santiago de Chile y sigue con el citado Resumen, culminando con sus Fundamentos culturales de la integración latinoamericana, más allá de su labor como cineasta –La Respuesta—.

La vida nocturna se dinamiza con los nuevos lugares y sus parroquianos. En medio de la bohemia, como siempre, el poeta seguirá buscando otros mundos, mundos que expliquen éste. Siempre despierto, alerta, a pesar de los humos de los cigarros y los

efluvios alcohólicos, produce unos notables relámpagos de lucidez, como en "Vida secreta", preguntándose quién es y cómo es en su interior profundo:

> Como la luz en su platino, vivo. Envuelto en un metal de suaves muros. Entre lutos de amor, semi dormido, con los ojos tendidos a otro mundo.

¿Qué aceite me separa de las aguas de esta vida que toca mis orillas? Estoy como un silencio iluminado vagando en un océano de lilas.

Si pudieran mirarme me verían, con el oído de cristal, atento a un caracol de músicas perdidas. Como me veo yo, cuando me miro, encendido entre sombras, escuchando el paso de la luz por el olvido.

Algunos pintores y arquitectos chilenos viven por entonces pendientes de otra Europa. Especialmente, de París. Se reunían en departamentos frente al Forestal, habitaban en ese barrio que era como del Viejo Continente, gozaban de tertulias donde el arquitecto Santiago Aguirre Del Canto cantaba tangos acompañados de guitarra e imitaba los bailes de la Josephine Baker. Artistas como Camilo Mori y su esposa Maruja Vargas, según los mordaces, suspiraban al ver salir el sol o al verlo ponerse, porque todo les hacía recordar París. El gran arquitecto vanguardista Juan Borchers –célebre por su don de quedarse toda una noche inmóvil mirándose en un espejo– terminó trabajando en la capital gala en el taller de Le Corbusier, sintiendo que allá estaba la única verdad del siglo xx. Varios de los que finalmente partieron se encontrarían con otra verdad, la Segunda Guerra Mundial.

En ese año de 1939, tenso y vibrante, el panorama humano y económico del país quedó oscurecido por los 20 mil muertos del terremoto del sur, que despertó solidaridades mundiales hacia Chile. Quedó desnuda, como nunca, la escasez de infraestructura de todo el territorio. Como si el sismo hubiese servido para hacer un inventario de vacíos y ausencias.

Chile no dejaba de ser país pobre. Y pobrísimo, paupérrimo, en lo cultural, a pesar del gran interés de Aguirre Cerda en el tema.

Se murió por entonces Juan Barros Moreira, joven, alegre y generoso que tuvo la ocurrencia de dedicarse al arte en Chile. Hijo de Luis Barros Méndez –figura del Partido Conservador– pensó que podía vivir de novelista... y crítico social. Autor de "El Zapato Chino", y de otras dos obras de ambiente campesino, cada mañana partía con algunos ejemplares a venderlos en la Estación Central. Ahí llegaba, puntual como un oficinista, fiel a su origen, con su paquete bajo el brazo. Los fines de semana vendía cartillas a los apostadores del Club Hípico y, de paso, les ofrecía las novelas. El sinsentido lo fue matando, la imposibilidad de labrarse algún destino digno, hasta que lo salvó la muerte.

De ese mundo dejará un poema Barrenechea, uno llamado, precisamente, "Tiempo pobre":

> Se acababa el mercurio en los espejos, se iban los muebles de la casa sola. El luto andaba aullando en los rincones, y callada tejía la penumbra.

Al piano lo sacaron como a un féretro, con la música muerta en el teclado. Temblaba el gas azul de cielo breve, y solos sollozaban los retratos.

El techo que se abría como un párpado, su monótona lágrima lloraba, y los pequeños brazos de la leña, se encendían al fondo de la sala.

A veces la ventana por estrellas, entraba al cielo como red hundida. Desde los muros nuestras propias sombras, nos miraban vivir, y enmudecían.

Era la larga, la terrible noche, hasta llegar a la estación del día. sin voluntad, tendidos, como náufragos, que las playas del alba recogían.

Vivíamos callados, la tristeza se había puesto todas nuestras caras. todo estaba en silencio, todo estaba, como si faltara una campana. Como tantos entonces, el poeta seguía viviendo al día, confiado en su estrella. La que nunca, desde el día de su nacimiento, le había fallado. Ese mismo año de 1939, tuvo la que sería su primera misión en el exterior. El presidente Aguirre Cerda, agradecido de sus apoyos, lo había incluido en una misión comercial que pronto partiría al Perú.

Se le hicieron pocas las noches que faltaban para la partida. ¡Había tanto que celebrar! El país del APRA, de Mariátegui, de Luis Alberto Sánchez, de Bedoya, de Haya de la Torre, de tantos amigos, y todavía un misterio... El futuro cambiaba de colores una vez más, las puertas del planeta se abrían. Con lo que recibiría de viáticos, de remuneraciones –aumentaban los rumores, fantasiosos, de lo que se recibe en tales casos– el consumo en bares y restoranes era pródigo de noche en noche. Pero la misión se frustró. Y resultó ser, reconocería, "una misión anti-comercial".

Pero Aguirre Cerda insistió, constante. Como el poeta era parlamentario en ejercicio, y no podía por tanto ser embajador, lo designaría Cónsul General y Encargado de Negocios en El Salvador. Al cumplirse los seis meses reglamentarios fuera del país, lo nombraría embajador ante toda la América Central. No se justificaba tener tantos embajadores, era muy caro. Todo estaba listo, sólo faltaba el último decreto, "el de las platas"... Eso era mejor, mucho mejor que lo de Perú, un milagro del destino.

Pero el partido le ordenó presentarse de nuevo a diputado, ahora por Santiago... Salió elegido, seguiría en Chile. El que partió fue Neruda, a México, por lo que hubo que renovar la mesa directiva de la Alianza de Intelectuales. Barrenechea fue elegido presidente, acompañado por Rubén Azócar, Angel Cruchaga Santa María y Nicomedes Guzmán entre los directores.

EN NOMBRE DE LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES

Como en la Cámara se había destacado por sus defensas de pueblos perseguidos, también fue elegido presidente del Comité Pro Refugiados Españoles. Era, asimismo, integrante del Instituto de Ayuda a los Refugiados Españoles y Judíos y pronto sería el delegado chileno al Congreso de Democracias en Montevideo. Sin darse cuenta, a los 30 años era un personaje público de profesión, a tiempo completo, permanentemente entrevistado por la prensa en torno a los hechos del momento.

Tuvo que viajar por América de sur a norte, hasta México y Estados Unidos, para encontrar dónde recibir a los miles de refugiados españoles que estaban prisioneros en campos de concentración ubicados en Francia y la propia España. Las fotos, tras alambradas –pegadas en los muros de cada una de las instituciones chilenas– eran el estímulo diario hacia una solución.

Al saber de su viaje lo buscó el exiliado peruano Luis Alberto Sánchez, el gran animador de la Editorial Zig-Zag, el aprista del que se había hecho muy amigo. Aficionado a los misterios, quería Sánchez que el poeta se reuniera en Lima, clandestinamente, con el líder del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre. Por conocer sus simpatías con ese movimiento, se atrevía a solicitárselo. El tiempo no sería muy largo, sólo las horas que se detenía el barco en puerto de El Callao, pero, insistió Sánchez, les haría tanto bien a los peruanos de Santiago –comenzando por él mismo– tener noticias frescas y directas de su líder. Con tinta invisible, Sánchez escribió al Perú informando de la llegada del chileno. No explicaba el motivo del encuentro, porque no había razón concreta ninguna.

En el muelle, dos hombres se le acercarían para murmurarle la clave: ¡Sea Sap! El poeta debía repetir el mismo santo y seña. Sánchez, muy serio, le hizo ensayar el intercambio de onomatopeyas.

En El Callao, todo comenzó de acuerdo a lo previsto. Lo recogió un auto, se cambiaron a otro, y así tres o cuatro veces. Ya en Lima llegaron a una casa, luego a otra, se repitió la agobiante faena unas tres veces. Comenzó a inquietarse, cada minuto más. A ese ritmo perdería el barco. Al final, en un recinto cerrado, de muros cubiertos por una gruesa cortina roja –en cualquier lugar podía estar la puerta– debió esperar. Primero asomaron dos hombres. Luego, entre ellos, el grueso y jovial Haya de la Torre, en mangas de camisa y abriéndole los brazos. En toda América Latina era una leyenda, no importaba la espera con tal de conocerlo.

Muy especialmente era querido en Chile donde sus libros sobre indoamérica, y contra el imperialismo yanqui, eran lectura obligada entre los universitarios de la época. Cerveza fresca y muchos dulces –muchísimos– los esperaban en una mesa.

De ahí salió una larga amistad, la que se reanudaría en encuentros en distintos países a lo largo de los años. Los sucesos de Chile demostró conocerlos mejor incluso que el visitante –era un político profesional– por lo que el placer mayor fue para el poeta. Luego de una hora se separaron y toda la faena, de las casas y los autos, se repitió hasta que llegó, apenas a tiempo, al muelle.

Siguió el barco costeando los puertos del Pacífico mientras subía la temperatura y aumentaba el deslumbramiento del poeta. Otros colores del cielo, del mar, de las frutas, al pasar de Perú a Ecuador, a Colombia, a Panamá...

En la cubierta, con las lentas semanas de navegación tropical, nacerían algunos poemas para el libro siguiente. Gozó de un tiempo para sí mismo, a diario, entre los largos almuerzos y las interminables tertulias tras la cena.

En el barco iba el folclorista Juan Uribe-Echavarría, ideal como compañero de viaje por tener, desde los años universitarios, un talento sin igual para encontrar el lugar más barato para comer. De cercanos antepasados vascos, organizado y emprendedor, sus austeras costumbres lo alejaban de la bohemia y le habían valido el apodo de "Frailito".

Lampiño, sonrosado, de boina, el autor de los famosos *Cantos a lo divino y lo humano* era además operático y zarzuelero, un interesado en todas las voces. Una vez había invitado al poeta a conocer las cantoras cercanas a las Termas de Panimávida, género de poesía popular que a Barrenechea simpatizaba por conocerlo de niño a través de su madre. Además, lo sentía más poderoso y vivo, la mayoría de las veces, que la poesía oficial de los poetas. De ahí salió –recordaban– otro trabajo escrito; de lo que cantaban doña Ester –casada con el carnicero del lugar–, doña Rari –sabia nonagenaria–, doña Rosarito, y la joven Marina Herrera, graciosa y bella, inocente transmisora de romances que llevaban siglos repitiéndose por rincones del Valle Central de Chile.

Ahora, en cada puerto de ese viaje por la costa del Océano Pacífico, sospechaban los demás que Uribe-Echevarría ya conocía la ruta. Porque, a medio día de atracar en algún puerto, ya presentaba a los artistas del lugar, recomendaba restoranes baratos, sugería paseos, todo con esa vocación que tan útil le sería a Chile para aprender a valorar la Tirana de Tarapacá, los cancioneros populares, la Virgen de Andacollo... En su familia, el apellido le abría a Barrenechea todas las puertas, aunque en un matrimonio casi se golpean dos invitados porque decía uno que el apellido del poeta era "Casa entre cerros", mientras insistía otro que era "Casa del fondo".

El doctor José M. Calvo acompañaba al poeta; ellos eran la delegación chilena al congreso que estudiaría en México el tema de los refugiados. En el Aconcagua, segunda clase, el viaje no fue aburrido. También iba un ciego que, conocedor de los poemas de Barrenechea, admirador de su musicalidad, le prometió ser su guía en La Habana nocturna y jaranera, la de Fulgencio Batista, el mayor centro social de la América de entonces.

En Ciudad de México los recibiría el gobierno español republicano, con el que mantenía relaciones el gobierno de Chile después de cortarlas con el de Madrid. Desembarcaron en el puerto de Veracruz, donde el clima de la Revolución estaba presente en todos los rincones. La misma catedral era ahora la Biblioteca Venustiano Carranza. El embajador de Chile los esperaba, Manuel Hidalgo Plaza.

Para la inauguración del congreso le encargaron a Barrenechea el discurso a nombre de las delegaciones extranjeras. Un dirigente agrícola local, entusiasmado con las dotes del poeta, casi lo cuestionó por estar en el país sin haber saludado de inmediato al presidente. Él se encargaría de llevarlo:

"Siempre que sea con mi embajador", respondió el poeta.

A la mañana siguiente entraron a Palacio. Ahí estaba Lázaro Cárdenas, más conocido como "El Jetón" por lo bien tallado de su mentón y labios. De clara mirada, mirando más allá de los visitantes, habló para la posteridad. Dijo tener sólo dos enemigos:

-El agua, que hay que sacarla del fondo de la tierra, y el peón, que con tal de no trabajar prefiere volver a ser peón...

Agregó, escéptico:

-A mí me quieren, pero me creen la encarnación de Quetzalcoátl, el dios blanco.

Al día siguiente los invitó a almorzar en el Palacio de Chapultepec, donde, por desgracia, también llegó el Jefe de Protocolo que no permitió que la conversación del día anterior, fluida e interesante, continuara; como no estaba invitado, no dejó de contar chistes. El último, a propósito del nombre de Chile, palabra que en México sirve tanto para denominar el ají, como al órgano sexual masculino. Al comentar, socarrón, que su esposa había entendido, mirando el mapa de Chile, la razón del nombre del país, el embajador Hidalgo, ya tostado, le respondió con rapidez:

-¿No serán sueños de la señora?

Sólo ahí se limpió la atmósfera. Para otro día, el presidente les organizó un viaje a la Región Lagunera, donde se desarrollaba su programa de propiedad colectiva de la tierra. Un tren especial, con salón y coche comedor, ya los esperaba con una delegación alegre y atenta, de ingenieros en su mayoría. La atención fue óptima ya que Cárdenas había dado órdenes de llevarlos donde quisieran.

Al fin en el lugar, conocieron la aldea en torno a la cual crecían los algodonales colectivos. Los ejidos eran apoyados por el Banco Ejidal, no sólo en préstamos sino también en maquinaria y ventas. Los lugareños, orgullosos, hablaban de todo como de "nosotros", sintiéndose dueños del lugar y del futuro. En uno de los ejidos los esperaban en el liceo femenino dos filas de niñas, agitando banderas de Chile; era la Escuela Gabriela Mistral. Los poemas de ella, para el México latinoamericanista, eran fuente de identidad. La apreciaban más que en Chile.

De ese viaje de Barrenechea es "Sierra mexicana", ese poema que así comienza:

El río verde entre los cerros, verde, como un lagarto oculto, sobre sus piedras duerme...

De vuelta en la capital partieron al Barrio de San Angelín. Tampoco podían irse sin visitar al gran Diego Rivera, quien tenía allí su casa cercada de cactus. Un puente unía el volumen residencial con el taller, donde los recibió.

Hombre agresivo, tenía una cantidad de los monos de paja y papel con que los mexicanos simbolizan a sus enemigos, a los que ritualmente queman en una fiesta anual. Le preguntaron por sus disputas con Trotsky, a lo que el muralista replicó:

-¡Es que Trotsky no es trotskista!

En cuanto a su apoyo a un conservador, aún más incomprensible siendo comunista de partido, con toda seriedad dijo que el triunfo de la revolución era imposible en México porque faltaba lo

fundamental, el proletariado. Con los conservadores en el poder, nacería la verdadera revolución, sólo entonces asomaría en el horizonte... Contento de la visita, que fue larga, de todo el día con esos chilenos amigos de las tertulias, al oscurecer los llevó a comer enchiladas verdes.

No quiso el poeta abandonar el país sin saludar, también, al gran líder español Indalecio Prieto, figura emblemática del antifranquismo. Brillante y lúcido, en ese año de 1940 le espetó al chileno una frase profética: "La única solución de la España futura será la monarquía con un Primer Ministro socialista".

La delegación chilena debía seguir hasta Nueva York; por lo tanto, deberían cruzar todo el enorme país, de sur a norte. El doctor Calvo, siempre práctico, ya que el viático no daba para mucho llegó a un acuerdo con unos norteamericanos que, tras haber combatido en las Brigadas Internacionales de la España Republicana, volvían a la Ciudad de la Manzana. Ellos aportarían el auto –el más antiguo que verían en Estados Unidos– y los chilenos los gastos.

Tras comprarse machetes mexicanos de recuerdo, entraron por el puente de Laredo. Quedaron atónitos al ver que Estados Unidos parecía un país de negros; las mujeres de vuelta del mercado, los policías en las esquinas, los niños saliendo del colegio, todos. No se esperaban esa imagen. Avanzaron de día y de noche casi sin detenerse, turnándose al volante, mirando el cambio incesante del paisaje.

Ya seducidos por el poder de la tecnología norteamericana, deslumbrados por los cruces viales de cinco, seis y hasta diez autopistas anchas y perfectas –se sentían asomándose al futuro– en Nueva York los golpearon otras imágenes. Bares de lesbianas, exposiciones de arte en la calle, mujeres borrachas sentadas en el suelo, chinos e italianos conviviendo en la misma cuadra, la gran metrópoli del mundo.

En el down-town, cuando finalmente llegaron a su destino, salieron a conocer el rostro del imperialismo yanqui, el centro de poder de los blancos. El domingo se fueron a Wall Street. Estaba vacía la calle, como si el sistema ya hubiera sido abolido y sólo quedara esa ruina. Pero alguien sacaba brillo a las placas de bronce donde los apellidos míticos eran ahí el nombre de una oficina, de un edificio: Vanderbilt, Guggenheim, Rothschild...

Apenas algún caballero elegante, de tongo y abrigo de pieles, con pasos que resonaban en el silencio dominical, animaba el fantasmagórico barrio. Uno de ellos -"conoceré un millonario", pensó el poeta- se acercó... a pedir una limosna. Barrenechea se sacó el sombrero mientras le daba unos pocos centavos, disculpándose. Era evidente que el mendigo se merecía unos buenos dólares.

Pudieron visitar algunos hogares verdaderamente norteamericanos, que alguien les puso en la agenda para que supieran, en un momento en que los cesantes del país eran 7 millones, y el subsidio de desempleo se había reducido aún más, cómo vivían los gringos pobres. Descubrió con lástima que, igual, era otro mundo. Esos pobres eran muy ricos, a los ojos de los chilenos.

Estuvieron con una familia "proletaria" donde dos hombres jóvenes eran filósofos... y filosofaban. Era su actividad, su rol en el mundo. ¡Cómo los envidiarían los colegas chilenos, de clase media, que no podían hacer lo mismo! El padre contaba suelas en una fábrica y, a las 7 de la tarde, llegaba en su automóvil, se servía un trago, encendía la pipa y leía la prensa. En paz total. A las once de la noche salía la hija, joven y hermosa, a vender violetas en un club nocturno. ¿Y ésos eran los pobres?

Adiós, adiós Estados Unidos. Mundo aparte...

De vuelta en Santiago, el poeta llega justo para asistir a una manifestación a Nancy Cunnard, la millonaria heredera de la flota naviera del mismo nombre. Se le homenajeaba en el Casino del Bellas Artes por los artistas e intelectuales chilenos, debido a su sólido apoyo a las campañas antifascistas de la época. El acto le permitirá al poeta reencontrarse con la ciudad. Francisco Coloane, Julio Ortiz de Zárate, Oreste Plath, Pablo Neruda, Camilo Mori, Luis Alberto Sánchez, Isaías Cabezón, Israel Roa, Juvencio Valle, Astolfo Tapia Moore, Roberto Aldunate, Luis Enrique Délano, Tomás Lago, Victoriano Vicario... Los de siempre.

Era bueno vivir en Chile. ¿Qué tenía de malo el país? ¿O la ciudad? Después de tanto viajar, todo le gusta más. Gracias a Roco del Campo se celebran como corresponde los 400 años de la capital, que fuera fundada en 1541; anduvo éste de puerta en puerta, convocando a historiadores y poetas, haciendo ambiente. Muy simpático, todos le respondieron. Como nunca tenía un peso, después tuvo que andar vendiendo ejemplares de su nuevo libro –era una antología de textos relativos a Santiago de Chile, en la que colaboró el poeta– para comer. Con Rojas Jiménez se había acostumbrado a dormir en los confesionarios. Los abrigos de ambos, enormes, especiales, les servían de despensa para lo que podían conseguir a lo largo del día.

O no se comía o se comía de sobra, en un sistema de extre-

mos. A veces se armaban largos asados, del almuerzo hasta el amanecer. La carne la compraba el poeta al otro lado de los rieles, pasado la Avenida 5 de Abril. Ulises y Homero eran los ilustres carniceros, oriundos de Pichidegua, a los que había conocido un amanecer después de celebrar a un San Pedro. Como no manejaba vehículos el poeta –por eso dejó varios poemas con imágenes de la noche y el amanecer, nacidos de las calles desiertas luego de un trasnoche—, iba caminando con un guitarrista después de haber festejado al gran Pedro Sienna en el día de San Pedro. Lo habían celebrado en una casa de cenas popular en la época, El Submarino. De repente, el músico le propuso saludar a otro Pedro, de apellido Vásquez.

El poeta quedó desolado cuando llegó al lugar. Los famosos pequenes que vendían en las esquinas a los trasnochadores, y que eran para él como un trozo del campo sureño, de Codegua o Pichidegua en pleno Santiago, los fabricaba en cantidades industriales, en serie, este tal Vásquez. A la puerta esperaban los repartidores, tal como los suplementeros a la salida del diario.

El músico, para consolarlo, lo llevó a conocer a Ulises y Homero. ¿Qué mejor panorama para un poeta?... No estaban dormidos. Con don Panchito, el dueño del restorán El Arbolito, y con el "Cuarentita" que tomaba vino en su propio sombrero, esperaban la amanecida. Recibieron felices al poeta, comentándole que con frecuencia llegaba, y como a esa misma hora, Joaquín Edwards Bello. "Doña Catita" les cocinaba. Más de una vez volvería Barrenechea a esa tertulia de buenos carniceros pero falsos griegos —el apellido era Valenzuela— a la que lentamente se fueron sumando otros literatos nacionales. Una verdadera "picá".

El poeta se hizo experto en carne en vara, ganado en pie, peso al ojo, las expresiones propias del oficio. Por su parte, los otros gozaban con su oratoria, canciones, poesías recitadas... Hasta que el hermano mayor, Ulises, que era el presidente del Sindicato de Dueños de Carnicerías, comenzó a invitarlo a los asados gremiales, donde la calidad de la carne era proverbial e indiscutida, la mejor de la ciudad. Los carniceros ponían la carne y el poeta las palabras.

Pero comenzaron a crecer las ferias libres en cada barrio, robándoles clientela a las carnicerías, y le preguntaron al poeta cuál era su opinión. Como siempre lo hacía, con proverbial franqueza para bien o para mal, manifestó su opinión con toda claridad. Le parecían muy bien las ferias, para no tener que desplazarse tan lejos a comprar. Y Ulises y Homero nunca más lo invitaron.

A fines del año 1941 murió el querido y querible Aguirre Cerda. Fumador empedernido, víctima varias veces de enfermedades respiratorias, el presidente sucumbió a la tuberculosis. Barrenechea lo sufrió doblemente. Primero, por el amigo que había aprendido a querer, junto a doña Juanita, la Primera Dama, a la que consideraría como la más destacada de los gobiernos radicales. Pero también le dolió la noticia porque en el viaje a México el poeta había hecho unas declaraciones que fueron rectificadas por la Secretaría de Gobierno. Había escrito a Aguirre Cerda, molesto por el desmentido cuando él no había inventado ni tergiversado los hechos aludidos, pero no le había llegado respuesta. Y ahora estaba muerto.

Varios meses después, un asistente de la Cámara de Diputados se acercó y le hizo entrega de un sobre con el borde dorado de la Presidencia de la República... Pero no era una carta del Primer Mandatario del momento sino, muy atrasada, la respuesta del difunto Aguirre Cerda que había viajado hasta México y ahora estaba de regreso. Sabía del malentendido, le pedía que se olvidara de él, le renovaba su amistad de siempre...

Todos los gobiernos que levantaban esperanzas en el pueblo parecían terminar mal; ni siquiera terminaban. Ni el primero de Arturo Alessandri Palma, ni el de la República Socialista, ni ahora el de Aguirre Cerda – "El Presidente de los Pobres" – tronchado por su muerte a los tres años. ¿Lo recordarían? ¿Le haría justicia la historia? ¿Sus empresas estatales para industrializar Chile, enap, endesa, copec, serían valoradas? Inolvidable la genialidad de Óscar Schnake, cuando Aguirre Cerda lo mandara a Estados Unidos para intentar crear una usina de acero, y volvió con un cheque de 80 millones de dólares del Eximbank, lo necesario para echar a andar Huachipato, el corazón industrial del sur de Chile.

El Salón Oficial de ese año de 1941 le resultó más cercano que nunca porque estaba dominado por los amigos de su generación, los mismos cuatro cuyas obras, a lo largo de la vida, escogería para adquirir: Israel Roa, Isaías Cabezón, Fernando Morales Jordán y Sergio Montecino. Aunque casi todos obtuvieron el Premio Nacional de Arte, algunos tendrían escasa resonancia al principio porque el arte abstracto tardó varias décadas más en ser aceptado por el público común.

Casi todos estos pintores comparten su interés en la naturaleza chilena –los alienta Luis Oyarzún en las tardes bajo los árboles del Forestal-, así como en las minas, las caletas pesqueras, el campo. Pero no para representarlos a la manera criollista, sino por la vitalidad social, humana, de esos ambientes. De todos, fue Julio Ortiz de Zárate –el amigo de su padre-, miembro del Grupo de los Diez, de la Colonia Tolstoiana, de la Generación del '13, del Grupo Montparnasse, el que más le enseñaría a mirar el arte visual, el que lo interesaría en el mundo de la plástica. Mantendría con él una relación larga porque este maestro, que no en vano fue director del Museo de Bellas Artes largos años, vivió en pleno uso de sus facultades hasta edad avanzada.

Roa y Cabezón eran íntimos entre sí. Pequeños, ambos, se enzarzaban a veces en ásperas disputas cuando no estaban riendo, y célebre fue la pelea que interrumpió Isaías Cabezón diciendo despectivo:

-Yo no peleo con matones de a metro...

Los rondó la anécdota de la Beca Humboldt, según la cual, en la Alemania de 1937, los chilenos Israel Roa, Isaías Cabezón y Samuel Román, becados por el gobierno, habrían sido detenidos por la policía nazi corriendo peligro de ser trasladados a un campo de concentración. La Gestapo no habría creído en la coincidencia de sus nombres, corriendo el riesgo de perder la vida... Pero lo cierto es que Cabezón murió muy joven, en 1936, y que quien viajó con Román y Roa, a Alemania, fue José Perotti.

Vital, entusiasta, talentoso, de gran humor, Israel Roa fue un amigo estable, de siempre y para siempre, sin altibajos. De repente partían al sur, el poeta y el pintor, ambos hambrientos de espacios libres, de imágenes, y también de la música sensiblera y dramática de las quintas de recreo.

Fuera cual fuera la hora de la acostada, Roa se levantaba muy de mañana con sus camisas a rayas y su gorra. Según el poeta, para salir a robar paisajes como un apache. De Angol era el pintor, y prefería los lugares con agua. Aseguraba haber crecido oyendo el golpeteo incesante de la lluvia, el sonido del agua acompañándolo durante meses, envolviéndolo, hasta que al fin llegaba la primavera y salían los humanos, como mamíferos de sus cuevas, para conocer el nuevo paisaje creado por los torrentes, por los desbordes de los ríos, por las lluvias. El paisaje era un fruto del agua.

Así como el agua salada del océano creaba con sus marejadas una costa nueva cada año, siempre nueva y radiante con sus cristales de arena brillando tan límpidos como en el séptimo día de la Creación, el agua dulce hacía lo mismo tierra adentro, en la Araucanía. Así gozaban en septiembre, saliendo a conocer el mundo recién creado, cuando veían desfilar el sur por las ventanillas del tren, ansiosos de llegar más allá del Salto del Laja. Al encuentro del sur austral, el verde, húmedo y boscoso.

Convocadas unas elecciones extraordinarias para suplir a Pedro Aguirre Cerda en la presidencia de la República, el poeta apoyó la candidatura del radical Juan Antonio Ríos, frente al cual contendía el omnipresente general Ibáñez del Campo. Partieron de nuevo al sur, en una delegación de gran éxito. Julio Barrenechea y Bernardo Leighton –el presidente de la FECH y el presidente de la FEUC de diez años antes–, nuevamente reunidos contra Ibáñez.

Esperaban con ansiedad los grandes e interminables banquetes de las ciudades y los pueblos, porque entre medio pasaban hambre. Sin contemplaciones, porque no había fondos para viáticos, les explicaron. Tal era su apetito que tragaron saliva al llegar el tren a la Estación Purén.

Había cierto recelo de las concentraciones obreras porque los comunistas llevaban a González Videla de candidato, y podía haber contramanifestaciones violentas, grescas que terminaran a palos y chuzos, cabezas rotas. Pero González, al ver el ambiente cada vez más favorable a Ríos, prefirió retirar su postulación y guardarse para una futura candidatura.

Alto y fuerte, Juan Antonio Ríos tenía presencia y genio, por lo que se le apodó "Mandantonio". Seguro de sí mismo, no tenía ningún problema en reconocer los talentos de los demás. Era el poeta –una vez más– el que hablaba primero en muchas de sus manifestaciones, el que provocaba el clima necesario, el que calentaba el ambiente. Cuando ya el público estaba expectante, en silencio y entusiasmado, le daba la entrada a Ríos. Éste dijo en Valdivia que Barrenechea hacía lo mismo que el huaso con la aceituna: "Me la cansa para yo poderla ensartar".

Tal como en la campaña de Aguirre Cerda, en ésta también le iban brotando los versos al quedarse absorto ante algún lugar. Como en la "Escuela nueva en Carahue", que lo conmueve:

> Entre el río Imperial y el cielo de aguas, como el alba organizada en zona oscura, venciendo al barro de arrugada cara abre su blanca flor de arquitectura.

Lunas de pasadizos y cristales grandes patios cortados por el Día, niños oscuros, tristes y rurales, mojando en luces frescas sus pupilas.

Hay algo suspendido, es como un viaje. Inmóvil vuelo de los ventanales sobre la verde espuma del lomaje.

La transparencia impuso su linaje, el sueño se dio en dulces materiales, y el mejor profesor es el paisaje.

Juan Antonio Ríos tenía mucho humor debajo de sus cejas espesas, y gozaba a carcajadas con el ingenio que brotaba frecuente en el poeta acortando los agotadores viajes en tren. Presidente amante de las palabras, a él le correspondió por entonces—noviembre de 1942— firmar el decreto creador del Premio Nacional de Literatura.

Era muy ejecutivo. Estando el poeta presente atendió un día en La Moneda a un oficial del Ejército, el que entró, recibió sus órdenes y partió. Ríos le comentó:

-Ve, pues, Julito, por eso me gusta tratar con éstos. Éstos no discuten. El mismo asunto llevado a la Asamblea Radical se discutiría tres meses y no saldría nada...

Ríos, invitado por el gobierno de Estados Unidos, dispuso los preparativos necesarios y los nombres de la comitiva, el de Barrenechea entre ellos para los discursos. Apurado el poeta, corrió donde su sastre, Jaimovich, para tener todos los trajes que la lista, preparada por el protocolo, exigía. Los amigos celebraban, el orgullo en la familia era grande; miembro de una delegación presidencial, nada menos.

Pero el secretario de Estado norteamericano emitió unas declaraciones que el mandatario chileno consideró lesivas para el país, irrespetuosas con la política neutral de Chile en el conflicto bélico mundial, y el viaje fue suprimido.

Agustín Vigorena, contralor general de la República, lo citó a su oficina y le solicitó la devolución de los fondos adelantados para el viaje. El poeta reconoció no disponer de tal cantidad, había apostado al viático. Lo que sí podía, ofreció, era hacer entrega de los trajes nuevos de la sastrería de Jaimovich... Vigorena, quien después de todo era uno de los creadores de las primeras Fiestas de los Estudiantes en 1915 –con Salvador Necochea–, lo tomó con franco humor. Pactaron en cuotas mensuales para devolver el monto...

Por entonces se convocó a un concurso en la Universidad de Chile, para algo que siempre había faltado en esas fiestas: un himno oficial. Ahora, para el Centenario de la institución, era el momento. Como Chile era país de poetas por entonces, muchos postularon para quedar incorporados a la historia de la primera casa de estudios superiores del país. Honor, fama, y un premio de 250 pesos, lo que no era poco.

Llegada la primavera, durante la velada final en el Teatro Municipal –la misma en la que Gabriela Mistral obtuvo su primer triunfo–, la que formaba parte de la Fiesta de Estudiantes, el rector Juvenal Hernández anunció que la letra ganadora era... la de Julio Barrenechea:

> En ti canta la vida su coro nada muere pasando tu umbral. Juventud como un río sonoro agua fresca de la eternidad.

La musicalizaría René Amengual Astaburuaga, luego de ganar el concurso creado para este propósito, resultado que también gustó al poeta, porque tenía gran simpatía por ese músico capaz de crear unas purísimas obras de cámara sabiendo positivamente que, en Chile, era imposible que alcanzaran algún público. Su muerte temprana no sería sino la culminación de una clara vocación de artista trágico, incomprendido.

Bajo la batuta de Armando Carvajal se estrenó el 19 de noviembre, al conmemorarse el centenario de la universidad, día en que el rector Juvenal Hernández hizo recuerdos de los orígenes de la Casa de Bello, cuando el caraqueño, junto al vasco Gorbea, el polaco Domeyko, los argentinos Sarmiento y Mitre, y tantos chilenos encabezados por "hombres de lo más insigne que ha tenido la América española, como Francisco Bilbao, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Alberto y Guillermo Blest Gana, Manuel Blanco Cuartín, y esa figura apostólica de don Manuel Antonio Matta", abrieron las puertas de una institución que tendría prestigio en toda América.

No circuló el himno por varios años. La gente pensaba que el poeta había escrito otro, la popular canción que habla de "Ser un romántico viajero, y el sendero conquistar..., ir más allá del horizonte, donde espera la verdad... y en desnudo de mujer descubrir la realidad". Lo que no le molestaba porque esta canción, que se cantaba en sus años universitarios ligada a las actividades deporti-

vas, era obra de un gran amigo de la Escuela de Derecho, Eduardo Trabucco, con otros compañeros de curso. Le traía los mejores recuerdos. Mucho tiempo después, hacia 1965, "su himno" sería oficialmente incorporado por el nuevo Canal de Televisión de la Universidad de Chile, lo que finalmente lo puso en circulación, al inicio y término de las transmisiones. De ahí, ya comenzaría a interpretarse para todo acto oficial de su universidad.

"Egresado, maestro, estudiante, vibre entera la universidad", comienza el himno, porque ésos eran por entonces los tres grupos humanos que la componían. Incluyendo al egresado, que proyecta el nombre y la acción de la universidad en el país, sin haberse titulado. Como él mismo...

No lo había escrito de golpe. Desde el llamado a concurso fue dejando que el sentimiento destilara por sí solo, alcanzara peso, y sólo entonces le puso letra a la emoción. Muchos fines de semana partía por entonces, con antiguos amigos de la universidad y alumnos más jóvenes que aún estaban en ella, hacia Lo Espejo a visitar a un agricultor, Carlos Larraín, que era autor de obras cómicas para teatro, hombre muy sociable y hospitalario. A esos amigos les había leído primero el texto.

Además de tener su propio himno –dedicado al anfitrión Larraín y a Lo Espejo–, en esas excursiones cantaban también el Himno de la Juventud Americana, integracionista, el que sentían muy propio de su generación: "Juventud, juventud, torbellino, soplo eterno de eterna ilusión.... Fulge el sol en el largo camino, que ha nacido una nueva canción".

Este último tenía letra del peruano José María Gálvez, quien fuera vicepresidente de su país, y lo había musicalizado Enrique Soro, el primer chileno en componer una sinfonía, Premio Nacional de Arte, director del Conservatorio Nacional, premiado en varios países, y que ganara ese concurso internacional en 1908 según bases convocadas por la Unión Internacional de Repúblicas Americanas, que se habían reunido en Panamá para, con representantes de todas las naciones, iniciar unidas el nuevo siglo.

La palabra escrita, pero también la recitada, la discurseada y la cantada, reinaban en el Chile de 1940. Poco a poco, y en reemplazo de los militares triunfantes del siglo anterior, el nuevo héroe popular era un poeta o un orador. Poseedor de esos mismos dos talentos, la estrella de Barrenechea seguiría protegiéndolo ahora que dejaba atrás su juventud y penetraba en los años de la adultez.

Era un hombre del momento, un señor de las palabras.

ES EL TIEMPO

Recién ha pasado la curva de los treinta años, es un nuevo protagonista de la poesía chilena, un hombre enamorado y casado, parlamentario de la República, hijo y hermano en una familia a la que también se debe, orador reconocido a lo largo del país... ¿Qué predominará ahora en la edad adulta, bajo el peso de las responsabilidades?

No la política. Su militancia no fue larga, su adhesión a un Partido Socialista poético, fraterno y latinoamericano, porque la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial se encargarían de hacer sangrar esas utopías. El choque primero de todos los demócratas contra el nazismo, y luego entre marxismo y capitalismo encarnados en la Unión Soviética y los yanquis respectivamente, barrió con todas las esperanzas de los caminos intermedios. Sacó a los moderados del escenario.

El haber tenido que defender la política internacional del Partido Socialista en la Cámara de Diputados, el 11 de junio de 1941 cuando ya la Guerra Mundial dividía al mundo en ángeles y demonios, le resultaría, entre otros, un esfuerzo excesivo. Una tormenta interior.

Por su mismo y olímpico modo de ser, su libertad fluida de bohemio, su desparpajo para decir siempre lo que pensaba –hablando desde los sentimientos, ajeno a ideologías y doctrinas–, hombre más artista que intelectual, no pudo sentirse cómodo con las consignas, las componendas políticas, las astucias de los mediocres que actuaban por conveniencia, esclavos de temores y ambiciones.

Tuvo que tomar un camino distinto, propio y más libre, crearse una posición ante el mundo, encontrar su lugar. Y lo hizo desde la poesía y con ella, por primera vez con tanta claridad, asumida su vocación mayor. Así relata la situación Arturo Aldunate Phillips, al referirse a *Rumor de mundo*, el tercer libro de poeta, que en 1942 le publica la Editorial Nascimento cuando tiene 32 años de edad:

"A nuestro poeta, debido a su militancia política, los 'asambleístas' y las 'directivas' quisieron imponerle sus modos de acción, sus líneas doctrinarias. "En esos días el mundo libre se batía contra la trágica esquizofrenia racista de Adolfo Hitler, el Nacional Socialismo o Nazismo (...), los bombardeos asolaban las ciudades; Rommel hacía temblar las costas africanas con sus escuadrones de monstruos de acero (...), el olor a sangre, a incendio y a pólvora ensuciaba por doquier los cielos de la tierra".

Hasta Chile se extendían las sombras, la violencia que alcanzara a los 77 nazis asesinados en el edificio del Seguro Obrero. El libro de Barrenechea andaba por otros lares y "la asamblea lo vituperó: ¿cómo, en horas de tanto dolor, sangre y destrucción, podía hablarse de amor, de estrellas y de flores?".

Frente a los ataques sectarios, Aldunate publicó en el diario La Nación su "Justificación de Julio Barrenechea". En ella escribió:

"Porque más allá del hambre, del frío, de la sangre joven sobre las veredas; más allá de las luces muertas y de las heridas profundas, hay ya, en el futuro, esperando impaciente, una aurora de paz y de justicia para la cual los poetas cultivan, furtivamente, el color de las flores, el perfume de los arrayanes y la gracia de las golondrinas".

Y para explicar en qué estaba Barrenechea, citó unos versos del poema *Rumor de mundo*, del nuevo libro:

Y oigo al mar con sus muertos y tesoros hundidos. Y oigo al cielo que mueve sus estrellas de vidrio. Y a la tierra que cose a la espiga su trigo. Y al aire predicando su evangelio florido.

No hacía falta agregar nada. Tal como nunca jugara a ser surrealista o vanguardista, cultivando su propio sino desde sus primeros versos, sigue impertérrito su destino, en un vuelo libre y cada vez más interno, profundo.

Lo que no sabían sus críticos ideológicos, políticos, es que su aporte a los sucesos del mundo iban por otros conductos, sin mezclar la poesía en su servicio. Mucho antes, en 1937 y gracias a documentación que le proporcionara su amigo Manuel Eduardo Hübner, había sido el primero en denunciar en el parlamento chileno "la penetración nazi en el sur" y la persecución a los comerciantes judíos de esas provincias. En una de sus precisas metáforas, advirtió que, de no tomarse medidas, "en el cielo de Chile no brillaría la Cruz del Sur sino la esvástica".

Un grupo de amigos ofreció un almuerzo en su homenaje en el restorán de la Quinta Normal, en desagravio, al que asistieron parlamentarios, diplomáticos e intelectuales como Astolfo Tapia Moore, Rubén Azócar y Manuel Garretón, acto en el que los discursos principales corrieron por cuenta de Marmaduke Grove y Ángel Cruchaga Santa María, a cuyas palabras respondió, vibrante, un emocionado Barrenechea.

Eduardo Alessandri, hijo del entonces presidente Arturo Alessandri Palma, se acercó entonces al poeta para invitarlo a La Moneda por encargo de su padre, a tratar el tema nazi. Según su costumbre Barrenechea no aceptó, para mantener su independencia, pero siguió haciendo campaña por el destino del perseguido pueblo judío. El gobierno inició una acción fuerte de control del fenómeno, ya que incluso había escuelas de "las provincias alemanas del sur" donde el retrato de Hitler se exhibía, con descaro, en el lugar que debía ocupar el del presidente Alessandri.

Alone, el pontífice de la crítica literaria de la época, agregó su parte. Escribió que si alguien consideraba que las preocupaciones de Barrenechea eran frívolas, sólo debía abrir el nuevo libro y leer un poema llamado "Es el tiempo":

> Es el tiempo, lo escucho, es el tiempo que se lleva la luz de las cosas. El que llena de negras heridas la pacífica piel de la losa.

Es el soplo que apaga el brillante que la madre llevaba en la oreja. Es la sangre del fierro que mana de aldabones, candados y rejas.

Es el Tiempo que labra su rostro es el triste perfil de las rocas. Es el Tiempo que chupa los ojos, y se come la sal de las bocas.

Es la fuerza que ataca la piedra y le borra la faz a los ídolos. Es la mano que llena de tierra el color de los cuadros antiguos.

Sigue el poema en esa tónica vibrante, potentísima. La misma plenitud de gozo adolescente ahora es madura plenitud de conciencia. Nunca había alcanzado, como en "El tiempo", una voz tan universal. Percibe –ya tiene otra edad–, que piedras y mujeres, flores y árboles, todo lo visible, está maravillosamente vivo. Pero, también, que día a día camina hacia su muerte. Es casi violento ese poema, que mira la vida cara a cara sin pestañear.

El hombre, desde siempre, enmascara con embriaguez y carnavales, poesía o música, la realidad del vivir en tránsito hacia la muerte. Pero el poeta, el eterno contemplativo, no quiere cerrar los ojos; ante la muerte sí quiere tomar una postura, ser un militante, y se pregunta "si estoy más cerca de la sensación de muerte de Darío, que es un divino pagano, que llora por la juventud perdida y que por amor a la vida teme a la muerte, o si trato de acercarme a un santo, como San Juan de la Cruz, para quien la muerte es una felicidad, porque es el nacimiento a la vida eterna".

Ahora conoce ya la duda, la tensión entre los polos de vida y muerte. Esa conciencia, alta conciencia por el nivel de su percepción, le permite comenzar así su "Rumor de mundo", poema de ese nombre que conviene reproducir en extenso porque es una autobiografía vital del poeta, una definición esencial de sí mismo, clara muestra del autoconocimiento al que ha llegado en la tarea griega del "conócete a ti mismo":

Estoy como una casa por su jardín rodeada, en el centro del mundo abriendo mis ventanas. Que vengan los colores y que la luz me invada, que me llegue el secreto de la tierra y del aire. Y que en ellos me agote y me disuelva, venciendo mis murallas.

Hacia lo verde que alza su descollante reino, hacia lo verde subo por un tubo de sueño, y bajo hasta lo obscuro como un muerto del mar, entre negras raíces.

Pero luego penetro una zona delgada, donde bajo la tierra la luz tiene su sitio, y entre la claridad esparcida como agua, oigo un rumor de finos dedos.

Aquí se hace el trabajo delicado, las flores. Aquí se hace el cilantro el cuerpo minucioso. Aquí se hace subir la dormida amapola. Aquí se hace el pequeño tejido del hinojo.

Son las industrias claras y su piedra preciosa, pero el aire también tiene invisibles formas. Mucho viene del aire revelando su rostro, y es una cucharada de luz firme, la rosa. Escucho abrirse al aire pecheras de palomas, y a la rama que siente el pellizco del brote. A la piedra que llena de alfileres el cobre, y al vacío que espera la llegada del bronce.

Hay un trabajo obscuro y un trabajo brillante. Hay raíces hundidas y bellas flores que arden. Oigo abrirse a la espuma muriendo cuando nace. Escucho el paso puro del aire por los mármoles.

Escucho hasta el pelaje de animales dormidos, y a la gente tendida que nada por el sueño. A las hojas que clavan el silencio en sus lanzas. Al fuego saboreando lentamente su leño.

Es un mundo desnudo, sin ciudades ni pueblos, desprendido de usinas y armaduras de acero. Es un mundo que tiene medio cuerpo en el cielo, y desnudo trabaja como un vasto minero.

Oigo el rumor constante de las formas buscándose. A los ríos que labran y acomodan sus lechos. Al simple ají sacando por el verde su dedo. A la simple manzana redondeando su seno.

Escucho al ventisquero cuando suelta sus témpanos, y los lanza como hijos por el lago de hielo. Oigo rumor de pájaros y silencio de bosques, y selvas que jadean con sus bestias en celo.

Y oigo al mar con sus muertos y tesoros hundidos. Y oigo al cielo que mueve sus estrellas de vidrio. Y a la tierra que cose a la espiga su trigo. Y al aire predicando su evangelio florido.

Y no sé si yo estoy adentro de las cosas, o si van por mi sangre navegando las rosas. Pero tengo en el mundo el corazón hundido, y escucho su rumor junto con mi latido.

Aparece la tensión, pero sin perder la seguridad plena que lo lleva a escribir "pero tengo en el mundo mi corazón hundido".

También la Mistral decidió intervenir y, entusiasmada con la lectura del nuevo libro, escribió uno de sus célebres "Recados", que apareció en *El Mercurio* el 25 de abril de 1943. Dice en una parte:

"La lectura de *Rumor de mundo* me ha traído varias fiestas: la de la vista, por su acarreo vivo de criaturas vivas; la de su variedad, parecida a la del edén en el sexto día, cuando Dios mató a la monotonía, lanzando los géneros y las especies; y especialmente, la fiesta de lo nativo, que se lleva a las otras de arrastre".

Insiste ella en lo nativo, frente a tanto poeta "futurista", tanto ingenuo que sucumbía con los brazos abiertos a cualquier moda traída de lejos por "una especie de rabia contra nosotros mismos".

Lamenta la Mistral que entregáramos la plata de nuestros cerros, para recibir las cuentas de vidrio de los extranjeros: "A Ud. como a Juvencio Valle, como a Óscar Castro y a unos tres más, le debemos el acriollamiento rápido del futurismo en Chile", lo que celebra porque, teme, se podrían haber perdido cuarenta años en seguir los derroteros externos antes de apropiarse de los signos de los tiempos.

Por eso lo encuentra "libro chilenísimo", y le celebra de partida su "Camelia": "Pero respecto de su camelia yo le diré sin adulación que nadie, ni la Dama del Dumas chico, autor de *La Dama de las Camelias*, ha tenido en la mano camelia más auténtica que la que Ud. nos da en sus cuatro estrofas magistrales:

> ¿Quién da sustento a la Camelia? ¿Quién la mantiene viva en su blanca fatiga? ¿De qué triste país helado y bello, asoma en esta vida su pupila?

También le ha llenado de placer la "Joya-Centolla". No había publicado aún Neruda sus odas –las escribiría ocho años después–por lo que tenía toda la fuerza de lo novedoso este homenaje a una criatura del mar chileno, un ser de la fauna local ascendido a tema poético:

Te he visto levantar por mano pobre sobre el nivel austral, lejano y frío, como una helada lámpara de cobre o una antorcha de fuego sometido.

Mucho le celebra la austeridad con que penetra en estos mundos: "El temperamento de Ud. ha esquivado el 'oceanismo', tan peligroso como el 'condorismo'.

Como a Alone, le ha sorprendido "Es el tiempo". Y se enterneció con "Abuela" y con "Madre": "En ambas encuentro el residuo vasco. El éuskaro es primitivo y patriarcal y es al mismo tiempo el más viejo de los europeos. Por esta rara combinación, pocos como él viven la paternidad, la filialidad y la conyugalidad, en un anillo tan cerrado de perfección".

También aplaude las metáforas de Barrenechea, justas y precisas, "porque el escandalizar con la imagen por puro desparpajo es cosa que ya va pasando, que se ha gastado. A estas alturas de tiempo, ya no pasma ni alborota ni la metáfora más insensata: comienza a dar tedio, porque ha agotado sus recursos para asombrar".

Al terminar se despide con una frase hermosa: "Guarde Dios en usted sin resblandecimiento al vasco saludable, íntegro y eterno".

Como nadie antes, ha pintado a Barrenechea en unas pocas líneas, dando muestra una vez más de su genio. El habitar de Barrenechea en lo sencillo, desde la familia, el país y el idioma cotidiano, sin fuegos artificiales, sin provocar euforias –para eso tenía los discursos, la oratoria–, regalando una mirada llana y precisa, nítida, como desnuda de las cosas, todo lo sintetiza y enumera la Mistral en su "Recado".

Creyente Barrenechea en la inteligencia de la mujer –la que conociera en su propia casa–, tuvo el honor de ser el firmante por Chile de la Convención Interamericana sobre la Concesión de Derechos Civiles a la Mujer, lo que hizo el 2 de mayo de 1943, misma fecha en que lo hicieron Uruguay, Cuba, Guatemala y Honduras, siendo luego seguidos por los demás países de América Latina.

No hacía el poeta "vida literaria"; sólo la que surgía al paso de las tertulias y las manifestaciones con algún propósito. De año en año, prefería andar por los barrios de la ciudad o por el sur, descubriendo rincones y personajes, en el gozo espontáneo de lo que iba encontrando, en el placer de estar vivo.

Iba con alguna frecuencia a Rancagua, para visitar al poeta Homero Arce, un alma tan fina y modesta que se tardarían más de sesenta años en publicar algo de su producción. Más dedicado a atender a Neruda como secretario que a cultivar su propia voz, pasaban los años y seguía públicamente mudo. Era el jefe de Correos y Telégrafos en esa ciudad del sur, buen cargo para un poeta.

Mucho después, sólo en 1963, aparecerían sus *Íntimos metales* con dibujos de Neruda, y que el poeta brasileño Thiago de Mello, deslumbrado, tradujera al portugués.

Por entonces, siempre tan discreto, olvidado en Rancagua, recibía con enorme alegría cada visita de Barrenechea, los cuentos de éste, sus siempre ingeniosas salidas, sus anécdotas humorísticas, esa vena del profesional de las tertulias que nunca cae en el pelambre y muy pocas veces alude a los avatares económicos o políticos del día. Es la vena vital, y más sabia, del que prefiere el arte y la belleza, la música y el canto, las historias de viajes y el humor.

El presidente Ríos, quien tanto lo entusiasmara con el viaje oficial por Estados Unidos que finalmente no se hizo, tal vez para compensarlo lo designó integrante de la comitiva que representaría al país en la transmisión del mando en Uruguay, donde asumiría el presidente Amezaga. El senador José Maza presidió el grupo con rango de embajador, y como ministros plenipotenciarios fueron el doctor Raúl Brañes, radical, y el poeta. Todos con señora.

Esta vez las celebraciones previas fueron justificadas porque el viaje se realizó, se los trató con despliegue de atenciones y sólo lamentaría que lo intenso del programa no le dejó ni una hora libre, siquiera, para ir a conocer a Manuel de Castro, también poeta, pero además torero. Tan gentiles se portaron los montevideanos, contaba a su regreso, que se deshacían en explicaciones por las altas temperaturas, como si el clima pudiera ser culpa de ellos. Gozó igual la ciudad, la misma que visitara años atrás como delegado estudiantil en su primera salida fuera de Chile.

La mayor impresión la recibió después, al tocar Río de Janeiro, hacia donde la delegación continuó viaje. Era otra la luz, los colores, la gente, un universo distinto, algo que nunca antes encontrara en sus viajes. No olvidaría jamás ese otro mundo, asombrado también por el arte urbano capaz de hacer dialogar la cadena de cerros que culminan en el Corcovado con la hilera de edificios de la costanera de Copacabana. Qué hermoso podía ser el ancho planeta... América Latina, la propia América Latina, cuándo asumiría su alto destino... Respiró ese aire que lo empujaría, desde entonces y para siempre, a conocer y deambular por tierras calientes y exóticas.

El canciller del Brasil, Osvaldo Aranha, a quien ya conociera en Chile, en el Casino de Viña del Mar, les explicó de entrada –para que a nadie le cupieran dudas– que se encontraban en una dictadura. Y que su gran país, un mosaico de razas, no estaba listo para sentarse todavía a la mesa de la democracia... Mucho se extrañaría Getulio Vargas, el pequeño presidente del gran país, al descubrir que la misión traía chilenos de distintos partidos políticos. Y que, incluso, el grupo era presidido por un opositor...

La Embajada de Chile era conducida por Gabriel González Videla. Tenía una excelente residencia en la Avenida Senador Bergeiro y podía dedicarse a las fiestas –era un gran bailarín– porque contaba con excelentes diplomáticos profesionales del calibre de Hernán Cuevas Irarrázaval y Enrique Bernstein, los que manejaban perfectamente los afanes de la oficina. Como el asesor de prensa era muy popular en la ciudad, Rodrigo González, la representación chilena era un verdadero centro social, muy festivo. También la misión tenía un "opositor", el poeta Molina, oriundo de Chillán y muy huraño, opuesto al clima general de la oficina.

Barrenechea fue conminado a no irse sin pronunciar algún discurso en la ciudad. Se concertó una conferencia en el gran local de los universitarios, en la Federación de Estudiantes del Brasil. Grande fue su éxito, el entusiasmo ante sus histriónicas palabras, pero el idioma castellano le jugaría algunas malas pasadas según descubrió al ver la primera página del diario al día siguiente, donde se reproducían. Por ejemplo, los latidos de su corazón se había metamorfoseado en los "ladridos de su corazón"... Más barroco, eso sí. Y mucho más poético.

Las flores enormes, la música, todo lo deslumbró para siempre. Y unos trajes blancos, caminando solos por las calles de noche, con una lucecilla arriba; eran negros que pasaban, fumando.

Gabriela Mistral bajó desde Petrópolis, donde estaba de cónsul, a recoger a los chilenos. Tenían que conocer "La ciudad de Pedro", la que debía su nombre al hecho de haber sido sede de la familia imperial de Portugal y el Brasil, los Braganza, encabezada por el emperador de ese nombre. Por un camino orillado de dorados aromos subieron hasta los 600 metros de altura.

A Barrenechea, por ser poeta, la Mistral lo invitó aparte, a una tertulia literaria. En su casa lo esperaban dos princesas de Braganza y, especialmente, Manuel Bandeira, el gran poeta del Brasil, por entonces. También estaba el sobrino de Gabriela, de unos doce años, intempestivo en sus entradas y salidas. La Mistral, con su rostro poderoso, su carácter, parecía ser una emperatriz, otra Braganza.

Le pasó una caja de fósforos y le explicó que la había encontrado en la ropa de Stefan Zweig, el que se había suicidado ahí cerca, junto a su joven esposa, sintiéndose abatido por su origen judío ante el inexorable avance nazi. Los sueños que compartiera con tantos otros intelectuales europeos, de inaugurar un mundo más pacífico después de la Primera Guerra Mundial—¿no habían creído todos que nunca, jamás, se volvería a repetir algo así?— se habían derrumbado y con horrorosas peores carnicerías que nunca.

Al sentir que su generación había fracasado en su rol histórico, en su alto deber, como un guerrero japonés optó por quitarse la vida bebiendo veneno, que compartió con su esposa, sumisa y dócil.

En vida, desde que llegara la Mistral, Zweig la había visitado todas las tardes. Ella, con sus viajes célebres, en los que cruzaba países enteros para golpear la puerta de cualquier personalidad que le llamara la atención, muchas veces sin anunciarse, había conocido a muchos de sus compañeros de ruta y época. Ella misma, extrañada cuando pasaron tres días sin que él asomara a su puerta, había partido en su busca. Los sirvientes, con ciego respeto por las puertas cerradas, no habían hecho nada. Hubo que forzar una cerradura para entrar. Y luego, romper los huesos para poder sepultarlos; los dos cuerpos estaban rígidamente trenzados. La chilena quedó helada, por días.

A la Mistral le gustó Barrenechea. Ella, tan tajante como siempre para amar o para odiar, de inmediato, tras medirlo con miradas y palabras le abriría las puertas de su confianza. Era dominante, de un carácter que no se encogía ante nada ni nadie. Por lo mismo le gustaban los que no se sobrecogían ante su presencia. Lo invitó a comer unos tallarines y, en un carruaje que parecía de épocas imperiales, partieron a un restorán italiano. El sobrino, más que sobrado de energías, se fue trotando detrás. Dos enormes montañas de pasta –porciones propias de Brasil– los separaron. Cuando iban por la mitad, ella le preguntó si era indio.

Se extranó Barrenechea. Le explicó que no, que su única relación era un antepasado, según crónicas familiares, que había sido combatiente en la Guerra de Arauco. Ella le explicó su pregunta: "Es que yo soy india, y Neruda también". Siguieron comiendo, el sobrino en mesa aparte. Ella, temperamental, tan pronto se sentía india absoluta como vasca integral. Todo, eso sí, con absoluto apasionamiento.

Poco después, en Santiago, se lo comentaría al propio Neruda que recién había vuelto de México, más comunista y ya próximo a ingresar a ese partido. No fue lo mismo que antes. Rodeado de una corte en el Hotel City, atendiendo de a una persona a la vez, por turno, casi monárquico de trato, Neruda había declarado la guerra frontal a todos los apristas, socialdemócratas, radicales y socialistas que no pasaran el examen de la incondicionalidad. Así vetó, por doctrina, a varios amigos de la juventud; otros, al verlo en ese plan, se distanciaron por su cuenta. Esto provocó un problema serio en el Partido Radical, ya que la juventud se sentía muy cerca de él, más que de sus propios correligionarios de la mesa directiva. Era un líder mundial del antifascismo, relacionado con grandes figuras comunistas del arte y la cultura en varios países, una figura carismática para los jóvenes.

Después, luego de varias noches largas y de tertulia en tertulia, en las que el viejo calor volvió a asomar, con el humor de por medio, la política fue pasando a segundo plano y volvieron a acercarse los dos poetas. La esposa de Neruda, Delia del Carril, había comprado una gran casa en Ñuñoa a la que el poeta dio el nombre de Michoacán, en homenaje y recuerdo de la casa mexicana donde había pasado los últimos tres años, Mixcoac.

Corría el borgoña que ella personalmente mezclaba en anchos jarrones de cristal verde, y volvió a aflorar el humor, a veces sardónico, otras infantil, que compartían para ver el mundo. "La Hormiguita", como le decían a la nueva esposa, estremeció una vez más al poeta; era muy parecida a su propia madre. A Manuel, su hermano, le pasó lo mismo y muchas veces éste prefería reunirse con ella, acompañándola en la cocina, que estar bajo el parrón con los demás. El propio Neruda, que había crecido solitario, trataba a Manuel como a un hermano menor, al extremo de que, cuando se juntaban habitualmente en un restorán de la calle Phillips cerca de la Plaza de Armas, lo tomaba de la mano, afectuoso, casi con ternura, y se lo llevaba para que le diera compañía mientras hacía sus trámites, lo que al vate le provocaba los más atroces aburrimientos. Manuel, ingenioso, imitador, buen cantante de tangos y de excelente memoria para recitar poemas humorísticos, se hacía querer por todos los amigos del hermano mayor.

Por entonces, 1944, Barrenechea fue presidente de la Cámara de Diputados. Por enfermedad del titular tuvo que asumir la titularidad de la Cámara Baja. Entre otras ceremonias le tocó recibir y atender a Fulgencio Batista, el depuesto mandatario cubano, quien estaba de gira por América en su avión propio. Tuvo que partir el poeta a Arica, en un Lan-Chile, y traerlo a la capital. Con imagen de gran demócrata en esa época pre-dictatorial, desde Los Cerrillos hasta el Hotel Carrera la bienvenida fue muy calurosa en las calles, avivada por el Partido Comunista.

Comieron sin ceremonias ese día, en la suite del hotel. A la mañana siguiente lo recibió Batista en piyama y lo interpeló con la soltura de los caribeños:

-¿Qué tú te traes Julio?

Barrenechea le explicó que, como presidente de la Cámara, le correspondía invitarlo a almorzar, pero quería saber cuál era su preferencia. Podían hacerlo con "los medallones" en un banquete protocolar, o con "los locos" de Santiago. El cubano no lo dudó, ni un segundo.

Partieron al mediodía a la Hostería de Providencia. Ernesto Goycolea, secretario de la Cámara, era "el de las platas". El maitre, el célebre Riffo, personaje de los años '40 cuando ese restorán era muy visitado por poetas y políticos, estaba al mando de la operación. Había que dejar bien puesta la gastronomía local, no sólo a los ciudadanos del país. De éstos, Barrenechea ya había hecho la lista, temprano, para que todos los mejores "locos" estuvieran dispuestos. Eran cerca de cien.

Para romper el protocolo y relajar el ambiente comenzó una verdadera competencia de chistes groseros. Riffo hacía circular su aperitivo más célebre, servido en naranjas vaciadas, y que debía sorberse con una pajita. Rubén Azócar se paseaba alrededor del cubano, toréandolo, midiéndolo.

Pero Batista era de peso, sus chistes eran los más groseros de todos. Barrenechea, a su lado, pudo advertir la descomposición del personaje, el cambio de carácter, cuando le pusieron delante unos erizos en su concha. No le gustó la explicación y los alejó con desagrado:

-¡Esto en mi país no se come, es basura del mar!

Efectivamente los de Cuba, que en lugar de lenguas tienen unos hilos incomibles, se botan. No hubo caso que los degustara. Le trajeron entonces porotos granados, que sí celebró. Lo pasó muy bien, después, visitando casas, prestándose para ser padrino de matrimonio, preguntando por las intrigas y los cuentos sociales del momento, asistiendo a los actos programados en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y en el Teatro Caupolicán.

Los comunistas andaban cabizbajos porque sólo hablaba, en sus discursos, de la belleza de la mujer chilena o de la Virgen del San Cristóbal. Nada de política. Después se entendió su conducta, cuando se transformó en un dictador que avergonzó a toda América hasta 1959, cuando, con general beneplácito de todo el continente, Fidel Castro bajó con sus guerrilleros de la Sierra Maestra y puso fin a su gobierno.

Pasaban los días, de uno en uno, trayendo siempre lo inesperado. El poeta los vivía como venían, sin pensar en el futuro. Era un confiado. Una vez más, la vida le daría la razón en su filosofía, porque sólo de pronto, muy ocasionalmente, lo ponía en algún aprieto económico. Juan Antonio Ríos lo llamó para ofrecerle una embajada en un país de sierras frías, pero también de tierras calientes; su cálido sueño quedaba cumplido. Ríos no había olvidado a su discurseador, el que le cansaba las aceitunas para facilitarle el camino a la Presidencia de la República.

Antes de partir, el poeta se despedirá de Santiago con "Mi ciudad", un poema a los barrios en los que creció y estudió, y también a la calle en que naciera, por entonces decaída y abandonada en el Santiago Poniente:

Antigua tinta de tus barrios pobres, las puertas inclinadas, sujetas a los muros, /ebrias como los hombres,

y las aceras arruinadas
como la ropa de la gente pobre.
El agua errante de los conventillos
azulando las manos laboriosas
de mujeres sufridas y calladas.
El viento en la calzada, jugueteando con papeles,
/con hojas y con niños.

Y los viejos maestros zapateros que llaman a la muerte tocando el aldabón de sus martillos...

A Colombia partiría, en el corazón de la América Latina cálida que ya amaba, junto a Venezuela y el Caribe.

EMBAJADOR EN COLOMBIA

Fue como un premio. La llamada de Juan Antonio Ríos, en ese año de 1945, fue sin mediar ningún aviso ni conversación previa: "Julio, Colombia es un país de poetas y yo necesito mandar a uno allá de embajador...".

Efectivamente, era la tradición. En Colombia había estado el poeta J. A. Soffia de embajador, autor del poema "Dos hermanas", el de la estrofa célebre de "Qué grande que viene el río", la que escribiera allá ante el río Magdalena, y que incluso había muerto en ese país cuando apenas contaba con 43 años de edad. También Pedro Prado, padre virtual de la poesía chilena, autor del luminoso "Alsino", quien cumpliera un gran papel como anfitrión de artistas e intelectuales en Bogotá. Y luego Diego Dublé Urrutia, e incluso Juan Guzmán Cruchaga, éste de Cónsul General.

Le pareció un honor hermoso, íntimo, difícil de explicar, el suceder a Pedro Prado. Lo consideraba el más completo de los escritores chilenos de la generación anterior; de alto vuelo poético, capacidad de narración, pensamiento abierto a temas muy distintos...

A él le llega el nombramiento cuando es un joven de 35 años, poniendo fin a ocho años de trayectoria parlamentaria, un período por Cautín y otro por Santiago. Allá partirá, cargado con gran cantidad de maletas, porque los niños ya son tres: a Julio César han seguido dos niñas, Diana y María Eugenia. Jaia, la ordenada esposa, como no sabe qué encontrarán lleva de todo.

Tienen que dejar la casa de Ñuñoa, una que recién había comprado, la casa propia. La madre de él se instalará ahí, para lo cual -después se lamentan- venden el elegante comedor para 24 personas que los había acompañado en tantas mudanzas. También se queda en ella el hermano menor del poeta, Manuel, por entonces secretario de un común amigo, Hernán Santa Cruz Barceló, que le había asegurado que podía tramitarle un departamento nuevo a través de la Caja de Carabineros. Pero Manuel, por entonces de veinte años y muy dado a las carreras de caballos, en un mismo día -salió en los diarios- ganó en el Club Hípico y en el Hipódromo Chile. Un milagro... de 98.000 pesos. Se entusiasmó con algo mejor, una gran casa en José Domingo Cañas, también en Ñuñoa, cer-

cana a la nueva del hermano, con amplios espacios, parrón, ante-

jardín... pero llegó un día tarde.

Fiel a sus veinte años, y a su espíritu bohemio, se fue de fiesta en fiesta y de apuesta en apuesta, y no compró nada. Ni casa ni departamento. Ahí se quedó, en la casa del hermano mayor mientras estuviera éste en Colombia. Después vería, la vida es tan larga...

¿Y el poeta, qué más podía pedir, irse a otras tierras de embajador, en esa América Latina propia que lo obsesiona? Está en la edad precisa, de aventuras, con los niños todavía escolares. Pero, siempre fiel a sí mismo, casi supersticioso, comienza a escribir *El* libro del amor que publicará allá en Bogotá. No confía en todo lo que brilla, tanta felicidad lo hace sospechar.

Así comienza su "Amo en temor":

Amo en temor desesperado, como si todo lo que es mío deba morir por ser amado. Como si el rito de mi amor fuera quemar a lo adorado.

Amo con miedo de perder, fue pasajero apresurado lo que traté de poseer. Vi en lo presente lo pasado, siempre partí para volver.

No sabe cuánta razón tiene, en su insistente lucidez, al temer que "todo lo que es mío/deba morir por ser amado". Hace bien al no cerrar los ojos ante la desgracia humana, la mortalidad, la vejez, la enfermedad, el hambre, todo lo que aguarda detrás de la luz, esperando el momento de ensombrecerlo todo. Por eso es que vive el día como si fuera el último, intensamente, sin querer nunca ponerle fin, sin querer ni acostarse.

Efectivamente, puede ser ésa la última noche. Esa misma feroz lucidez, que le da fuerza atrayente a su mirada, lo aparta de los amoríos. Buenmozo, de palabra rápida, centro de mesa a la hora de los cuentos y las anécdotas, certero para inventar sobrenombres, marcado por el prestigio de ser parlamentario y poeta en una América Latina, la de los años '40, que los tenía de estrellas del escenario, las mujeres se le acercaban, siempre. Pero no anda tras ellas, y casi siempre sus tertulias son en casas particulares, en la suya o en la de amigos. Hay un poema escrito por entonces, "Lenta pasión", que canta muy bien cuál era su preferencia:

Esta pasión es lenta, no es violenta, es profunda. No es mano que desata, pero es mano que anuda. No es ola que golpea, pero es agua que inunda.

Así sigue, en esa tónica, celebrando el amor que "no hiere, pero horada", amor que le dará una vida de familia estable, aglutinante, en medio de una generación de amigos poetas en que abundan las separaciones, los divorcios, las tragedias, las infidelidades. En su tónica "oriental", serena y luminosa, la mentada paz del hogar, a lo vasco diría la Mistral, se hace en él poesía sabia, fluida, como un curso de agua bajo los árboles, sin piedras sonoras ni riberas golpeadas. Sólo el agua mirándose a sí misma, tan plácida que cuando sale de las penumbras refleja, cabal, el brillo de las estrellas.

Nada esperaban a su paso por Cali, en ruta a Bogotá, pero se hizo presente un alto oficial con un ramo de flores para "la señora embajadora". Militarmente cuadrado, se presentó como un coronel que traía el saludo de las Fuerzas Armadas de Colombia en nombre de "mi general José Miguel Silva Plaza". Después comprobaría Barrenechea el grado de amistad, profundo y antiguo, entre los ejércitos de ambos países. No eran nada casuales esas flores.

También los esperaba doña Clara Inez, la gran figura social y cultura en ese valle; y Enrique Buenaventura, de enorme nariz, dueño de un gran museo particular; y Ernesto Hübner Fenelón, cónsul chileno instalado en Cali por muchos años, médico gratuito de cuerpos y almas, muy querido en toda la ciudad.

El hotel Alférez Real tenía todo el sabor exótico de los climas cálidos y tropicales, con algo de una presencia española que no se advertía en Chile, de una alegría caribeña que le levantaba el alma. Incluso, al caer el crepúsculo, descubrieron que en el hotel había dos poetas a contrata, para recitar, declamar y escribir... En ese país, los poetas debían ser felices.

También quedó contento con su llegada a Bogotá, al aterrizar un atardecer en el aeropuerto antiguo de Techo. Las reservas se habían hecho en el Hotel Granada, que resultó ser antiguo, de pisos crujientes pero muy elegante. Sobre todo, resultó estar dotado de un bar que era punto de encuentro de animadas tertulias bogotanas. Con amplios sillones tapizados y un comedor muy amplio –con pista de baile, que se inundaba de gente y alegría en las ruidosas noches danzantes–, los chilenos tuvieron de inmediato la primera muestra de la movida colombiana.

Para el matrimonio serían años inolvidables. Con más vida casera, ella dedicada a la casa, descubriéndose ambos en el mismo movimiento de entrar en otras tierras y otros amigos, fue una larga aventura para los dos. Los tres hijos aumentaron allá a cuatro, con Alfonso Bolívar, y luego a cinco con Aura Victoria, conformando una familia casi tan numerosa y diversa como la paterna. Esto le dará una nueva tónica a su poesía, de la que es testimonio el comienzo del poema "Resplandor":

No es tuyo esto ni es mío, es algo nuevo que de nosotros vive y nos consume. Nos agotamos en su blanco fuego. Somos los leños de su ardiente nube.

En la tensa corriente somos como dos náufragos; un agua cálida y silenciosa nos arrastra.

En delicia los cuerpos ahogados, perdidos de nosotros, sólo por encontrarnos nos amamos...

No lo podía saber entonces el poeta chileno, pero el primero en visitarlo en el hotel habría de ser uno de sus mejores amigos en Colombia, compadre incluso, ya que Barrenechea apadrinaría a su hijo mayor; se trataba del poeta Arturo Camacho Ramírez. Flaco todavía, más tarde subiría de peso en épocas en que sería embajador en Bolivia y, luego, director de Inmigración de la Cancillería de Colombia. Cuando lo nombraron Proveedor, lo que le pareció indigno, renunció a la diplomacia.

Todavía no era el gran poeta que sería después. En todo caso, Barrenechea escribió pronto de él a Chile, por una anécdota. Estaba el chileno sentado en una mesa del café El Automático, con León de Grieff, que era por entonces el patriarca, el gran maestro de la poesía colombiana, y con Camacho Ramírez. Aparece un médico, músico además, que era amigo de los dos colombianos.

Tristísimo venía, llorando su pena, porque acababa de perder a su mujer. Silenciosos los otros, turbados, faltos de palabras, se consoló a sí mismo:

-El Señor me la dio, y el Señor me la quitó.

Camacho, con su humor negro, no pudo contenerse:

-¿Y cómo se llamaba el señor?

El viudo lo miró, de hito en hito, y al fin recuperó el aire:

-Es tan bueno lo que has dicho, que no te voy a matar...

Volviendo a esa primera noche, también llegó el poeta Jorge Rojas, con un enorme ramo de orquídeas, rara flor en el Chile de entonces. Era también muy ingenioso y estaría entre los amigos más cercanos. Un tiempo después, con el escritor Germán Arciniegas que estaba de ministro de Educación, organizó un recital de Nicolás Guillén para difundir a este poeta cubano. El público, como suele suceder en Bogotá con la poesía, llenó el Teatro Municipal.

Guillén, luego de un rato, se lanzó con un poema que cada tanto tenía un mismo verso: "Caminando, caminando, caminando...". El público, juguetón, pero sin ánimo de molestar, a la tercera comenzó a repetir también: "Caminando, caminando, caminando...". Guillén, al terminar, se fue al camarín y no reaparecía.

Inquieto, solidario con los organizadores, Barrenechea fue a verlo. El cubano estaba indignado:

–¿Pero qué le pasa a Jorge Rojas conmigo? Me ha dejado solo en el escenario, y ha mandado a toda esa gente a gritarme... ¿Será porque soy negro? ¿Será porque soy pobre y él es rico?

El chileno lo calmó:

-Lo único que Jorge ha querido es hacer algo bueno por ti, y en cuanto a que te hayan coreado, debes estar feliz porque significa que tu poesía es popular. Por otra parte, Jorge te ha acompañado todo el tiempo, desde su palco.

Volvió el cubano al escenario y terminó en alza su recital, con un público entusiasta. Al contarle Barrenechea el episodio a Rojas, éste, horrorizado de que se le creyera saboteador cuando era precisamente lo contrario, un admirador, decidió invitar a almorzar a su casa al cubano para limar toda aspereza. Contaba después que pasaron los dos un buen rato, y que al final, en confianza, puso Guillén su mano al lado de la de Rojas, diciendo:

-Chico, tú tampoco eres muy blanco.

El tercero en aparecer, en aquella primera noche del chileno en Bogotá, fue Eduardo Carranza. Ahí llegó, con su físico imponente y su voz estentórea, hablando más allá de la mirada como hacia lejanos horizontes o amplias muchedumbres, todo lo cual no desmerecía su modestia y calidez de corazón, lo que de inmediato dejó entrever al invitar a los chilenos a comer a su casa. Tan hospitalario y sociable era Carranza que su primer libro llevaba el título de *Canciones para iniciar una fiesta*.

Según el chileno, nadie como Carranza, maestro del soneto, para cantar el amor de los jóvenes. De inmediato, como con los dos anteriores, Camacho y Rojas, se encariñó con este hombre que "nada encontraba torcido en este mundo salvo su corazón", el que lo hacía sufrir. Barrenechea lo entusiasmó años después para que se viniera de Agregado Cultural a Chile. Cuando llegó a Cerrillos, en la losa, al pie del avión, lo esperaba un compatriota, Ramón Baquero Alfananor.

Resulta que Baquero, cliente asiduo de La Bahía, no era hombre de muchos recursos. Pero como el socio que manejaba la caja, Pepe Rusiñol, era muy aficionado a la poesía, siempre obtenía gratis una botella de cola de mono con la condición de que recitara su célebre: "Soneto a Teresa"... que era obra de Carranza. Éste era tan buen hombre, que se lo dejó en préstamo para que lo usara como propio en Chile. Le dejó el *royalty* gratis.

No podía saber el chileno que los cuatro –Barrenechea, Camacho, Rojas y Carranza– formarían una tertulia infatigable, un grupo permanente por afinidades poéticas, bohemias, musicales y humorísticas. Los colombianos, como fundadores y protagonistas del movimiento Piedra y Cielo, de inmediato lo saludaron como a uno más del Grupo Piedracielista.

Conocían su poesía. Como la de ellos, sin sumisiones vanguardistas. Libre y llana, abierta. Escribió a Chile, encantado y sorprendido:

"Los poetas colombianos me conocían, me recibieron en familia. Mi poesía era como la de ellos, con el grupo 'piedracielista' renovando la imagen pero conservando la claridad y la forma, sin cultivar el oscurantismo obligatorio y el caos de minoría, tan de moda entre los genios y progenios nuestros".

Inteligencias, geografías nuevas, tertulias, un buen vivir, todo hará de Colombia su segunda patria. Los grandes poetas colombianos de la época —esos piedracielistas— serán sus amigos de viajes por el gran país de sierras, selvas y playas, compañeros en sus giras por las ciudades de provincia, conociendo a los poetas de cada lugar. En la capital se juntaban en El Automático, un café muy central, en pleno corazón de Bogotá.

La primera salida, siempre en esa misma primera noche, fue al cercano Parque Santander, que encantó al poeta por su fuerza rústica, sin mano perceptible de paisajistas. Era un área verde amenizada por el histórico Jockey Club y varios templos neoclásicos, éstos dramáticamente marcados de luces y sombras. Santafé de Bogotá es ciudad andina, de montaña alta, ni amazónica ni caribeña, pero, por latitud, ya se advertía en el parque la fuerza vegetacional de un mundo cálido y lluvioso, que comenzaría a descubrir al día siguiente.

El cónsul chileno le tenía una lista de residencias amobladas, escogidas con la asesoría de doña Bertha Puga. Como ella era nada menos que la Primera Dama –la chilena esposa del presidente Alberto Lleras Camargo–, Barrenechea estimó conveniente quedarse con la que ella prefería, ubicada en la Avenida de los Castaños, con estrecho frente pero muy amplia hacia el interior. Ahí se instalaron, con vajilla incluida, apenas cuatro días después de pisar el país.

Hasta la bodega se ocupó de inmediato porque llegó el últi-

mo pedido del embajador anterior, quien tuviera, antes de dejar el puesto, la incómoda tarea de arreglar el entuerto surgido entre los dos países tras la publicación de unos poemas de Neruda contra un reciente ex presidente colombiano. Neruda arguyó que los había escrito en la intimidad, para sí mismo, y que alguien había cometido la infidencia de publicarlos.

La nueva casa, de estilo inglés, con sus ladrillos y gran chimenea a la que no faltaba ni la cabeza de venado, era sobria y de buen gusto. Tan felices fueron, Julio y Jaia, que se quedarían para siempre con Colombia pegada en la piel, la tierra de esos años perfectos.

De entonces es el poema "Cercanía distante":

Puedo estar solo, porque estoy contigo, y puedo estar sin ti, porque eres mía. Mi soledad ha abierto sus postigos y la llena de azul tu lejanía.

Puedo estar lejos de tu amado sueño, porque vago en tus campos de dormida. Puedo ser lejos de tu aliento el dueño, porque me quema una amapola viva.

Puedes vivir sin mí, porque yo ausente, viviendo sigo en ti por recordado. Porque me hospedas en tu blanca frente como en un bello espacio iluminado. Podremos estar solos, porque un arco de luz nos une en la mitad del día. Puedes estar sin mí, porque me tienes, y puedo estar sin ti, porque eres mía.

No en vano ese conjunto de poemas, cuando se publique, aparecerá bajo el título de *El libro del amor*. Es ésta la tónica, sensible e íntima, de toda la publicación.

Aun antes de presentar las credenciales, como la casa ya estaba lista, el poeta decidió organizar la fiesta nacional del 18 de Septiembre. De inmediato recordó que el gran Pedro Navia, tenor de ópera de gran presencia, célebre gloria en el Chile de comienzos de siglo, estaba de empleado en un banco de Bogotá. Lo hizo buscar, emocionado.

Cuando el poeta tenía sólo 6 años de edad, Navia había vuelto a Chile, consagrado ya en Europa. Se instaló en el mismo barrio de los Barrenechea, el de República en esa época, invitado por los Michelson, futuros dueños de la Droguería Michelson. Ahí, ante los niños atónitos, en el patio comenzó a abrir sus grandes baúles negros y desplegar disfraces de sus personajes. El poeta recordaría que su propio padre, que no era muy melómano, al ir a oírlo al Municipal había dejado caer lágrimas en su esmoquin con su "Vesti la Giubba".

Pero el público general no confiaba en las dotes de Navia, por prejuicios, por ser chileno. Tal era el ambiente de suspicacia que Enrique Soro se quejó públicamente, en *El Mercurio*, por el trato dado a un artista excelso y celebrado en los mejores escenarios de Europa.

También lo había visto en otra noche memorable del Municipal, seis años después y ya venido a menos, cuando recibió unos silbidos críticos y la abuela Matilde de puso en pie en su defensa, retando a todo el público del Municipal desde su pequeña estatura:

-¡Degenerados, pifiar a una gloria nacional cuando debían ponerse a llorar a gritos!

Se había ido a Madrid. Las críticas italianas, que lo ubicaban entre los cuatro grandes –en lista que encabezaba Enrico Caruso–lo impulsaron a España. Pero Roma, Florencia, Padua, lo querían también y lo recibieron y aplaudieron. Volvió a Chile en 1918... y vuelta a ser maltratado; aunque entonces venía con el nombre de Pietro Navia. No había caso. Se fue de Chile, a organizar un Conservatorio de Música en Colombia, y ahí estaba.

Llegó feliz a la embajada chilena, de perla en la corbata y escarpines, radiante de volver a ver botellas de champaña Valdivieso Brut, viejas amigas. Tras la feliz velada, el poeta lo fue arrinconando en una sala, entre el salón y la cocina. Afinadísimo todavía, sólo para el poeta cantó el racconto de Rodolfo, de "La Boheme"... Cultivó su amistad hasta que Navia, tras perder a su hermosa hija adolescente por una violenta enfermedad, se encerró a morir, finalmente destruido.

Por supuesto, una de las primeras actividades en Bogotá fue asistir al Teatro Municipal para ver actuar al célebre "Campitos", un gran cómico colombiano que imitaba a los personajes locales. Era un genio, que parecía cambiar hasta de físico de acto en acto.

A la mañana siguiente, Barrenechea recibió un llamado telefónico de un tal "don Forges" según le dijo la muchacha del servicio. Pensó que era Jorge Rojas, en broma:

-¡Hola Forges!

-Habla el doctor Alfonso López Pumarejo -le respondió la voz. El chileno contuvo la risa, porque la voz era perfecta, tal como la imitación de "Campitos" de la noche anterior:

-Te felicito, lo haces mejor que "Campitos"...

-Habla el ex-presidente Alfonso López, insistió la voz.

Y era. Para invitarlo a su casa, sabiendo que el poeta le traía un retrato dedicado de Juan Antonio Ríos, su amigo; habían trabado muy buenas relaciones, después de la frialdad surgida entre Alessandri Palma y López. Distancia iniciada por un acto en Chile, de despedida a unos estudiantes que viajaban a Colombia; el entonces presidente chileno, tras interrogarlos sobre las faenas del cobre, el carbón, el salitre, les espetó:

-¡Ustedes no conocen su país, qué van a salir a conocer fuera! ¡Y sobre todo a ese país gobernado por el comunizante de Alfonso López!

Como en el grupo había dos estudiantes colombianos que regresaban a su patria, en Bogotá se conocieron las palabras y se marcó un enfriamiemto oficial entre los dos países, antes tan amigos. Con Ríos era otra cosa.

Ya tenía su tiempo el poeta en Colombia, se sentía en su salsa, cuando al fin llegaron las cartas credenciales. Lamentaba que la levita fuera toda su elegancia, consciente de que al público le gustaban las presentaciones con alamares de oro, bicornio con plumas, espadín, muchas condecoraciones; pero no podía satisfacerlos. En el Salón del Palacio, para la presentación, en un semicírculo centrado en la figura del presidente Alberto Lleras Camargo, se encontró con Germán Arciniegas, el maestro de las letras colom-

bianas, el que dejaba entrever una cierta sonrisa irónica al ver al poeta chileno, conocido por él en la bohemia santiaguina, en tan temido lance protocolar.

Barrenechea comentó después que se arrepentía de su propio discurso, muy de ocasión y algo demagógico, por cuanto Lleras Camargo había planteado algo serio, de fondo; Colombia quería regresar al Océano Pacífico, de la mano de Chile, formando una empresa naviera de cabotaje a la que, si Chile aportaba el capital humano, Colombia pondría el capital financiero. Había estudiado, incluso, los productos en que podían complementarse ambas economías. Sin ir más lejos, el nitrato de Chile era un fertilizante espectacular cuando se aplicaba a la caña de azúcar colombiana, pero los fletes lo encarecían mucho.

El poeta salió algo avergonzado de su discurso simple, pero sinceramente entusiasmado con la perspectiva de impulsar una integración económica. Comenzaba a intuir qué rol podía cumplir un embajador... Se puso a trabajar desde el día siguiente, enviando cables, solicitando información de Chile y, finalmente, presentó el proyecto a su Cancillería.

Nunca tuvo respuesta.

Hasta que un día lo invitó a palacio el presidente Lleras Camargo para comunicarle personalmente la creación de la naviera Gran Colombiana, cuya existencia habría de cruzar las décadas y los mares. Esperaba que Chile, aunque no se había integrado a la empresa, al menos utilizara sus servicios.

Cuando luego de unas semanas le llegó un sobre del Ministerio, con un cheque adentro, se alegró; los gastos de una mudanza con varios niños lo tenían planchado. Pero, al parecer, se habían equivocado enviándole el sobre del secretario. Mandó llamar a éste para entregárselo, pero ahí se aclaró la confusión y la desgracia. El pequeño monto sí era su sueldo de embajador de Chile, y sí incluía los gastos de representación. Eso era todo.

Quería cumplir bien su rol, dar a conocer la cultura chilena, pero todo era gasto de un modo u otro. Con el sueldo asignado ni siquiera podría comprar un vehículo digno. Le escribió al subsecretario de Relaciones Exteriores de entonces –su amigo Claudio Aliaga–, haciéndole ver el ridículo en que se encontraba, teniendo que ser llevado y traído por otros embajadores cada vez que había un acto diplomático oficial. Le respondió que no podía haber cambios en su sueldo, no había presupuesto para más. como parecía, sino una bebida alcohólica. Era un éxito el ambiente que producía, los visitantes se alegraban sin saber porqué, envueltos en una inesperada atmósfera.

Como poeta, no podía dejar de gozar con las palabras nuevas... o los significados distintos para las mismas; vaina, guayabo, tinto, lagarto... Los lagartos eran los que se dejaban caer en las embajadas sin invitación. De entrada, profesionales, comenzaban a seducir a los anfitriones:

-¡Brillante recepción, señor Embajador!

Un día llegó el gran León Felipe a Bogotá, voz radiante de la poesía española viva. Anduvo siempre de mal humor porque, "comecuras" como tanto intelectual hispánico, se descomponía al ver una ciudad con ecleseásticos en cada esquina. Le parecía medieval, retrógada, de mal agüero. A nadie se le ocurrió informarle que había un encuentro religioso en Bogotá. Dio un primer recital en el Museo de Arte Colonial pero, ante sus expresiones contra el Papa y el Vaticano, las otras presentaciones se debieron hacer en otro lugar. Más se molestó con la ciudad... Para tranquilizarlo, y dejarle una mejor imagen, los admiradores le ofrecieron un gran almuerzo de despedida en un restorán del centro. El español, ablandado, se levantó para anunciar que recitaría su poema llamado "Soy un lagarto".

Grandes carcajadas, que no pudo comprender por desconocer el significado de esa palabra en Colombia. Comenzó, y por ahí en el texto se repetía: "Soy un lagarto...". Risotadas, ambiente jocoso, y, un poco más adelante, con gran voz: "Soy un gran lagarto". León Felipe indignado porque la gente se revolvía en las sillas, se desarmaba, algunos francamente rojos al intentar contenerse, otros abiertamente congestionados de risa, ya no aguantaba más.

Al terminar, con la gran frase de "soy el gran emperador de los lagartos", los colombianos ya no pudieron ni contenerse ni disimular, las carcajadas remecían el techo del lugar. Eso sí, lo aplaudieron a rabiar; para que los perdonara.

Guardaría Barrenechea el ejemplar de *El Mercurio* del 16 de noviembre de 1945, cuya primera página quedó atravesada por un titular histórico: El premio nobel de literatura para 1945 se otorgó a la poetisa chilena gabriela mistral.

La poesía chilena entraba en la historia oficial de la literatura mundial, y de la mano de una mujer nunca comprendida en su país. La portada despliega las muy orgullosas opiniones del presidente Juan Antonio Ríos, del venezolano Rómulo Gallegos y del poeta Julio Barrenechea. La edición alcanzó a recoger las primeras palabras de la poetisa: "Vayan mis agradecimientos a Adelaida de Velasco, de Guayaquil, quien fue la primera que tuvo la idea de presentar mi candidatura", y "yo debo toda mi carrera a Pedro Aguirre Cerda y a su esposa doña Juanita", manifestaba desde Petrópolis, Brasil, donde seguía de cónsul. Siempre cuidadosa de los detalles, se hizo retratar para el diario bajo un retrato de Rubén Darío, como un homenaje al poeta nicaragüense, el padre del modernismo en América, la figura mayor de las nuevas letras continentales, el primer moderno en idioma castellano, el que abriera los espacios a la lengua castellana... Allá en Bogotá, Germán Arciniegas, como ministro de Educación de Colombia, expresó públicamente la alegría de todo el mundo iberoamericano.

Poco después, en gira continental, llegó el presidente Juan Antonio Ríos. La noticia, anticipada, le había llegado al poeta desde Quito, por un cable muy breve, que anunciaba el viaje y encargaba "Prepare recepción retribución atenciones. Stop". Como firmaba el tesorero, el poeta llamó al banquetero del Palacio de Gobierno de Bogotá, Antonio Beltrán:

-Mira, guatón, piensa en la mejor recepción que puedas preparar para unas dos mil personas, y piensa además que esa recepción la ofrece un presidente de la República, y que esa República es Chile.

Beltrán se puso a pensar, a imaginar, a calcular, mientras el poeta se paseaba en silencio. Al cabo de unos minutos, ya sonriente Beltrán, clara la mirada, el embajador le ordenó:

-¡Que sea mucho mejor que eso!

Docenas, cientos de orquídeas en terrazas y prados embellecieron la casa de le embajada en la Avenida de los Castaños, mientras Beltrán abría cuenta directa desde sus bodegas a las de la embajada. Varias orquestas iluminadas "a giorno", bufés fríos y calientes en cada espacio interior y exterior, todo se programó con lujo. Y estuvo listo a tiempo.

Pero, el día anterior a la llegada de Ríos, llamó el jefe del Protocolo colombiano. Su Excelencia, por una caída haciendo ejercicios de equitación, no podría acudir al aeropuerto. El poeta quedó horrorizado.

Por primera vez utilizó el hecho de que la esposa del presidente fuera chilena, para solicitar su ayuda. Nada reemplazaba la imagen de dos presidentes juntos, y tal vez Ríos ni se detendría al saber que Lleras Camargo no lo esperaba en la losa. En la noche lo llamó Lleras, con su modo seco y lacónico. Iría al aeropuerto. Del terminal aéreo pasaron a colocar una corona de flores junto a la estatua del General Santander. El silencio era enorme cuando una voz vibrante gritó:

-¡Viva Chile, mierda!

El público colombiano, estupefacto ante lo que consideró un insulto, molió a palos al gritón... Era Jorge Lemus Arboleda, colombiano, compañero de "tomas" con Barrenechea en la Universidad de Chile en la década anterior, bien intencionado y mal comprendido.

La fiesta fue un éxito total. Programada la recepción de 19 a 21 horas, nadie se iba. También aficionado al canto el presidente chileno, a las tres de la mañana y como la recepción no desmayaba se acercó al poeta para decirle que le encantaría quedarse en un grupo pequeño a oír a Pedro Navia, de quien había oído decir que, luego de presentarse en La Scala de Milán, había sido calificado por los críticos como uno de los tres mejores tenores del mundo.

El poeta le explicó que, siendo muy formales los colombianos, nadie se movería de la fiesta mientras él no la abandonara. Ríos salió por la puerta principal, seguido prontamente por cerca de mil asistentes, se escondió tras unos arbustos, y regresó por la de servicio. Al despedirse la reina social de Santafé de Bogotá, doña Merceditas Sierra, dama de varias décadas de imperio, un personaje le advirtió a Ríos que el presidente del Perú, Prado, no sólo la había abrazado, sino también besado. Ríos, con su socarronería siempre a flor de labios, le replicó con prontitud:

-¡Ah, yo no soy tan valiente!

De regreso de Estados Unidos, se detuvo el presidente en el aeropuerto de Cali pero ya acusaba el mal que pronto lo llevaría a la tumba. Barrenechea quedó atónito al abrirse la puerta del avión, porque fue como si hubiesen levantado la tapa de un ataúd. Ríos, el alto, fuerte, socarrón y dominante presidente de Chile, ya no existía. Su imagen era la de un cadáver. Todo ello causaba gran revuelo en el país, lo que el propio enfermo no ignoraba:

-Todavía no me muero y en Chile ya están volando los cuervos -le comentó con amargura.

Se despidieron, sabiendo ambos que era para siempre. Al poeta aún le quedaba un buen tiempo en esa tierra tan propicia, en esa otra patria que fue para él sinónimo de un tiempo de amar. Otro de los poemas de ese libro bogotano es "Salía la luna", que perfecciona la transmisión del sentimiento que lo inunda por entonces: Yo miraba la luna que salía tras tus hombros desnudos, parecía que de tu piel surgía, sangre arriba.

Yo miraba la bella luna fría y en tu tibio contorno la sentía.

En el silencio te decía cosas, cosas que no decía, pero oías. Estábamos los dos hacia lo lejos. Qué blanca en la penumbra te veías.

Estábamos los dos hacia lo lejos a la salida de la luna fría, y eras como un temblor en el reflejo que nos llegaba del redondo día.

¿Cuánto tiempo más? Habría otro presidente en Chile, nombraría otros embajadores, tendría la familia una nueva vida, tal vez más viajes. Sólo el tiempo respondería.

CHILENOS EN BOGOTÁ

Muy aficionado a la música clásica, no dejó de lamentar que, en una ciudad como Bogotá, de tantos melómanos, su actividad pública en vivo fuera tan escasa. Providencialmente apareció un austríaco, Bernardo Mendel, de origen judío, culto y dinámico, que en un santiamén fundó la Sociedad de Amigos de la Música. Pronto se iniciaron las temporadas y el poeta no faltó a ninguna de ellas, en el Teatro Colón.

Claudio Arrau fue una de las visitas más ovacionadas y no pudo el poeta, como chileno, dejar de emocionarse al ver el gran teatro atestado de un público delirante, de pie, fuera de sí, ovacionando a su compatriota. El propio Arrau, que no iba hace años a Colombia, quedó muy conmocionado. El músico, un lector ávido, conocía la obra de Barrenechea. Pero lo que sorprendió al poeta, cuando llevó a Arrau a la Quinta de Simón Bolívar, fue ver que el recién llegado, ante cada mueble y objeto, fuera el bicornio de Junín o un bastón nacarado, con verdadero placer hablaba de su madera, origen, época... Era una verdadera enciclopedia, aunque muy sensible. Se alargarían con él las noches bogotanas, conversando sin fin.

Un día, meses después, anunció su llegada; quería celebrar sus 49 años con amigos. Barrenechea, conociéndolo, lo sorprendió con una fiesta en el departamento de un chileno residente –el arquitecto y artista Arnoldo Michaelsen– en la que el plato central del banquete era... cochayuyo chileno traído por valija diplomática. El músico, transportado, con los ojos cerrados, se arrodilló para comer. Era un hombre con los cinco sentidos despiertos.

El poeta organizó un acto para que Arrau, personalmente, le entregara una condecoración a Mendel por su aporte al arte y la cultura. Luego de la ceremonia, en la embajada chilena hubo un festejo para celebrar al pianista. Como antes Pedro Navia, Arrau también gozó el reencuentro con la champaña de Chile.

Llegó Rosita Renard. Luego de unos años de aislamiento en Chile, criando pollos en Pirque, había decidido volver a los escenarios. Mendel quedó tan eclipsado con la chilena, que tomó un avión a Nueva York para conseguirle un día en el Carnegie Hall. Primero le negaron el espectáculo, por tratarse de una mujer. Después, cuando ya lo tenía aprobado, se retractaron al saber que, por su edad, no se trataría de una belleza capaz de atraer al público masivo. Mendel, que era una locomotora, superó todos los obstáculos. El recital se hizo, fue grabado en vivo y todo Chile pudo oír en el disco al público del Carnegie que aplaudía, desbordante, a la Renard en Nueva York.

Un día apareció Arturo Gatica, quien le recordó que se conocían de cuando Barrenechea era universitario y partía a veces a Rancagua a pasar el fin de semana donde amigos. Gatica con su guitarra, siendo un joven empleado menor de la compañía minera Braden Copper Company, amenizaba una tertulia habitual. Le contó que siempre le pedía que cantara el tango "Malena", y que lo celebraba mucho como cantante, hasta llegar a decirle en una ocasión: "Hasta cuándo sigue usted con esos gringos, de simple empleaducho... ¡Tome esa guitarra hombre, y lárguese por el mundo!".

Y le agregó:

-Ya ve, como usted me lo dijo don Julio, tomé la guitarra y me largué...

Varios de los embajadores eran personajes curiosos, de rencillas o amistades ajenas a las relaciones oficiales entre los respectivos países. El inglés parecía haberse traído la embajada entera consigo, porque los vetustos muros de pequeños ladrillos por donde crecía el musgo, así como los macizos de flores, los planos de césped, las altas columnas blancas del acceso, todo era impecablemente británico. Extravagante como buen inglés, recibía bordando o tejiendo. En sus recepciones se cambiaban los manteles, primorosos, entre plato y plato.

El de España era José María Alfaro y Polanco, nombrado por el generalísimo Francisco Franco. Fascista de alma y corazón, se le atribuía la letra del himno franquista, el "Cara al sol". Mal podía mirar bien a Barrenechea, quien había sido presidente del Comité de Ayuda a los Refugiados Españoles, pero España y Chile mantenían relaciones y debían por tanto tenerlas.

Se visitaron y cada uno celebró las alfombras, los cuadros, las lámparas del otro. Pero, humanamente, se entendieron. Un día, estando en la Embajada de Brasil, se acercó Alfaro y Polanco al chileno, con su bicornio emplumado y todo, y le espetó:

-¿Te atreverías a comerte un plato en la casa de enfrente?

Fueron a esa casa, que era la Embajada de España y, de poeta a poeta, fueron amigos. En cambio, el representante de la República Dominicana se aislaba por completo en las recepciones, se mantenía en silencio en un rincón y apenas salía de su embajada para ir a encerrarse en la Biblioteca Nacional. Se le apodaba "El Calladito". Tanta soledad provocó un sentimiento en el poeta, que era tan sociable, por lo que se acostumbró a dirigirle siempre algunas palabras, en cada encuentro, lo que el otro, desde su honda timidez, parecía agradecerle con la mirada. Al chileno le atraía, además, su enorme parecido con René Frías Ojeda, amigo y compañero de manifestaciones estudiantiles en Chile. Un día pasó a despedirse y desapareció.

Todos quedaron estupefactos cuando "El Calladito", cuyo nombre era Joaquín Balaguer, fue elegido presidente de su país, el que gobernaría con mano de hierro durante tres largos períodos.

El poeta, hasta entonces, no había tenido la oportunidad de conocer realmente el mundo de los trópicos, el Caribe, y la casualidad se le ofreció fuera de Colombia. Fue en viaje a Honduras, donde presidió la misión chilena a la transmisión del mando presidencial, donde tuvo el deslumbramiento que dejaría registrado en su poesía.

Allá, "el Carnicero del Caribe", Tiburcio Carías, luego de veinte años de dictadura había convocado a elecciones. El elegido era el abogado Manuel Gálvez, hombre muy modesto que visitaba personalmente, y a pie, a quien quisiera tratar. En la ciudad de Tegucigalpa era la transmisión del mando, pero los visitantes deberían conocer antes el gran aporte del dictador a la restauración de Popán, la de los célebres templos mayas. En los años '40, lo precolombino, incluso lo más suntuoso como Chichén-Itzá o Machu Picchu, permanecía en el olvido, abandonado, sin visitantes. Sus imágenes no aparecían ni en la prensa, pertenecían a una dimensión desconocida. Por lo tanto, nada había preparado al poeta para lo que encontró; el lenguaje sagrado de las piedras, el soplo de una América Latina virgen e intacta oculta en el verdor selvático, el refinamiento de su arquitectura.

América Latina, América Latina, cada vez más grande y majestuosa a sus ojos ya enamorados de ella.

En un teatro entregó Carías la banda y luego salió a la plaza, que comenzó a atravesar. Los hondureños, que impresionarían al poeta por su pacífica dulzura, ni siquiera irrumpieron en insultos. Ni uno solo, a pesar de tener tantos enemigos.

A la delegación de Nicaragua llegó un joven coronel de 18 años, bien plantado y trasnochador, con el que Barrenechea intimó. Anastasio Somoza era su nombre, y los dos serían siempre los últimos en retirarse cada noche a sus respectivos hoteles. Era loco por el baile. Pero también, al "Tacho" Somoza, como lo demostraría más tarde al convertirse en el más arquetípico de los dictadores centroamericanos, le fascinaba el poder. Ya se le notaba en el trato despótico a su personal, lo que incomodaría al poeta.

Cada vez que volvía a Colombia, el chileno se adentraba más y más en el espíritu de la alta Bogotá, con sus cortas y tibias lloviznas que iba sintiendo suyas. Escribió un poema, "Bogotá nuestra", que así comienza:

Oh, ciudad, tú que vives envuelta en una lágrima y a la vera de Dios pones la sien celeste, tienes en tu aire un vasto corazón de campanas, y una aureola de nubes en la dormida frente.

Te miro como a un puerto del cielo, y me recuerdas a mi Valparaíso parpadeando en la altura...

Cuando el frío y las nubes de Bogotá –ciudad alta, de montaña– cansaban al poeta, bajaba a "tierra caliente" para recobrar los ambientes y climas cálidos que le levantaban el ánimo de inmediato; le sucedía lo mismo que, estando en Chile, le provocaba salir de Santiago rumbo al sur. Allá, en cambio, en un par de horas y mil metros más abajo, se llega al trópico. Y al pintoresco pueblito llamado Mesitas de Colegio, como dibujado por un artista naif, cuyo puro nombre era ya una fiesta.

Vivían en él dos seres notables, Gerardo Valencia y Efraín Cabrera. El primero era sobrino de Guillermo Valencia, el padre de la poesía moderna colombiana. Éste, con sus *Ritos*, al comenzar a alejarse de poetas romanos o franceses, cantando la selva y el llano de sus trópicos al igual que Rubén Darío, había cambiado para siempre la poesía de su país. El sobrino, aunque poeta menor, pertenecía también al movimiento "Piedra y Cielo" y era amigo de Camacho, Carranza y Jorge Rojas. Fino y sensible, luego diplomático en La Haya y miembro de la Academia de la Lengua, tenía sus aciertos como un "Mensaje a todos los hombres", dedicado a su hijo, escrito para que el mundo áspero y violento cuidara su pequeña vida:

Este hijo fue un pacto que yo hice con Dios. El le daría su aliento su carne pura yo... Cabrera, por su parte, figura y gesto de hidalgo de raza, escribía pero sin publicar. Sus tertulias acogedoras son recordadas por Barrenechea en un poema que, justamente, se llama "La casa de Efraín". En una de sus partes dice:

La casa de Efraín no tiene noche. Si la tiene la oculta con decoro. Al sueño lo echo atrás con alborozo y como un pez me lanzo al día de oro.

Así como los bogotanos se dejaban caer en tierra caliente, patiperros chilenos se aparecían en Bogotá. Lo que no era fácil porque no es ciudad de paso, y además porque el aeropuerto internacional importante era el de Cali, a varios cientos de kilómetros de la capital. Pero igual llegaban, dando todos con la misma excusa; se les habían perdido 500 dólares en Cali.

¿Estaban todos de acuerdo? ¿Era un dato que circulaba en Chile? El poeta, que siempre jugaba con las palabras, a estos chilenos distintos de los habituales los llamaba "chinelos". La palabra la tomó de algo que le contara Joaquín Edwards Bello, de España; en su pensión en Madrid, cuya dueña sólo había oído hablar de chinos y jamás de chilenos, ésta llamaba al escritor con ese nombre, "el chinelo".

Directa y primeramente debía atenderlos el cónsul, Eduardo Gallardo, quien tenía fama de comprensivo porque repetía cada frase del "paracaidista": Buenos días... Buenos días... Vengo de Cali... Viene de Cali... Perdí 500 dólares... Perdió 500 dólares...

Llegó de Chile un astrónomo que "anunciaba" terremotos. Nadie fue a su conferencia por lo que, indignado, fue a la prensa a declarar, públicamente, que venía un sismo. Y llegó... Aunque mediano, fue suficiente para que se corriera la voz y ahí sí que no le faltó público el resto de la semana, para calmarlo. Aumentó el precio de la entrada, cada día...

Apareció un barítono con poco trabajo, transformado en empresario de micos. Tenía dos, con una casita que dejaba ver un dormitorio, su elegante comedor, sus subidas y bajadas por una alfombrada escalera. Un día se fue dejando los monos en la embajada, serían amigos de los hijos del poeta.

De Chile llegó el prontuario de un médico estafador. A las pocas semanas hubo en Cali una explosión tremenda. En primera página, foto del mismo individuo que aparecía, abnegado, ayudando generoso a las desgraciadas víctimas. Cuando llegó a Bogotá, el poeta se limitó a mostrarle su prontuario... Siguió de largo, cabizbajo, pero a los pocos días, de nuevo en primera página, otra gran foto. Destacado facultativo chileno con un gobernador; sonriente, canchero, colocando una corona de flores ante un monumento al Libertador Bolívar. Ése no necesitaba ayuda.

Un fresco se permitió, en una comida en la embajada, guardarse una cucharita de plata. El poeta anunció un acto de magia y, ostensiblemente, tomó otra. Que dejó en el bolsillo del secretario de la Embajada, Carlos Souper, e hizo "aparecer" en el del desaprensivo. La anécdota la hizo correr Souper por el Cuerpo Diplomático, como buena fórmula para casos similares. En todo caso, el fresco lo era a toda prueba; aplaudió con desparpajo el acto del embajador.

Hasta un coro llegó, del Municipal de Santiago de Chile al Colón de Bogotá. No tenían contrato alguno pero se habían pegado el salto –como patiperros– desde Lima. Tal vez alguno sabía de la debilidad musical del embajador en Colombia y animó a los demás. Se las arreglaron, como siempre.

En ese escenario, el del Colón, llegado de Italia y marcado por el nacionalismo y la estética de Mussolini apareció el joven líder colombiano Jorge Eliecer Gaitán. Las mismas marchas del líder italiano, con antorchas populistas y mensajes contra la oligarquía, todo incluido. Se leía en sus ojos al hombre fuerte, el líder nato, era un orador carismático. Sin mayores ideas, pero emocionalmente atractivo. Todos los viernes, en el Teatro Municipal, peroraba por horas, lanzando unos discursos encendidos que se transmitían por radio.

Uno de esos días, a la salida, se fue a la embajada chilena, lo que normalmente no hacía. Siempre era invitado, a todas, porque se veía venir su gran futuro, pero él se mantenía distante, cuidándose. Por alguna condición había aceptado y, con el mismo espíritu expansivo, devoró una cazuela y luego unas empanadas chilenas. Acompañadas de vino y bajativos, lo que tampoco acostumbraba.

Barrenechea había conversado sobre él con unos republicanos españoles, preguntándoles si podía ser calificado de fascista. Por el contrario, le informaron que era un gran amigo de la República Española. Es más, invitaron –el ministro de Gobierno de la República Española en el Exilio y señora– a Gaitán y a Barrenechea para conversarse un puchero madrileño. Fue su primer encuentro cercano con el personaje, que al poeta le pareció casi demasiado cortés, muy engominado, aunque finalmente atrayente y simpático.

Ya en confianza, le preguntó:

-¿Usted que sacó esa suma tan importante de votos personales, porqué no ha organizado un partido de acuerdo a sus ideas?

Gaitán fue enfático para responder:

-Embajador, perdone que se lo diga, pero yo conozco mi país mejor que usted; en Colombia es imposible otro partido. Mi camino es llegar a la dirección del liberalismo, y desde ahí imprimirle la dirección que deseo.

La historia le daría la razón.

Uno de los mayores logros del poeta, como embajador, fue la organización de una Exposición de la Pintura y el Libro Chilenos. Allá en Bogotá había forjado amistad con dos pintores que luego serían consagrados, Ignacio Gómez Jaramillo –padre de la pintura colombiana moderna–, cuya "Mujer en gris" estaría desde entonces en los sucesivos salones de la casa del poeta, y Marcos Ospina, quien junto con hacer el afiche de la exposición lo inició en el consumo de un néctar, de suave sabor a anís, muy fuerte. Le compraría "Las Calas", tela de la que el poeta tampoco se desprendió nunca, vanguardista.

Los encargados de la exposición chilena, Héctor Fuenzalida para los libros e Isaías Cabezón para las pinturas, eran amigos íntimos y muy esperados, pero no llegaron en la fecha consabida. Un bus repleto de artistas e intelectuales colombianos encargados de recibirlos debió volver a la ciudad, desde el aeropuerto, con sus pasajeros cariacontecidos.

Fuenzalida, gordo pícnico de mucho humor, y el pequeño Isaías, que tenía un carácter muy fuerte, combativo, venían de malas. El pintor culpaba al escritor por las nubes que los habían demorado en su llegada a Cali... Como era de mal genio, estaba de ánimo de pegarle por el atraso.

Para Barrenechea fue una fiesta tenerlos. Fuenzalida tenía un corazón enorme, que lo ayudó a soportar muchas penurias. Enamorado sin destino de la mujer de uno de los catalanes de La Bahía, bella como una visión y musa distante de muchos poetas que la veían pasar como entre sueños, de grandes sombreros de ala larga, se enredó por ella cada vez más, sintiéndose con derecho a ciertas esperanzas. Pero, por un cruel malentendido –ella lo esperaba en un lugar, él no lo supo, ella perdió el juicio– el amor nunca le llegó.

La foto del grupo en la prensa salió con un borrón justo donde iba la cara del malgeniado Isaías. En la Facultad de Bellas Artes, donde fueron recibidos en pleno, el gordo improvisó y fue ovacionado; pero cuando el pintor comenzó a leer sus palabras, se cortó la luz.

En la mañana, como Isaías fue recibido en su propia casa por Barrenechea, el pintor apareció en la puerta del dormitorio:

-Perdón, señor Embajador, que perturbe su merecido reposo, pero necesito que me conceda una audiencia...

No la quería de inmediato ni ahí, sino a las once en el salón verde, para quejarse de la falta de apoyo para montar la exposición. Barrenechea le propuso una reunión con Daniel Arango, el director de Museos, lo que se concertó para el mismo día a las cuatro de la tarde. Arango no apareció en su propia oficina...

Iban por la noche paseando por la Carrera Séptima cuando oyeron un grito:

-¡Bello maestro!

Era Arango, precisamente, que saludaba al poeta. Barrenechea los presentó pero Isaías lo miró frío, impertérrito:

-¿Es usted don Daniel Arango, director del Departamento de Museos y Exposiciones, dependiente del Ministerio de Educación de Colombia?

A pesar del tono, no le quedaba al otro sino afirmar lo preguntado. El pintor continuó:

-Pues bien, yo he estado en su oficina a la hora precisa, y desde el umbral de su puerta sólo he visto un búcaro con unas hermosas rosas bogotanas. Y me he preguntado, ¿quién cuidará de esta rosas, en tan infinita soledad?

Arango, seducido de inmediato, corrió a organizar el evento y todo fue un éxito. A la inauguración asistieron incluso Alberto Lleras Camargo –presidente de la República saliente– y Ospina Pérez, que pronto asumiría. Los libros quedaron para la Biblioteca Nacional completando la colección chilena iniciada por Pedro Prado en su período. Sólo la integración cultural podría abrir, barriendo distancias y prejuicios, la futura integración económica, unión obligada si quería América Latina emerger con un poder respetable ante el mundo.

Poco a poco el poeta fue conociendo la cultura local, tan desconocida en Chile, gracias a gente presentada por Camacho Ramírez, Carranza o Rojas. Este último, cuando el poeta dejaba pasar un tiempo sin invitarlo, lo llamaba:

Me estás debiendo los gastos de representación de este mes...
 -acusaba.

Partían en "gira artística" de repente, llevando libros a las ciudades de provincia, anunciando recitales, provocando encuentros.

Más de una vez, como en "Catedral de Manizales", el viaje le dejaría una imagen:

> De las antiguas torres, que el fuego abatió un día, la ceniza en la tierra cayó como simiente. Y de la ardiente ruina, como una mano fría, volvió a surgir la piedra hasta la eterna frente...

El "cola de mono" resultó un trago de éxito entre los poetas colombianos. También le gustaba tomarlo al chileno, porque le recordaba La Bahía y un local de la Plaza Almagro en el que se concentraban aquellos que el presidente Ríos, siempre cazurro, llamaba "los músicos". Eran matones que se contrataban para hacer "cantar" a alguien. El otro lugar famoso para ese trago, explicaba, era el café del Teatro O'Higgins, en Cumming con San Pablo, donde había siempre un amigo de planta, Gustavo Campaña, adicto confeso.

También los sándwiches tenían su efecto. Fue descubriendo el poeta que eran una novedad, especialidad chilena, y que un arrollado palta en pan amasado, como ésos que iba a comer hasta Puente Alto frente al Maipo, podía ser una curiosidad gastronómica, un aporte exótico.

Fue entendiendo que los colombianos, lejos de las fronteras ideológicas tan marcadas en Chile, eran conservadores o liberales casi por lugar de nacimiento. Aunque en los obreros predominaban los liberales, y los conservadores en el campo, las clases alta y media se repartían por ciudades, por familias. Según un chiste local, sólo se diferenciaban en la hora de ir a misa.

Como los votos liberales se dividieron para las elecciones presidenciales, entre el populismo de Jorge Eliecer Gaitán –el engominado orador– y la postura de Gabriel Turbay, al que no conocía, Barrenechea le ofreció una comida en la que lo encontró demasiado seguro de sí mismo. Triunfó el conservador, Mariano Ospina Pérez.

Pero, con el paso de los años se fue formando una cierta amistad con el nuevo mandatario. Como el presidente Ospina y su esposa tuvieron una hija, el Cuerpo Diplomático decidió enviarle un álbum conmemorativo firmado por todos los embajadores. El jefe del Protocolo sugirió que Barrenechea incluyera un poema en su primera página, a los que accedió sin problemas. Pero la Primera Dama agregó un detalle, el poeta debía conocer la criatura para inspirarse... Partió Barrenechea a palacio, donde lo esperaba la familia con la niña, lujosísima.

Luego, fue el turno de la pareja chilena. Ya habían tenido un niño más, el cuarto, nacido en Colombia: Alfonso Bolívar. Ahora, tuvieron una última hija, Aura. La Primera Dama envió al jefe del Protocolo para decir que quería asistir al bautizo. Luego, vino otra comunicación: también iría el presidente... Era un problema serio para los del protocolo, porque los padrinos, los protagonistas, eran otros. Los presidentes Ospina Pérez, sin ser padres ni padrinos, estarían en una posición incómoda.

El poeta tampoco habían querido molestar al Nuncio Apostólico para el bautizo de su hija... pero el Nuncio decidió asistir también. Esta parte se solucionó más fácil; el Nuncio –el futuro cardenal Antonio Samoré, con los años tan crucial en el futuro por el diferendo de Chile y Argentina– actuaría de acólito. Y a la familia presidencial se la invitó completa, con niños, para que fuera una ceremonia absolutamente informal, al margen de todo protocolo.

Así comenzó con el Nuncio Samoré una amistad que el italiano defendería con coraje, llegado el momento.

El embajador chileno, por su oratoria deslumbrante sumada a su sensibilidad de poeta, comenzó a ser solicitado para coronar reinas de belleza. Era un proceso tradicional que se iniciaba en los departamentos provinciales y culminaba en Cartagena de Indias, donde, al pie de las murallas coloniales y frente al mar, era elegida la Reina Nacional... Allá le correspondió celebrar a una barranquillera preciosa, a la que dedicó su "Niña en flor de Colombia". A Medellín, tierra de las orquídeas, también viajó para coronar a una rubia despampanante. En Cali, junto a otros dos embajadores, se debía elegir la Reina del Valle... Se le volvió función diplomática, la más agradable de todas.

Por la misma época le llegó una invitación, familiar, al Gran Circo Europeo. Estupefactos quedaron todos los chilenos al aparecer el gran ilusionista chino, que era un príncipe exiliado... y cuya palabra mágica era "¡Char-qui-cán!". Ya en los camarines, el mago le explicó que todos eran chilenos... incluyendo el león, que era una cría de los del zoológico del San Cristóbal. También lo eran los participantes de otro espectáculo, el "Campeonato Mundial de Catch". Todos los feroces combatientes, como el terrible ruso Romanov, el misterioso Hasbún árabe, y el ágil Tenderini de Italia, eran chilenos.

Germán Arciniegas, el gran maestro, lo convenció de ir a Popayán en Semana Santa, la bellísima ciudad colonial del sur por cuya blanca perfección sería declarada Patrimonio de la Humanidad. Incluso, le explicó, hasta un especialista chileno como Ricardo Latcham decía que sus procesiones eran superiores a las españolas de Sevilla.

Partieron. Desde la ventana del hotel, miró con Arciniegas mientras el público esperaba en las veredas, silencioso. El sonido de una matraca, hipnótico, ya se sentía en el aire. Y entonces, elaboradas, aparecieron cada una de las escenas de la Pasión de Cristo. Entre dos filas de mujeres alumbrantes –portadoras de velones—cada una de las figuras, hecha por un imaginero quiteño. Era un arte barroco caminante.

Cada penitente, de sayal azul, cargaba al hombro parte del peso de una escena, de un "paso", por derecho heredado tras generaciones y generaciones en cada familia antigua. Seguía la música, notable, ensayada por semanas para ser interpretada sólo ahí y en ese día, inundando las estrechas y blancas calles. Hasta una figura pagana tenía su lugar, una negra joven y hermosa que se elegía cada año, vestida de ñapanga con blusa blanca y falda roja, en las manos una bandeja purificadora, el sahumerio.

Barrenechea le dijo a Arciniegas:

-Germán, ahí viene caminando un poema mío, veo mi firma a los pies de esa negra.

Y así fue como nació "La negra del sahumerio", que en parte del poema dice:

Lleva en alto la bandeja con el fuego entre camelias. Y el fuego brilla y los ojos en la cara de la negra.

Y va caminando inmóvil perfumando las aceras, mientras el pueblo la mira tras el llanto de las velas.

Esa misma noche, en la casa que antes fuera del maestro Guillermo Valencia, ahora ocupada por una hija, ésta tuvo la gentileza de tomar nota y copiárselo en limpio. Para que en la noche, como era esperado en el Paraninfo de la Universidad de Popayán, diera a conocer el poema nuevo, fresco.

Las sombras sólo venían de Chile. En su hermosa villa de La Reina murió Juan Antonio Ríos, quien viviera sus últimas semanas adolorido en cuerpo y alma; no se pudo evitar que le llegaran noticias de las ácidas y descaradas disputas para sucederlo. Así falleció, sabiendo que su antiguo adversario, González Videla, desde que regresara de su embajada en Brasil en 1944, fraguaba una campaña marcada por promesas al pueblo y apoyada por el Partido Comunista, para conseguir finalmente, así, el poder que tanto ansiaba.

Que sea lo que sea y cuando sea, piensa el poeta. Pero, si lo llaman de vuelta, tal vez se quede en Colombia. La tiene adentro a esta segunda patria, siente una Colombia que cada vez le inspira más y más poemas, sus gentes y lugares, fiestas y ritos. Se siente en paz ahí y no le atrae el momento que se inaugura en Chile.

Este fluir de los sentimientos, como apuntará el crítico Luis Droguett, se extiende a toda Colombia. Es una voz cálida y sensible la que le brota en ese país, con la que cantará a Colombia toda en el libro siguiente, el llamado *Vida del poeta*, de 1948. A Santafé de Bogotá, a Cartagena de Indias, a sus paisajes y personajes, rinde homenaje en poemas que culminan en el "Chile canta a Colombia", de imágenes contrastantes que hermanan las respectivas geografías y poetizan los productos de Chile que llegaban –por vía marítima– hasta los puertos colombianos:

Toma esta estrella solitaria, y bebe el vino de su luz. Su racimo de cristal crece en las altas viñas del Sur.

Toma esta luna de mi Pampa que en el salitre se ha crecido. Y toma el sol de mis mineros, el negro sol, frío y hundido.

Toma mi Sur de húmedo pecho acuchillado por los ríos, y mis manzanas modeladas por los dedos del viento frío.

Como ha crecido la familia en esas tierras –con el nacimiento de Alfonso y Aura –, y ya suman cinco hijos, su nueva condición se traduce en nuevas temáticas. Ya no es el joven soltero, sin responsabilidades, que camina por las calles de Santiago inventando su universo. Ha comenzado a tejer su propia red, y descubre una cierta tensión vital, un cierto temor desnudo, que deja emerger cuan-

do se da cuenta de que, padre de familia, ahora depende de otros. Se le han abierto puertas afectivas, dependencias cálidas, con cada nuevo hijo; pero cada una es antesala, o puede serlo, de un dolor. Tiene más vida, es más grande, crece, pero es menos libre.

Es el misterio de la paternidad el que lo empuja a escribirle a

Julio César, el hijo mayor:

¿Es mi ser el que encuentro cuando miro tus ojos? Hijo mío, que traes mi dolor en tu sangre. a la orilla de tu alma tiernamente me asomo, y en su pura corriente veo temblar mi imagen.

Te recuerdo jugando bajo el tilo del patio, tus juegos inventados, que después son los sueños. Y siento tras tus ojos la raíz de mi lágrima sin que tú sepas nada de su llanto secreto.

Y siento que te inclinas hacia este mismo lado del mundo, donde se oye respirar el silencio. Que darás a la luz el corazón alado, y pensarás los vagos países que pienso...

Como con su abuela, ahora el círculo se amplía a ese hijo portador de una lágrima que no es suya, que es del padre, que anda por el mundo con una herencia inesperada. Es el misterio de pertenecer, de ser en una familia: ¿porqué estamos juntos, quiénes somos que así andamos unidos, para qué vida estamos entrelazados?

En nuevos poemas busca las respuestas.

LA VIOLENCIA Y EL REFUGIADO ASESINADO

Colombia no fue nunca la misma después del 9 de abril de 1948; se ensombreció el país de la alegría. El poeta, como si lo presintiera, comenzó a escribir poco antes en una veta totalmente distinta. En lugar del amor, es un "Canto de vida y muerte" el que le irá emergiendo:

La vida es una isla, es color y movimiento, pero la muerte es grande, honda como el océano.

La vida resplandece como un pájaro de oro, pero la oscura muerte es el espacio todo.

Nací para mirar el rosal de la vida, y vi que era la muerte con las uñas floridas.

El pálido secreto de mi melancolía, es que encontré la triste piedra de la alegría.

Que contemplé mi rostro modelado en el aire, suspendido en la sombra, solo como una máscara.

Y he aprendido a llorarme y a tenerme piedad, y a sentir mi abandono frente a la eternidad.

Y supe que no hay nada que sea más lejano, que el muerto que podemos tocar con nuestras manos.

Ha llegado la muerte, precisamente, a instalarse en Colombia. Ella reina en su segunda patria y el poeta parece sentir la densa sombra en su propia sangre. Uno tras otros los poemas se suceden en una serie que habrá de llamarse "Diario morir". Ante la realidad, escribe, "no pensar en la muerte/ es no ser uno mismo./ Es caminar dormido/al borde del abismo". Así dicen unos versos finales de su "Canto de vida y muerte".

Porque eso es, exactamente, lo que está sucediendo en las calles. En los días en que se celebraba una Conferencia Panamericana cayó asesinado Jorge Eliecer Gaitán, el líder popular que avanzaba directo hacia la presidencia de la República. La ciudad se había embellecido para la cita continental pero, lamentablemente, por detalles, como había sido postergada más de una vez, el normal contingente del ejército fue licenciado y la ciudad quedó custodiada por uno nuevo, sin experiencia.

Se suponía que, como la presidencia del Congreso iba a ser ejercida por el general Marshall de Estados Unidos, el evento se cerraría con una declaración fuerte y tajante contra Stalin y el comunismo internacional, incluyéndose algunos acuerdos para mejorar el sistema democrático en América; Bogotá sería otro escenario de roce para las grandes potencias. El despacho presidencial colombiano, de Laureano Gómez, estaba decorado con retratos de Mussolini y Franco, testimonio de la debilidad democrática en la época.

El gobierno chileno de Gabriel González Videla, aunque había accedido al poder gracias al Partido Comunista, representaba más que ninguno la posición de Estados Unidos; por lo que fueron sus representantes los que presentaron el voto anticomunista.

Para ganar adhesiones había viajado el rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernández, personalidad intelectual de prestigio, de quien se hablaba, incluso, como futuro presidente de Chile. Y también Ernesto Barros Jarpa, quien, tras ser el muy brillante ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Alessandri Palma cuando apenas tenía 25 años, y luego contendor de dos gigantes de la oratoria como Enrique Mac-Iver y Eliodoro Yáñez en el Senado, habría de consagrarse ahí en Bogotá, en esa Conferencia Panamericana de tantos países.

Estados Unidos no gozaba de muchas otras simpatías, y sólo Brasil y la República Dominicana se allanaron a declarar su apoyo al voto propuesto. La delegación presidida por el general Marshall prefirió guardar silencio, diplomática y hábilmente, hasta que –si se lograba– cambiaran los vientos. Comenzaron las largas sesiones de discursos inaugurales, de solidaridad americana, todas declaraciones muy generales y democráticas, hasta que se entró en terreno, las materias económicas. Cada uno que hablaba, lo hacía mirando a Marshall. Éste, hombre brusco, se levantó al final para decir, en tres minutos, que estos países debían trabajar más y levantarse por su propio esfuerzo.

Parecía que nada concreto, una vez más, se lograría con el pomposo encuentro. El día 9 de abril, estando el poeta con Juvenal Hernández, llegó el dirigente sindical Bernardo Ibáñez a pedir la intermediación del embajador para conocer a Jorge Eliecer Gaitán. Llamó Barrenechea –agregando por su cuenta a Juvenal Hernández a la reunión– y Gaitán, algo reticente, terminó aceptando. El poeta lo felicitó por un discurso brillante del día anterior, como abogado penalista, con el que Gaitán había ganado un juicio en lo criminal.

Barrenechea le explicó a Hernández que Gaitán iba derecho a ser el próximo presidente de Colombia, que por eso lo había incorporado sin siquiera consultarle. Juvenal Hernández, encantado a pesar de soportar un fuerte resfrío, ya sabía de quién se trataba. Los esperaban a las cinco de la tarde.

Partieron en busca de una inyección para morigerar las molestias del resfrío, y de ahí a la residencia de un personaje que había facilitado su mansión para los chilenos. Al llegar ahí todo el mundo estaba en silencio, pálidos los rostros, en torno a un aparato de radio. En el centro de la ciudad, saliendo Gaitán de su oficina con cuatro acompañantes, había recibido tres disparos a quemarropa, en el corazón y los pulmones. El pistolero, atrapado por la multitud, había sido literalmente deshecho y sus restos abandonados frente a la Casa de Gobierno.

Alcanzó Gaitán a llegar vivo a un hospital, pero poco después de las dos de la tarde dejó de latir su corazón. Barrenechea se alarmó, sabiendo los fuertes sentimientos de adhesión popular del fenecido líder. Los demás chilenos, tan gratamente sorprendidos en esos días de la cortesía colombiana, el excelente idioma hablado, la formalidad de los bogotanos, no veían razón para preocuparse. Pero el poeta aseguró que era un pueblo apasionado, que la situación era grave.

Efectivamente, al difundirse la muerte las masas comenzaron a avanzar hacia el centro de la ciudad, rabiosas, y cerca de treinta manzanas fueron saqueadas o quemadas por la furia de los seguidores que habían perdido a su líder, irreemplazable por su personal carisma. Incluso se asaltaron conventos de monjas de clausura.

Entró a la casa un dirigente conservador, temeroso por la persecución de la turba. Pero Barrenechea, anunciándole que esa casa no tenía extraterritorialidad ni era garantía de nada, le ofreció la suya y se lo llevó. Allá continuaron oyendo las noticias por radio. Una voz anunció que de los faroles de Plaza Bolívar ya colgaban los cuerpos de Laureano Gómez y de Guillermo León Valencia, pero que aún faltaba sacar de sus madrigueras a varios enemigos del pueblo.

De pronto comenzó la pugna entre locutores liberales y comunistas en la propia emisora de radio. Estos últimos alcanzaron a transmitir instrucciones, incluso de puntos de repartición de armas, pero volvieron los liberales a recuperar el control. Ricardo Latcham, el destacado intelectual chileno, también había viajado como miembro de la delegación. El caos lo encontró en el Capitolio colombiano, pero atrapado en un ascensor. Sólo podía oír las carreras y los gritos:

-¡Échale candela! ¡Échale candela!

¿Pensarían quemarlo a él? Finalmente logró salir mientras pasaba una manifestación vivando al Partido Liberal. Se integró a la marcha y a los gritos. Un oficial del ejército, que lo había atendido, al reconocerlo lo llevó a la Guardia Presidencial donde estaba refugiado Barros Jarpa.

La policía, también proclive a Gaitán, rabiosa y muy mal pagada, se había unido a los saqueadores. El Ejército, con sus fuerzas sin experiencia, no estaba preparado para actuar ante un estallido social tan masivo.

Varios personajes liberales partieron a la Casa de Gobierno, a pedirle la salida a Ospina Pérez, quien ya había aclarado su actitud de que más vale presidente muerto que presidente fugitivo. Pero era un muy hábil negociador y convenció a los emisarios, en nombre de la Patria, de que conservadores y liberales debían conformar un Gobierno de Salvación Nacional. Dos izquierdistas prominentes, el rector Gerardo Molina de la Universidad Nacional y el escritor Jorge Zalamea Borda, hablaron por radio. Luego serían acusados de haber alentado "el bogotazo" pero, según el poeta -que los oyó-, sólo pretendían darle un orden a ese algo que ya parecía revolución o, al menos, asonada revolucionaria. En la Guardia de Palacio, Latcham y Barros Jarpa mantenían la calma, aunque otros delegados fueron presa de la histeria y amenazaron hasta con declarar la guerra a Colombia si eran tocados. En la noche los tanques del Ejército controlaron los brotes callejeros y se restableció la calma.

No había dudas del origen del "bogotazo"; se quería boicotear la declaración pro Estados Unidos y antisoviética. La calma de Ospina Pérez permitió que, en un colegio, continuara la Conferencia Panamericana. Y sucedió lo impensable ante la molestia de los delegados por los violentos sucesos: se firmó el voto anticomunista presentado por Chile, que lleva el nombre de "Carta de Bogotá", por unanimidad. El sentir generalizado atribuía a Stalin la muerte de Gaitán y, muy pronto, Colombia retiraría sus diplomáticos de Moscú. ¿Quién era Raúl Roa Sierra, el asesino? Sólo se sabría el nombre escrito en su cédula, pero nunca dónde naciera o viviera, quién era realmente. Así lo hizo saber Barrenechea al Gobierno, en Informe Confidencial a la Cancillería.

Sin embargo, González Videla decidió sacarle partido y leyó, públicamente ante el país, dicho informe diplomático. A pesar de haber alcanzado el poder en 1945 gracias, precisamente, al concurso comunista, al año siguiente había iniciado una persecución sin tregua contra sus miembros, generándose en Chile una política de violencia contra violencia que llevaba al país a un nivel de odios e intransigencias nunca antes visto. Ahora, tuvo el pretexto para el golpe final.

El día 3 de septiembre, Gabriel González dictó "La Ley Maldita", o Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Como hizo amplio uso de la situación colombiana para justificar su decisión, Barrenechea quedó casi de cómplice de una iniciativa deplorable, la que quebrantó las reglas del juego de la política chilena al dejar fuera de los registros electorales a cerca de 20 mil comunistas, cientos de ellos relegados y otros cientos encerrados en campos de prisioneros en el norte desértico. El Chile pluralista, el de Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, llegaba a su fin. Tal como en Colombia, los tiempos cambiaron de golpe ese mismo año de 1948.

René Frías Ojeda, su antiguo amigo universitario, era el Intendente de Santiago. Antes socialista, su compañero en la FECH había devenido comunista. Por haberse opuesto a que se lanzara a la calle a miles de familias que carecían de una situación regular, en esos días finales del invierno, había sido depuesto. Lo mandaron a Chanco.

Desde México llegó a Colombia un panfleto firmado por Pablo Neruda y otros dos comunistas, cargado de calumnias contra Barrenechea, atribuyéndole la postura de González Videla. No cabía duda de que Neruda había firmado por orden de partido –era disciplinado– pero daba lo mismo. Ahí se acabó la larga amistad de tantas noches, de tantos poemas. El Partido Comunista de Colombia, encabezado por Gilberto Vieira, por conocer la situación real se negó valientemente a distribuir el libelo contrario a Barrenechea. Pero el quiebre entre los dos poetas quedó consumado; Barrenechea no podía desconocer la enorme influencia de Neruda en el ambiente cultural de América Latina, mayor que la suya, la que podía volverse en su contra, pero era orgulloso. Se sintió de-

masiado traicionado, en su larga amistad, como para exigirle una explicación.

Escribe por entonces un poema que se llama "Estamos perdidos". La América Latina que, conducida por su generación, caminaba hacia un horizonte pleno y productivo, ahora se hunde en muertes, odios y divisiones, como nunca se viera desde el nacimiento de las repúblicas en 1810. Es pavorosa la imagen que tiene del momento, e incluso su cadencia musical se hace ahora áspera, bronca, casi apocalíptica, como si por él hablara un profeta hebreo del Antiguo Testamento:

Si el Ángel del Otoño con su túnica de oro crujiente y ramas desoladas, detiene el vuelo junto a nuestra sangre, y en ella moja su letal espada. Estamos perdidos.

Si el mago de la luz, el que acaricia la esfera de cristal del día puro, nos muestra al fondo el ébano nocturno. Estamos perdidos.

Si los cuerpos amados, por las manos pasan, como los peces por el agua, y el corazón al rojo, palidece, como el hierro saliendo de la fragua. Estamos perdidos.

Tenía razón. No había vuelta atrás, algo irremediable había sucedido aunque nadie creyera, nunca, que podía suceder. En Colombia, si Ospina Pérez era capaz de negociar con los opositores, y dar vuelta la página para iniciar un Gobierno de Salvación Nacional, muchos de sus correligionarios conservadores no olvidarían los sucesos del 9 de abril, lo que era humano y comprensible, porque los muertos habían sido miles. Con ánimo de venganza y desquite, comenzaron las represalias.

En Colombia se instaló "la violencia". Así sin más se llamó: La Violencia. Muchos, dedicados a ella día y noche, devinieron combatientes. Los liberales abandonaron el Gobierno, perdida la posibilidad de la convivencia, imposibilitada la cohabitación ya que los conservadores no soportaban verlos en el gabinete. Al morir en una manifestación el hermano de un gran líder liberal, Darío Echandía, este partido decidió no participar, siquie-

ra, en las elecciones presidenciales para elegir al sucesor de Ospina Pérez.

Cartas frecuentes le llegaban de Chile al poeta, de Eugenio Orrego Vicuña, el nieto de Benjamín Vicuña Mackenna, de pluma fecunda. Había logrado el sueño de su vida, crear un museo dedicado a su ilustre abuelo, en la propia Avenida Vicuña Mackenna y en la mismísima propiedad que fuera de él. Hasta que llegó en persona a celebrar.

Como muchos otros, ya había dejado atrás su admiración por los soviets comunistas, que lo llevara a ser de los primeros chilenos que pisó Rusia después de la Revolución de 1917 –escribió El país de Lenin—y a una estrecha amistad con Manuel Hidalgo Plaza, "el Trotski chileno". Más distante de la política, estaba concentrado en la memoria del antepasado, misión que lo llevaría, incluso, a ser por muchos años el Administrador del Cerro Santa Lucía. También regresó a sus orígenes teatrales, publicando más de una docena de obras, entre ellas una sobre la tertulia intelectual de Pedrito Balmaceda Toro y Rubén Darío en el Palacio de La Moneda. Su visita fue un éxito en Colombia, a pesar de las circunstancias. Distinguido, culto, ameno, discreto, tenía historias notables. La amistad venía de años, y recordaron que en su casa de calle Villavicencio, en el barrio Lastarria de Santiago, los dos habían soñado conocer, algún día, el río Magdalena.

Había llegado el momento. De paso –iba al Congreso de Académicos en México representando a Chile–, pudieron hacerlo. Enamorado de Popayán, allá lo llevó primero Barrenechea, que llegó a fastidiarse porque Orrego, ante la fastuosa custodia del templo de San Agustín, o mirando las heridas de San Francisco elaboradas con piedras preciosas, era capaz de estar media hora absorto.

En esa época violenta, de tantos muertos, asilados y amistades rotas, cuando Colombia parecía hasta entonces el mejor de los mundos posibles, al poeta le falló la salud. Partió a Cali, la ciudad cálida, a recuperarse allá donde su amiga y comadre Gabriela Hübner cumplía con el rol de cónsul de Chile. Era esa casa, con una empleada traída desde el sur austral, un trozo de Chile.

El cuerpo le pedía litros y litros de jugos tropicales. Ya más respuesto volvió a la capital colombiana, pero la sed no cejaba. El secretario de la Embajada, Carlos Souper, al ver que el aspecto del poeta decaía sin que éste se decidiera llamar a un médico, optó por mandarle uno por cuenta propia.

El poeta aún estaba en cama cuando el doctor se presentó. En el velador esperaban jarros de jugos de frutas y una porción de helado. El médico le hizo una extracción de sangre y partió, pero en breve estuvo de vuelta; ante la expectación del poeta, le quitó todas las frescas bebidas y comenzó a tomarse él un jugo. El diagnóstico era diabetes, un caso muy fuerte –tres gramos y medio de azúcar en la sangre– y la dieta debía ser estricta para poder bajar el nivel de azúcar. Día a día, con exámenes en distintas horas y aplicaciones de insulina, se logró hacerle descender el porcentaje.

Escribe por entonces el poema "Diario morir", ése que le dio el título a su sexto libro, el que comienza con una clara imagen:

Yo no soy el que vive,
vive el mundo en mis ojos.
Los colores, el ruido
en el atento oído.
La suave piel del mármol
vive en el tacto fino.
Habitan en el húmedo paladar los sabores,
y en el olfato
el alma de las flores.

Yo no vivo, yo capto la vida solamente. Soy el pobre recinto donde la luz asila pasajera su vida permanente.

Podía desaparecer, efectivamente, y nada sucedería. El hombre está de paso, es sólo un testigo de la vida, y ésta seguirá su curso más allá de todo los muertos, indiferente. Por lo mismo, como escribe en "Tiempo gastado", toma conciencia de que "los años que poseo/no son los ya vividos,/ sino los que me quedan./ Lo que dejé de ser entró en mi muerte,/ y lo que más recuerdo es menos mío".

Comenzó a mejorar, y estaba ya levantándose cuando apareció un día el poeta Arturo Camacho Ramírez, su compadre –Julio Andrés se llamaría su hijo– siempre irónico pero esta vez con un rictus grave. Venía de parte de Carlos Lleras Restrepo, jefe del partido liberal y futuro presidente de Colombia, quien solicitaba asilo para un dirigente de su partido, el farmacéutico de Yacopí –en las cercanías de Bogotá–, quien junto a su local mantenía la sede del partido. En un ataque aciago había perdido dos miembros de su familia –su padre y un hermano– y también el local y la vivienda. No tenía dónde ir, lo perseguían.

Lleras Restrepo era un amigo. Más de una vez había estado en la casa del poeta y nadie en Bogotá celebraba tanto los mariscos chilenos. Junto a Eduardo Santos, dueño del diario El Tiempo cuyas páginas estaban siempre abiertas para la cultura chilena, y Alfonso López Pumarejo, ambos ex presidentes del país, integraba la Dirección Nacional del Liberalismo Colombiano. Ellos eran los tres garantes de la solicitud.

Barrenechea fue a la oficina de Lleras, quien le mostró las cartas del dirigente farmacéutico, Saúl Fajardo, las que dejaban ver su compromiso con una causa política convencional, hasta que, perseguido a muerte, había partido a la montaña y empuñado armas. No era un terrorista, como diría, de seguro, el gobierno.

Le solicitaban ayuda porque su vida corría peligro. Sus antiguos seguidores, incluso, ya en armas y viviendo otra realidad, desbandados, tampoco lo querían vivo. Se habían contagiado y que-

rían tomar venganza por sus muertos, ojo por ojo.

El presidente Laureano Gómez, ultraconservador, en el nuevo ambiente político de guerra civil, prácticamente puso precio a su cabeza. Líder que ganara la Presidencia gracias a su arrastre con los campesinos, dueño del diario El Siglo, lo había conocido el poeta cuando aún era un parlamentario, en comidas donde Barrenechea era el decano del Cuerpo Diplomático por ser el más antiguo de los embajadores en el país. Tenía Gómez simpatías por Chile, y se acercó más de una vez. Áspero y duro, recorría reparticiones públicas y si el funcionario no estaba le dejaba un papelito en el escritorio: "Por aquí pasó Gómez". Ahora, era imposible prever su reacción.

El poeta accedió a recibir al ciudadano Saúl Buitrago Fajardo en calidad de huésped de la Embajada de Chile, mientras tramitaba el salvoconducto ante el gobierno en Santiago. A la mañana siguiente llegó Fajardo, un hombre de 32 años, quien de entrada leyó una página en la que había expresado su agradecimiento con emotiva elocuencia. No era el primer asilado, pero su asilo apareció en los diarios en grandes titulares y la embajada de Chile fue rodeada por guardias. Hasta en las terrazas vecinas se instalaron hombres armados. Gómez, estaba claro, tenía un especial interés en él, quería un escarmiento.

Barrenechea formalizó el asilo, enviando los documentos a Santiago. Pero el secretario general de la Cancillería colombiana, Vásquez Carrizosa, lo llamó, casi sin saludarlo, para leerle una lista de crímenes y delitos varios que atribuía a Fajardo. Y terminó:

-Éste es el individuo a quien Ud. ha recibido Embajador...

Barrenechea, por supuesto, se molestó:

-Colombia tiene hace años, en su embajada de Lima, a Víctor Raúl Haya de la Torre. Y la lista de crímenes de los que lo acusa el gobierno del Perú es mucho más larga que ésa...

La comunicación se cortó con frialdad.

Desde Chile solicitaron información adicional. El poeta la remitió. Su auto era revisado cada vez que entraba o salía, y dos policías en motocicleta lo seguían por la ciudad. Envió una nota a la cancillería; no ocuparía el vehículo hasta que esa clase de controles terminaran.

Lo invitaron a una reunión en la casa de enfrente, residencia de Abel Naranjo Villegas, quien años después sería embajador de Colombia en Chile. Era un encuentro de conservadores, e incluso estaba entre ellos Álvaro Gómez, hijo del presidente. Todos se habían encontrado más de una vez en mejores tiempos, alrededor de una mesa. Había años de simpatías mutuas. Se acordó, o más bien le manifestaron, que si el gobierno de Chile otorgaba el asilo definitivo a Fajardo, Colombia lo dejaría salir del país.

A primera hora de la mañana envió un cable a Santiago con la feliz noticia, pero la respuesta de Chile fue escalofriante; Fajardo debía abandonar la embajada en 24 horas. Se había llegado a un acuerdo con el embajador de Colombia en Chile. Convencido el poeta, por el clima del momento y el interés inaudito de Laureano Gómez en Fajardo, que éste sería fusilado, volvió a su oficina y dictó una carta de renuncia a su cargo, dirigida a González Videla. No quería echar sobre su conciencia el peso de un asesinato.

Invitó a la embajada a dos amigos liberales, hombres de letras, e hizo entrar a Fajardo:

-Saúl, en este momento, ya no le habla el embajador de Chile. He renunciado a mi cargo para no cumplir como tal la orden de notificarle que debe Ud. abandonar la embajada en un plazo de 24 horas, y que dispone de otras 48 para asuntos personales.

Fajardo se quedó mirándolo, descompuesto:

-No. Yo me entrego pero aquí, en la Embajada. Si me encuentran en otra parte, me van a hacer menuditos.

También tenía claro que lo matarían. El secretario de la Embajada, Souper, comunicó a la Cancillería que Fajardo se entregaría ahí mismo. No llegaron funcionarios, como esperaban. En la Avenida Caracas, con amplia rotonda frente a la casa del embajador chileno, se desplegó un aparato de seguridad, una línea de policías, e incluso fuerzas armadas del Ejército dotadas de ametralladoras. El barrio quedó en silencio. Nadie había visto tal despliegue. Colombia entraba en otro momento, más gris y dictatorial, de su historia.

Barrenechea, desde el segundo piso, entreabriendo las cortinas, miraba con amargura. Dos gobiernos se habían concertado contra un joven de 32 años, y la patria de uno de ellos se preciaba de haber sido siempre "el asilo contra la opresión".

Souper acompañó a Fajardo hasta la reja del acceso, donde un teniente armado recibió al prisionero y le explicó:

-Si tratas de escapar, te mato.

Fue llevado a una cárcel de Bogotá, luego a una en provincia, a una tercera, y aún antes que llegara al país el nuevo embajador de Chile, se le aplicó la lev de fuga y fue asesinado.

Así culminó lo que el periodista chileno Hernán Millas describiría como "el suceso más trágico y penoso de nuestra historia diplomática", originado en la posición "vergonzosa" de González Videla al no entender que, sumida Colombia en "un régimen de terror" que en cinco años dejó más de 200 mil muertos, ¡200 mil muertos!, Chile debió haber estado a la altura de su tradición.

Quienes en Chile no estaban de acuerdo con la actitud de Gabriel González y su canciller, se quedaron mirando la fotografía que publicó la revista *Ercilla* en gran formato; el joven Fajardo, en el suelo, como presa de caza, a los pies de sus orgullosos victimarios. Según el periodista Millas, "este hecho, que impactó a Chile, quedó como una mancha para el régimen de González Videla". Y contribu-yó, como explicaría años después en una entrevista –diciembre de 1991, diario *La Época*—"al fin de los gobiernos radicales".

El poeta escribió entonces su escalofriante "Nocturno del huerto":

Oh nocturno olivar, oh huerto mío, donde el alma padece, y abre su flor de sangre entre las sombras, mientras la noche crece.

Quién me ha dejado solo, con el alma desnuda frente al tiempo, como un recién nacido, abandonado sobre las blancas gradas del silencio.

Aquí me estoy sintiendo, aterrado de mí, junto a mi pulso. Oigo fluir la vida, siento mi corazón, oigo mi aliento y siento la congoja de estar vivo a merced sólo de mi muerte.

Todo podría ser en un instante. La muerte está latiendo en el momento. La muerte está de pie tras de mis ojos como una torre negra en el desierto...

De todo ese mundo perfecto, amado, de familia y amigos, no quedaría nada en el mundo, nada. Así termina ese poema angustiado:

Oh, nocturno olivar, oh huerto mío, siento brotar mi sangre entre tus hojas.

Años después, en 1957 y al caer finalmente el dictador Rojas Pinilla, Colombia organizó un "Homenaje Nacional" para Julio Barrenechea. En el hotel principal de la ciudad, el Tequendama, hablaron Augusto Ramírez Moreno en nombre del Partido Conservador, y Carlos Lleras Restrepo por el Partido Liberal. El país, desde sus capitales provinciales, se adhirió en grandes manifestaciones. Las universidades –de Los Andes y de América–, así como el diario El Tiempo, participaron en distintas formas.

Pero eso sería después. Ahora había que dejar el hermoso país y volver a Chile, a la incertidumbre. El poeta se dirigió al Nuncio Apostólico, Antonio Samoré, futuro cardenal y ya su amigo, quien asumiría como decano del Cuerpo Diplomático. Protocolarmente, el nuevo decano debía organizar un banquete de despedida, pero el poeta le aclaró que, dadas las circunstancias, era mejor no hacerlo; sólo le ocasionaría malos ratos, al comienzo de su gestión.

Pero el Nuncio no era hombre de circunstancias. Como siempre, fiel a la tradición procedió a organizar la entrega de un obsequio en nombre del Cuerpo Diplomático y una gran reunión social. Al aeropuerto se atrevieron a acompañarlo sólo dos embajadores, el británico y el español.

Era tal la sintonía que alcanzara Barrenechea con Colombia, que Alone reconoció haber pensado que el poeta no volvería ya más. Pero, agrega, "lo salvó un incidente, el más bello y honroso; un episodio que lo define...". Alone se refiere a la situación de Fajardo en la embajada y, para describir el suceso, cita a Germán

Arciniegas que vivió el caso más cerca. Una página noble, escrita por un gran maestro colombiano, sólo superado en el siglo xx por la fama universal de Gabriel García Márquez.

Así describió Arciniegas el sonado episodio:

"Esta historia la sabe todo el mundo. Julio Barrenechea era el Embajador de Chile en Bogotá. Su casa era como la tierra de Chile: abierta a todo el mundo. Se entraba por la ancha puerta y el visitante recibía la acogida de 'Barbas', un chileno cara de chivo que hizo vibrar de entusiasmo a todo el pueblo de Bogotá bailando la cueca en un teatro al aire libre. Luego la Embajada era mesa redonda. Ahí estaban los poetas, los profesores, los periodistas, Chile se dilataba en la casa de Barrenechea como se extiende cordial en una mesa la luz de la lámpara familiar. Vinieron los días del terror en Colombia, la violencia asomaba por las noches en las esquinas con bocas heladas de fusiles. Un perseguido por la dictadura miró en torno su noche de apretadas tinieblas y sólo vio una luz en una ventana. Como siempre, la casa de Chile era el refugio de los perseguidos, el asilo de la tradición cristiana. Saúl Fajardo llamó a la puerta, el 'Barbas' le salió al encuentro, Barrenechea lo sentó a la mesa.

"De repente, un cable de Santiago: el presidente ordenaba la entrega del asilado. Barrenechea tendría que darlo para que lo pusieran contra el muro. Fajardo era un hombre bueno. Barrenechea se estremeció de horror. Que otro lo entregara. Dejó la Embajada. A los cuatro o cinco meses, Fajardo caía bajo el fuego de los carceleros".

Luis Droguett escribiría en *Poesía Viva* que "la historia del continente americano nunca podrá olvidar la decisión del poeta y diplomático chileno Julio Barrenechea, al hacer suya, hasta las últimas consecuencias, la concepción humanista de las relaciones internacionales cuando, en defensa del derecho de asilo, prefirió renunciar a su alto cargo de embajador de Chile antes de claudicar ese principio consagrado por el Derecho Internacional".

Así, de esta manera, se inaugura el capítulo del derecho de asilo en la historia diplomática latinoamericana, el que habría de ser de uso e invocación cotidianos en los años '70.

Atrás quedó Colombia, y también el viaje a Centroamérica, su recorrido por el deslumbrante mundo maya en que sintiera el peso del pasado precolombino, el de las tibias latitudes. Más de una vez hablaría, en familia, de volver a radicarse en ese país. Llegaron sus hijos a Chile y serían conocidos como "los colombianos" en sus colegios, por su uso de palabras aquí desconocidas,

por la niñera traída de allá, y por machetes, fotos, recuerdos, pinturas y una gran escultura con el rostro de Gabriela Mistral, notable, obra del que sería con el tiempo un maestro del arte en Colombia, Jorge Negret.

Dos recuerdos especiales. Un gran cuero curtido, en el que los principales líderes del Partido Liberal de Colombia habían estampado su firma; varios eran ex-presidentes de Colombia, otros lo serían. En homenaje al "Doctor Julio Barrenechea", según la costumbre de calificar de doctor a toda persona de cierta autoridad.

Y también un libro de Homenaje de los Obreros Colombianos al Doctor Julio Barrenechea:

"Las fuerzas populares de Colombia, decididas defensoras de la democracia y guardianes permanentes de la libertad, rinden homenaje de admiración al Dr. Julio Barrenechea, ilustre representante del sentimiento popular chileno, por su actitud viril y auténticamente democrática en el asunto relacionado con el asilo del líder obrero Saúl Fajardo.

"Los trabajadores de Colombia consideran que fue justa y humanitaria la posición del doctor Barrenechea en la interpretación del Derecho de Asilo, por lo que se ha hecho acreedor del reconocimiento de las masas populares chilenas, y quieren hacerles saber a éstas, por su propio conducto, que los de Colombia abundan en los mismos sentimientos.

"La altiva determinación del prominente Embajador de la Democracia Chilena, doctor Barrenechea, al retirarse de su cargo diplomático antes que refrendar con su silencio la entrega de un líder del pueblo, debe señalarse como ejemplo de entereza digno de imitarse por todos aquellos que luchan contra la tiranía, en esta hora oscura de América Latina.

El original de esta proposición póngase en manos del Sr. Embajador."

Bogotá, Mayo 3 de 1952.

Y vienen entonces páginas y páginas de firmas. Un libro entero. Leonardo Rodríguez, mecánico; Miguel Angel Gutiérrez, sastre; José Fonseca, cantero; Ester Bernal, costurera; Rosalvina Peña de González, oficios domésticos; Ernesto Ayala, plomero; Concepción Muñoz, oficios domésticos; Pedro Moreno, latonero; Jesús Sánchez, impresor; Luis Romero, zapatero; Alfonso Arias, albañil; Gustavo Chávez, marmolista; Guillermo González, ornamentador; Pedro Ruiz, chofer; Mario Moreno, carpintero; Antonio Herrera, electricista... El retorno a Chile fue apoteósico. En Santiago, conocida su historia por la prensa, le esperaba una gran recepción pública con balcones, ventanas y puertas que proclamaban: "¡Barrenechea sí, otro no!". Esto le hizo bien al corazón, pero lo distanciaría de la mesa directiva del Partido Radical. Pero, si en Colombia un periodista escribiera que, de haber elecciones presidenciales en ese país, y el embajador Barrenechea presentara la suya, nadie dudaría del resultado, es muy posible que, por esos mismos días, lo mismo habría sucedido en Chile.

Por el momento, quedaba fuera de la diplomacia y fuera de la política.

CAMINANDO EN SANTIAGO

Llegó la familia a la casa ñuñoína de José Manuel Infante, ésa que habían comprado antes de partir, sin ocuparla. En ella crecerían los hijos, sería para siempre el lar del núcleo, incluyendo la presencia constante de la nana Sofía de Colombia, la que muy pronto había escrito para venirse. Ella fue, por siempre, la ama de llaves. Hija de un señor colombiano y una mujer de pueblo, no se casó nunca. Fina, culta, cinéfila, en la rígida sociedad de los años '50 no calzaba en ninguna clase y tendría su mundo propio. Ésta sería su familia y siempre fue la más expansiva y celebradora cuando a alguno le iba bien, y la más doliente en las desventuras.

Cerca de Írarrázaval, y del bar-restorán Rhenania que estaba en la propia esquina –en sus mesas nacerían varios poemas–, era un barrio de intelectuales y artistas que acogía por entonces a varios amigos, comenzando por el escultor Alberto Ried, heredado del padre, de don Julio César... La ciudad de Santiago reconocía en este artista, muy especialmente, su idea y logro de instalar un gran peñasco en el cerro Santa Lucía, con un trozo esculpido de la carta de Pedro de Valdivia al rey de España, aquélla en que describe las bondades del Santiago del Nuevo Extremo. Casas abiertas, como la suya, eran todavía lo mejor de Santiago. También la cercana de Eduardo Trabucco, el amigo de la universidad, el de Arica, el de siempre.

José Vidal es en esos años el personaje del barrio, y se arranchará en la casa con sus visitas frecuentes. Buenmozo, alegre, mujeriego, descarado, en la calle Caupolicán ocupaba un sitio con varias construcciones hechizas, dudosas, de las que algo sacaba por arriendo. La Teruca, su mujer, una profesora distinguida de rasgos, huesos y origen, le perdonaba todo. Con revistas de moda, las *Burda* que conseguía prestadas, hacía milagros. A Vidal le gustaba lucir sus conquistas, lo que molestaba más al poeta que a ella: al verlo venir, estando parado con algunos amigos en la tradicional esquina de Ahumada y Huérfanos, les pedía mirar en otra dirección. Por la simpatía familiar a la Teruca y para no alentarlo. Eso sí, sentado a una mesa, a la hora de la conversación también le perdonaba todo.

Jaia tenía una vocación solidaria, con la Teruca y también con personas que nadie sabía muy bien cómo aparecían. Tal vez se corría la voz, de que en la casa de la esquina, la casa roja, vivían un poeta y un ángel tutelar. La respetaban porque nadie aparecía con demasiada frecuencia, sólo cuando el apuro era grande y no había dónde acudir. Gente callada, modesta, agradecida, que asomaba una o dos veces al año.

El poeta era distinto, pero complementario. Tanto en el restorán cercano como en sus campañas, obreros o campesinos quedaban tocados porque habían hecho amistad con un personaie nacional. Una vez, decidida la necesidad de pintar la casa, acordó con unos pintores de brocha gorda que les pagaría parte en efectivo y parte con el derecho a consumir de un chuico de vino tinto. Podían reponerlo cuando se acababa, poro no se lo podían llevar... Al atardecer, una vez él mismo acompañándolos con gorrito de papel como los que ellos usaban, marchando por la calle José Manuel Infante a Irarrázaval, los acompañó al bar de la esquina. Para el último, el del estribo... Tenía una memoria excepcional. Al margen de las propinas suculentas, los mozos de bares y restoranes lo recibían con una sonrisa porque recordaba su nombre, el de la señora, les preguntaba por el hijo malo para las matemáticas, si habían ido a su Pichidangui natal, ese lugar tan maravilloso... Con razón se sentían, todos, amigos personales.

El ambiente en Santiago estaba dividido por una novedad: el populismo de Perón. Antes rechazado por todos, considerado el argentino como una versión local del fascismo o el nazismo, ahora que Ibáñez estaba en el gobierno –desde 1952– los comunistas lo habían aceptado; en la demagogia y el populismo de Perón podían avanzar más, acercarse a un gobierno afín, unido a los radicales. Incluso, la propia Alianza de Intelectuales, antes tan distante de todo lo que oliera a Francisco Franco, tenía otra actitud. En la recepción a Perón habló Neruda, rindiéndole homenaje.

Era otro país. Había crecido un partido nuevo, además, la Democracia Cristiana, mientras los socialistas seguían divididos entre enemigos y amigos de los comunistas. Pero algunas cosas no cambiaban. Joaquín Edwards Bello seguía siendo un protagonista de la ciudad, con el cuello de su gabardina subido, el sombrero con el ala gacha, siempre caminando rápido para no encontrarse con algún pelmazo que lo aburriera. Al acercarse el poeta –en la Plaza de la Constitución– se replegó asustado hasta reconocerlo. Le dijo que el país estaba mal, pésimo, que en Chile ya no se podía vivir:

-Mira, en este país tú cuentas que has pegado un gran puñete, inmediatamente otro te responde que él tiene un amigo que es muy bueno para los combos. ¡Qué barbaridad!

Barrenechea, como siempre, andaba con hambre del sur, del mundo boscoso y austral que emerge más allá de las aguas del Salto del Laja, de la Araucanía, Cautín. Un gran amigo, Galileo Urzúa –el mismo que liderara los rebeldes de la calle mientras Barrenechea se tomaba la Casa Central de la Universidad de Chile en 1931–andaba tentado de comprarse unos bosques nativos por Valdivia. Igual decidió acompañarlo en recuerdo de su infancia, de esos días con su padre y su tío Ildefonso Barrenechea comiendo sacos de erizos, choros y ostras junto al hermoso río bordeado de jardines floridos. No se arrepintió.

Desde el despertar en el hotel de la plaza, con los sones del Regimiento Esmeralda que desfilaba con sus correas y polainas blancos, a los acordes marciales seguidos con el "paso de ganso", todo y de golpe lo devolvió a la niñez y a Chile.

Pero después, estaba de vuelta al Santiago gris y brumoso, lejos de los colores del trópico y los encuentros diplomáticos. "Si los mayas tuvieron la 'civilización del maíz' –comenta de noche en un bar–, los chilenos somos de la 'civilización del brasero'". En ese sentarse en redondo estirando las manos ateridas, en el mate con azúcar quemada que se distribuye, en los huevos, quesos y papas que se le van colocando para sostener el cuerpo, en el vino que se entibia en la proximidad del calor, late el pulso interior de Chile. Ahí es cuando se siente en paz con el país y en sintonía con su paisaje.

Con las mujeres, tan prácticas entre medio -más presentes que en Colombia-, poniendo y sacando ropa del secador de mimbre, manteniendo el orden del mundo, la fuerza de las cosas. Son el complemento, la otra mitad del alma de Chile. El hombre soñador, sentado, con los amigos, y la mujer esforzada, infatigable, atenta a la cocina, la comida, los niños y también a quién va pasando por la vereda. Quién y con quién...

No es fácil la sobrevivencia del amor, del sentimiento, aunque él tenga un privilegio porque no padece lo que describe en "El amor asesinado":

> Lo encontraron al fondo del otoño como un poco de cielo derribado. Degollado de luz en lecho de oro, allí estaba el amor asesinado.

Eran de vidrio y cedro los amantes, eran de urnas vivas, cada uno llevaba al otro dentro, y transparentes mostraban sus cadáveres desnudos...

Nuevamente está el general Carlos Ibáñez del Campo en el poder, el mismo derrocado de 1931. Pero, dicen los amigos, ya no es el dictador de 25 años atrás; quiere pasar a la historia como un demócrata, está más abierto a los civiles, se acostumbró al diálogo.

Quien ya no estará es Juvenal Hernández en la Universidad de Chile; parte, luego de décadas brillantes, nunca vistas, el mejor de sus rectores. Había participado el poeta, más de una vez, en la explosión que produjo en la extensión universitaria promovida por Hernández, de giras a provincia con amigos tan notables como Ricardo Latcham, Jorge Millas y Oreste Plath. Las ciudades dormidas despertaban a la palabra y la música, caían en un encantamiento en noches donde la comida y la bebida no se interrumpían jamás. Ésa había sido, en verdad, su mejor academia.

La Universidad de Chile se perdía a Juvenal. Él sedujo a Kurt Joss para que creara el Ballet Nacional, él dio luz al Teatro Experimental, él a la Orquesta Sinfónica, él al célebre Coro Polifónico de la Universidad de Chile... ¡Tanto poeta, tanto músico, tanto actor que se había salvado del hambre y del fracaso gracias a Juvenal! Si parecía que Chile había alcanzado, como en el siglo anterior, un nuevo protagonismo cultural en América, atrayendo alumnos de varios países que llegaban honrados de asistir a la más antigua universidad de Chile. El poeta había visto sus diplomas en Cali, en Barranquilla, en Santafé de Bogotá, exhibidos con orgullo.

La fe y el empuje de Hernández no habían tenido límite. Un día llegó un alumno de arquitectura a su oficina, León Prieto Casanova. Corría el año 1936 cuando en Europa, especialmente en Alemania con la Bauhaus, esa disciplina vivía una revolución; los alumnos debían conocer eso, era imprescindible, arguyó Prieto. Juvenal lo miró con simpatía pero le recordó que los viajes de curso nunca habían llegado más allá de La Serena. Hablando y hablando, comenzaron a soñar, brillantes los ojos y... les brindó su apoyo.

Resultó un viaje de un año, por Alemania e Italia. Para ese joven Prieto, que más tarde diseñaría el Conservatorio Nacional de Música, para el estudiante de ingeniería Raúl Sáez –brillante ministro años después–, y para varios otros, la confianza de Juvenal les cambió la vida para siempre. De noble cabeza aristocrática, de inteligencia equilibrada, rector a los 33 años de edad, reelegido cuatro veces, había sido un puntal de la cultura chilena de los años '30 y '40. La generación del '31, o del '38, no habría sido la misma sin él.

Lo había secundado, y con el mismo espíritu, Francisco Galdámez, el productor encargado de las Escuelas de Verano, de las giras provinciales, el que trajo a André Malraux, Albert Camus, John Priestley... ¿Cuándo antes? ¿Cuándo después?

El libro llamado *Diario morir*, que justo había terminado en Colombia, lo publicó el poeta en el año 1954. Inmerso en la vida, enfrentado al centro mismo del misterio de existir, buscando respuestas sin recurrir a teorías librescas, emerge una visión del hombre casi violenta, de extraordinaria humanidad, en poemas como "El divisado". Ya es un hombre que viene de vuelta:

Yo soy el divisado desde un tren, el perdido.

Me vio apenas un día, desde su ventana,
un pasajero pensativo.

Yo caminaba solo por debajo de un puente,
al fin de un pueblo,
y una nube de polvo me envolvía.
¿Quién soy? ¿En dónde vivo? ¿En qué sitio me encuentro?
¿Quién me esperaba entonces? ¿Quién era yo, Dios mío?
Apenas vivo, apenas en un recuerdo vago,
un pobre ser de espaldas, sin rostro, un traje solo,
un traje sin color, caminando en la tarde.
¿Quién me esperaba entonces? ¿Dónde estaba aquel pueblo?

Pocas veces la poesía alcanza, en tan pocas líneas, intensas y lúcidas, plásticas y claras, la imagen del misterio: "¿Quién era yo, Dios mío?" Y él mismo se responde en otro verso de ese libro crucial, en "El invisible":

Yo soy el invisible, y ando por las ventanas contemplando familias.
Veo lo que termina, lo que siempre concluye, las mesas levantadas, las flores que se botan, los lechos descubiertos, el final del placer.
Veo a los pobre seres siguiendo sus costumbres, convencidos del día, mientras se les escurre por los dedos su pequeña ración de vida...

Es una poesía dolorosa, pero de una laya que siempre aparece en todo poeta mayor. Es la fase que los místicos llaman "la noche oscura del alma", cuando la oscuridad es más profunda, pero que antecede a la aurora. Sopla entonces una brisa, llamada aura. Ahí, entonces, una nueva vida puede emerger.

Esta conciencia no significa que viviera deprimido, ni que hubiese abandonado las tertulias de los amigos. Siguió siendo un hombre social que escribe en privado, que goza en compañía y goza su soledad también. Típico es el recuerdo de un poeta serenense, Hugo Thenoux Moure –sobrino del recordado Manuel Magallanes Moure–, quien lo encontró por entonces en Valdivia. Sentado como siempre Barrenechea en el club local, al medio de una conversación con los locales notables.

Thenoux Moure, que lo conocía por años, lo invitó a almorzar para el día siguiente, a la casa donde arrendaba dos piezas a una viuda alemana. Atrás había un hermoso jardín, muy propio de las familias de origen alemán, el que entregaba la ancha y caudalosa vista del río Calle-Calle.

Partieron los dos, antes de almorzar, a una cercana cantina para comprar un vino que regara el almuerzo. Como había un grupo de obreros "haciendo la mañana", Barrenechea, también como siempre, pidió un jarro y comenzó a conversar con los presentes aportando unos cuentos que alegraron el ambiente.

De vuelta a la casa, tras el almuerzo, el poeta salió al jardín y, sin mediar aviso, recorriendo un sendero comenzó a recitar poesías mientras cortaba flores, todo al mismo tiempo. Thenoux Moure, pálido, descubrió con horror que la alemana, la propietaria, siempre tan celosa de esas flores que eran su vida, asomaba por la galería. Se imaginó arrojado del grato lugar, expulsado de ese paraíso.

Al día siguiente se presentó ante ella a darle alguna explicación, pero la señora no estaba indignada. Por el contrario, sonreía: "¡Señor, no es nada! Ha sido tan bello, tan hermosas las poesías del caballero, que puede decirse han quedado flotando junto al susurro del río".

Roberto Aldunate, amigo de otros tiempos, era por entonces el ministro de Relaciones Exteriores de Ibáñez del Campo. Lo que daba exactamente lo mismo, en términos de cargos o representaciones, por el historial del poeta opositor al general. Pero Aldunate lo invitó a su oficina y, de inmediato, le preguntó si le gustaría pasar dos semanas en Montevideo. El poeta, por supuesto, aceptó integrar la delegación chilena a la Asamblea Mundial de la UNESCO, que lo deja reinstalado en el tema a nivel público.

Pero, había más, le explicó Aldunate. Estaba en una lista de futuros embajadores... Ibáñez, le explicó Aldunate, no se había olvidado de él. Sin embargo, cuando él le pasara la lista que lo proponía para las sesiones de la UNESCO, el general sólo había dicho una frase:

-Este Julito, tan desordenado.

Tomó el avión con el subsecretario de Relaciones Exteriores, Carlos Vassalo, más conocido como "El Animita" por lo discreto y silencioso, y con Manuel Zamorano, un educador. Este último también era especialista en economía, porque propuso no instalarse en el lujoso hotel Victoria Plaza, sino en una pensión familiar del barrio Pocitos, de donde podrían salir con algo del viático intacto.

En la Asamblea, que fue dirigida por el filósofo Radhakrishnan –luego sería presidente de la India–, el poeta pudo ver en acción a Francisco Walker Linares, el embajador chileno, que saludaba a todo el mundo, representaba muy bien su papel, no parecía necesitar ningún apoyo. El poeta comenzó a lamentar haber ido, se sintió de más.

Sin embargo, se acordó rendirle un homenaje a Juana de Ibarbourou, que en esa misma sala –que respondía al extraño nombre de Los Pasos Perdidos– había sido proclamada "Juana de América". La delegación colombiana propuso, y se aprobó en la asamblea, que el poeta chileno Julio Barrenechea, cuyo talento para la oratoria era conocido, hiciera el discurso en el que la poeta uruguaya sería oficialmente reconocida como voz universal.

Lo pusieron en contacto con Dorisela Russell, una joven letrada que era devota de la Ibarbourou, y ella le facilitó textos. Incluso, lo llevó a conocer una sala de su casa que se mantenía como un museo de la célebre uruguaya. La propia poeta los acompañó ese día, y se inclinó sobre la urna de vidrio donde, entre otros objetos, había un rizo suyo, un zapato de cuando era niña y un rosario que le regalaran en la Primera Comunión.

La Ibarbourou se inclinó sobre la caja, se quedó mirando todo, y luego le preguntó:

-¿Verdad que parece que estuviera mirando mi cadáver?

Barrenechea, tocado por su presencia, por su poesía, pudo preparar un discurso emotivo, vibrante, para remecer la sala de Los Pasos Perdidos en nombre de la poesía de América.

Las fiestas de septiembre las fue a pasar a Asunción, acompañando al amigo Eugenio Orrego Vicuña, que por entonces era el embajador en Paraguay. Como actividad oficial, y por encargo del ministro de Defensa, dictó una conferencia a la oficialidad del Ejército sobre "La misión del Ejército en América Latina".

De regreso, en una recepción en La Moneda, se lo contó a Ibáñez. Éste, conociéndolo, le comentó irónico:

-¿La misión del Ejército en América Latina? Es muy sencillo, tomarse los gobiernos.

Fiesta inolvidable ese Dieciocho en Paraguay, en un ambiente tan apacible, pero terminó muy mal. Mientras el embajador dormía su siesta, Barrenechea escuchaba la radio, que transmitía la caída de Perón en Argentina. Al ir al dormitorio del amigo a contarle el desenlace, lo encontró de pie, terriblemente desfigurado, desencajada la mitad de la cara. Recostado, más compuesto después, siguió como ausente y olvidado de todo. El doctor le hizo ver que el clima no le convenía y volvió a Chile, para morir a los 59 años de edad.

Por entonces pasó Claudio Arrau por Santiago y un amigo común de la generación del '31, el escritor Manuel Eduardo Hübner, organizó una gran recepción para el artista. Todavía estaba Roberto Aldunate de canciller y con él conversaba Barrenechea cuando, muy elegante, de abrigo gris claro con cuello de terciopelo, entró el pianista y se dirigió a abrazar al poeta: "¡Julio, Bogotá sin ti no es Bogotá!".

Como estaba en Santiago Arnoldo Michaelsen, el propio arquitecto en cuya casa bogotana habían celebrado un cumpleaños de Arrau comiendo cochayuyo, decidieron volver a juntarse los tres. El pianista, que también era un gran comedor, y que añoraba ciertos productos chilenos, eligió personal y cuidadosamente el menú que los esperaría en La Bahía; ostras, chupe de locos, torta helada y dulce de alcayotas.

Pero el postre fue amargo. A la mesa vecina llegó Neruda con su grupo. De pronto, se levantó Graciela Matte y avanzó, como para pasar junto a Barrenechea y sus invitados. Arrau, caballero a la antigua, se levantó. Ella lo detuvo con un gesto:

-¡Yo no saludo a traidores!

Esto venía de que el músico, en una manifestación realizada años atrás, rodeado de niñas que le pedían firmar declaraciones dedicadas a distintas causas, había suscrito una contra Estados Unidos, el país donde vivía y trabajaba. Por lo tanto, la embajada lo había conminado a retirar su firma, lo que había hecho el pianista. Los comunistas no se lo perdonarían.

También llegó Eduardo Carranza, el piedracielista y amigo colombiano, que era como tener un trozo de ese país en Chile. Cuando trajo otro poeta de su país, Luis Eduardo Nieto Caballero, le ofreció en su casa de Santiago una recepción en su honor. El invitado, de vuelta en Bogotá, escribió que la casa chilena de Carranza era tan concurrida, que en ella había conocido al astro internacional del cine Charles Boyer... En realidad, a quien había visto era a Manuel Barrenechea, el hermano menor del poeta, que lo imitaba a la perfección. En una noche santiaguina de esos años, Carranza salió algo embriagado de una tertulia y sólo atinó a decirle al taxista que su casa quedaba al lado de una iglesia chiquita. Anduvo sin éxito el taxista, de iglesita en iglesita, toda la noche, hasta que con las luces del día se dio cuenta Carranza que estaba en Santiago de Chile. Ahí nunca iba a encontrar su casa bogotana, ubicada junto a la iglesia de Nuestra Señora María de los Ángeles de Chapinero.

Como era muy querido por la madre de Barrenechea, cuando sentía nostalgia partía donde ella. La buena señora, de verlo, ya sabía lo que necesitaba; le hacía preparar una habitación. Después, cuando despertaba, un buen tentenpié y una tina. Carranza volvía al mundo, en cuerpo y espíritu, con toda su elegancia y bonhomía.

Por entonces, 1955, Julio Orlandi y Hugo Montes publicaron una completa *Historia y antología de la literatura chilena*, que se adentra, pionera, en el siglo xx. Es curioso, siente el poeta, ingresar a la historia cuando aún se siente comenzando la vida. Viviseccionado como en insectario, lo privado expuesto al público, a las miradas. Lo definen como portador de una voz profundamente religiosa, inmerso en los grandes problemas de la vida y la muerte...

"El huésped" es otro poema testimonial de *Diario morir*, y que justamente reafirma esa vocación suya por la profundidad, por la vigilia alerta y lúcida, que lo acerca al misticismo. Solitario en su interior, como en ese poema en que se describe llegando a una pensión del sur:

Yo sólo estoy atento entre el crujir de la madera, y el mendigo del viento que clama por el pueblo, golpeando en cada casa, mientras le trancan las humildes puertas.

Yo sólo estoy atento. Solo, en el centro de este rincón de vida. (Se ahorcó anoche un anciano, siento oscilar su cuerpo entre mis sienes). Todos duermen o aman, o piensan desvelados. Pobre tripulación, respirando en la noche. Siempre buscando el aire entre la oscuridad. Sin soltarse un instante de la vida...

De la misma tónica es "El ahogado", en que se hace uno, se funde, transmite ese estado:

Aquí estoy deshaciéndome en las cosas del mar, yéndome en ellas.
Volviendo hasta la tierra lentamente.
Subiendo mi saliva hasta la espuma, yéndose mis cabellos en las algas, volviendo mis orejas caracoles, astillando mis huesos en espinas, entregando mi pecho al gran sonido, y dejando a mis dedos arrancados irse como moluscos a las rocas...

Fue por entonces cuando volvió a Colombia, país que le preparara un gran homenaje por su actitud ante el refugiado liberal. Habló en sus universidades, se reunió con su prensa, paseó por Popayán con el maestro Guillermo Valencia, por Manizales con Antonio Llanos, por Cali con José María Vivas Balcázar quien luego sería diplomático en Chile... En toda esa geografía tiene poetas amigos que lo esperan, y como ha caído el dictador Rojas Pinilla corren nuevos aires y están en ánimo de fiesta.

Tantos amigos, que se dijo en Bogotá que Barrenechea no era ya el embajador de Chile en Colombia, sino el embajador de Colombia en la poesía de América... Desde entonces lo llamarían "poeta colombo-chileno" y comenzaría a crecer su presencia en textos y referencias de ese país.

Alojaba en la casa de su compadre Arturo Camacho Ramírez. Un día llegó un sujeto a "agradecerle". Barrenechea no lo recordaba: "¿Agradecerme qué?". Venía a darle gracias por su vida. Era el liberal Fernando Durán, a quien había asilado siendo embajador, y al que un tribunal de guerra había condenado a cuarenta años de prisión. Al saber que Barrenechea iba a Colombia había viajado... desde Estados Unidos. ¡Cuántos años! A veces, por dentro, el poeta se siente mayor aunque apenas tiene 47 de edad.

Lo de Colombia se irradió al país vecino. Invitado por la Casa de la Cultura del Ecuador, institución de notable actividad por entonces, se encontró en vivo con poetas que conociera cuando, estudiante universitario, visitara en Santiago Poniente a Rafael Vallejos, en largas noches tomándose "canelazos" y leyendo poesías. La única desgracia es que Vallejos, quien debió ser el mejor de sus guías en Quito, justo había fallecido el año anterior. Sólo pudo visitar su lápida y colocar una corona de flores en acto oficial, con los colores de las banderas de ambos países.

De agosto a noviembre de ese año anduvo entre los dos países andinos, visitando amigos, dando conferencias, lecturas, asistiendo a banquetes de adhesión, tomando aire luego de los años de silencio, aprovechando también de volver al Perú, haciendo carne la integración cultural de América Latina... Como no había obras suyas en Ecuador, la Casa de la Cultura publicó su *Poesía completa*, gesto de honor, desusado y sin precedentes para un extranjero. Creció, así, en numerosos lectores de esos tres países.

América Latina florece en su interior, de viaje en viaje, desde el descubrimiento de la América precolombina años antes, con su viaje a Honduras y el poema "Copán en ruinas":

> Un sólo paso di y atravesé milenios. ¿Cómo pude llegar en un instante de nuestra vida hasta el país del sueño?

Por entonces, cuando lo escribiera, años '40, el mundo indígena americano al que dedica varios poemas no era tema para las ideologizadas y europeizadas vanguardias del Cono Sur. Sería uno de sus pioneros, gracias a sus muchos desplazamientos geográficos y a los orgullosos artistas e intelectuales que, de sitio en sitio, lo fueron deslumbrando de paisajes, arquitecturas, joyas, tejidos, poblados... Podía cerrar los ojos y desfilaban ciudades, pueblos, caseríos andinos, costeños o selváticos.

Por cierto azar llegó a un cargo muy útil para desplazarse. El propulsor de la aviación chilena, Arturo Merino Benítez, hombre que tendía a ser bastante insolente con los poderosos, pero bondadoso e incluso dulce y fraternal con los necesitados, decidió abrir un espacio efectivo para que la empresa fuera realmente nacional, ligada al desarrollo del país, a su abrupta geografía, más allá de prestar un servicio de transporte de pasajeros y carga; debía ser, como antes el ferrocarril, un agente de progreso. Además del poe-

ta, entraron al directorio el radical Ezequiel González Madariaga, Luis Undurraga y el liberal Pablo Aldunate Phillips.

Como presidente de la empresa asumió un parlamentario apodado "el Alemán" por su mentalidad, Pedro Opitz, que cumplía con excelencia su misión renovadora en carga y pasajes, el experto. Para coronar su período, viajó a comprar máquinas nuevas. El poeta, estupefacto, amaneció de presidente de Lan-Chile. Para colmo, tratándose de aviones, el nombre exacto del cargo lo sobrecogió: era el "Presidente Accidental". Lo que hizo fue citar al director, hombre inteligente y preparado, el capitán Juan del Villar, y decirle que todo quedaba a su cargo. Por su parte, se entretuvo largamente con un piloto aficionado a los vuelos astrales, espiritista, que lo invitó a una sesión. El aviador aceptó que el poeta llevara al ex Comodoro del Aire Marmaduke Grove; el supuesto espíritu se dedicó a hablarle a "don Marmaduke" toda la velada.

Era la del orador Barrenechea una palabra espontánea, que no surgía de la búsqueda de palabras, intelectual, sino de una libre manera de mirar. Así como un día de primavera en que, de sorpresa, debió partir con los demás miembros del directorio al aeródromo, a conocer las naves nuevas. El verdadero presidente de Lan, Optiz, estaba de regreso, Y con él, las máquinas.

Se trataba de cinco Fokkers, y los aviadores chilenos no cabían en sí de orgullo. Esbeltos y brillantes, aerodinámicos, resplandecían bajo un cielo azul de aristas luminosas. Ahora sí quedaban atrás los aviones de maderas y lona, ahora se daba inicio a una nueva era, la Edad de la Tecnología.

Al poeta, ahí mismo, le pidieron que hablara. Barrenechea estuvo mirando las aeronaves que, bautizadas, ostentaban ya sus nombres: Diego de Almagro, Pedro de Valdivia, Inés de Suárez...

Comenzó. Ellos, los conquistadores españoles, habían entrado a la tierra de Chile para que el país fuera entre las otras naciones conocido. Habían ingresado al territorio iluminando la tierra con el brillo de sus yelmos y corazas, y todos los pueblos supieron de Chile, desde entonces. Ahora, con esos mismos nombres y nuevos brillos de metal, los aviadores iban a iluminar no la tierra, sino el cielo de Chile...

La sonora voz se apoderaba del lugar. Los aviadores, emocionados, sintieron el peso de la historia, su lugar en ella, propio.

La vida seguía su curso, así de inesperada entre cargos y viajes. El poeta Vicente Gerbasi, amigo vocinglero de noches bogotanas, ahora estaba de Adicto Cultural de la Embajada de Venezuela en Chile. Una mañana, otoñal, su voz atronó desde el teléfono en la casa de Infante:

-¡Julio! ¡Tengo algo fabuloso para ti! ¡Rómulo te invita, con tu señora, a su toma de posesión en Caracas! ¡Pero debes partir hoy mismo! ¡Hoy!

Fue un día tremendo, por alcanzar el avión que despegaba a las cinco de la tarde; era ése el avión que el protocolo venezolano recibiría. Como el gobierno de Jorge Alessandri no había designado delegación alguna a la ceremonia, Rómulo Betancourt invitó a su gusto: Salvador Allende, Julio Barrenechea, Eduardo Frei Montalva y el ex embajador en Venezuela Rodrigo González, los cuatro con sus respectivas esposas.

El poeta llegó con las visas, a su casa, apenas a tiempo. Pero doña Jaia no estaba lista. Él partió al aeropuerto, para ir adelantando, pero, desde la sala de embarque vio elevarse el avión. Siguieron a Buenos Aires en la esperanza de encontrar allá una conexión más fácil. Allá, en el hotel, descubrió el poeta que sólo le habían puesto ropa de etiqueta, y que el frac no tenía la camisa correspondiente. Decidió comprarse ropa en el centro de Buenos Aires pero, incómodo y extrañado, quiso saber la razón de la moda de chaquetas tan cortas. El vendedor levantó la vista, orgulloso: "Porque aquí nos gusta lucir lo que tenemos".

Por supuesto, ya nadie los esperaba en Caracas. Partieron al hotel Conde, una buena elección porque apenas entraron al *lobby* distinguieron la familiar figura de Frei Montalva. En la noche hubo gran banquete de frac en el Palacio Amarillo, pero no habían alcanzado a llegar las invitaciones para Barrenechea; con su señora, se fue a comer un sándwich y tomarse un café en un modesto local cercano.

Al día siguiente los cuatro chilenos partieron a saludar al nuevo presidente. Betancourt miró con desconcierto a Barrenechea, parecía sorprendido, pero después –rememorando la amistad de Santiago– los invitó a su oficina, excusó el error de la Secretaría. Eran huéspedes oficiales por todo un mes, con auto y chofer, en la misma habitación del hotel Conde y con derecho a vales, charlas pagadas en las radios, obligación de invitar amigos al hotel, todo. Venezuela los recibía.

Fueron días de fiesta, uno tras otro, y muy bien atendidos. Como se corrió la voz de que Allende era un fanático del dulce de coco, en las noches, de regreso, Barrenechea y Rodrigo González -Frei era más serio— le golpeaban la puerta: "¡Quiero mi cocooo!". Ya en Santiago, el Adicto Cultural de Venezuela –el "loco" Gerbasi– confesó que nadie esperaba a Barrenechea en Caracas por una razón muy sencilla, la invitación la había inventado él:

-¡Es que tú Julio merecías estar ahí!

En 1956 el poeta inició un nuevo referente político, intentando, una vez más, abrir un espacio político chileno, independiente de corrientes extranjeras, más o menos inspirado en el APRA peruano; fue su presidente también. Pero no resultó. El país, fuertemente ideologizado, se había seccionado en tres segmentos rígidos, la derecha, la izquierda internacional y un centro social cristiano que será el más afín a sus ideas. El año siguiente el poeta se presentó de candidato al Senado, por Santiago. Perdidas las elecciones a pesar del enorme arrastre de Eduardo Frei Montalva que, siendo su compañero de lista, obtuvo la primera mayoría nacional –se pensó que con sus votos no sería necesario gastar en una campaña adicional para el poeta—, éste decidió alejarse de la política activa y concentrarse en la gremial, ya que ese mismo año fue elegido presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

Siente una nueva libertad en el retorno a una vida más privada. El hijo mayor, homónimo, ha crecido. Con él pasea, largo y tendido, por el barrio, tal como él lo hiciera con su propia padre, don Julio César, casi medio siglo más atrás. La vida sigue su curso, por donde ella quiere.

Barrenechea tiene ahora tiempo libre, tiempo propio, para su poesía. Al anochecer, en las esquina de Irarrázaval con José Manuel Infante, va al Rhenania. Ahí comienza el itinerario, en la vara, pidiendo de inmediato su dosis de tres mentas. Luego es El Crucero, en la misma avenida, un poco más abajo, casi esquina de Julio Prado, es una cervecería. Al final, ya de noche, El Bohemio, lleno de obreros y universitarios del Instituto Pedagógico a las dos de la mañana, los que comienzan a acercarse, a rodearlo en silencio, y se instalan a oírlo hablar. Anécdotas, chistes, viajes, política...

Una vez, en el centro, cerca de la Plaza de Armas, acompañado de un amigo con el que conversaba mientras se hacía limpiar los zapatos, el lustrabotas quedó tan enganchado en los cuentos que, terminada la faena, tomó sus cosas y los siguió. Para seguir escuchando...

Se le acercan escritores jóvenes, a las tertulias de los sábados que comienzan al almuerzo y a veces siguen hasta el amanecer. Algunos son muy asiduos a la casa pero tienen sentimientos mezclados; Nicanor Parra y José Donoso salen –en distinto año– con la mayor de sus hijas, Diana Coya, lo que no termina de tranquilizarlo porque ella tiene 19 años y Donoso, por ejemplo, ya alcanzaba los 33. Mientras Claudio Giaconi, el rebelde autor de *La dificil juventud*—que será el libro emblemático de la Generación del '50— invita a la segunda, María Eugenia, con persistencia. Bernardo Subercaseaux es otro de los asiduos y a veces se mezclan las generaciones, los de 1938 con los del '50.

Eso le gusta. De pronto aparecen unos estudiantes en la puerta del bar El Bohemio, universitarios a los que no les alcanza para una cerveza, el futuro ministro Benjamín Teplizky uno de ellos. Se aseguran si está el poeta instalado, porque saben que él les convidará un trago a cada uno, ese vaso con el que tendrán el derecho a instalarse en una mesa toda la noche.

Por entonces llega Marlene Dietrich a Chile. Aunque tiene 57 años sigue siendo una diosa y su aureola está intacta. Por lo mismo, cobra 3 millones de pesos por cada presentación, una fortuna, y las entradas resultan carísimas pero los santiaguinos llenan los teatros Rex y Central. En la fiesta en su homenaje, en el Hotel Carrera, el poeta baila con ella, emocionado. Aunque nunca hablara de otra mujer desde el día de su matrimonio, la Dietrich –de largos ojos velados, como los de su propia esposa– siempre había sido la excepción.

En 1959, otra sorpresa de la vida; lo nombran Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua, y correspondiente de la Real Academia Española: "Resulta extraño, incluso para mí—comentará— que alguien tan poco académico llegue a la Academia...".

Tendrán que asomarse a otros podios, a otros escenarios.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES

Elegido presidente de la entonces poderosa Sociedad de Escritores de Chile, al año siguiente, en su ejercicio, el 22 de marzo de 1960 cumple con el deseo de Gabriela Mistral y acomete el traslado al norte de la urna que contenía sus restos. Era el último viaje del primer Premio Nobel de Chile, desde el cementerio de Santiago hasta Montegrande. Ella había querido descansar para siempre en su valle del Elqui.

En la capital, en un carro del Ejército y envuelta en la bandera nacional, bajo la colorida lluvia de las floristas fue llevada a la Plaza Ercilla. Instalado el ataúd en una carroza, se le trasladó hasta el Aeropuerto de Los Cerrillos donde el Grupo de Aviación Nº 10 le tenía preparada una capilla ardiente en la que el cuerpo pasó la noche. De mañana, un avión de la Fuerza Aérea se elevó en el aire en dirección norte y la trasladó a La Serena, junto a la comitiva oficial. En ese aeropuerto, docenas de autoridades y escolares los esperaban.

La urna fue depositada en un féretro y éste en un carrobomba. Jorge Martínez, alcalde de La Serena, presidió una breve ceremonia y el cortejo, lento, inició el camino hasta Vicuña. A medida que avanzaba, desde las laderas del valle fueron bajando docenas de estudiantes, portadores de flores, quienes crearon un luminoso dosel a su paso.

Las imágenes de la poesía de la Mistral, higueras y viñedos, casas de adobe y andenes evocadores de los incas, dulces papayos y ásperas piedras, todas emergen a la vista de los peregrinos de las letras, haciéndose presentes. Más allá es toda la ciudad de Vicuña, con sus campanas repicando, la que la recibe en las calles. Ahí están, en ese lugar pequeño, su partida de nacimiento, la de bautismo, y también el diario local donde ella publicara sus primeros textos en prosa.

Siguen hacia Montegrande, entre pequeñas aldeas de barro y paja, por un camino angosto penetrando en el valle, acercándose a la Cordillera de los Andes. Paltos, naranjos e higueras los escoltan, persistentes en esas tierras de sabor bíblico. Al fin llegan al lugar de su infancia, donde espera el mausoleo que cuidará sus restos, el que el poeta encargara en nombre de la Sociedad de Escritores de Chile. El humilde poblado vibra de colores, por las muchas banderas de todos los países que ella visitara. Entre ellos, el pabellón de Suecia, de la nación que le otorgara el Premio Nobel.

Es su historia, viva, la que late en el Valle del Elqui.

Entonces se eleva, otra vez, la voz del orador Julio Barrenechea en uno de los discursos más recordados de su vida. Las personalidades políticas, como Gabriel Valdés Subercaseaux, Radomiro Tomic, Emilio Pfeffer Pizarro –subsecretario de Educación de la época– y Joaquín Holzapfel Anwandter, o las literarias de la sociedad como Hernán Poblete Varas, Raúl Aldunate Phillips, Manuel Eduardo Hübner, Carlos René Correa, Diego Barros Ortiz y la escultora Laura Rodig, no olvidarían sus palabras. El orador y el poeta se fundieron, como nunca, en elocuencia e imágenes improvisadas en ese día histórico.

Seguía su voz, sonora, rebotando en los cerros:

"La hemos traído para compaginarla con su cerro, para que calque la tierra su aquietado perfil, para que el viento sienta en el estremecimiento del follaje desmadejarse sus cabellos, para que la luz del día se surta de claridad en su mirada hundida, para que la noche solitaria del norte amable aprenda la lección de su silencio solemne, para que toda ella desvanecida se reintegre a su piedra y a su aire que conjugaba dureza y liviandad, conocimiento de la muerte y ardor vital (...).

"La hemos traído al sitio que modeló su espíritu, que templó con esmero la primitiva cuerda de su gracia en germen. Aquí la hemos traído y aquí la sembramos, para que su árbol prospere eternamente, abriendo su benéfica sombra sobre el mundo.

"Del Cementerio General de Santiago, camino de Montegrande, partió como el fondo de un río dormido, entre dos orillas de niños chilenos. Su paso dejó por las largas calles una huella de flores. Fue como si hubiera pasado la primavera.

"Los pueblos le vienen tributando los homenajes del camino. El valle le ha vuelto a pasar su verde mano por la frente. ¡Oh!, gran mujer multiplicada, eras tú demasiado para morir una sola vez.

"Fuiste la estatua viva de muchas cosas, reliquia de la patria. Fuiste la estatua de la madre, de la maestra, de la doliente creadora. Fuiste el más acabado monumento de la mujer chilena, desde tu humilde pedestal hasta la cúspide de tu gloria.

"Por todo esto la patria te venera y se honra un país que sabe honrar, y que al mirarse en el espejo de sus ingenios, ve dignificado el rostro del pueblo. "Gabriela Mistral, hubiera querido hablarte sólo con un gran silencio, parecido a tu serena majestad. Ahora para tu paz, que se apague el cielo de tu tarde, y que bajo las flores pequeñas llegadas desde todos los rincones del valle puedas, suavemente, soñar con tu infancia"...

Del representante del Ateneo de La Serena, del alcalde de Paihuano y del intendente de la provincia, también se suman las palabras. La guardia de soldados, el capuchón de la Orden de San Francisco para envolverla ya que fue devota de él –miembro de su Orden Tercera–, la dejan finalmente lista, como quiso, para dormir por siempre en Montegrande.

Y allí, en paz, "soñar con su infancia".

Misión cumplida.

Al año siguiente, 1960, justamente en su amada Bogotá, participó el poeta en el Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, en el hermoso palacio neoclásico de la institución. No podía no pensar en el reencuentro con Camacho, Carranza, Rojas, Valencia... Serían dos semanas de fiesta.

Pero no fue así. Primero, lo habitual. Miguel Alemán, el presidente de México, hizo un llamado a la paz mundial, siempre amenazada por la Guerra Fría. Luego se estatuyó el Premio Cervantes, especie de Premio Nobel para promover la literatura en lengua española, el que pasaría años sin concretarse. A Barrenechea le encargaron, como orador, que en nombre de los académicos rindiera homenaje al gran maestro Guillermo Valencia, el patriarca local.

El tema más duro y conflictivo comenzó entonces a emerger. Se postuló la idea de solicitar a la Real Academia Española que borrara de su diccionario los términos peyorativos hacia el pueblo judío y otros igualmente perseguidos, como el gitano. Hubo una disputa de varios días; Colombia y Costa Rica eran los gestores de la noble y generosa iniciativa, y sus representantes propusieron que fuera Barrenechea fuera quien la presentara, por su oratoria pero también por sus acciones contra el nazismo en Chile.

Salvador Rozental, el secretario ejecutivo del Comité Permanente Pro-Minorías Judías en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, entidad que ya había logrado la salida de 30 mil rusos de ese origen –invocando el artículo 13º de la Declaración de los Derechos Humanos–, estaba escéptico. Y también Nahum Goldman, un argentino de fuerte acento.

Aunque hubiese personalidades tan señaladas como Manuel San Martín, primer Rector Honorario de la Universidad de San Marcos de Lima, y Barrenechea de Chile, intuían fuerzas muy contrarias al proyecto. Pero era la primera vez, al fin, que se habían reunido los 18 países latinoamericanos en torno a los temas de su lengua. Tal vez ello los empujaría a borrar siglos de una inquina que no era propia –venía del Viejo Mundo– hacia el pueblo de Israel.

Fue el presidente de la delegación de España el que inició la campaña en contra. Astuto, dijo que a él no le importaba que le dijeran "godo", que todos los nativos de un país recibían apodos de otros... Gran aplauso del público porque –como él sabía perfectamente– a los conservadores en Colombia se les dice "godos". A Barrenechea le correspondió entonces el uso de la palabra. Siempre partía suave, casi conversando, en un tono bajo que obligaba a poner atención. Luego, a medida que él mismo se sintonizaba, entrando emotiva e intelectualmente en el tema, la voz subía de tono y se iniciaban las imágenes sorprendentes. Una vez más, el milagro se produjo; ante la emoción de Rozental y Goldman, se aprobó la moción.

La Real Academia de la Lengua Española, hidalga, cumplió con su promesa de revisar el diccionario al respecto. La campaña culminó en el Concilio Vaticano II, cinco años después, cuando formal y oficialmente se estableció que el pueblo de Israel no debía ser llamado "deicida". Nunca más. El muy agradecido presidente de del Consejo Judío Mundial, doctor Goldman, le extendió a Barrenechea una invitación de honor para que visitara el Estado de Israel; apenas pudiera, se le esperaría.

Poco después, siempre en 1960, viajó el poeta a un congreso en París. Como una de las figuras representativas de la cultura de América, tenía un lugar propio en el Primer Congreso Mundial dedicado a los perseguidos, y especialmente en favor de los tres millones de rusos de origen judío de la Unión Soviética, minoría que no contaba –como otras soviéticas– con el derecho de hablar su idioma o publicar periódicos.

En el Pabellón Dauphine del Bois de Boulogne, en un hermoso día de otoño, se reunieron alrededor de cincuenta personalidades del mundo cultural de Europa, América y África. El filósofo Martin Buber, ya por entonces octogenario, habló en el día inaugural. Entregados por otros personeros los informes concretos, a lo largo del día hablaron varios delegados y se comenzó a redactar un acuerdo para enviarlo al gobierno soviético a través de su embajador en París.

Una funcionaria de la Embajada de Israel se acercó al poeta, entregándole un cable recién llegado desde Chile. Inquieto, contuvo la respiración ante la eventual desgracia que había impulsado a alguien a comunicarse con tanta urgencia. Como llevaba dos meses fuera de Chile...

Sin embargo, las escasas palabras, firmadas por su mujer y sus cinco hijos –Julio César, Diana, María Eugenia, Alfonso y Aura–, eran para comunicarle una muy feliz noticia; se le había otorgado el Premio Nacional de Literatura. Daniel Meyer, presidente de la Liga de Derechos Humanos y ex Primer Ministro de Francia, quien también había sido informado del hecho, lo comunicó a la asamblea, la que se puso de pie para rendir homenaje al poeta latino-americano.

La fiesta de los chilenos fue memorable. Al mediodía, justamente cruzando la Place du Santiago du Chili, muy cerca de la Embajada y en un café con mesas en la calle, se encontró con dos coetáneos bohemios y amantes de las letras, Agustín Picó Cañas—el "Cucho", hombre poderoso de la cadena periodística de *La Tercera*— y el crítico Gonzalo Orrego Salazar, amigo de cien noches, con el que se habían juntado muchas veces ante el interés de los dos en el Partido Agrario Laborista, otro ensueño más de un movimiento de inquietud social y nacionalista, americano. Esto, antes de la invitación de Frei Montalva a participar en la común campaña a senador por Santiago.

Juntos bebieron un aperitivo por la noticia y luego pasaron a la Embajada donde Hernán Echenique, diplomático, los invitó a todos a su casa para festejar; su esposa no le perdonaría no participar en el suceso. Así se hizo, terminando la fiesta de madrugada en el café La Rotonde, en la esquina de Montparnasse (¡El Monte del Parnaso!) con Raspail. Una noche que no olvidaría, esa fiesta en la Ciudad Luz, entonces el centro del mundo... También se brindó a la salud de Juan Gómez Millas, de Luis Droguett, de Rodolfo Oroz, de todos los miembros del jurado que, por unanimidad, le habían dado el galardón cuando tenía apenas 50 años, una edad excepcional en la historia del premio, salvo el caso de Neruda, un fenómeno, que lo había recibido a los 41.

Pronto llegarían otras noticias del país, mucho menos felices; los horrorosos detalles del terremoto y maremoto que habían sacudido su amado sur. En las calles de París aparecieron en las esquinas unos afiches que decían "Chili, le pays du malheur" (Chile, el país de la desgracia). Era el título de un documental pintoresco, ajeno a las desgracias del momento, en que la productora, para satisfacer el gusto europeo aficionado a lo exótico, sólo había contratado extras indios. Chillán, Puerto Saavedra, todo habitado por indios... Para un conocedor del país, era una película de lo real maravilloso, surrealista.

El 18 de septiembre, día nacional de Chile, con el embajador de Colombia ante la UNESCO –el escritor Eduardo Zalamea Bordase fue a Montmartre, a la taberna Lapin Agile, la que visitaba Verlaine. A la salida le mostró Zalamea una pendiente que arrancaba junto al lugar: "Por aquí se iba el viejo, borrachísimo".

Volvió el poeta a Chile, por poco tiempo. Pronto debía partir a Alemania, a celebrar el décimo aniversario del Congreso Mundial por la Libertad de la Cultura, evento que había tomado forma después de la Segunda Guerra Mundial. Con él se quiso iniciar el restablecimiento de los vínculos entre naciones vecinas que habían roto todas sus relaciones por varios años de guerra, quedando entre ellas un denso manto de recelo y tensiones. Los artistas e intelectuales –se esperaba– al ser pacifistas podrían dar el primer paso.

Como estaba tan cerca, el delegado israelí lo instó a conocer su país, a aceptar la invitación cursada en Colombia. Su gobierno lo esperaba... En un vuelo de París a Tel-Aviv, interesado en conocer los escenarios de la vida de Jesús pero también curioso por conocer el mundo del nuevo Israel de los kibutz, partió hacia Tierra Santa. Un viaje que, otro paso más, lo acercaría a lo espiritual, lo invisible.

En medio de las festividades del Año Nuevo Judío, y con la sorpresa de encontrarse en el aeropuerto israelí con Abraham Darom –el mismo con quien a lo largo de la vida se había visto en varias acciones por la creación del Estado de Israel–, pisó ese país el primer día hábil del año de 5721, según el calendario hebreo.

Caminó por las calles de Jerusalén, Tel Aviv, Nazaret, experiencia que daría origen a su libro *Israel, un árbol por cada muerto*, en cuyo epílogo escribió una frase rotunda: "La humanidad civilizada tiene una deuda con el pueblo judío. Fue éste el que entregó la más alta cuota de sangre, para que se saciara el oscuro instinto del hombre, que cada cierto tiempo aparece en la historia".

En cada rincón se hacía presente, y en cada acto, el recuerdo de Jaim Weitzmann, el primer presidente, fallecido ocho años antes. El fue quien ya en 1906 planteara a Lord Balfour el sueño de una patria judía, a lo que el inglés respondió preguntándole qué le parecía Uganda como hogar para los judíos. Replicó Weitzmann:

-Quizás París sea más hermosa que Londres. ¿Estaría usted

de acuerdo con el cambio?

 -No, porque Londres es alma y esencia del pueblo inglés -respondió Balfour.

-Pues, así lo es también Jerusalén para los judíos.

Seis millones de muertos en la persecución a los judíos, seis millones de árboles habían plantado al llegar. Era también la población de Chile entonces, y Barrenechea hizo la analogía en su libro, invitando a sus lectores a imaginar las ciudades vacías, desde Arica a Punta Arenas, sin un alma, ni en los campos ni en las caletas, ni en las montañas ni en los bosques, los chilenos todos desaparecidos. El territorio de Chile sin rastros humanos.

Los árboles eran los protagonistas del nuevo país. Los seis millones de la campaña inicial había continuado creciendo, eran ya cerca de sesenta millones creciendo entre las piedras, cambiando el paisaje, creando la sombra para la vida nueva de la vieja raza. No es grande el territorio para un americano, y lo saben sus anfitriones, por eso le dicen que no saque la cabeza de la ventanilla del tren, porque se le puede quedar en Jordania... Dos millones doscientos mil judíos, aprendiendo a vivir entre 40 millones de árabes. No sería fácil.

Aunque al visitar un centro de producción moderno, a gran escala, el poeta preguntara a quién le venderán lo fabricado, y la respuesta llegara rápida como un rayo:

-A los árabes.

Recuerda, entre otros aportes de esta colonia a Chile, al filósofo Félix Schwarzmann, al embajador Daniel Schweitzer, al periodista Marcos Chamudes, al político Volodia Teitelboim... Y especialmente a su compañero de la Escuela de Derecho, Óscar Waiss, el que fundara una editorial que sólo alcanzó a publicar un libro, El mitin de las mariposas, su primera obra.

En su *Israel, un árbol por cada muerto* cuenta el poeta que, siendo de familia muy católica por el lado paterno y materno, y él mismo un niño "extremadamente católico, amigo de catecismos y novenas, partidario del padre Ortega en la Recoleta Franciscana y del padre Pedro en los Salesianos de la Gratitud Nacional", no había para él mayor dicha que revestirse "con sotana y camisola para ayudar en el oficio del Mes de María".

En ese ambiente, de manera natural, cuenta que llegaban a su imaginación los judíos, "convencido de que eran unos hombres perversos, cuyo único papel en la historia de la humanidad había sido el de martirizar a Jesucristo". Pero, en su misma cuadra de la infancia, en su mismo kindergarten, descubriría que su amigo Miguelito se apellidaba Michelson –suya sería la hermosa Droguería Michelson en la Avenida República– y que era judío.

Ahora, desde la ventana del Hotel King David, la ciudad irreal, que no parecía creada por hombres, tallada en piedra amarilla e iluminada, refulgía bajo la luz. Era un destino que se cumplía, sin saber porqué, un círculo que se cerraba y que lo había conducido

hasta ahí.

Llega a verlo al hotel Vicente Gerbasi, el poeta venezolano, el mismo "loco Gerbasi" que lo invitara a Caracas a celebrar la asunción de Rómulo Betancourt como presidente. El que lo había invitado sin invitación... El vividor caribeño, gozador, está de embajador de su país ante Israel y será su mejor guía.

Con su barba larga de patriarca, está distinto. También se sentía tocado por esta ciudad; él será quien le muestre, sin siquiera ocultar su emoción, el Monte de los Olivos. Aún quedaban ocho árboles de cuando Jesús velara la noche de su dolor, ocho testigos. Allá la Mezquita de Omar –le mostró– construida sobre los mismos

cimientos del Templo de Jerusalén.

Abraham Darom, el amigo encontrado en el aeropuerto, es el que lo lleva a un kibutz, una de las granjas colectivas que cautivaran la imaginación mundial desde la creación del Estado de Israel, tanto como sus mujeres soldados. Para los residentes es algo natural; era tal el desafío de habitar la tierra áspera en medio de tantos enemigos reales o potenciales, que sólo podía lograrse en grupos y con una disciplina casi militar. La lechería, el gallinero, la maquinaria agrícola, todo es propiedad colectiva y sus utilidades se reinvierten. No hay dinero propio. Para un viaje, o incluso para asistir a un espectáculo, hay que solicitarlo expresamente.

No son todos iguales, para nada. Las diferencias económicas, de origen, de idiomas, de facciones religiosas, son a veces tajantes. Unos quieren la vieja patria hebrea, ortodoxa. Otros, venidos la mayoría de Nueva York y California, son liberales y sueñan con una patria moderna. En uno de los modernos hoteles, en una ciudad nueva, un judío brasileño se le acerca desesperado; para hablar. Sólo conoce el portugués y el yiddish, no el hebreo, por lo que lleva semanas sin poder comunicarse. Cuando

reclama siempre hay alguien que lo reta por no entender que debe, como los demás, asumir el presente y aprender la lengua oficial de la joven nación.

Al atardecer visitan una iglesia construida por los cruzados en la Edad Media. Un sacerdote francés, que se yergue en el huerto con una mirada llena de luz, vive ahí en completa soledad. En el templo, de muros propios de una fortaleza, donde los frescos murales se han ido descascarando con el tiempo, regala un concierto de órgano a los poetas de América Latina. Los invita a sentarse en la penumbra creciente, llena el lugar de una música leve, como de ángeles, que se contiene por la acústica serena del lugar. Cae el sol en Israel.

Los poemas se acumulan en el interior de Barrenechea, hasta que de pronto hay un momento tranquilo –como ése– para desahogarse. Otro día, lo mismo en el kibutz de Ramat-Rachel. En el mirador, levantado para dar la alarma en caso necesario, se contempla el horizonte. Allá se ve Belén, a los pies de la Iglesia de la Navidad.

Visita el Instituto Einstein de la Universidad Hebrea, lugar donde se experimenta el uso de la energía solar. Cerca, una bellísima sinagoga de audaz diseño es donación de los judíos de Brasil, los que la enviaron hasta con sus arquitectos. Es toda ella un homenaje a la luz de Israel, la que entra en haces casi sólidos por puntos precisos. Parece pertenecer al futuro.

En el Monte Herzl hay ya tres mil tumbas. Son los que fueron llegando, los primeros, los que dieron su vida para el nacimiento del nuevo Estado. Nacidos en el Yemen, en Nueva York, en Odesa o Irak, la muerte los ha congregado para siempre. También hay tumbas de locales, nacidos ahí junto al Lago Tiberíades.

En el Monte del Recuerdo se honra a los 6 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, víctimas del nazismo. Hay una institución encargada, cuyo director fuera diplomático en América del Sur, el que recibe feliz al poeta recién llegado. Le pregunta, desde su hondo sentir antiguo, si no siente que allá en el Nuevo Mundo los latinoamericanos viven con demasiada facilidad, sin padecimientos. Abre los ojos, interroga con los ojos, habla con sinceridad. Cree, está convencido, que el dolor es maestro principal. Que el dolor es irreemplazable para el sabor de la vida, la vida verdadera.

En un templo bizantino del Monte de Sión una hermosa escultura representa a la Virgen María con los ojos cerrados; dicen que fue en ese lugar donde se quedó dormida. Sacerdotes católi-

cos los guían por el lugar.

Más allá, otro sitio sagrado. Los pasos de miles de peregrinos han gastado las piedras de cada escalón para llegar al piso alto de la casa de la Última Cena. Ya no queda casi nada, sólo el lugar marcado entre dos columnas solitarias. Pero es suficiente para que el poeta escriba en la noche: "Cristo estuvo ahí enfrente, y yo puedo entonces calzar mi corazón con el espacio en el que latió el Suyo sagrado".

Un día van a San Juan de Acre, a conocer el sueño de los guerreros cruzados tallado en calles angostísimas entre altos muros de piedra, con puertas y ventanas como esculpidas en montañas rocosas. Todo parece construido desde la eternidad y para la eternidad.

Seguirán las visitas sin descanso, a poetas y fábricas, lugares de ciencia –con computadores– y culto, arte y cultura, paisajes, siguiendo un programa con el que el Estado de Israel acoge a sus visitantes oficiales. Judíos llegados de Argentina, de México, hispanoparlantes son sus guías oficiosos, porque el poeta no domina el inglés.

Pero la tierra le habla. Parte al sur, al desierto del Neguev, y la música entra por la ventana. Árabe tal vez, o judía, se le confunden. Es la tierra misma la que proclama un hondo desgarro, la que revive algo que sucedió hace siglos, la que dejó una marca de melancolía que sigue viva en esa música y que quebranta al poeta cuando cae la noche y abre los postigos para sentir el aire que viene del desierto.

En la calle hay negros, frutas exóticas, aves de colores, como si hubiera vuelto al Caribe, a sus amadas tierras calientes americanas. Hay muchos jóvenes africanos, la mayoría estudiando técnicas agrícolas modernas. En Beer-Sheva, la capital del desierto del sur, lo visitan médicos chilenos y uruguayos de origen judío. Recuerdan con gusto sus países natales, sin arrepentimiento. Viven la vida como sagrada aventura y sus miradas están en paz.

Chile parece lejos de este esfuerzo sistemático, desgarrado, de trabajadores que no descansan. Efectivamente, al menos a la distancia, le parece tanto más ligera la vida en su tierra. Se acuerda de la anécdota del típico candidato que, en gira, prometió construir un puente si salía elegido:

-¡Pero aquí no tenemos río! -reclamó uno de los asistentes. No se complica el político: -¡También construiremos el río!

Los beduinos, de tez aceituna, ojos negros y vivos, pómulos salientes, bigote y nariz respingada, se parecen a más de un amigo de Santiago. Por eso le vienen los recuerdos. Estar con uno de ellos, en sus carpas sentado en almohadones, esperando el calentarse del café fresco y recién molido con el camello a la puerta, es algo que alarga la vida. Lo deja con saldo a favor, agradecido de su historia.

Las terrazas son inmensas en los hoteles, para esperar la aparición de las estrellas oyendo una música que, cargada de emoción, obliga a prestar atención. Dramática y antigua, para entregarse a su influjo.

Una lancha con cristales especiales permite, al día siguiente, asistir al espectáculo del fondo marino, los árboles de coral, las flores petrificadas, los colores de los peces extraños. Hay barcos que cruzan de Grecia, de Abisinia, de países imposibles. Cerca están las minas del rey Salomón, habrá que conocer sus columnas naturales.

Una corriente humana de judíos y de hindúes, drusos y árabes, turistas europeos y peregrinos locales, peregrina por las calles de Nazaret, cada grupo con su guía. Al chileno le toca un franciscano español que lo lleva a una basílica bizantina erigida donde habría estado, se cree, la casa de María. A su lado la gruta de la Anunciación, las oscuras piedras que habría iluminado la luz del Arcángel Gabriel. No puede evitarlo: se le caen, saladas, unas lágrimas... Y es que, ¡cómo gozaría su propia madre, de estar ahí!

Chileno, después de todo, es mariano. Es, ahora, uno más de los que cae por tierra y besa el suelo.

Hay un bosque que rinde homenaje al político inglés que firmó la declaración creadora del Estado de Israel, el Bosque Balfour. Como lo hay para cada personalidad importante de la historia de la nación. Incluso, por su defensa activa de la raza... hay un Bosque "Gabriela Mistral".

Camina por Cafarnaúm esquivando las rocas basálticas transformadas en piedras de molino, para ir a tocar las ruinas de la gran sinagoga donde Jesús hacía su oración vespertina. Mira incrédulo el templo levantado en torno a la piedra del milagro, en ella dibujada la cesta de los panes y la de los peces. Allá está la caleta de los pescadores, el sitio de la casa de San Pedro junto a los añosos eucaliptus.

El poeta captura cada una de las palabras que ahora y para siempre tendrán un nuevo significado en su poesía; higo, dátil, aceituna, laurel, ciprés, granada, piedra, mármol... Cada rincón de la geografía parece torturado por la historia, pero consolado por el paisaje. Como Tiberíades, donde las fuerzas de Saladino abatieron a los últimos cruzados, a los últimos 12 mil cruzados, cuya sangre parece imposible ante la bella pureza del agua liviana y celeste, como recién creada. ¿Alguna vez se espesó de tanta sangre?

El Jordán, en cambio, tiene aguas verdes. Arrodillarse junto a ellas, inclinarse, mojarse la cabeza, para renacer. El poeta entra la mano, toca las piedras del río, y siente que toca su mano, la mano

firme y dura del río.

Allá lejos, Julio Orlandi y Hugo Montes, en su *Historia de la literatura chilena*, han escrito que la poesía de Julio Barrenechea es de raíz religiosa. Tal vez, siente ahora, están en lo cierto. Parece haber vivido sólo para llegar ahí, a ese momento.

PREMIO NACIONAL Y FRUTOS DEL PAÍS

Al obtener el Premio Nacional de Literatura se concretó el proyecto de la editorial Zig-Zag, de publicarle una completa antología seleccionada por el propio poeta. La prologó el lúcido Alone, quien escribe en un párrafo:

"La (voz) de Julio Barrenechea, desde que empezó a dejarse oír, hace treinta años, se ha distinguido entre todas por una melodía penetrante y esencial, despojada de accesorios superfluos y que se lanza al aire desnuda. Es, a veces, una sola nota sostenida; pero esa nota, única y fina, de extremada sutileza, posee una virtud que traspasa como los rayos cósmicos y permanece vibrando largamente cuando se ha extinguido".

Dice más adelante que "el universo vuelve a renacer cada vez que un poeta verdadero nace", y termina: "Esta virtud pertenece a los verdaderos poetas, no a los demás". Él es él. Y con eso está todo dicho. Lo explica muy claro el mismo Alone, situándolo en el contexto histórico: "Posterior a Neruda y fuera de su órbita, posee la fuerza de ser él mismo".

La independencia de Barrenechea, la fuerza interna que le permite avanzar en solitario contra viento y marea, con los amigos que estén dispuestos, es lo primero que también se resalta en la presentación de Zig-Zag, citando al crítico Gastón Figueira: "Julio Barrenechea es uno de los mejores poetas americanos de habla hispana. No es –ni fue– ultraísta, ni sobrerrealista ni neorromántico: es él, con su manera peculiar y libre de novelerías".

También escribe: "És una música de cámara que no usa los bronces ni hace entrechocarse platillos metálicos, sino que pasa con arte mágico el arco por la cuerda, y, mediante ese solo movimiento, crea el éxtasis con tal segura maestría, que ya no queremos oír sino su acento y los demás al lado suyo nos resultan toscos, melodramáticos."

Zig-Zag también incluye el comentario del crítico Milton Rossel, que apunta en la misma dirección al celebrar al nuevo Premio Nacional "valorando así justicieramente su labor poética, realizada a través de toda su existencia, sin premura ni vanagloria, digna y recatadamente." Pronto aparece un estudio de Hernán del Solar sobre los Premios Nacionales, que describe con palabras similares esta poesía que, "clarísima, llena de emoción, a veces levemente risueña, de continuo leal en su amor a todas las pequeñas y nobles cosas de la vida, va haciéndose cada vez más profunda, sin cambiar el tono confidencial".

Pero también sabe, el ya celebrado poeta, que todo será olvidado muy pronto; lo ha visto con los grandes amigos de su padre. Por esos mismos días muere uno de ellos, Víctor Domingo Silva, el maravilloso agitador cultural chileno, el orador de fuego, el pri-

mer León de Tarapacá... y a nadie le importa.

Silva, el de 15 hermanos, periodista en Valparaíso e Iquique, poeta por siempre, diputado por Copiapó, novelista célebre de las románticas *Golondrina de invierno* y de los duros adolescentes del puerto en *Palomilla brava*, cónsul en Madrid, Premio Nacional de Literatura, cónsul en Bariloche, Premio Nacional de Teatro, Cónsul en Sevilla... Si llegó a escribir *Al pie de la Bandera* –verdadera profesión de fe de los patriotas chilenos– fue porque toda su vida exploró la historia nacional rescatando olvidadas figuras secundarias como el cabo Salazar –que atrapó a Orelie Antoine, "Rey de la Araucanía" – el mestizo Alejo y tantos otros. Como heredero espiritual de Caupolicán y Pelentaru, una noche lo habían condecorado los mapuches como el primer Toqui chileno. Ahora ha muerto, sin que se recuerde que fue un gigante en la Generación del Centenario.

Pero el Premio Nacional le da fuerzas a Barrenechea –y también respaldo oficial– para ahondar en su campaña de integración cultural americana. Éste es un sueño generacional, desde sus años de juventud en la FECH, y de cuando Santiago era patria intelectual de peruanos, venezolanos, ecuatorianos, bolivianos y colombianos; era natural, entonces, que fuera un chileno el que encabezara este proyecto, un chileno que ya se había beneficiado de la interacción latinoamericana. Colaborador del diario La Nación y la revista Siete Días en Santiago, pero también de La Prensa de Buenos Aires y El Tiempo de Bogotá, no le fue difícil iniciar la empresa.

De avión en avión irá tejiendo una red de comunicaciones que es considerada el antecedente –no para la integración, jamás lograda– del Convenio Cultural Andrés Bello, que irá abriendo los primeros espacios para el posterior avance de la UNESCO en el continente. Brasil, Colombia, Uruguay, Perú, Argentina, Panamá, Costa Rica y Venezuela son los países que recorre en esa campaña, aunando voluntades y comprometiendo acciones.

En Caracas le toca celebrar el 18 de septiembre en compañía de Juvenal Hernández, el gran rector de la Universidad de Chile, allá de embajador. Todavía es presidente Rómulo Betancourt, el amigo con el que pasara varios 18 en Chile siendo estudiante, el compañero de universidad que lo recibe con el mismo trato íntimo y cordial de siempre... el que no lo invitara a su toma del mando.

En cada lugar, porque maneja temas del momento pero también por su fama de orador de excelencia, muy histriónico, le encargan conferencias. En Buenos Aires, por ejemplo, en distintos lugares, presenta ponencias sobre Gabriela Mistral, en torno al derecho de asilo y luego varias de algo que interesaba tanto y más a los jóvenes políticos, el Israel moderno.

Cada vez que vuelve a Chile trata de hundirse en el paisaje, aunque sea en las cercanías de Santiago. Familias amigas de Lo Barnechea –los Neut Latour, otra de apellido Barrenechea y unos alemanes– lo invitan a pasar allá los días sábado, con frecuencia. Se mantiene el sabor campesino en ese lugar aunque la ciudad se acerque, por lo que se instalan artistas e intelectuales atraídos por ese ambiente. Le resulta curioso avanzar por la propia Avenida de Lo Barnechea, pisar la tierra de la historia familiar del bisabuelo Francisco de Paula, la propia historia tan remota, un valor especial del lugar.

Qué maravilla de aire, de luz, de montañas que crecen en masa al irse acercando a los faldeos cordilleranos. Lo goza con intensidad... No es de largas excursiones, es un paseante, un observador. Su mayor proeza deportiva, en toda su vida, ha sido literaria; narrar un partido de fútbol en un artículo para una revista, cuando estaba en la universidad. Lo terminó con una descripción del gol que se hizo célebre: "El futbolista del crepúsculo lanza el balón hacia las soooombras". Todavía, por ahí, alguno le recordaba la frase.

Le piden de la Universidad de Chile –y a ella nunca se niegaque dirija un gran foro sobre la Generación del '50. El ambiente literario está caldeado y es indispensable que los escritores logren debatir las ideas en juego, tender puentes entre generaciones; él, sociable, con amistades de todas las edades, debe intentarlo. En el Salón de Honor, como presidente del gremio, lanza un arenga que deja traslucir su voluntad amistosa, conciliadora.

Pero Jorge Iván Hübner, pálido y excitado, se levanta -como bíblico profeta- a acusar a los jóvenes de paganos, sórdidos, mor-

bosos, ambiguos, de aficionados a los ambientes dudosos y corrompidos, de pintores de un Chile oscuro, enfermo y depresivo.

Ahí hay varios del '50 para defenderse o atacarlo, como Mario Espinosa, Armando Cassígoli, Claudio Giaconi, Enrique Lafourcade y Perico Müller. Este último le responde, pregunta al público si no advierte las poblaciones callampas, los asesinatos, la corrupción de mayores y menores, los procesos por contrabando de estupefacientes... Los mayores, encabezados por José Santos González Vera, al fin se retiran ante una discusión que se alarga y nunca tendrá término. Cada generación tiene su propia ley, insuperable. Y está bien que así sea, le parece al poeta.

Poco después impulsó una Escuela en Valparaíso-Viña, para acercar los escritores al público. Francisco Galdámez, el gran promotor de las Escuelas de Verano de la Universidad de Chile durante dos largas décadas, le dio un apoyo decisivo. Se le hizo un homenaje a Rubén Darío, el "Padre de América", en el parque cuyo nombre lo recuerda; Enrique Lihn leyó ante el busto de Gabriela Mistral en la Quinta Vergara; Enrique Lafourcade hizo lo propio en una universidad; otro escritor en el molo de abrigo, entre otras acciones poéticas, todas con éxito de público ante estos eventos en espacios públicos.

La Ármada se comprometió a instalar un mástil en el muelle, una bandera –el anciano José Santos González Vera la izaría en nombre de todos–, amplificación y sillas. Al mediodía ingresó la banda de ceremonias de los marinos, puntual, y María Maluenda comenzó a recitar Al pie de la Bandera, en recuerdo del recién fallecido Víctor Domingo Silva. Al atardecer se clausuró el día con discurso del propio Barrenechea. Quedaría el acto, en su memoria, como el último donde poetas y prosistas se unieron sin distinciones ni banderías. La politización del país pronto haría estragos dando término a todo diálogo.

Aunque no quiere volver a acercarse a la política, tan divisoria mientras la cultura es integradora, le resulta imposible darle la espalda a ese mundo; la candidatura presidencial de Eduardo Frei Montalva lo electriza. Algo que no le sucedía desde los años '40 porque, en el fondo, ha comenzado a sentir que, más que las ideologías, son las religiones –la fe y no la razón– lo que mueve a la humanidad.

Aunque cada vez estaba más opuesto al comunismo soviético, el que tras la Cortina de Hierro o en Cuba acalla pensadores, poetas, filósofos, dramaturgos, imponiendo un silencio de muerte, igual sigue creyendo que no es la democracia capitalista la alternativa, sino la cristiandad que compromete al ser humano completo. A Frei y sus amigos los conoce desde los años universitarios, los días y noches de 1931 combatiendo al general Ibáñez del Campo con Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Tomás Reyes, Radomiro Tomic, Manuel Garretón... Siempre los ha visto a cierta distancia en ideas, pero ahora, con el paso de los años, los siente más cercanos; como si fuesen, tal como lo buscara su propio abuelo, una versión cristiana del Partido Radical. Un movimiento que también es de centro, anclado en la clase media profesional y orientado a solucionar las carencias de las grandes mayorías, pero iluminado por los valores de la humanidad cristiana.

Con Frei, vidas paralelas, siempre se habían estado viendo y simpatizaban, de ahí que fueran unidos en la campaña senatorial. Frei también hombre de centro, veía en el Partido Radical su aliado natural y muchos de sus análisis –y sensibilidad– coincidían con los de Barrenechea. Siempre había querido atraer al poeta, lo consideraba un cómplice intelectual y por eso le encarga, ahora, formar un movimiento de artistas e intelectuales adherentes a su candidatura presidencial.

Lo espiritual iba creciendo al interior del poeta. Lo alejaba de la revolución –tan seductora para la poesía– y lo acerca al reformismo tan criticado en su juventud. A la vuelta de los años, como su abuelo y su padre, opta por la opción moderada. Por el compromiso social pero sin revolución; por las reformas, pero en libertad. Como lo habían señalado las encíclicas sociales y lo demandaran los jesuitas Fernando Vives y Alberto Hurtado, frente a la miseria material y espiritual del pueblo chileno.

Frei aparece como una nueva esperanza, para Chile y toda América Latina, el portador oficial de esas ideas. Por lo mismo, muchos serán los adherentes de la "Alianza de Artistas e Intelectuales con Frei" que preside el poeta. Como el filósofo Jorge Millas, el más grande pensador chileno de la época, amigo de tantas tertulias semanales.

Barrenechea se moviliza. En la calle Seminario instala un libro de adhesiones y empieza a llamar por teléfono a los seguros o posibles simpatizantes; Alone, Fernando Santiván, Hernán del Solar, Edgardo Garrido Merino, Miguel Arteche, Guillermo Blanco, Carlos Ruiz-Tagle, Carlos René Correa, Javier Vergara, Alejandro Magnet, Arturo Aldunate Phillips, Hugo Montes, Enrique Bunster, Hugo Goldsack, Gonzalo Orrego, Luis Droguett, Alfonso Letelier,

Américo Vargas, Maruja Pinedo... Llegaron casi todos. Otros se movían solos, también convocantes pero en otros círculos, como Sergio Vodanovic y Mimí Marinovic.

Al fin llegó, decisivo, el domingo 21 de junio de 1964 en el Parque Cousiño. Llegan desde todo Chile las Columnas de la Marcha de la Patria Joven, y culmina la más grande concentración política que jamás se viera en el país. Como lo hiciera su padre con Alessandri Palma, y él mismo con Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, ahora es el poeta el que sube al podio una vez más, en nombre de los artistas e intelectuales, el que precede al candidato presidencial preparando así el ambiente –cansa la aceituna para que el huaso la ensarte, como le diría Juan Antonio Ríos– invocando la luz de su poesía.

En nombre de los creadores leyó su "Canto a la patria joven". La voz se alzó una vez más, en esa jornada diáfana. Parece entonces que el mar, la cordillera, los cielos azules, todo enmarca esa hora que inicia un nuevo Chile. Muchos recordarían después, ese día preciso, esa tarde, como un momento cumbre del siglo xx en Chile.

Sus versos iba cayendo a pedazos, sobre los manifestantes:

Y la Patria está aquí, reunida, como un mapa traído al pasar.

Hombres modestos, llegados desde lejos, desde Iquique o Puerto Montt, se miran oyendo esas palabras que, de algún modo inexplicable, pero emotivo, los hace entrar en la historia. Sigue el poeta:

Esto tuvo el chileno de siempre, tuvo un viejo deseo de andar. Quiso estar más allá de la nieve Quiso ver los países del mar. Caminar, en el Pueblo Chileno, es su bella manera de hablar. Es el hombre llevado de sueños, con la fe de algún día llegar.

¡Cómo no habían de turbarse, si estaban oyendo palabras que siempre soñaron oír! Caminar, en el pueblo chileno, es su bella manera de hablar... No podía decirse más en tan pocas palabras.... Allá en el alto escenario, con los micrófonos que reparten la voz poderosa por los cuatro puntos cardinales del parque, prosigue el poeta:

> ¡Patria nuestra que estás en los cielos, en la mina, la pampa y el mar!

Era mucha la emoción para los que venían caminando, precisamente, desde todos los rincones del país. Se habían ido sumando, encontrando, como hilos de agua que, en las confluencias, se unían para formar cauces mayores, siempre mayores, a medida que se acercaban a la capital del país. Una caravana ancha, incesante, hasta entrar a Santiago para finalmente dirigirse, ese día, a los espacios amplios del Parque Cousiño.

En ese año de 1964, al ser elegido presidente Eduardo Frei Montalva con una enorme mayoría, el primer nombramiento que anunciaron las radios fue el de Barrenechea, nuevo Embajador en México. Era el destino que había solicitado en los lejanos años '40, cuando muriera Ríos, pero González Videla se lo había negado por temer que, junto a Neruda en Ciudad de México, le armaran un frente internacional adverso. Ahora será el momento de instalarse en un país madre del sentimiento latinoamericano, el del orgullo indoamericano, con el que Chile debía acelerar los intercambios culturales. Allá debe crear una plataforma integradora que se oiga en toda América Latina.

Pero pasan los días, las semanas, el embajador de México ya lo saluda como colega, y nada es oficial.

Fue su amigo Sergio Montecino, gran pintor y futuro Premio Nacional de Arte, el que lo entusiasmó con otra idea. Ir a la India, exótica y lejana, tan lejos en esos años de escasos aviones, a caminar esas tierras cálidas –como tanto le gustaban– pero distantes. Y donde, entre rusos y chinos, frente a Estados Unidos, se está jugando la creación del un Tercer Mundo capaz de hacerse respetar por las grandes potencias. Las radios empezaron a mencionarlo en relación a otras embajadas, ya no México, por lo que el poeta, llamado por los periodistas, comenzó a responder que él no sabía nada del "Misterio de Relaciones Exteriores". Nada se le había prometido, nada estaba acordado.

Hasta que un día lo llama el nuevo canciller, Gabriel Valdés, para ofrecerle el cargo... en la India. Lo que al poeta pareció, al margen de las geografías y sus climas, un desafío monumental; la nueva cabeza del Tercer Mundo. Aceptó con el mayor interés. Valdés le hace un sólo encargo concreto, de parte de Frei Montalva; que logre el apoyo de la India –país poderoso en ese momento, voz de las masas del mundo– a la candidatura de Pablo Neruda al Premio Nobel de Literatura. Para Frei, lector impenitente, crecido en el mundo de la cultura, pensador e intelectual de peso, el Premio Nobel sería otra estrella en la bandera, una culminación del impulso que pretendía darles a los creadores en su gobierno, un prestigio internacional para hablar con más peso en los foros mundiales.

Por el rol protagónico de la India entre las 77 naciones en vías de desarrollo, su apoyo podía ser clave para la Academia Sueca. Como si las postergadas naciones de América Latina, Asia y África se concertaran para obtener un reconocimiento de primera magnitud. Así lo haría Barrenechea quien, a pesar del fin de la amistad por las distancias políticas, sentía gran orgullo, como poeta latino-americano, por la obra de Neruda.

Al despedirlo Frei Montalva, de paso le preguntó qué línea aérea había escogido para cruzar medio mundo. El poeta le explicó que tomaría un barco en Buenos Aires para seguir a Río, Lisboa, Barcelona y Florencia, para luego conocer Roma, Nápoles, Génova, Capri y las ruinas de Pompeya, porque no conocía Italia.

Frei se fue haciendo un mapa en la cabeza: "Ya, y de ahí tomas el avión". Barrenechea le respondió que no, que en Nápoles se embarcaría para conocer algunos puertos antes de llegar a Bombay.

Una luz irónica cruzó la mirada del presidente, antes de tocarle el hombro y decirle, con el cariño que le tenía: "Rotito...".

Luego agregó una frase personal: "Y cuando estés tendido en una shikara, acuérdate de mí".

No había estado Frei en la India pero, lector infatigable, tenía la imagen. Las "shikaras" eran las casa-botes del gran lago Nagin, en la turística y hermosa Cachemira. De mañana, los botes que venden flores, en un espectáculo sorprendente, maravilloso, despiertan a los durmientes con el llamado suave y musical de los vendedores: "Flowers, flowers...". Ahí se acordaría, efectivamente, el siguiente verano, del encargo de Frei Montalva.

Justo antes de abandonar Chile se produjo el lanzamiento de su primer libro de memorias humorísticas, *Frutos del país*, que tuvo un éxito de librerías con ventas que no alcanzan nunca los textos poéticos. Esas páginas descriptivas de la generación de poetas y artistas de los años '30 y '40, con sus lugares y personajes típicos de la capital, serían –por feliz casualidad– su despedida de Chile, dejando en el aire, ante su ausencia, el brillo de su humor. Para el

propio Frei Montalva, más lector de prosa que de poesía y gran admirador del ingenio de Barrenechea –con su gran memoria recordaba anécdotas del poeta que éste mismo había olvidado–, *Frutos del país* sería "el libro" de esos años, un documento para la posteridad.

Antes de partir, en sus últimas semanas, el poeta estuvo dedicado con Manuel Rojas y Carlos Vicuña Fuentes a organizar una Conferencia Continental de la Intelectualidad Latinoamericana, la que se celebró en la capital chilena y en la que también se publicó la llamada "Declaración de Santiago" en defensa de los judíos en la Unión Soviética. Era la iniciativa que había prometido impulsar en el congreso de París, para alinear los nombres de los principales artistas e intelectuales de América Latina contra las políticas segregacionistas del Kremlin. Ya podía irse en paz, la misión estaba cumplida, el último pendiente.

Y vino el largo, largo viaje familiar hasta la India. No fue como en Bogotá la instalación. Era otro mundo, casi otro planeta. Ni los muebles occidentales existían en el comercio de Delhi, por lo que debieron vivir en un hotel varios meses mientras muy lenta y trabajosamente se iban elaborando, uno a uno por artesanos, todos a mano y a la medida. Finalmente se mudaron a una casa, muy hermosa pero que sólo tenía lo mínimo, recién construida en la Ring Road. Afortunadamente el embajador de Colombia, coronel Manuel Agudelo, les prestó un aparato de aire acondicionado, único en la casa y muy celebrado, en torno al cual se agruparían hasta que llegó el sistema propio. Muy amplia la casona, para recepciones de más de cien personas, tendrían que habituarse a ver, diariamente, que dos o tres vacas entraban a mordisquear el pasto. No había que molestarlas.

Al principio no se acostumbra el poeta. ¡Un país donde no hay amigos! ¡Y él que no habla idiomas! Todo es más difícil que en Colombia... Recibe carta de Enrique Araya, autor del irónico y humorístico libro que se llama *La luna era mi tierra* – muy buscado por los adolescentes de los años '50 y '60 por su erotismo— y de inmediato le responde que no sólo estará encantado sino ansioso de recibirlo. Le ofrece "casa, comida, tragos, ropa limpia, viajes, en fin todo, absolutamente todo".

El destino, tan sabio, lo ha puesto en esa embajada. En medio de la vieja Asia espiritual, está en el mejor lugar para una poesía como la suya que se hace cada vez más mística, que indaga en la vida y la muerte, lo efímero y lo trascendente. Si era cierto – como iba descubriendo- que el sajón vive como si la muerte no existiera, y el español -a lo Jorge Manrique- la mira a la cara y no deja de pensar en ella, tal como el latinoamericano que le hace fiestas en México y en Chile picnics familiares sobre las lápidas en el Día de Todos los Santos, la India es el paradero ideal. Un país donde se mira el rostro de la muerte a diario, a toda hora, casi obsesivamente.

Pronto descubriría las tertulias latinoamericanas de Delhi, la bohemia del arte y la conversación, de la música y la política propias, la sal de la vida; Octavio Paz, por entonces el embajador de México, decano además del Cuerpo Diplomático porque lleva varios años, será quien lo acoja y le presente todo ese mundo. Nadie mejor, brillante y sociable, apasionado del futuro de América Latina, también desencantado con las utopías poco prácticas, inquieto buscador de respuestas nuevas.

En las embajadas mutuas evocarán a América con intensidad, su presente y destino, pasados y culpas, anécdotas y desgracias, mientras un joven músico, con su sitar, acompaña la caída del sol. Es Ravi Shankar –posteriormente célebre al incorporarlo Los Beatles en algunos de sus temas– el que toca su instrumento. Sin apuro, cada noche, mientras cae la oscuridad en lentos crepúsculos.

Paz es el mejor de los guías latinos de la India, ya que son muchos años de su vida los que ha pasado en el subcontinente. Es una inteligencia privilegiada, vive para pensar y se estimula hablando. Anda siempre en busca de un interlocutor que lo excite, que ojalá lo contradiga, para afilar sus ideas que a las pocas horas serán pasto de un ensayo prolijo y preciso. Diana, la hija mayor del poeta, que actúa de embajadora –la madre se ha quedado en Chile con los hermanos menores, todavía estudiantes–, lo llama Octavio Guerra por esa tendencia a producir chispas. Se juntarán muchas tardes y noches, de semanas y meses, en diálogos que serán una fiesta para el resto de los asistentes.

La referencia chilena de Paz era Neruda, el de los años '40 cuando llegara a México de cónsul acompañado de Delia del Carril, en su período más comunista. No se habían entendido, para nada, ya que el mexicano no simpatizó con la línea ortodoxa, impartida por Moscú, del chileno. Fue una discusión tan central de los intelectuales y artistas de la época, en toda América Latina—para muchos, toda crítica a Moscú era funcional a la CIA y al imperialismo yanqui— que los propios mexicanos terminarían divididos en dos bandos antagónicos, los "nerudistas" y los "pacistas".

En cambio, tienen mucho en común Barrenechea y Paz. Historias paralelas desde su origen en el socialismo americano democrático hacia la búsqueda de un camino de reformas menos destructoras de la economía, menos duras para las masas que debían sufrirlas pagando esos sueños con hambre y sangre. Ojo con la revolución, tan seductora y poética, todavía en esos años '60...

¿Será la India, por grande y respetada, capaz de liderar un camino gradual, moderado, hacia el llamado progreso occidental?

La India sintonizará a Barrenechea con el espíritu de los años '60, con las vanguardias mundiales de la época, cada vez más atraídas por la India, el Tíbet, las filosofías y religiones orientales. Siempre abierto a la vida, al asombro, alentará a sus hijas para que inviten a los músicos ingleses que están de paso, Los Beatles, para que visiten la embajada; que lleguen a comer, la casa está siempre abierta. Ellos bailarán en el hotel con las tres adolescentes latinas –Harrison, McCartney y Star, mientras Lennon permanece ensimismadopero no van a la embajada; la fama los ha alcanzado, se han vuelto míticos, incluso en la lejana Delhi.

La India, con sus gurúes, se estaba transformando en moda en el Primer Mundo. Especialmente Goa, con sus playas y clima, de una cultura más occidental desde su época de colonia portuguesa, que se había vuelto capital mundial de los hippies. Un día apareció en la embajada nada menos que "el presidente de los hippies" según se anunció, el que quería apoyo para hablar con Indira Gandhi y defender el rol productivo de los artesanos hippies. Barrrenechea le respondió que más parecía tolstoiano que hippie, y le preguntó su nacionalidad: "Soy chileno, Yáñez, fijesé".

Poco a poco se fue familiarizando el poeta con el pueblo de la India, con su sencillez casi simple, infantil en su transparencia. Pueblo curioso, que toca todo, sonriente, sin espacio para el rencor o el odio, capaz de lanzarse a las calles para la fiesta de "El Holi" –en que todos van inmaculadamente blancos– para lanzarse tarros de aguas de colores y abrazarse y a medida que avanza el día estar cada vez más manchados, en colores, por los abrazos de otros seres humanos. Más abrazos, más colores.

El humor de Barrenechea, su homenaje al misterio, su lucidez, brotan allá en un poema que se llama "El hombre de cinco mil años", nacido tras ir a conocer a un gurú, que en parte dice así:

Y en la caverna sólo había una soledad infinita. El hombre de cinco mil años, no estaba para mi visita. Cuando bajé decepcionado y hablé con los mismos vecinos, me dijeron sin inmutarse que de seguro había salido.

Que a veces salía y vagaba y después de un tiempo volvía. Que si yo tenía paciencia algún día lo encontraría.

Era el que estaba y que no estaba el que veía y no veía tal vez era el que me miraba con unos ojos sin pupilas.

Su Sol de la India, libro de 1969 marcado por ese ambiente, indaga en el misterio y la trascendencia. A Barrenechea le maravilló que su libro, impreso en la India con obreros que no comprendían el idioma, y a veces ni los signos del alfabeto occidental, apareciera casi sin erratas.

La India no Misteriosa, en cambio, el que sólo se publicaría años después, prosa de humor, refleja su otro costado que ni siquiera en la India deja de aflorar, irónico y festivo. Si todos quienes llegaban lo hacían insistiendo en "la India milenaria", él describe otras realidades... Aburrido de tanta señora que decía "fascinante" al saber que era el embajador en la India, quiso mostrar también los mismos "defectos materialistas que padecen todos los países de la tierra". Lo cotidiano, más acá del misterio.

Lo que no implicaba indiferencia a esa cultura. Por el contrario, cada vez más interesado en ella, consiguió para una chilena que estudiaba en la Universidad de Benarés, Inés Laso, que Eugenio González Rojas, por entonces de rector de la Universidad de Chile, abriera una cátedra para dar a conocer las culturas de la India en Chile.

Los puentes estaban dados por los años '60, orientalistas, pero además se consolidaron por el viaje a Chile de Indira Gandhi, histórico. Atribuía buena parte del éxito al escritor Miguel Serrano, su antecesor, el que mantuviera con la Gandhi una amistad larga y personal. Así descubrió ella la América Latina.

La Gandhi y el Mariscal Tito, los líderes visibles de un Tercer Mundo que se estaba haciendo protagónico en el contexto mundial, requerían de una participación creciente de América Latina. Allá en Nueva Delhi se realizó –1968– un congreso de la unctad, con ese rol coordinador del Tercer Mundo, asamblea a la que llegó la delegación chilena presidida por Hernán Santa Cruz. Pero no fue ningún éxito. Lo que sucedía es que en la unctad anterior, la primera, que se celebrara en Suiza, los países pobres habían extendido la mano pidiendo solidaridad. Los países ricos aceptaron entregar el 1% de su producto, de ahí en adelante.

Pero sólo 4 ó 5 habían cumplido la promesa, y por un breve tiempo. En busca de otra solución, menos humillante y más efectiva, la nueva idea consistía en alinear a los 77 países subdesarrollados, dueños de tantas materias primas –comenzando por el petróleo crudo– para forjar un frente duro que exigiera precios y políticas más favorables. Esto había despertado una guerra subterránea de los países ricos contra esa iniciativa, la que podía ser el inicio de una contienda muy grave entre unos y otros, con peligro para las economías del Primer Mundo ya tan acostumbradas a tener materias primas a muy bajo precio.

Con cierta inquietud aparecieron en Delhi el presidente de Estados Unidos –Richard Nixon– y el Sha de Irán. Existía temor en occidente ante las simpatías prorrusas de la Gandhi; ¿qué sucedería si la Unión Soviética y sus aliados recibieran la incorporación de la India a sus campañas?

Aunque lejos de los centros de poder tradicionales, la India estaba alcanzando una estatura mundial. Los votos del Tercer Mundo, por lo numerosos, podían formar mayoría en las Naciones Unidas y cimentar un bloque monolítico, de balanza entre las dos potencias. Un poder autónomo e incontrolable por Estados Unidos.

Como siempre, la poesía de Barrenechea sigue su propio camino, al margen de los afanes diplomáticos. Llegado a la India con una madurez mayor, con la conciencia viva del paso del tiempo y la muerte, esa nación no podía sino golpearlo de imágenes. Como la de Benarés, nocturna, con sus calles inundadas de cuerpos hacinados que las llamas iluminan, los gestos suplicantes de los leprosos, las casas destinadas a los que van a morir junto al río... Al Ganges llegan los que desean estar seguros de que las aguas sagradas se llevarán sus cenizas a un mundo mejor. Se maquillan con unción para que los primeros rayos del sol, al amanecer, los encuentren con el rostro hermoso. Y así mueren –si han de morir ese día– radiantes.

La belleza es sagrada, un roce de lo sobrenatural; ¿no ha sido así, para él, siempre?

En el río, con esas plataformas en cuyas fogatas los cuerpos se transforman en cenizas, ¿cómo no iba a preguntarse, más que nunca, por la vida y la muerte?

Pero antes de publicar Sol de la India aparecerá su poesía personal, tocada por su desgracia.

En el país de los muertos lo alcanza una muerte propia, la de un hijo, el cuarto, casi un adolescente de 18 años, Alfonso. En Nueva Delhi, tras esa tragedia que no querrá nombrar en voz alta, sobre la cual creará de inmediato un denso manto de silencio, nacerá su nueva poesía. Tan distinta a todo lo anterior...

Muy despacio irá surgiendo, adolorida, una voz que llama e invoca, despide y recuerda, al hijo que casi no alcanzó a vivir. Está ante lo incomprensible una vez más, desconcertado ante el sinsentido, el absurdo, lo disparatado. Pero ahora, con más años, debe buscar una respuesta.

¿Será que él mismo atrajo la muerte, de tanto mentarla, como pensó en Colombia? Esto pareciera preguntarse en "Dicha":

> Los que en afán y angustia hemos vivido cruzando los desiertos del desvelo, y caminamos junto a los abismos con luz desmoronada entre los dedos.

Los que creímos que al cantar la muerte, se volaría lejos de nosotros y sólo conseguimos anidarla, acostumbrada sobre nuestros ojos.

Muerte que sólo acaba con la muerte. Muerte que sólo entonces sale de uno, y que pone su sello en nuestra frente como la sombra de su ser desnudo...

Al principio no ve nada más que la muerte. Sólo el dolor oscuro, apropiándose de su vida, avasallador, transformado en "Dolor propio":

> Este dolor no llega este dolor me nace. El conoce mis venas como mi propia sangre.

Este dolor es mío, no se lo debo a nada. es el sonido inmóvil dentro de su campana.

Es una flor ausente en el centro de mi alma, cuando su sombra crece se me apaga la cara.

Es la savia de mi árbol y es el fondo de mi agua. Lo siento como un golpe de mi sien en la almohada...

Nuevamente, es decidor el título de ése su nuevo libro: *Ceniza viva*. Ahí brotará esa poesía del dolor, pero, también una de luz plena como nunca antes; con la muerte del hijo nace en él un místico. Desde el fondo de su desgracia emerge para cantar a su hijo en "El ángel recuperado":

Yo lo creía mío, porque estaba a mi lado. ¿Cómo no vi sus dedos como puntas de alas? ¡Oh préstamo celeste! ¡Oh, dulce pignorado! Espuma transitoria destruida en la playa.

¿Cómo no vi sus ojos cuando el aire escrutaban divisando quién sabe qué mundos ignorados? Un músico inconcluso en su sangre manaba, su fuga pudo ser una flauta o un piano.

Quién sabe yo no tuve la tersura del aire, la infinita ternura para tratar a un Ángel. La corteza terrestre pudo herirle las alas, pudo enturbiar sus ojos parecidos al agua.

Sigue adelante este bellísimo poema, extenso, tan pleno de amor, tan sabio en su perspectiva:

> Soy el padre sin hijo, soy el padre terrestre, pero él volvió a la casa de su Padre Celeste. Es mayor que el asombro de tenerlo perdido el milagro del tiempo que lo tuvimos vivo.

Así termina, esperanzado:

Pero hay un día nuevo, más allá de mi muerte. Pero hay un nuevo día más allá de los astros. Y él me saldrá al encuentro, como en la calle nuestra, abriéndome las alas, como abría los brazos.

Barrenechea, desintegrado de dolor al principio, habla con palabras de paz, con una fe que nunca antes se vislumbrara. Transformado. Como si al no alcanzarlo el odio a la vida, al no dejarse devorar por la rabia eterna, al enfrentar abierto la muerte de Alfonso, superando la ira desnuda que pudo atraparlo con tanta facilidad –la muerte de un hijo es motivo de sobra– la lucha interna lo hubiese salvado de manera radical. Fue en un avión a Cachemira, rodeado de nubes, arrasado en su interior, cuando logró abrir los ojos y se congració con la vida y con la muerte.

Así escribe en "Retorno":

Hoy corre sangre mía bajo una tierra extraña. Su inmolada belleza nutre nuevas corolas. Cuando miro estas flores amo sus suaves llamas. En este mar contemplo su retorno en las olas.

Está toda su muerte adentro de mi vida. Por perderlo lo tengo como estuvo en la nada.

Y más adelante:

Aquí lo tengo intacto, latiendo en mi latido. Adentro de mi pecho sus bellos años mozos. Incorporado como si no hubiera nacido, y asomando sus ojos al mundo por mis ojos.

Y es entonces, finalmente, cuando hace la paz con la muerte, su tema tantos años presente, el que anduvo siempre persiguiendo. Al decir de Carlos Droguett, "la concepción religiosa de este ciclo de su poesía ya está madura. La trayectoria espiritual de Julio Barrenechea ha pasado por los estadios del gozo, del dolor y del llanto".

Todo nace y todo muere, apenas vivimos, hasta las piedras se hacen polvo y ruinas, sólo la Otra Vida es vida, ésta de aquí es la estación de espera, sala en tránsito entre vuelo y vuelo. Y entonces, al fin, recupera la mirada dorada del adolescente, del poeta que fuera cuando joven, visión luminosa y jubilosa.

Pero ahora es una luz de otro color. De otro mundo.

Por supuesto, el dolor es inevitable. El cuerpo del poeta, nunca muy dinámico, como si hubiera sido alcanzado por un balazo en la columna queda más rígido, más pesadas las piernas, empujado a los sillones. Menos activo. Todo lo arrastra a una nueva vida, más interior. Además, su mujer, acompañando a los universitarios, en ese momento su hijo mayor –Julio– y su hija menor –Aura– están en Chile; la segunda, María Eugenia, parte a Italia porque quiere ser actriz y en Cinecittá le abre una puerta Michelangelo Antonioni. La casa queda casi vacía, como si la fuga fuese general, el deseo del olvido. Sólo queda Diana, la mayor.

Antes, muchos años atrás, antes de ser embajador en Colombia, había soñado con la muerte. De ahí había escrito un poema llamado "Esfuerzo hacia la muerte", en el que decía:

Eso quiero sentir, eso que nunca sentiré en mi reposo decisivo. Quiero el yeso mortal para mi cuerpo. Quiero mi triste estatua de caído.

Ahora lo sabe, lo logró, siente lo que quería, conoce la muerte sin estar muerto. Ya parece la triste estatua de hombre caído. Lo llevan a conciertos de música y danza, ésos que descubriera gracias a Octavio Paz, los que se realizan en los grandes jardines de algunos antiguos palacios de Delhi. Se sienta absorto, mientras se acerca la noche y comienzan a aparecer las estrellas, dejando actuar esa música balsámica, hipnótica, que cultivan hace siglos los hindúes; puerta al más allá...

Pero la esposa Jaia, allá en Santiago, se hunde en un dolor aislado. Ella ha vivido para los hijos, devota, abnegada, casera, conservando el orden cotidiano mientras recorría países, continentes. Maestra de cientos de niñas, en su propia casa mantuvo el culto a la educación, a los textos, a los libros, imponiendo su propia experiencia de libertad; una mujer del siglo xx debe ser universitaria, manejar su propio destino. Ella misma había organizado las finanzas familiares para comprar la casa de Infante y darle raíces a la familia.

Anda como ausente, ida. A los dos años de la desgracia del hijo, sin haber logrado nunca restablecerse, su vida se apaga; las fuerzas no le han dado para vivir más. El poeta se siente, más que nunca, habitante de la muerte. ¿Estará ya de más en este mundo?

Parece preguntárselo en "Solo de Buenos Aires", en esa ciudad donde debe detenerse en el triste viaje a Chile, mientras cruza el mundo para despedirse de su amor universitario, la madre de sus cinco hijos, la esposa:

> ¿Y si así, simplemente, me tendiera a morir, en este hotel de Buenos Aires? Sin defenderme más, entregado por fin, dejándome arrastrar a través de los muros, con la tierra llegándome a los ojos.

Si aquí me abandonara, aquí donde hay un lecho vacío junto al mío. Si ese vacío rígido, se pasara a mi lado y me cubriera.

Pero no puede, o no sabe, o no quiere, abandonarse también. Tendrá que vivir lo asignado, aunque ya nada será igual tras la partida del hijo y en la viudez de la compañera que lo acompañó por casi cuatro décadas. Falta ella, la que fue el orden –como antes su madre– para que las riendas de la vida no se desboquen, la de las compras y los deberes, las rutinas y los médicos de los hijos, el puntal estable entre los tantos viajes del poeta, la roca que siempre estuviera ahí. Siempre, hasta ahora.

La casa ñuñoína se llena de parientes, amigos, y también de muchas ex-alumnas. En la calle aparece además una inesperada corte de desamparados, una fila doliente, como las de la India. Son seres que ella protegía, a los que regalaba cosas, algún dinero, y encargaba trabajitos. Uno a uno, con silenciosa discreción, ahora están todos reunidos. Parecen, cohorte numerosa, haber venido a dar fe de que ella, la señora Jaia, se merece las puertas del Cielo. Ellos son sus testigos, su garantía.

Como escribe en "No puedo ser el mismo", el poeta siente que ahora la vida es para otros, el turno de alguien más, ya nunca más el suyo:

> No puedo ser el mismo, estoy desfigurado, me han borrado su rostro, me han cortado sus manos. Desnudo de mí mismo, como un árbol podado, todo intento de flores sería intento vano.

Ahora mi calor viene de las estrellas. Su fuego azul más bien es tembloroso frío. En los pliegues del aire veo que me hacen señas. Todo detalle vivo me toca como un signo. Vivo entre sugerencias, oigo vagos llamados, su impalpable presencia claramente me habita. Voy desplazando oscuras resistencias y nado hacia otra orilla, como acudiendo a una cita...

Claro y rotundo es el final de ese poema:

No puedo ser el mismo, no puedo ser el de antes. Hoy conozco a la muerte antes de mi partida. Como una res marcada pertenezco a otra parte, y un pastor me conduce por fuera de la vida.

EL SOBREVIVIENTE

El mundo invisible crece en su interior, pero éste se oscurece. Tal vez por las desgracias propias todo Chile le resulta gris, triste, depresivo. Irrespirable el aire de la capital, una de las tres ciudades más contaminadas del planeta. Varios amigos le dicen que no es sólo él, que son muchos los que padecen un aire enrarecido. Muchos están inquietos por la próxima elección presidencial, las revueltas estudiantiles, el despertar de la esperanzas populares, la muerte del Che Guevara, con la sensación de que vienen tiempos nuevos. Todo siembra inquietud, impaciencia, asperezas, mientras se importan armas y nacen grupos violentos de izquierda y derecha.

¡Qué lejos queda todo eso cuando vuelve, muy pronto, a la India! Pero la situación le inquieta, no puede olvidarla, la agitación social extrema que percibe a la distancia. Decide escribirle a Radomiro Tomic, el nuevo candidato presidencial de la Democracia Cristiana, manifestándole sus recelos sobre el país tan polarizado, sin alternativa real para un centro moderado.

A vuelta de correo le llega la respuesta, fechada el 15 de enero de 1970:

Querido Julio:

Te agradezco tu preocupación y la carta que me has escrito. La campaña marcha muy bien. Con una gran respuesta popular, particularmente en provincias. La situación en Santiago es menos clara, pero creo que, todo sumado y restado, tenemos ya la primera opción. Es verdad que profecías de esta índole son inverificables.

En una perspectiva más amplia si la Izquierda marxista tuviera una capacidad mínima de comprensión y de generosidad, la victoria popular sería arrolladora. Hasta ahora no lo han demostrado, pero la última palabra no ha sido dicha. En cuanto al apoyo comunista hay aquí un curioso elemento que no he podido todavía interpretar adecuadamente. Dentro del ámbito interno la situación es normal y hasta cordial; pero es posible que de algún modo influyan consideraciones de carácter internacional y que la coexistencia en el plano mundial aconseje redu-

cir cualquier riesgo, aún indirecto, de antagonismos con Estados Unidos.

Hoy hemos inscrito la candidatura en medio de un jolgorio en el mejor sentido de la palabra.

Un saludo cariñoso,

Radomiro Tomic

El candidato intenta capitalizar el mundo de la izquierda, por el crecimiento de los extremos y ante la debilidad del centro. En un país dividido en tercios, derecha, izquierda y centro, la izquierda aparece como el aliado natural. Llegó otra carta meses después, escrita por Tomic en abril de 1970, que parece venir ya de muy lejos, otro mundo. Los signos de los tiempos ya se han apoderado de Chile.

Querido Julio:

Anoche vino a verme tu hijo Julio trayéndome un cheque tuyo para la campaña, y para despedirse porque viaja a Israel esta misma semana. Es una barbaridad que me hayas enviado dinero, porque te sé estrecho de recursos. Como eres generoso no te has limitado al "óbolo de la viuda". Mil gracias.

De la conversación con Julio surgió un tema y él me dio aliento para que te lo tocara. ¿Es posible que quisieras hacerme la letra para una canción que fuese en mi campaña lo que fue "Sol de septiembre" en la de Frei?

Comprendo que es un poco un abuso pedírtelo estando fuera de Chile tanto tiempo; no habiendo tenido la "connivencia" de la campaña, del candidato, de los compromisos contraídos a fondo con el pueblo, y de la tremenda respuesta que estamos recogiendo entre los campesinos, los pobladores, la juventud, los trabajadores y nuestras admirables mujeres. No te hago "propaganda". ¡La campaña va está ganada! Si la elección fuera este domingo, Alessandri, segundo y Allende, tercero. El pueblo y la juventud han hecho milagros. Más y más aparecen los signos confirmatorios de "la cargada popular" a favor de esta candidatura. Me cuesta entrar en detalles, porque no resulta elegante que yo mismo te cuente la impresionante respuesta que estoy recibiendo de parte de quienes son el fundamento de nuestra patria. Aver, tuve 10 mil campesinos en Linares y dos horas más tarde 15 mil jóvenes en Talca. Nos parecía a todos increíble; más aún teniendo presente que faltan todavía cinco meses para la elección, que teóricamente aparecemos aislados y circunscritos. Pero más impresionante que el número de asistentes, lo es el grado de participación, de entusiasmo, de identificación con lo que estamos proponiendo como "revolución chilena, democrática y popular".

Bien, mi querido Julio, si no me atajo voy a colocarte un discurso. Y llevo mil en 7 meses y no me parece discre-

to agregar otros "a domicilio".

Para tu orientación te incluyo algunos folletos impresos y uno que el Comando tiene en preparación.

Me harías verdaderamente feliz si estás en estado de ánimo como para enviarnos la letra del himno que necesitamos.

> Tu amigo affo. Radomiro Tomic.

Atiende la solicitud de este amigo del año 1931, uno más de los jóvenes, con Leighton, Frei, Garretón, discípulos de Rafael Luis Gumucio, que en la Universidad Católica se movilizaron contra Ibáñez. Y con la misma premura manda Tomic, ya preparados, el folleto y el disco con el poema: "Ha sido un aporte muy valioso a la campaña porque nada de valor puede hacerse en política sin un grado adecuado de imaginación y poesía".

La vida es la parodia de otra vida. Entran a robar en la casa de Santiago, y el *Clarín* – "Firme junto al pueblo" es su lema – junto a un titular sobre la cuarentena que deberán sufrir los primeros hombres que llegaron a la Luna – Armstrong, Aldrin y Collins –, y otro del apresamiento de un falso entrenador de Colo-Colo que "cogoteaba y vejaba" niños, anuncia en grandes letras: EMBAJADOR BARRENECHEA VUELVE A SER POETA POBRE.

Y abajo: "La linda Aura Victoria Barrenechea –en la foto de portada–, hija del poeta y embajador, denunció el robo de 100 millones".

Aura es la menor y, luego de un año en la India, está estudiando periodismo en Santiago; Julio, el mayor, se apresta a dejar el país por una destinación diplomática en Israel; Diana, que expusiera sus primeros collages en el Parque Forestal junto a los de Violeta Parra, y luego en la India, parte a radicarse a Nueva York, la consagrada capital del arte visual; María Eugenia, actriz, sigue en Italia... Cada uno quiere iniciar una vida nueva, cada uno quiere y debe aprender a vivir de nuevo, ahora sin la madre ni Alfonso. Buscar la paz, como sea y donde sea.

Tomic, tan excitado por el ardor socialista de la década, no fue el ganador. Había mirado hacia la izquierda, sintiendo que hacia allá iban los vientos, y también porque ése era su camino personal. Pero así perdió los votos del centro, los votos que se asustaron al oírlo hablar de "unidad popular". Los votos de la izquierda se habían ido hacia su candidato natural, Salvador Allende, que fue el ganador por un margen mínimo. Las elecciones, una vez más, reflejaron los tres tercios que dividían al país haciendo imposible todo acuerdo.

El poeta lo recordaba a Allende, de una y cien ocasiones, tan cercano de joven. Desde ese año, casi cuatro décadas atrás, cuando el poeta fuera elegido presidente de la FECH, celebrando, con el que era líder de los de Medicina junto a Armando Larraguibel.

Se tenían mucha simpatía. El padre de Salvador también había sido poeta y radical, bohemio e inquieto; y su madre, Laura Gossens, era del sur como la propia. Casi de la misma edad, en el parlamento, en los restoranes, se habían reencontrado. Cada vez más distantes en sus posturas pero sabiendo mantenerlas a raya porque Allende no era un ideólogo, un dogmático, como muchos de los que lo rodeaban. También era sociable. Incluso, cuando se conocieron, en los días en que uno era el presidente de los alumnos de Derecho y el otro líder de Medicina en la Universidad de Chile, Allende escribía poemas. Y leía los de otros...

Pero, de presidente de la República, rodeado por impacientes que llevaban tres años hablando de apoderarse de América Latina por las armas –desde 1967– no le parecía buena opción. No era una buena noticia para Chile. Seguramente se lo merecía Allende, pero mejor hubiera sido que ganara en 1958, en un Chile estable, que ahora cuando la agitación iba en aumento en todo el continente. Máxime cuando, y no era un misterio, muchos socialistas consideraban a Allende como un burgués reformista y conciliador. No lo dejarían tranquilo. El camino de los padres de ambos, y el propio, de avanzar en reformas sociales, parecía agotado en este ambiente de antagonismos violentos. Ahora se hablaba de guerrillas, de armas, de golpes militares, fenómenos que siempre habían parecido lejanos a Chile.

Todo esto se instalaba a las puertas del país, o ya estaba en su interior. La depresión de Eduardo Frei, le contaban amigos comunes, era profundísima. Había contado con todo el apoyo de la Alianza para el Progreso, más que ningún otro país de América, con una enorme simpatía en Europa –créditos incluidos–, todo el apoyo de Alemania e Italia donde la Democracia Cristiana era muy fuerte, para que cumpliera sus objetivos reformistas. Incluso, el precio del cobre, "el sueldo de Chile", lo había favorecido.

Pero el espíritu de la revolución socialista había sido más fuerte, y en lugar de iniciar su partido un período de la historia de Chile –como lo hiciera el Partido Radical– tras un solo gobierno su partido había quedado fuera del escenario. La Cuba de Fidel y el Che Guevara eran más seductores para los intelectuales, los artistas, los universitarios, los obreros, los campesinos, que una Alianza para el Progreso apadrinada por Washington desde el seno mismo del imperialismo yanqui. No había punto de comparación.

El propio Frei Montalva, en su mismo partido, con facciones cada vez más cercanas a la izquierda, había quedado en minoría. Ya desde 1967, poco después de que derrotara a Allende, muchos socialistas se habían acercado a la violencia revolucionaria, a las armas, como único medio de alcanzar el poder en una democracia burguesa. Entre ellos Óscar Waiss, el compañero de Derecho que le ayudara a publicar su primer libro; el historiador Luis Vitale y el doctor Enrique Sepúlveda, los tres difusores de las ideas de Trotsky, líderes intelectuales importantes para una juventud admiradora del Che Guevara y sus focos revolucionarios. También proliferaban facciones seguidoras de Mao.

Hasta los cristianos jóvenes e idealistas, los que en su generación habían iniciado el camino de las reformas, ahora se alejaban hacia el "cristianismo de izquierda", seguidores del cura guerrillero Camilo Torres de Colombia y el líder sindical chileno Clotario Blest. Ya nadie parecía creer en la democracia... Frente a la "vía electoral", se imponía "la vía insurreccional". Ante ese espectáculo, una vez más, el poeta se sentía cercano a Frei, con una misma angustia compartida.

Allende sólo había logrado un 36.32% de los votos. Muy poco para intentar una revolución. Igual, los europeos progresistas celebraban la opción chilena. En un momento político álgido en todo Occidente, un país de la América del Sur probaba la fórmula más excitante del momento, el socialismo democrático, el socialismo elegido en las urnas. Había que ver cómo resultaba ese laboratorio.

Lo mismo, comentaban los diplomáticos latinoamericanos, pasaba con la ciudad de Brasilia. Que también era un sueño europeo, del urbanismo de vanguardia, producía un interés excepcional en Europa, donde se molestaban al oír que sus obreros estaban creando una ciudad propia al borde de la Brasilia oficial. La utopía no era perfecta, pero Europa necesitaba a América Latina como escenario; por lo mismo, prefería no asomarse mucho a sus realidades. Era, parecía, la única esperanza de iniciar un mundo nuevo.

Asia, ese otro continente, le permite al poeta hundirse en los siglos y desaparecer del tiempo. Allá en la India, con su diversidad, la dilatación de la geografía y la vecindad con la muerte, el poeta sigue en su tarea de aprender a vivir aunque sabe que tiene los días contados en su cargo, apenas los necesarios para que nombren al nuevo embajador.

Al llegar a la India, el representante de Austria le advirtió que allá un hombre solo tenía que dedicarse a la música, o a beber. No es fácil, efectivamente, comenzar de nuevo. Sobre todo arrastrando tanto pasado:

Ya no me basta el cambio de paisaje, hacia donde camine voy conmigo. Las cosas de este mundo soy yo mismo, y si las veo siento que estoy vivo. Pero algo me conduce al fondo mío, y me va retirando, hasta dejarme donde mi ser termina, como un sitio perdido.

Todo lo condice al "fondo mío", pero el paso del tiempo, la soledad, lo tienen acorralado. Siente "El ser rodeado", como escribe en ese mismo poema, y duda qué hacer con su vida:

> ¿Qué seré todavía? ¿Qué quedará de mí?

Me gasté como un lápiz, escribiéndome en los días en blanco.
Fui dejando mi mirada en las cosas.
Mi voz regó sus aguas en oídos abiertos como flores.
Mi amor se dio en su esencia, secretándose.
¿Qué quedará de mí?
A veces me sorprendo mirándome vivir.
Veo volver mis uñas, como las lunas nuevas.

¿Qué seré todavía? ¿Tendré vida guardada en los oscuros, misteriosos sótanos? Paso la mano por mi pelo y siento, lo que sentí al pasarla por la cabeza de mi padre muerto...

Pasa el tiempo. A los seis años de llegado, el viudo vuelve a contraer matrimonio; tendrá alguien que lo ayude a vivir. El 4 de marzo de 1971 firma sus segundas nupcias, con una ciudadana inglesa residente en la India, Anne Youngleson. La ceremonia se realiza en la hermosa y pequeña capilla de la Nunciatura, oficiada por Augusto Casaroli. Con enorme gentileza, el presidente de la India los invita a tomar el té al día siguiente junto a los embajadores de Brasil, Perú, Uruguay y Venezuela, que habían sido los padrinos. De refinamiento tradicional, hace tomar fotos del encuentro y luego manda las fotos autografiadas.

Con embajadores y personeros de tan distintos orígenes, varios regalos son muy exóticos, sobresaliendo el de Haile Selassie, emperador de Etiopía –que visitara Delhi con frecuencia–, quien hizo llegar una obra de arte de su país, un gran tapiz en blanco y negro hecho con pieles de monos sagrados. El Papa, junto con su bendición, les hizo llegar un medallón y un rosario. La esposa inglesa lo impulsa a no dejarse morir, a darle un espacio al futuro. Por momentos, el poeta siente que ése es su deber, que debe recobrarse, asumir con entereza lo que trae el destino incierto, no seguir arrastrando sus duelos cada día. Y así, como en "Fáustico", de pronto se levanta:

Quiero ver más, volver a ver lo visto, volver a recorrer lo recorrido, sentirme alegre sólo porque existo, y sentirme que soy y no que he sido.

Quiero vivir sin muerte, no resisto seguir de viudo de lo acontecido. Quiero creer de nuevo en lo imprevisto. Quiero ser el hallado y no el perdido.

¿Será que estoy urdiendo lo imposible, rebelde contra el tiempo, detenido, entre lo que ya fue y lo que no ha sido?. Pero, ¿será egoísmo seguir viviendo? ¿Habrá que morir con los muertos?

Hay que buscarle un sentido nuevo a los meses, a los años que sean:

¿Tendremos tiempo todavía para un amor eterno? ¿Cuando las gotas de la lluvia tiemblan, en las ramas desnudas, como lágrimas frías en las pestañas del invierno?...

El destino se encargará de empujarlo, también, a tomar una decisión, a comenzar de nuevo y en otro lugar. Con fecha 23 de diciembre se publica el decreto por el cual termina su misión:

> "Acéptase la renuncia no voluntaria que presenta el señor Julio Barrenechea Pino a su cargo de Embajador Primera Categoría Exterior, quien se desempeña actualmente en India, Nueva Delhi. Se declara que el señor Barrenechea no se encuentra sujeto a sumario administrativo. Los efectos del presente decreto regirán a contar del día 1º de abril de 1971. Regístrese, tómese razón y comuníquese".

Firmado por Salvador Allende y Clodomiro Almeyda.

Así son los decretos, el frío protocolo, la rutinaria burocracia. Se aleja, tras la despedida oficial, dejando atrás la inolvidable Guardia Montada Presidencial de Delhi, sus hombres de dos metros de altura con turbantes de colores, barbas recortadas, legendarios; imagen de las novelas de Emilio Salgari. Pero también la tumba de un hijo. El chofer de siempre, Michael de Sousa, se compromete a mantener sus flores, lo que cumplirá año tras año manteniéndose la correspondencia con la familia.

Volver a viajar distraerá al poeta, será un bálsamo bienvenido. Caminar por ciudades dejándose llevar por el lugar –no le gustan los guías oficiales– y encontrarse de pronto con calles, palacios o plazas conocidos por poemas, películas, novelas.

Va a España por un tiempo, un año. Preside unas veladas inolvidables, en el Ateneo de Madrid, donde la oratoria del poeta chileno fue dándose a conocer con rapidez. El esplendor señorial del lugar, el interés en su obra que varios poetas locales conocían, el nombre de Chile que se ha vuelto simbólico y controvertido, su conocimiento de las culturas de América Latina y la India, todo contribuye a generar expectación. Chile era una esperanza.

Barrenechea, por su gran admiración por Jorge Manrique, su interés en el sentido de la muerte en Miguel de Unamuno, la poesía de Juan Ramón Jiménez, hasta culminar en su entusiasmo por García Lorca, había mantenido siempre un oído alerta hacia la poesía española, sintiendo su parentesco. Los años y los viajes habían tejido nuevos vínculos, correspondencias y amistades, por lo que finalmente, ahora, se sentía –sobre todo volviendo desde el exotismo del Extremo Oriente– como en su propia casa, hablando en castellano.

Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Rafael Alberti, José Miguel Alfaro, José María Souviron, Agustín de Foxá, José García Nieto, Leopoldo Panero, fueron nombres y rostros cercanos, escritores amigos o afines, aunque alguno haya muerto mientras él vivía en Asia.

Recorre la península entre bares y universidades, plazas y callejuelas, visitando casas como la de Antonio Machado en Segovia que encuentra milagrosamente intacta en la rústica Calle de los Desamparados, inmersa en el mismo espíritu que irradia la obra del poeta hispano.

En la calle se encuentra con un sujeto increíblemente parecido a él mismo. No puede evitar el estirar el brazo, detenerlo al paso y preguntarle de golpe:

-¿Y? ¿Cómo estoy?

Lo conocían muy bien en España, como poeta. El Instituto de Cultura Hispánica le publicó *Ceniza viva* pocos años antes, en 1968, el que fue largamente reseñado y criticado en la Madre Patria, comenzando por Díaz-Plaja en el *ABC* quien lo celebrara abiertamente, como una obra grande de la época. También, después, le habían editado *Estados de ánimo*, en el año 1970. Éste será, en más de un sentido, su último libro, su despedida, su humano balance. Por lo mismo deja en él expuesto, a la vista, su conflicto interior. Tiene así el terreno abonado para dar conferencias, recitales, conquistar lectores interesados en oírlo y conocerlo mejor.

Entre la entrega al dolor, y la esperanza en el posible reencuentro en un Más Allá, su nueva obra conmueve:

> Todo lo conocí, yo estuve en todo, siempre fui el asomado. No conocí la plenitud en nada. Viví vidas ajenas,

Miguel Laborde

viví ausente de mí y no logré configurarme. Éste que murió ayer, éste que como un deudo tristemente recuerdo, no fue sino un diseño, un perdido en el bosque, aunque bien pudo el bosque ser de bellos acacios...

Así escribe en su "Estado v", pero así se responde en el "Estado vii":

De este día haré un Rey coronado de flores, largo en bondades y en indultos vasto, desnudo de recuerdos, ciego para el pasado, mirando con imperio hacia un fulgor tendido.

Haré del luminoso, del auspicioso día, una gran rosa transparente. Habrá voces ocultas murmurando aguas gratas, habrá infinitos verdes para perderse sin sentir...

Ese estado místico, de poesía espiritual, nunca había alcanzado el mismo refinamiento en su producción anterior. Así culminan esos versos, en los que asoma el trabajo del alma como su tarea principal:

> Yo no pensaré nada, estaré ausente al centro, trabajando con dedos finos la rosa de oro inmenso, la transparente, la impalpable flor...

En el "Estado x" explica el conflicto, el error:

es hora de saber que sólo somos vivos y no podemos anticipar la eternidad.

Agradece a la India en ese libro, la India que lo empujó a sobrevivir con su aceptación de la muerte:

> ¡Katmandú! Oh, Katmandú, tú me ayudaste con tu valle, con la sonrisa de tu gente pobre, que volvía cantando del trabajo, con tus pagodas en lucha contra el tiempo, con tu infantil /pornografía.

¡Oh! Katmandú, tu luz benigna volaba de mis ramas los murciélagos...

En la India pudo contemplar a seres en paz:

Y hay unos bellos vagabundos expertos en contemplar el día. Descubrieron la ronca voz que viene de los troncos, la clara voz que sube desde el pecho de piedra de los ríos, la fórmula tan simple de un conjunto de pájaros que pasa...

De todos, tal vez el "Estado xxiv" es el más pleno, el que mejor transmite el éxtasis alcanzado:

Hoy quiero abrirme el pecho suavemente, así, sin sangre, como si rasgara una delgada vestidura, y encontrarlo colmado de una copiosa luz, como un cristal atravesado.

Incorporarme luego, levemente, en una armónica, gradual levitación, y realizar una inmersión inversa de nadador celeste.

Saturarme de paz, de esta luciente paz que llega de la altura a las doradas piedras, dotándolas de reposada vida, como frutas inmensas y dormidas.

Así escucho el llamado que en la atmósfera tiembla, el relumbre atractivo, lo que invita a cegarnos ante nosotros mismos, y abrir los ojos plenos sólo a la luz, sólo a la luz.

Allá en Santiago, el mismo Alone que lo viera nacer comenta el libro con su proverbial agudeza, en su célebre "Crónica Literaria" del diario *El Mercurio*: "Con razón ha dicho un crítico que éste es el libro más desolado de nuestra literatura. Pero no es el más desolador, agregaríamos".

Antes de volver a Chile visita el País Vasco, vive el reencuentro con las raíces. Ahí camina por los solares de los ancestros, entre muros de piedra antigua y verjas de hierro grueso. Es la tierra de "El antepasado", que así comienza:

Más allá del pasado, donde se extingue el agua de la memoria y crece la formación oscura, la tiniebla sin árboles, donde el mundo se pierde, está el Antepasado...

¿Cómo sería el viaje de su antepasado desde el País Vasco hasta Concepción, al rematar el siglo xvi, el siglo de la Conquista de América? Sólo se sabe lo que escribió un hijo de él, el mercedario Juan de Barrenechea y Albis, autor de "la primera novela de América", obra llamada Aventuras y galanteos de Carilab y Rocamila, en la que sueña con una ciudad de La Imperial transformada en centro de una utópica sociedad agraria y pacífica, una nueva Jerusalén de españoles e indígenas unidos por la cristiandad. Nacido en Concepción, dice que creció "a vista del marcial exercicio, profesión que fue siempre de mis progenitores", los que habían sido encomenderos en Quinel, al norte de Chillán.

Admirador de los indios, el fraile Barrenechea conocería a fondo su cultura y su idioma, llegando a ser intérprete en algunos parlamentos. Su novela es un alegato pacifista, una denuncia contra la destrucción de una raza que advierte valiosa. En 1698 está escribiendo, soñando, fabulando, novelando una sociedad futura; la suya es una novedad en las Américas del siglo xvII. Se conoce a su hermano Prudencio de Barnechea y Alvis, capitán del ejército español en La Frontera, Alguacil Mayor de Concepción.

Combatientes y soñadores utópicos, una y otra vez, como signo de familia.

El matrimonio, finalmente, llega a Santiago, al reencuentro con la familia y los amigos. Lo que es violento y doloroso por el hijo que partió a la India y no regresa, por las miradas que lo sondean sin poder evitarlo, por la presencia del ausente. No puede dejar de revivirlo, asomándose con vértigo al abismo de su pérdida, al pisar la casa de José Manuel Infante en Ñuñoa, la misma donde el niño jugara. Aquélla de donde partiera el adolescente abierto al mundo, feliz de conocer la India lejana. Ahí seguirán los hijos.

El matrimonio Barrenechea Youngleson se instala en el Hotel Crillón mientras recorre la ciudad buscando un departamento donde instalarse. Es el hotel un lugar de tertulias políticas, porque en el segundo piso almuerzan los diputados de la Democracia Cristiana. Ahí tendrá el agrado de reencontrar a su sobrina Beatriz Riutort Barrenechea, la que le presenta a su marido Arturo Frei Bolívar, sobrino de Eduardo Frei Montalva. Es un joven muy simpático, inteligente, de humor vivo, un conversador informado que lo devuelve al presente del país. Es pequeño, Chile, luego de la India desmesurada, y ya está experimentando la magia de vivir donde todos se conocen.

El pintor Israel Roa, corazón abierto como siempre, los invita a entrar en su taller para que escojan unas acuarelas para su nueva casa. Reencontrar a los hijos, a los hermanos, a los amigos, le hace bien al corazón del poeta. Siempre estará –ahora en un departamento de Ismael Valdés Vergara frente al Parque Forestal– abierto a los almuerzos que terminan a la una de la mañana con los mismos amigos de antes. Le traen vida y recitan, conversan, circula el humor, se cantan tangos, trozos de ópera. Lo cuidan, y su amistad lo envuelve, lo abraza, consoladora.

La ubicación no es una casualidad, junto al Forestal, con árboles cercanos igual que en su adolescencia convivida con los árboles del Parque Brasil. Goza el retorno a los orígenes, busca todos los reencuentros con el mundo de antes, lo perdido y recobrado.

Carlos Cassasus viene siempre, compañero de bohemia de otros años, poeta laureado en los Juegos Florales de 1924, compositor musical de canciones como "Matecito de plata", nacido en Iquique pero cantor de Valparaíso. "El poeta del puerto" lo llamaba Edwards Bello. Es elegante en el vestir, también cantante tenor, pintor, gastrónomo y buscador de experiencias esotéricas. A veces se olvidan del país, de la crisis económica que crece, de las señales de tensiones que son cada vez más violentas. Se vive el día, o la noche, una a una. Pero va el poeta al Teatro Municipal, porque ha llegado un cantante búlgaro notable, y descubre que el público se abanderiza por la nacionalidad del barítono; aplauden o chiflan por posiciones políticas, con agresividad inquietante.

Arma una tertulia frecuente en su casa, junto a Roa, Cassasus, el pintor Sergio Montecino, Manuel Eduardo Hübner –compañero de las mismas búsquedas políticas–, Tulio Ladrón de Guevara –hermano de Matilde, amigos de la infancia porque su padre había sido novio de la madre del poeta–, el filósofo Jorge Millas, el psiquiatra Juan Garafulic, Gonzalo Orrego...

Comparten la estupefacción ante el nuevo Chile. ¿En qué momento aparecieron tantos ideólogos de líneas duras, dogmáticos e inflexibles, desde todos los rincones del espectro político? Parecen siglos desde que escribiera el "Himno de la patria joven", desde cuando, en el Parque Cousiño, el pueblo de Chile masivo y unido protagonizara la historia oficial: "En las manos se encienden

banderas, hay un templo disuelto en la luz./Fulgor de oro de ojivas norteñas,/ y vitrales de lluvias del sur".

Ante el caos creciente en el país, tal como Eduardo Frei Montalva, con el que se ha reencontrado, recibe con alivio el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 y la toma del poder por parte de una Junta Militar. Hasta los amigos de antes, en el gobierno de Allende, reconocían que la situación no daba para más, que el país estaba en bancarrota, que con los empresarios llevándose capitales y los obreros tomándose fábricas no se podía avanzar en ninguna dirección.

La derecha celebra. Pesada es la responsabilidad de Frei Montalva, en medio de todo, como eventual presidente luego de, se espera, un corto gobierno militar. Pero la derecha lo acusa de haber pavimentado el camino al marxismo, de haber iniciado el clima de inquietudes con su Reforma Agraria, y la izquierda lo sabe ajeno, distante, opositor a sus ideas. Para el poeta, en cambio, Frei había sido el gran gestor de un gobierno reformista, de transición, gracias al cual pudo el país sortear la crisis occidental de los años '60 con menos quebrantos que muchos otros.

Los sobrinos Frei-Riutort invitan a comer a los tíos Barrenechea y Frei, con señoras. También a los padres del dueño de casa, los Frei Bolívar, y al general Pickering –suegro de Eduardo Frei Bolívar–, el militar que había estado a cargo de tomarse la Radio Minería en los días del golpe militar. El ex presidente, como siempre, recuerda anécdotas de Barrenechea mejor que el propio poeta. Aunque de rostro sombrío, el ex presidente era un hombre de humor. De inmediato provoca al poeta para que relate hechos, sucesos de un pasado mejor. A Frei Montalva le encantaban también El mitin de las mariposas y Diario morir, poesías que absorbiera en la juventud y releyera con constancia. Pero, para él, no había en Chile libro más entretenido que Frutos del país, con todo el sabor de la bohemia artística de los años '30 y '40.

Al fin hablan, inevitablemente, de Chile; de la crisis política y social y económica y del gobierno militar. El general Pickering es el más interesado por su mala relación personal con el general Pinochet, que es el nuevo hombre fuerte en el gobierno; a su casa habían llegado a quitarle su carnet de general de la República, lo que no perdonará. Aunque el ánimo no está para caer en la áspera contingencia, Frei Montalva anticipa que le escribirá a Mariano Rumor, el líder italiano, tratando de hacerle comprender el panorama político chileno, que el país ya no aguantaba más, que era

indispensable un cambio de rumbo. Pero lo hará sin mayor esperanza, sabiendo cómo se mira América Latina desde Europa.

Apenas hay rincones donde se vive alguna normalidad. El alto nivel de la Academia Chilena de la Lengua es un espacio notable. Muchos, además, son amigos o conocidos de años como Jorge Millas, Fidel Araneda Bravo, Alone, René Silva Espejo, Juan Guzmán Cruchaga, Arturo Aldunate Phillips o Diego Barros Ortiz. También están Scarpa, Hugo Montes, Miguel Arteche, Luis Sánchez Latorre, Eugenio Pereira Salas, Pedro Lira Urquieta, Horacio Serrano, Guillermo Blanco, Yolando Pino, Rodolfo Oroz, Alfredo Matus, Hernán del Solar, hasta completar los treinta sillones. Una generación.

¿Seguirán saludándose, todos?

El día 20 de septiembre de 1973, por el fallecimiento de Fernando Santiván, se elige como reemplazante a Hernán Poblete Varas, el secretario general de la Universidad Austral, y se designa a Barrenechea para que represente a la Academia en Valdivia, donde la Universidad Austral prepara un homenaje para Santiván, su laureado académico. Invocan su oratoria, lo impulsan a viajar, tiene todo el tiempo, vuelta al sur.

Arturo Uslar Pietri ha tenido la gentileza de enviarle Manoa, su primera incursión en la poesía; también tiene interrogantes. De América Latina, de todas sus capitales le escriben amigos al poeta queriendo saber qué sucede con Chile, el país de la esperanza y el orden, ahora sumido en las más oscura de sus horas, víctima del caos y la violencia. ¿Qué será de América Latina, derrotado el reformismo?

Bienaventurados los que a pesar de todo tienen un espacio para la poesía, como María Luisa Bombal. Le llega carta de ella, desde Viña del Mar:

> Para Julio Barrenechea, mi tan querido amigo y poeta: Gracias por tu libro de congoja y maravilla, tu libro de encanto y desencanto. Tus "estados de ánimo" que leo y releo vienen a ser respuesta y consuelo a mi propio estado de ánimo.

> Porque las penas y las dudas expresadas y leídas en esa pura, fuerte y hermosa poesía que es la tuya son verdadero desahogo del alma, y entonces no duelen tanto ¿verdad?, o por lo menos atormentan con belleza que es consuelo.

> Julio, tu libro ha sido para mí no sólo emoción artística sino además clara comprensión de lo que sentía y siento aún. Mira, es como si al traspasar este umbral de mi vida

hubiera vuelto la cabeza y corazón sobre el camino recorrido y haber de golpe descubierto que mi primera juventud –ésa nuestra alegre, loca, impetuosa, dolorosa y limpia y auténtica y verdadera juventud– es del pasado, quedó atrás y definitivamente vivida.

Esto que viene y que tenemos el deber de seguir viviendo me parece difícil y amargo camino. Pero tú cantas la esperanza, eres el rayito caprichoso de un gran sol por venir cuando nos dices:

La animación del día con secretas campanas/ toca a resurrección/ llama a juntar entusiasmos inertes...

Nos das lección humana y divina cuando nos dices: Nuestro dolor es pretender lo perdurable/ disfrutar a este lado del Más Allá...

Bueno Julio, si continúo ésta voy a tener que conversar por carta contigo cada uno de los estados de ánimo de tu libro y es mejor y espero hacerlo personalmente allá en Santiago en alguna semana muy futura.

Un abrazo y todo mi cariño de María Luisa Bombal a Julio Barrenechea.

Un día aparecen dos literatos norteamericanos para grabar unas cintas, quieren poemas leídos por los poetas de América para la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Luego llegará puntual un grueso paquete, un libro impecablemente editado e impreso, de gruesa cubierta y papel fino, con la lista de autores disponibles, sus obras, biografía, breve comentario crítico, obras traducidas. Todo breve y preciso. Curiosamente, le han dado una enorme importancia a la obra completa publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1958, "tributo sin precedentes a un escritor no ecuatoriano, que introdujo la poesía de Barrenechea en una nueva generación de lectores en Chile".

En el índice aparecen 22 autores chilenos. Tantos rostros, voces humanas, ahora aparecen perfilados para siempre en la lejana biblioteca de Washington: Eduardo Barrios, Marta Brunet, Edwards Bello, González Vera, Nicanor Parra, Juvencio Valle... ¿A quién conocerían allá, además de Neruda?

En la edad madura se gusta recordar la niñez. Y justo apa-

reció un libro con recuerdos de escritores, de Ediciones de Nueva Universidad en la Universidad Católica, trabajo de recopilación de la periodista Patricia Lutz que incluye trozos de sus Frutos del país.

Fidel Araneda celebró ese libro en Las Últimas Noticias: "Todas las remembranzas de los escritores, cuál más, cuál menos, poseen gran interés y prestarán un servicio inapreciable a los futuros historiadores de las letras, pero sin pecar de parcial, los recuerdos de Julio Barrenechea son impagables, deliciosos, ya los había leído en sus Frutos del país y, sin embargo, me hicieron reír a carcajadas, como si fueran una novedad. Barrenechea describe personajes y escenas con tanta chispa, agudeza y picardía criolla que, en estos recuerdos, se coloca a la altura de los más notables humoristas chilenos e hispanoamericanos".

Desde el departamento, frente al Parque Forestal, puede caminar a la Academia y también a la Parroquia de la Veracruz. Trozo del viejo Santiago, intacto, el Barrio Lastarria es siempre igual a sí mismo; la pequeña iglesita también, como del sur, con modestos feligreses del vecindario. Es tan fácil ir a misa cualquier día, comulgar. Le gusta todo en el sector. Incluyendo esas dos callecitas vecinas, Paulino Alfonso y Dr. Corvalán Melgarejo; conoció a los dos personajes en su tiempo y siempre andaban juntos, amigos en la vida y en la muerte.

Pero al frente está el Mapocho. Comienzan rumores de muertos, de asesinados políticos, de torturados cuyos cuerpos pasarían río abajo, flotando, en las noches. Se lo dice su hermano Manuel, mirando por la ventana. Y éste agrega: "Deberíamos haber seguido radicales".

Lo dice por el país, por ellos, por todos. Radicales como su padre, añorando los años de Aguirre Cerda y Ríos, sin violencias políticas ni grupos armados, sin rumores como los de cadáveres en el Mapocho. La muerte, siempre la muerte alejándolo de la vida.

Es también la muerte de su generación, de sus coetáneos socialistas, comenzando por el suicidio de Allende en La Moneda para seguir con todos los sueños de los años '30. A la larga, durante la Unidad Popular de Allende, las utopías habían sido más perjudiciales –por impaciencia– que los disciplinados comunistas. Éstos, menos poéticos y más conocedores de los plazos largos, de la estrategia del poder, habían sido los únicos serenos y controlados.

Militares y comunistas, los dos extremos que siempre evitara... La salud, el cuerpo, se le vuelven más y más pesados. Por suerte lo vienen a visitar porque hay toque de queda y la vida nocturna ha sido prohibida. Aunque pudiera salir a caminar con facilidad, sólo encontraría locales apagados, oscuros de rejas herméticas.

Para Semana Santa publican el poema "Dios tuvo un hijo" en el suplemento dominical de *El Mercurio*. Es hermoso ver ahí desplegado el poema, el canto... Dios tuvo un hijo, él también. Cierra cortinas, oscurece el departamento, impone el silencio como lo hacían su abuela y su madre allá en la casa del Barrio Brasil, cada Semana Santa. Por los que no están, por los fallecidos, por los crucificados, por los adoloridos, por el Hijo que vino, por el hijo que se fue, para que estén juntos, amén.

Vuelve el silencio de la infancia. De cuando la semana se iniciaba con unos cielos sombríos, ceñudos, presagiando tormentas tan apocalípticas como la del Gólgota. Y la voz de la abuela, de fondo contándole a alguien –mientras el niño poeta oía desde su cama– que allá cerca de Concepción, donde ella viviera, un campesino, con su carreta y sus bueyes, se había hundido en la Laguna de las Tres Pascualas. Por faltarle el respeto a la Semana Santa...

¿Qué castigos vendrán, ahora?

PRÍNCIPE DEL TONO MENOR

Muy positivas fueron las críticas para el libro *Voz reunida*, uno que le publica en 1975 la Editora Gabriela Mistral para iniciar una serie dedicada a los Premios Nacionales. Con prólogo propio, definido como una autobiografía lírica, el poeta cuenta en él que *El mitin de las mariposas*, su primer libro, en lo pintoresco es deudor de los olvidados runrunistas, los primeros que se opusieron a hablar con voz grave y trascendental: Clemente Andrade, Raúl Lara, Alfredo Pérez Santana y Alfonso Reyes Meza... Y también de los actos literarios con que espantaban a doña Delia Matte y todo su Círculo de Señoras, los que, a su vez, tenían inspiración en los surrealistas.

Recuerda la figura de Augusto D'Halmar, caminando por las calles del Barrio Brasil, fantasmal y envuelta en el misterio, que también lo seduciría para el mundo de las letras tal como la promesa de unas líneas leídas de niño, de Jorge González Bastías:

> Hay un sendero muy amado que mana luz de eternidad; el que por él ha penetrado se nimba de su claridad.

Para Hernán del Solar, quien comenta el libro en *El Mercu*rio, el poeta se define como nunca en los versos siguientes:

> Mi voz está enterrada, averiguando las cosas que hay debajo de las cosas. Mi voz está aplastada por murallas o vive en cavernas prisionera, pero sé que esta voz encadenada sufre el dolor de ser y siempre espera.

El olímpico Alone, Carlos Ruiz-Tagle, Gonzalo Orrego, Rodolfo Gambetti, en distintas publicaciones celebran la breve serie de 27 poemas en la que aparece toda su trayectoria abreviada, pasando por los distintos países y épocas. Alone lo recuerda en su etapa juvenil: "Se le habría dicho predestinado a la oratoria. Todo lo acompañaba, figura, acento, voz y ese no sé qué del fluido magnético sin el cual la palabra no opera".

Suetonio, de Las Últimas Noticias le pregunta el porqué de su reclusión en el edificio del Parque Forestal, y si es cierto que rechaza los grupos: "No, qué voy a rechazarlos –responde–; lo que ocurre es que yo ya hice todo eso. Fui un activo militante de la vida literaria chilena. Ahora les toca a otros".

En La Segunda, Ricardo Boizard (Picotón), haciendo crónica del autor más que crítica al libro, lo describe como "uno de los hombres de más trascendental importancia en ciertas épocas de nuestra vida nacional, y a mi juicio, el mejor y más brillante orador que yo haya conocido".

Fidel Araneda Bravo lo califica como autor de una obra que logra "una de las más ricas esencias líricas de Chile y del habla hispana", señalando que "no siempre ha sido bien valorada en su patria, quizá por aquello de que nadie es profeta en su tierra y también por revancha de sus antiguos correligionarios y cierta dosis de envidia, tan común entre los escritores criollos".

Asegura que, "a pesar de que algunos críticos novatos pretendan minimizar (su obra) en antologías, será uno de los pocos poetas perdurables de Chile, por haber logrado mantener la limpidez clásica de los versos en las formas nuevas de un romanticismo vital".

Héctor Fuenzalida escribe otra crítica en el *El Mercurio*: "Creí, por un tiempo, que con la muerte de su hijo moría su poesía: pero no, allí sigue ella siempre vibrando en el dolor, sin perder lozanía y sonoridad". Claro, ya no es el mismo, "pero es precisamente en este libro donde se dibuja, por primera vez, su entrada por 'la escondida senda' que lo hace hundirse en el más puro misticismo".

Alone lo llama "príncipe del tono menor, el más difícil, así para el que escribe como para el que canta. La voz reunida, discreta, justa y penetrante, una vez que cuando se escucha no se olvida"...

Y termina: "Respeto mucho y le rindo homenaje a la poesía de tono mayor. Cuando logra alzarse hasta el nivel que ambiciona, no queda sino inclinarse. Pero, ¿porqué voy a ocultar que el tono menor me inspira más confianza, me atrae más? En el otro, el de la voz engolada, siempre está presente el público, la masa, es inevitable el énfasis e invade el campo de la elocuencia. El poeta se mueve en un escenario con algo de teatral, acaparando la atención. ¿Y qué dicen ustedes del bombo y el trombón? En cambio las notas del violín y el violoncello son suaves y profundas, hay que afinar el

oído para escucharlas y conducen sin dificultad al éxtasis. Eso y otras cosas más hace pensar Julio Barrenechea".

El pontífice de la crítica ha hablado. Sus palabras lúcidas son casi un diagnóstico, un juicio de todo el poeta Barrenechea desde el día –casi medio siglo atrás– que lo viera asomar al mundo de las letras en una revista universitaria de 1930.

Gonzalo Orrego le encargó los "Platos de los Viernes", una columna semanal en prensa, de anécdotas enlazadas con penetrantes rasgos del carácter del chileno y sus costumbres, tratadas con humor en *La Nación*. Orrego lo define como "un hombre extraordinario, cuya existencia fue un trágico péndulo entre el sufrimiento agudo y horrendo, porque le sucedieron desgracias inenarrables, y la natural jocundidad de su espíritu, donde siempre estaban presentes las necesidades apremiantes del ser humano, cuyas flaquezas Julio satirizaba con agudísima penetración. Y era gran celebrador de las cosas que le hacían reír, a él y a los que lo escuchábamos".

Por eso le pidió esos "Platos de los Viernes", un divertimento que distraería al poeta en su retiro del Parque Forestal, haciéndolo evocar un pasado que le despierta nostalgias –superior al presente de un país sumido en tensiones violentas–, aprovechando su perspicacia para analizar, con un humor no exento de ternura, los rasgos del carácter chileno.

Son afectos antiguos los que lo hacen levantarse de su sillón y desplazarse. Como el llamado del pueblo judío, que lo invita, una vez más, a hacerse presente. Viaja a Argentina con Jacobo Schaulsohn, el que integrará la comisión jurídica por los judíos perseguidos en la Unión Soviética. El colombiano Salvador Rozental y el argentino Alfredo Concepción informan que se ha logrado que salgan de allá unos 4 mil cada año, pero que, fruto de la campaña alentada por una literatura antisemita que es oficial y profusamente difundida, hay judíos en el mundo soviético que terminan –sin juicio– en una cárcel, un manicomio o, definitivamente, muertos.

Poetas, historiadores y filósofos prestan su voz. Octavio Paz, que adhiere al llamado, recuerda que la cultura hispánica es heredera de múltiples aportes de judíos y árabes. Barrenechea, con su figura ya patriarcal, engrosada por los años, es elegido vicepresidente del Congreso.

Algunos quieren saber del gobierno militar en Chile. El poeta chileno intenta explicar que había un choque de fuerzas, cada vez más patente, que alcanzó a ser interrumpido antes de transformarse en guerra civil; que el quiebre de la economía se ha controlado y la economía está en reconstrucción, que dos tercios del país a lo menos celebró el fin del gobierno socialista. Manifiesta su total desconfianza de que sea cierto cuanto se escribe afuera de asesinatos masivos –la Radio Moscú habla de 700 mil muertos–, porque sus amigos de izquierda, chilenos, hablan de unas mil víctimas del golpe militar.

No sabe el poeta que sus propios meses de vida ya están contados. No alcanzará a confirmar que los muertos no fueron 700 mil, efectivamente, pero tampoco sabrá que los rumores de torturas y desapariciones de detenidos, sin juicio legal como los de los judíos en Rusia, eran verdaderos en muchos casos. Y que, una vez demostrados, ensombrecerán la historia de la junta militar chilena con un saldo de más 3 mil muertos.

Se salvó de saber cómo habían terminado los sueños de los años '30 sumados a las utopías de los '60. En ese último tiempo de su vida, como gran parte de la Democracia Cristiana, que esperó que los militares dieran paso a un nuevo gobierno de Frei Montalva, comenzaría a sentir que los militares ya habían cumplido su papel, que los cuatro años de recuperación del orden institucional eran suficientes. Pero no estuvo dispuesto a acusarlos por cuanto, insistía, fueron los civiles democráticos, en gran mayoría en todo el país, los que los habían sacado de los cuarteles para que frenaran el colapso.

Él no tenía nada que ganar, defendiéndolos desde su sillón. Sí, por el contrario, mucho que perder. La gran mayoría de los artistas e intelectuales estaban casi todos alineados, a esas alturas, en una franca oposición a la Junta Militar. Pero el poeta, como siempre, para bien o para mal, no estaba dispuesto a callar sus sentimientos. Seguía siendo el mismo, el resuelto líder, el de mirada penetrante y voz enfática, siempre capaz de enfrentar una asamblea aunque estuviera solo en su posición. Tenía alma de jefe, no de calculador, menos de timorato.

Un día invita a almorzar al sobrino Arturo Frei para presentarle un joven pianista "que promete mucho", Roberto Bravo. El joven Frei le pregunta que cómo puede apoyar a Pinochet cuando él mismo había liderado a los universitarios en contra de la dictadura de Ibáñez. El poeta está convencido, e insiste, de que el camino tomado es el mejor para el país. Piensa y siente que es lo mejor para Chile, aunque tantos amigos no lo crean así. Aprueba en todos sus términos la carta enviada por Frei Montalva a Mariano Ru-

mor, en la que el político chileno detalla el estado del país en 1973. No cambiará de opinión, aunque algunos antologuistas lo discriminen y ya no lo incluyan al seleccionar poetas chilenos del siglo xx. Morirá en su ley.

Su última etapa la destina a América Latina, tal como la soñó la FECH de los años '20 y '30, la que preconizó en el parlamento e impulsó desde la Sociedad de Escritores en los años '60. Aunque ahora, en los '70, se palpa imposible, no dejará la bandera en el suelo. Luego de los fervores revolucionarios de los años '60, el subcontinente comparte grandes zonas de gobiernos militares expertos en fronteras y límites, y la integración parece más lejana que nunca.

Igual se intenta avanzar. Es el año de 1977 y asiste al aniversario de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual en la Universidad de Chile. En un acto que se clausura con su himno, el Himno de la Universidad. Lejos está 1930, cuando Armando Quezada Acharán era el rector y el ibañista Francisco Walker Linares llegó con ese proyecto propiciado desde París por un organismo de la Sociedad de las Naciones. Aunque sería después y con otro rector, Juvenal Hernández, cuando comenzara a funcionar en serio.

Con Amanda Labarca de vicepresidenta y Walker Linares de Secretario General, la oficina había quedado en manos del incansable José Santos González Vera. Múltiples serían sus logros enviando libros y artículos, haciendo presente en América la literatura nacional y su artesanía –y también las artes visuales–, en diversos congresos culturales y exposiciones. Así, Chile tuvo otra presencia en América Latina al organizarse seminarios en Argentina y Colombia sobre cultura chilena, crearse una Sala Chile en muchas bibliotecas importantes del continente, rendirse periódicos homenajes públicos a personalidades chilenas. No había sido en vano.

Ahora se le rinde un homenaje a María Molina, palanca de la cultura en Concepción, creadora de institutos binacionales y de las Escuelas de Verano de la Universidad de Concepción. Éstas las realizaba en Contulmo, un pueblo perfecto junto al Lago Lanalhue, de postal, donde la gente recibía en sus casas a los artistas e intelectuales de América sin cobrar, encantada de oír conferencias, pianistas, cantantes líricos, actividades que luego se comentarían cuando llegaran los meses de la lluvia. María Molina era hija del fundador de la Universidad de Concepción, de la mejor estirpe radical.

La Sociedad Bolivariana, fundada en Chile en 1951, es otra de las instituciones que integra y respalda. Para el futuro... Además de su permanente fe en esa causa, en ella encuentra compañeros de ruta o de letras como Humberto Aguirre Doolan, Roberto Meza Fuentes, Tulio Marambio y Felipe Herrera.

A Colombia, su segunda patria, realiza su último viaje. Asiste al lanzamiento de *Poemas de Colombia y el ser*, libro que le edita la Fundación Biblioteca Centenario del Banco de Colombia en una serie dedicada a los grandes autores de su país. Es una novedad total la inclusión de un extranjero, pero aparece ahí como "colombo-chileno". Un cronista de prensa, entusiasta, lo describe como "poeta colombiano nacido en Chile". La edición incluye varios de los poemas referidos a ese país y una selección de sus últimos dos libros. No podía faltar el "Chile canta a Colombia":

Toma mi Sur de húmedo pecho acuchillado por los ríos, y mis manzanas modeladas por los dedos del viento frío.

La Academia de la Lengua, el Rotary Club, los amigos, su casa que ahí sigue en Bogotá, todo es un reencuentro grato... Como el poeta fuera amigo de Alfonso López Pumarejo, su hijo López Michelsen, ahora presidente del país, lo recibe en audiencia especial.

Sabía el poeta que la edición era una de lujo, en papel fino, pero allá se encuentra con la sorpresa de que es ilustrada nada menos que por Sergio Trujillo, figura internacional de la plástica colombiana. El prólogo lo escribe el embajador chileno en esa capital, Sergio Onofre Jarpa, coetáneo, compañero en una época de tertulias santiaguinas, en los años '50, cuando coincidieran en el partido Agrario Laborista..

En el diario *El Tiempo* aparece ese mismo año, en octubre, un largo artículo que analiza el siglo poético colombiano. Determina que el más fértil período, los mejores años, la mejor obra, corresponde al grupo "Piedra y Cielo". Entre ellos, los primeros, sus amigos Eduardo Carranza, Jorge Rojas y Arturo Camacho Ramírez, precedidos por los vanguardistas León de Greiff y Porfirio Barba Jacob. Confirma lo que siempre sintió, que allá tuvo amigos de lujo, brillantes, sensibles, protagonistas de lo mejor de América Latina aunque fueran tan desconocidos en Chile.

Agrega el crítico Ayax que ese itinerario "es forzoso –por justo– comenzarlo por un poeta que, no obstante ser hijo predilecto de un país de eximios valores que engrandecieron la dimensión espiritual de Chile, su patria, ha sido, desde cuando tuvimos la fortuna de tenerlo en Bogotá como embajador de la tierra y el mar que lo vieron nacer y le dieron su riquísimo don lírico, así en su vida como en sus cantos, entrañablemente colombiano". Barrenechea, un "poeta colombo-chileno".

No habían caído, ni él ni ellos, en la manía francesa. Admiradores de Juan Ramón Jiménez y Neruda, de García Lorca y Alberti, de Guillén y Alexaindre, de Machado también, iluminados por Darío, nunca les pareció mal el idioma, la lengua que les cupo en suerte. Gozaron de sus sonidos y crecieron, con los años, en su conocimiento y manejo.

Arturo Camacho Ramírez, tan bohemio y gozador, que padeciera lo suyo para sacarse de encima el peso de Neruda y García Lorca, hasta encontrar su propia voz; Rojas, que llegara a dirigir el Instituto Nacional de Cultura en Colombia; Carranza, ya consagrado y luego proseguido –incluso– en su hija María Mercedes... No eran jóvenes, ninguno, sabían todos que el viaje era una despedida. Y así lo vivieron con feliz intensidad.

En el Occidente de Cali aprovechan de recordar la antigua e intensa relación poética entre ambos países, desde los años en que "Juana la Loca", vagando por las calles de Bogotá, anciana al fin, era la viva garantía de ello. Había enloquecido por Juan Antonio Soffia, el poeta chileno al que amaba, el que había muerto en sus brazos. Soffia, nada menos que el compilador del Romancero colombiano, el cantor del río Esmeralda en unos versos que se transformarían en canción inmortal: "Qué grande que viene el río".

Barrenechea lamenta mucho no haber encontrado vivo a León de Greiff, quien, asegura, "pudo haber dado un vuelco total a la poesía latina, pero por problemas de difusión y conocimiento se volvió casi regional". Un hombre irónico y rico en humor, siempre envuelto en unas brumas internas, heredadas de sus ancestros vikingos o hijas de drogas de este mundo. No se había dejado, a sí mismo, nunca en paz. Ahora, que ojalá descanse.

En una entrevista, Barrenechea celebra el auge de Gabriel García Márquez, al que considera el nuevo gran fenómeno del continente. En relación a la poesía chilena, afirma que después de Pablo Neruda no ha surgido nadie "que le pueda siquiera remotamente igualar".

La estadía en Santafé de Bogotá es ofrecida por el embajador Jarpa en la propia casa oficial, con particular gentileza al saber que el poeta acaba de perder a su madre justo antes del viaje, aquélla a la que tanto celebrara en su poesía, tan madre, siempre alegre y presente, aquélla a la que el poeta había escrito:

> Ella cantaba historias de hombres infieles. El viento tamboreaba por sus ventanas. Yo vine desde el fondo de su guitarra, Yo toqué con mis dedos en sus entrañas...

Sólo desentona un periodista en Colombia, Daniel Samper, el que lo ataca con un lenguaje propio del sectarismo de los años '50 y lo acusa de viajar en representación de la dictadura de Pinochet.

Los poetas, en cambio, se acercan con menos prejuicios y más interés, inquietos y curiosos. Quieren saber, para comenzar, si es cierto que Allende y Neruda han muerto asesinados. El poeta no viaja a hablar de política contingente, pero no puede dejar de desmentir tales rumores y describe el suicidio del primero y la enfermedad del segundo; pero, por lo mismo, en años de antagonismos violentos en toda América latina –los oscuros '70, la década de la desilusión– al dar tales respuestas aparece ante los críticos, efectivamente, como voz de la Junta Militar chilena. Podría haber dicho que no toca la política contingente en entrevistas poéticas, pero no habría sido él mismo. Nunca ha sabido guardar silencio, aunque en esos momentos no haya espacios para explicaciones o sutilezas intelectuales. Los que no están contra la junta chilena deben estar –se supone– a su favor...

En todo lo acompaña la esposa inglesa, Anne, su compañera, mujer de talante social, inquieta, interesada, y que sabe cómo crearle un entorno estable, de familia, ordenado, lo que siempre ha tenido el poeta y que lo distinguió de tanto poeta que, en la bohemia, perdía el rumbo de su vida personal. Esto le llamó la atención a Gabriela Mistral, y lo comentó alguna vez ella en uno de sus recados aparecidos en *El Mercurio*, en 1941, precisamente cuando apareció el libro *Rumor de mundo* y ella se refirió a dos poemas: "En ambos encuentro el residuo vasco, el euskaro es primitivo y patriarcal y al mismo tiempo el más viejo de los europeos. Por esta rara combinación, pocos como él viven la paternidad, la filialidad y la conyugalidad en un anillo tan cerrado de perfección". Al final del recado insistía ella con estas hermosas pala-

bras: "Guarde Dios en usted sin resblandecimiento al vasco saludable, íntegro y eterno".

Perdida una paternidad, perdida la filialidad, perdida una conyugalidad, la nueva esposa debe multiplicarse. Afortunadamente, es una mujer de energía y empuje. La familia también crece, porque María Eugenia, la segunda de las hijas, se casa con el filósofo Cristóbal Holzapfel, cuyos padres, acogedores, en su fundo de Molco mantienen en un bosque una confortable cabaña que, por tradición, está abierta a escritores.

Vuelven a Santiago, él a tumbarse en el sillón. Llegan amigos, como Tulio Ladrón de Guevara, hermano de Matilde –la novelista y poeta–, los pintores Israel Roa y Sergio Montecino, el psiquiatra Juan Garafulic, y Manuel Eduardo Hübner... Este compañero de ruta de sus días socialistas, en el parlamento famoso de los años '30, ha seguido la misma trayectoria de desilusión del modelo y ahora comparte sus mismos ruegos y esperanzas para que, de una vez por todas, el país reemprenda su camino y salga de la postración en que ha caído. Aunque ya no retome el rol que tuvo en el continente, el que ha perdido, con seguridad, por mucho tiempo.

Tocará a Chile, tal vez, asumir cien años de soledad. No pueden dejar de sentir la caída de Allende, y de la Unidad Popular, como un fracaso también propio. Ellos mismos, y su generación, afincaron en el país el modelo; y muchos de los que lo aplicaron eran amigos, coetáneos.

Acepta Barrenechea ser presidente del Instituto Chileno-Boliviano de Cultura, aunque en el entendido que será una figura distante; ya no es el hombre de acción de otra época. Pero no puede renunciar a su vocación americanista; después de todo América Latina sobrevive, oculta tesoros, y deberá, algún día, alcanzar su alto destino. Hay que buscar el camino para una nueva oportunidad.

En el mes de agosto de 1977 realiza una Semana de Bolivia. Celebra los 152 años de la nación vecina con la Sociedad Coral Boliviana en el Teatro Municipal, una exposición de la "Bolivia Folclórica y Tradicional" en el Museo de Arte Popular, inauguración de la Plaza Bolivia, acto académico en la Universidad de Chile, conferencia de su amigo Roberto Meza Fuentes –compañero de utopías latinoamericanas desde la FECH de los años '20–, homenaje a Antonio José de Sucre y misa en la Catedral. No pueden quejarse los representantes del vecino país, de haberlo nombrado.

Con Roberto Meza Fuentes, fundador de los diarios Juventud y Universitario, ganador de los juegos de la primavera de 1920, comentan lo que ha escrito el querido Luis Alberto Sánchez, peruano animador de la vida intelectual de los años '30, en unas memorias de lo *Visto y vivido en Chile*, sabrosísimas, que salvan del olvido cien anécdotas. Luego de una vida larga y merecidamente descollante en su país, donde fuera presidente del Senado y rector de la Universidad San Marcos de Lima, se ha dado tiempo para historiar las décadas más intensas del siglo xx chileno.

A Barrenechea lo describe así: "Es difícil hallar corazón más a flor de piel ni inteligencia más fina y verbo más ardiente y garganta más cauterizada que la de Julio". La semblanza física es menos grata: "Cuello de toro, sin elasticidad, boca grande y riente y dentuda; ojos grandes y saltones; caminaba a grandes zancadas, un poco como de autómata".

De pluma notable y precisa, cada personaje recibe sus flores y varillazos. A la Mistral: "Su cara atraía pese a que no era bella... Algo la iluminaba por dentro... La nariz lucía una leve curvatura, más araucana que hebrea. Labios gruesos, caídos en las comisuras como quien ha rezado y gemido mucho. Bajo el traje sencillo, los senos rotundos, sin abundancia, denunciaban una femineidad en desvelo. Se advertían fuertes muslos; los pies eran grandes, como para sostener aquella catedral".

De Allende: "Se presentaba siempre bien trajeado, con los rubios cabellos engominados, bien quisto el bigotillo rubio, limpias y claras las gafas con montura de oro. A primera vista llamaba la atención su grave gesto, que se convertía en travieso proclive a la chanza apenas se entraba en más próxima relación con él (...). Le gustaba discutir y enterarse de todas las ideas y leía con voracidad. Por lo común usaba la chaqueta un poco larga para disimular sus piernas demasiado cortas en relación a su tórax".

De Neruda: "Tanto Neruda como Huidobro y como De Rokha amaron la adulación y la corte, a condición de ser reyes. A donde fueran llevaban un séquito de admiradores, espontáneos y beatos, a veces inteligentes. Eran sendas y extrañas cortes de los milagros".

Era Neruda el que le había pedido que escribiera tales memorias. Cumplió el encargo Sánchez sabiendo, como le dice al chileno en la introducción, que "seguramente tú habrías preferido que yo no hubiera escrito ciertas páginas, tal como yo pienso que tú no debieras haber firmado ciertas estrofas".

Y es que, cofundador del APRA, el peruano se mantuvo socialdemócrata. Siempre lamentaría que el Partido Socialista, que nació con ese mismo signo, hubiese adoptado el marxismo-leninismo, dejándose "comer por los comunistas" alejando así a tantos hombres valiosos como Óscar Schnake, Marmaduke Grove, el propio Barrenechea, con los que se sentía ideológicamente afín. Y también deploraba, siendo tan amigo de los socialistas chilenos de los años '30, que Allende se hubiese alejado de esa posición socialdemócrata para adoptar la del marxismo soviético.

El año 1978 comienza con el músico Vicente Bianchi en la puerta. Alguna vez trabajó con Neruda y su poesía, ahora quiere unir fuerzas con un poeta para otra causa; celebrar el bicentenario del nacimiento de Bernardo O'Higgins.

Le gustó la idea a Barrenechea, mucho, de unir poesía y música. Se pone a escribir, a redactar un himno de "Gloria a O'Higgins", aludiendo a su condición de guerrero, de estadista, pero recordando, muy especialmente, la del americanista:

Con Bolívar, con Sucre y Artigas con el gran militar San Martín, tú sentiste la América Libre como un solo y amado país...

Bianchi puso la música, se entusiamó con el resultado, se interpretó una vez, y... nunca más. Para la Junta Militar era complicado un texto pacifista que rendía tanto homenaje a la libertad; donde se presentara, en esos momentos, se podía prestar a alusiones y comparaciones. Bianchi reclamó públicamente, estaba feliz con el logro: "Cuando con Neruda compuse 'La tonada de Manuel Rodríguez' y 'El romance de los Carrera', sentí lo mismo que ahora: que habíamos pegado con algo sólido". Pero no hubo caso.

Son tantas las causas a las que ha adherido el poeta a lo largo de la vida, que a veces no se puede negar cuando lo convocan. Juvenal Hernández, el gran rector de otros tiempos, ahora presidente de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile, ha decidido rendir homenaje al filósofo Pedro León Loyola, recientemente fallecido.

Imposible decir que no, ni por uno ni por otro. Debe hablar junto al académico Roberto Munizaga y el filósofo Mario Ciudad. Para recordar a Loyola... Lo había conocido cuando fuera su profesor en el Instituto Nacional, lo tuvo de mentor como Presidente de la FECH y nunca dejó de admirarlo. Uno de los mayores gigantes chilenos del siglo xx –junto a Jorge Millas– en ese ámbito.

El flaco Pedro León Loyola, radical hasta de nombre –un homenaje a Pedro León Gallo, el fundador del partido–, presidente de la FECH en sus años míticos, cuando los universitarios iban de noche a educar a los obreros. Líder de la juventud de 1920; fundador de la Universidad Popular Lastarria; creador del Centro de Estudios Filosóficos; uno de los autores de la Constitución de 1925..., y olvidado.

Esos de la FECH de 1920, los recuerda, habían sido sus inspiradores cívicos. Pedro León Loyola, Óscar Schnake, Santiago Labarca, Pedro y Juan Gandulfo, Daniel Schweitzer, Alfredo Demaría, Roberto Meza Fuentes, José Domingo Gómez Rojas y Carlos Vicuña Fuentes. Iluminaron su juventud, lo hicieron soñar con un país mejor, le mostraron un camino. De ellos hablará, de esos diez hombres que salieran a hablar a los balcones en nombre de la poesía y la fraternidad.

Cuando la FECH iniciara el movimiento cívico que hizo caer al gobierno de Ibáñez del Campo, Pedro León Loyola había asumido el cargo de rector; hay que levantarse, para rendirle un homenaje.

Recuerda el poeta –en su discurso– que siendo rector Gregorio Amunátegui se trajo a Chile a un maestro de la Sorbona, filósofo connotado, Abel Rey, para dar conferencias sobre Descartes, las ideas aportadas por Francia y los grandes problemas filosóficos de la ciencia contemporánea. Amunátegui escogió a Loyola para introducir al francés. Preciso, modesto como siempre, Loyola esbozó un contexto para el conferencista sin entrar a competir con su rol, pero deslumbró a todos los asistentes. Amanda Labarca, Eduardo Cruz Coke, Ramón Salas Edwards, Eugenio González Rojas, Carlos Torreti, todos a quienes se considerara pensadores en Chile habían encontrado en él un promotor, un apoyo, desde su rol de jefe del Departamento de Filosofía en la universidad.

Tampoco es posible negarse a Rodolfo Oroz, director de la Academia de Chile, quien ha creado las "Conferencias José Victorino Lastarria" para difundir el trabajo de los miembros de las academias chilenas. Le ha pedido la primera, para el mes de julio en la sede de la calle Almirante Montt.

Hay que preparar algo. La infancia se le viene, cada vez más. De niño en Temuco, en la casa del tío Ildefonso, calle General Cruz esquina encontrada del Juzgado de Indios, la línea férrea a media cuadra; y el aire poblado de pasos de soldados que se dirigen a maniobras, pitazos de trenes, gritos apurando reses que son

llevadas al matadero. Podría escribir un libro con ese mundo, hasta con esos viejos Reyes que son familia de Neftalí, alias Pablo Neruda. Las temporadas de largos meses en Temuco se abren camino, hacia el presente, con sonidos, aromas, imágenes de una pureza prístina. Quiere volver a Loncoche, Gorbea, Lautaro, lugares que guardan mucho adentro, oculto, una vida que tal vez se perderá si no hay testigos. Lo persigue ese Temuco, en los sueños y –también– en los diccionarios biográficos.

La misma Mistral lo trasplanta al sur. Celebrando en uno de sus "recados" las bellas acuarelas de Israel Roa, pluviales y australes y de refrenados verdes, dirá que allí nacieron "separados por pocas leguas, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Roa y Barrenechea, y otros grandes sensibles que llevan sobre sí la humedad salobre, o la duce, de las aldeas pesqueras y del interior". Tal vez debió llegar al mundo allá. Como en Temuco nació el amor de sus padres...

Roa sigue interesado en sacar un libro conjunto, publicar el poema "Dios tuvo un hijo" de Barrenechea con seis de sus acuarelas; pero es muy caro, parece, no se consigue un patrocinio a pesar de que ambos sean Premios Nacionales. Roa golpea puertas, visita, escribe... todo lo que el poeta no haría jamás. Piensa en la Yolita, esa hermana a la que siempre recurriera cuando, por desgracia, había que solicitar un favor. La hermosa Yolita Barrenechea, alegre belleza de fiestas de la primavera, derrochadora de encanto, era la que afortunadamente lo sacaba de esos afanes, sin dificultad.

Viene Suetonio a visitarlo, el cronista de pluma aguda. Quiere saber cuándo publica el próximo libro. Le confiesa Barrenechea que la poesía se le fue lejos. No entiende el entrevistador, se preocupa:

-¿Porqué tan lejos?

-Porque, dentro de mi propósito de superación y dentro de la línea secreta que tiene uno, llegué con mi *Diario morir* a un punto. Ese punto era ya prácticamente la muerte y con un sentido metafísico...

Suetonio no suelta:

–Tal vez excesiva autocrítica…

-No sólo autocrítica, que siempre la he tenido, sino que abandono del mundo exterior. Y luego, del sentido de la muerte.

Trata de explicar su impresión de Israel, en Jerusalén, al descubrir que la Historia Sagrada fue historia y no leyenda, que se puede caminar por los sitios bíblicos, viaje que lo cambió para siempre. Y la India, con la muerte de su hijo, con tantos muertos, con las llamas de las piras de los muertos siempre ardiendo.

No es fácil explicar una vida. Al final, es el misterio el que se hace presente, otra vez, el misterio que es más verdadero que lo real.

UN CHILENO TOTAL

No le trajo muchas alegrías *El compadre Mucho Gasto*, libro que le publica Nascimento en 1978. Es más bien breve, a partir de un personaje de la bohemia de los años '30 –Pedro Nardal– al que le fue colgando cuentos y anécdotas. Comenzó a leer la opinión de Alone, en *El Mercurio* del 15 de octubre:

"Sería preciso remontarse a los primeros poemas de Juan Guzmán y Neruda, o sea, a la gracia pura de los mejores quilates producida en Chile, la que aún no ha pasado, para tener idea de los vuelos iniciales, ese jugueteo leve y sostenido, compuesto de malicia y de ternura, con que se inició Julio Barrenechea.

"Después vino la elocuencia estudiantil, que desplegó el arco de sus posibilidades en una atmósfera vibrante de belleza que no excluía la pasión.

"Después... ya sabemos su camino triunfante dentro y fuera del país.

"¿Qué capricho le ha venido ahora de bajar a la pedestre prosa y salir de paseo con un personaje de novela picaresca completamente innecesario y que sólo a medias y a ratos le viene?".

Tal vez tenía razón y no debió publicarlo. Era para los amigos. Éstos veían en Nardal al chileno flojo, melancólico, con el síndrome del terremoto encima, el que encuentra inútil el mucho esforzarse. El hombre que vive al día y gasta más de lo que tiene, gozando de un Chile al que Barrenechea llama "de bares y de mares", país que, en su conjunto, estaría dotado de los mejores sabores del mundo, tanto en sólidos como en líquidos; el más extraordinario restorán puesto por la naturaleza... Todo lo cual daría forma a un habitante "sísmico y dionisíaco".

Cuando Aníbal Jara, años atrás, iniciara una campaña contra el alcohol, el poeta le había sugerido que no hiciera tal:

-No pierda el tiempo, don Aníbal. Esto es lo mismo que si apareciera en el mar un pez grande y negro aconsejando a los demás peces que no se mojaran. Chile es el país de los mejores vinos del mundo, los chilenos nadan en vino. Se tientan a veces...

Era un agradecido. Celebrador de las buenas mesas del viejo Partido Demócrata, cuyas bondades habían heredado, pero no superado, los clubes del Partido Radical. En horas de vacas flacas, de joven, alimentaba la imaginación de los parroquianos describiendo esas mesas de "paisajes horizontales" donde las patitas, los quesos de cabeza, las ensaladas de ulte, las salsas picantes, estaban organizados entre alamedas de yerbas y pequeños espejos simulando lagos, todo convenientemente resguardado por una compañía de botellas de tinto y del otro.

Ese libro evoca el auge del restorán La Bahía, del que dice que no era un restaurante, ni un bar, ni una rotisería, sino un mundo, alma y centro de la bohemia de esos años, de la que fuera asiduo con Rafael Frontaura, Joaquín Edwards Bello, Miguel Schweitzer, Osvaldo Lois, Gabriel Amunátegui y tantos otros. Es una evocación sin dolor ni melancólica nostalgia, recuerdo puro.

Y homenaje al fresco de Pedro Nardal, que llevaba a su esposa a tomar aire en el acoplado del tranvía, a servirse una copita de licor que daban de muestra gratis en la botica Petrizzio para el dolor de estómago, a leer los diarios en la Biblioteca Nacional, y a ver la película que pasaba el diario *La Opinión* para los transeúntes... Tan feliz, sin un peso.

Al terminar el libro, un interlocutor lamenta que ya no exista La Bahía. No importa le responde otro, con desenfado: "Era mucho gasto".

Pero ahora, en ese Chile nuevo, todo ese escenario que le vuelve ahora en la tercera edad resulta lejanísimo. Incómodo, incluso. Por entonces es postulado al Premio de Literatura Miguel de Cervantes, el Nobel iberoamericano. Creado para "consagrar la obra de un gran escritor del mundo de habla hispana", en este continente sólo lo habían obtenido Jorge Guillén y Alejo Carpentier, y nunca había participado un chileno. Los diarios se entusiasman, publican poemas, fotos, entrevistas..., pero no lo obtiene. Su nacionalidad es el peor antecedente en los años '70.

Hay nuevos temas inquietantes en el país, aumentan los rumores y se da por fija una guerra con Argentina. El 12 de diciembre viaja a Buenos Aires el canciller chileno Hernán Cubillos, quien recibe la propuesta argentina; que el mediador fuera el nuevo Papa, Juan Pablo II. Cubillos acepta y la noticia corre por todo Buenos Aires: no habrá guerra... Clima de fiesta. Pero pronto llama el canciller argentino a Cubillos y al embajador chileno, la Junta Militar de su país no aprueba la mediación.

Pero Juan Pablo II, por voz del cardenal Agostino Casaroli, anuncia que enviará un emisario. Los militares argentinos, algunos enloquecidos, quieren utilizar la técnica de los hechos consumados; ocupar de una vez las islas en discusión antes de que llegue el emisario papal. El 21 de diciembre la Armada argentina avanza hacia el Cabo de Hornos. La marina chilena, alertada por la aviación, se despliega para rechazar el ataque.

Pero se desata un temporal y todo se detiene. Alcanza a llegar el emisario, el Cardenal Antonio Samoré, el mismo que había actuado de acólito –con modestia– en el bautizo de la hija menor del poeta, Aura, en Bogotá. El prelado y los cancilleres firman el primer acuerdo, se alejan las sombras de la guerra, se da inicio al proceso de paz.

Lo único que faltaba, una guerra para culminar el siglo con otro fracaso. Le vienen a la mente unos versos del amigo Eduardo Carranza, difíciles de olvidar, del "Soneto con una salvedad":

> Bien está que se viva y que se muera el sol, la luna, la creación entera salvo mi corazón, todo está bien.

Se siente mal, debe preparse para ingresar a una clínica, internarse. Antes de dejar el departamento, sin apuro, se toma un whisky largo en el departamento.

Tal vez sea la muerte, que ya tiene clara. Si alguna vez se preguntó si la veía como Rubén Darío, con todo el dolor de dejar este mundo de colores y formas, o como puerta a un mundo superior, después de tanto ahondar en sí mismo, ha concluido que su visión no es la del santo.

Es un hombre el poeta, y no otro santo. Sólo un hombre. Y asume su condición como los griegos; no quiere irse, no quiere abandonar la luz del sol, no quiere cruzar el velo del Más Allá. Por eso él, que siempre ha dicho lo que piensa en toda circunstancia, también le habla a Dios al sugerir la frase que deberá grabarse en su lápida:

AQUÍ ESTOY CONTRA MI VOLUNTAD

Es como un breve poema, el más breve de toda su obra. Es lo que le dice el hombre a Dios, amante de la vida y en desconcierto ante la muerte.

Era, efectivamente, su última salida. Muere al día siguiente, el 9 de noviembre de 1979. En la clínica lo acompañan su esposa Anne

Youngleson y sus hijas María Eugenia y Aura; los dos hijos mayores siguen viviendo fuera de Chile, preparan su viaje, advertidos.

Un cable de la agencia un lleva la noticia por los telégrafos; un poeta de América ha muerto, cable que hiere a amigos de varios países americanos. Sus restos son llevados a su Parroquia de la Veracruz, la del barrio de sus últimos años, el Forestal-Lastarria. La misa es celebrada por Fidel Araneda Bravo, Presbítero de la Catedral, acto que este sacerdote, también vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile, repetiría en esa fecha por muchos años, conmemorándola, hasta que le llegó su propia muerte.

Junto a la tumba hablan Luis Sánchez Latorre como presidente de la SECH; Roque Esteban Scarpa de la Academia Chilena de la Lengua; Sady Zañartu del Pen Club, Luis Droguett y un amigo personal.

Desde Temuco, desde la infancia, llegan los primeros telegramas a la viuda, lamentando la desaparición. De Luis, de Hilda, de Ana, de Edgardo, de Raquel... Son los Barrenechea, el clan, la tribu a la que nunca se deja de pertenecer, la de anchas ramas en el sur chileno, desde Concepción hasta Cautín.

En la iglesia se encuentran, en torno al rito funerario, amigos de los distintos mundos literarios, académicos, políticos, diplomáticos. Algunos, en el Chile de 1979, no coincidían en ningún lugar o ya no se saludaban. Pero la muerte los congrega, la muerte que, como la poesía, integra y reúne. Como dice Sánchez Latorre, el que se refiere al poeta como "el hombre que tuvo la virtud de una infinita tolerancia", ahí, como en la Academia de la Lengua, "se puede discutir y discrepar públicamente, donde se puede estar o no estar de acuerdo, pero donde todos nos honramos y nos queremos".

Es una generación la que ahí se encuentra, a despedirlo, porque es uno de los primeros en partir. Hernán Poblete Varas, Carlos Pedraza, Julio Heise, Sady Zañartu, Mario Espinosa, Fernando González-Urízar, Hermelo Arabena Williams, Edmundo Concha, Jacobo Schaulsohn, Raquel Tapia de Guzmán Cruchaga, Ignacio Palma Vicuña, Fernando Uribe-Echeverría, Carlos Casassus, Yolando Pino Saavedra, Enrique Gómez Correa, Amador Neghme, Abel Valdés Acuña, Arturo Fontaine Aldunate, Fidel Araneda Bravo, Gonzalo Orrego, Aníbal Alvear, José Miguel Vicuña, Salvador y Annie Hirmas, Tomás Reyes Vicuña, Roberto Levy, Matilde Ladrón de Guevara, Raquel del Canto viuda de Michelson, William Thayer, Luis Droguett, Ester Matte Alessandri, Sergio Montecino, Cristián Zegers,

Fernando Aldunate, Humberto Aguirre Doolan, Roberto Meza Fuentes, Juan de Dios Carmona, Miguel Munizaga, Ricardo Boizard, Ángel Custodio González, Luis Sánchez Latorre, Roque Esteban Scarpa, René Silva Espejo, Gilberto Lizana, Marcos Chamudes, René Frías Ojeda, Manuel Bianchi Gundián...

El poeta ha chocado a veces, por sus ideas enfáticas y precisas, manifestadas con claridad, lo que no es común en Chile. Pero, por lo mismo, es respetado y llegan a saludarlo. La voz de Araneda Bravo, cabal, se eleva e inunda el espacio. Recita versos del propio Barrenechea: "¡Desclávame Señor, de tu madero,/ y dame el vuelo del resucitado".

Cruza por última vez el acceso de la Veracruz, el atáud es levantado, ingresa al vehículo. Un trozo de Chile vuelve a la tierra, y encomiendan su alma. Para que tenga el vuelo del resucitado...

Alguien murmura que pocas veces coinciden los dos chilenos en uno, en un solo cuerpo; el místico y el humorista; el de la mona triste y el de la mona alegre; el melancólico y el gozador; el que ama la vida con el que teme a la muerte...

El poeta, en vivo o leyendo sus libros, no dejaba dudas del talante nacional, de la identidad chilena. Un exterior fuerte, junto a una profunda sensibilidad interior. Un gusto por la fiesta y, puertas adentro, la conciencia de la muerte cercana. Así es como viven y sienten los hijos del terremoto, a los pies de los volcanes.

El volcán es el símbolo de Chile, con su belleza fría y helada, sólida y maciza. Pero en su interior ardiente, en combustión, busca por dónde explotar. Tan tranquilo el chileno..., hasta que comienza la erupción y aparece la lava hirviente, descontrolada, incendiaria.

En ese día de noviembre, de primavera, nevadas todavía las cumbres, el cortejo avanza bajo el aire transparente. Las floristas, que siempre saben de la muerte de los poetas, lanzan su ofrenda área, miles de pétalos al vuelo. Ellas llenan de luz el desfile.

Allá lejos, en Bogotá, el poeta Arturo Camacho Ramírez mira la primera página de *El Tiempo* y golpea el diario con rabia, como si quisieran engañarlo con la noticia:

-¡Olga! ¡Mira lo que dice este diario!

No soporta, quiere creer que es una calumnia, un error... Le dirá a Olga que escriba a la viuda de Barrenechea, para que ésta le explique cómo pudo suceder algo así, de qué accidente o enfermedad... Para comenzar a creer lo que parece mentira.

No importa cómo, cuál cáncer, el resultado es uno solo y definitivo. Otro amigo también se hace presente desde lejos, tras descubrir el cable en la prensa: "Ha sido ésta una de las noticias más amargas y tristes que hemos tenido en el exilio... Gran parte de nuestra juventud, hoy tan lejana, la compartimos en un clima de gran fraternidad". Y los embajadores de la India, de Israel, de Colombia, los países que lo sienten propio o cercano, y el cardenal Samoré desde el Vaticano.

Luis Sánchez Latorre, en crónica de prensa, explica que sería necesario "preparar un volumen parecido al Pequeño Larousse" para dar cuenta de todas las actividades de un hombre que fuera poeta, político, diplomático, memorialista y humorista.

Cita a Hugo Goldsack para quien los Frutos del país constituyen "el mejor volumen de memorias que se ha escrito en nuestro país, incluyendo el Recuerdos del pasado, de Pérez Rosales". Finalmente, evoca a quien "colmó de anécdotas la vida política y literaria de Chile cuando este país podía sostener públicamente su vida política y literaria".

Desde el norte escribe Andrés Sabella, alude al año 1931 cuando "el nombre de Barrenechea rodaba por el país rodeado de simpatía", lo que, comentado por Bernardo Leighton, éste justificó:

-¡Julio es más cristiano que todos nosotros!

Agrega Sabella: "Su socialismo fue una oración ardiendo y nada más. Amaba a los pobres y a los solitarios, a los tristes, quienes carecen de canción. Trabajó siempre en alas de poeta. La política no avasalló su inspiración que, digámoslo en sus palabras, era un poco de cielo derramado".

Enrique Lafourcade, en su tradicional página dominical de *El Mercurio*, registra tres muertes. La de Guillermo Atías en el exilio, por un infarto en la carretera mientras iba a Nanterre a dar su primera clase de Literatura Hispanoamericana; le falló el corazón a quien novelara, precisamente, los años '30 en *A la sombra de los días.* Otra muerte, ésta en Buenos Aires, es la de Armando Menedín; con los pasajes comprados para volver a morir de cáncer a Santiago, soñando ser velado en la Sociedad de Escritores y celebrado en el Refugio López Velarde con botellones de vino, poncheras y un coro de poetas cantando "Un viejo amor"...

Un viejo amor nunca se olvida.

Y la muerte en Santiago: "Como en el poema de Neruda a Manuel Rodríguez, don Julio, Julio Barrenechea, 'príncipe de los caminos/hermoso como un clavel'".

Agrega Lafourcade: "Si Julio hubiese venido al mundo a fines del siglo XIX podría haber sido fácilmente presidente de la Repúbli-

ca. Tenía empaque, estatura, kilos, voz. Lo veo con banda presidencial. Era del estilo de don Emiliano Figueroa. Como éste, bueno para los causeos y los grandes vinos".

Recuerda sus discursos: "Cuando Barrenechea abría las espitas de su Arte Oratorio, ponía los pelos de punta. Tenía la voz nerudiana, 'atemucada', entre gangosa y cantarina. Pero un volumen mucho mayor. ¿Sus imágenes?: perfectas, gaviotas que volaban de verdad, oro totalmente aquilatado... Ahora, los tres han muerto. El cielo está azul. Siguen cantando los pájaros. Hay flores para regalar. Dos poetas y un novelista menos. No es una noticia que entristezca a nadie. En Chile los escritores, hoy, están absolutamente de más. Todos".

En el mismo diario, René Silva Espejo destaca su renuncia al cargo de embajador en Colombia, en defensa del derecho de asilo de un refugiado. Fernando Durán, en la Página Editorial, expresa: "Enfrentó una dolorosa enfermedad con coraje y noble entereza. Hoy, que se ha marchado, quedan flotando en el aire de Chile su refinamiento poético, su nobleza moral y su sinceridad humana; en suma, esas virtudes cada vez más escasas".

Eduardo Gallardo, quien fuera su secretario en la Embajada de Colombia, publica una necrología de ese hombre que recordaba bondadoso, siempre sonriente; evoca las numerosas reuniones y tertulias intelectuales en las que siempre era, alegre, el alma del fiesta. Ghyliane Balmaceda escribe otra, dedicada al amigo, al conversador espiritual, entretenido, que se sentaba en su gran sillón, en su departamento del Parque Forestal, ya grave en los últimos siete meses.

El Sur de Concepción recuerda al poeta que "cierra en cierto modo un ciclo poético que había hecho escuela en Chile y que constituía precisamente un oasis de la creación poética que escapó a la órbita nerudiana". Y cita las palabras premonitorias de Eduardo Barrios, uno de los primeros que lo aquilató en los años '30: "Poeta rotundo, altísimo, de voz pura, de actitud espontánea e indiscutible, de contenido denso, de presión poética arrebatadora. No hay en él la menor presunción. No pretende convencer a nadie de su originalidad".

En *La Tercera*, Hernán Poblete Varas casi celebra que llegara a su fin entero y con su alegría de siempre, sin pasar por una ancianidad trémula, titubeante, algo impensable en alguien tan rotundo, vital, expansivo. Prefiere despedirlo con los propios versos del poeta: Desde el cielo nos miran pupilas complacientes, nos vamos por los ríos, nos vamos.

En El Mercurio, La Segunda y La Tercera, infatigable, Gil Sinay, de la colectividad israelita, se multiplica para recordar que Julio Barrenechea, el senador radical Marcial Mora y el millonario Cristóbal Sáenz fueron los grandes luchadores contra el racismo en Chile.

En Las Últimas Noticias, Gonzalo Orrego rinde homenaje a "este hombre jocundo, que siempre tenía a flor de labios un comentario humorístico y agudo", que transformaba cualquier recuerdo en anécdota, con "el don de prestar gentileza y simpatía a los mismos personajes a los que caricaturizaba".

Fernando Uriarte cuenta que en los mismos días de "El ángel azul" de Marlene Dietrich, y de Proust y Spengler, apareció Barrenechea expresando la época con su alta estampa y atmósfera misteriosa: "Forrado en la elegancia de su abrigo azul oscuro, larguísimo, con cuello de terciopelo". Lo recuerda como el caudillo de los años '30, con un aura de personaje romántico mezcla de Rafael San Luis –el personaje de *Martín Rivas*– y de Enjolras, el protagonista de *Los Miserables*".

Define su oratoria: "Una voz que empezaba los períodos de un modo vacilante, incoloro, plano, como regateando emociones y crescendos apresurados, una voz que se vaciaba finalmente en la totalidad instrumental de su catarata lírica". En la revista *Ercilla* Jaime Quezada define al poeta que, por "el brillo de su juego metafórico", se hizo presente, y participó, del vanguardismo poético más que de la generación del '38.

En el Instituto Chileno de Cultura Hispánica, Sady Zañartu y Martín Panero dictan sendas conferencias sobre su trayectoria. En la Sala América de la Biblioteca Nacional, con música de la Agrupación Santa Cecilia y conferencias de Benjamín Morgado, Luis Droguett y Fidel Araneda, se realiza otro homenaje. La Academia Chilena de la Lengua, por su parte, acuerda dedicar a su memoria el "Día del Idioma" de ese año, con lectura de sus poemas por Miguel Arteche.

En *El Diario Austral* de Punta Arenas evocan su canto a los ríos, a la humedad de la lluvia, tan presentes en su obra. Y su profunda interioridad: "En sus páginas se encuentra el resplandor de la vida y el silencio de la muerte, en una especie de contagiante plegaria".

En *La Discusión* de Chillán también se evoca al líder de los años '30. Ése que reconstituyera la Federación de Estudiantes—que

luego presidió— largamente adormecida por la dictadura, y que, al frente de una directiva compuesta por dirigentes de otras escuelas universitarias, participó activamente en la toma de la Casa de Bello a cuyo alrededor el pueblo levantó barricadas. Se recuerda que, tras la capitulación, el Gobierno entrante ofreció cargos de importancia a los dirigentes, "siendo el poeta el primero en declinar".

Allá lejos, El Tiempo de Bogotá evoca las tertulias que encabezara el poeta en los años '40: "Era de un carácter señorial, sin dejar por ello mismo de ser una personalidad al alcance de todos quienes se le aproximaban".

Brota la primavera. Fidel Araneda, vicepresidente de la SECH, director del Museo de Arte Sagrado, presbítero, invita a una misa en el Sagrario de la Plaza de Armas el 19 de noviembre, para despedir a tres escritores que fueran muy amigos entre sí y que, como tales, han partido casi juntos: Julio Barrenechea, María Luisa Bombal y Juan Guzmán Cruchaga.

En televisión pasan el "De Profundis", lo que causa conmoción. Es una novedad intimidante el programa de Rodolfo Garcés Guzmán; se grababa un programa largo, de una hora, en que un personaje es interrogado sobre su vida y sus ideas. Al final el personaje se despide sabiendo que sólo aparecerá en las pantallas luego de fallecer. Casi, enviando un mensaje de ultratumba.

Entre las adhesiones a la familia, pocas más notables que una larga carta, muy bien redactada por Hortensia Contreras Guerrero, "la Tenchy, cuñada de Don Carlos, el del quiosco de diarios y revistas de la esquina". Le escribe a la viuda porque la comprende, ella también ha "agonizado" por años, y luego de ver el programa, que califica de "emotivo, pues, por ese milagro tecnológico que es la TV tuvimos el don de sentirle cerca, su presencia, su voz, su exquisita sensibilidad de poeta, de hombre", ha tomado pluma y papel para enviarle un mensaje: "¿Ha pensado Ud. en que miles, millones de seres, pierden a otros millones de seres queridos, que han pasado por este mundo sin pena ni gloria, o con muchas penas, solamente?".

Sergio Montecino, Premio Nacional de Arte, también escribe en la prensa. Dice que Barrenechea, al morir Isaías Cabezón, había dicho en su discurso del cementerio que "Isaías Cabezón no ha muerto; se nos ha muerto". Lo mismo sentía él ahora, en relación al poeta: "Se nos ha muerto". Porque su presencia hacía la vida más fácil, llevadera, liviana, grata, acortando las horas: "Su potente voz, modulada con el hermoso timbre del barítono que canta un aria

célebre, era como para doblegar las arboledas del parque o arrastrar nubes en el cielo. Una especie de viento, la fuerza de un viento austral que batiese el pasto en la pradera".

Nadie como él, decía, para recitar a García Lorca. O para arengar la juventud universitaria en el patio central de la Universidad de Chile: "En lo alto del corredor, el tribuno imponiéndose con su porte de decatleta, enfervorizando el grito en la garganta, líder de una juventud esperanzada".

Eran muchos los Barrenechea, muchos los que habían partido, reunidos en un solo cuerpo.

EL RECORDADO

Barrenechea, como será más tarde el caso de Jorge Teillier, cultivó su libertad de poeta. Después de muertos ganan y pierden, sus obras siguen vivas.

Al año de su muerte se inaugura una tradición que perdura por quince años: una misa en La Veracruz del barrio, conmemorativa, y luego un ágape festivo como le habría gustado, de los amigos y la familia en su propio departamento. Lo organiza Anne, su viuda, que hará votos de conservar su imagen en movimiento. Las viudas de los poetas son una institución aparte. Ellas, en un país donde todo se olvida, son las que alimentan y mantienen viva la llama funeraria, planifican actos, escriben a la prensa, no se resignan a la muerte definitiva.

No les basta la fe en el Más Allá. Inglesa disciplinada, que por ejecutiva será elegida presidenta de la Junta de Vecinos del Barrio Forestal, incluso da charlas en su exótico idioma spanglish en algunos institutos.

La primera vez que invita a la misa conmemorativa, Sergio Montecino le lleva un regalo casi intimidante; un gran óleo, un retrato del poeta de enorme presencia, con su mirada viva con fondo oscuro. El Montecino paisajista se ha revelado –de puro corazón grande, por amistad– como un retratista de excepción. La tela quedará presidiendo el mismo salón al que llegan a celebrar luego de la misa; ahí, fuera de la familia y monseñor Fidel Araneda, llegarán Oreste Plath, Edmundo Concha, Hernán del Solar, Juan de Dios Carmona, Israel Roa...

El crítico Edmundo Concha, en *El Mercurio* – el 26 de febrero de 1994– se quejará de la poesía actual que produce guijarros "al lado de los diamantes de la Mistral, de Neruda, de Barrenechea y de otros". Más que falta de talento le parece falta de vida, de introspección, de intensidad.

Es un estado del alma lo que se requiere, dice, como cuando Barrenechea escribiera, contemplativo y profundo, cualquier experiencia de vida más intensa que lo normal, como sucede en "El divisado":

Yo soy el divisado desde un tren, el perdido.
Me vio apenas un día, desde su ventanilla,
un pasajero pensativo.
Yo caminaba solo por debajo de un puente,
al fin de un pueblo,
y una nube de polvo me envolvía.
¿Quién soy? ¿En dónde vivo? ¿En qué sitio me encuentro?
¿Quién me esperaba entonces? ¡Quién era yo, Dios mío!
Apenas vivo, apenas un recuerdo vago,
un pobre ser de espaldas, sin rostro, un traje solo,
un traje sin color, caminando en la tarde.

Francisco Coloane es quien lo reemplaza en su sillón de la Academia de la Lengua. Hace recuerdos de cuando llegaron Barrenechea y Grove a Punta Arenas, haciendo la defensa, en los años '30, de la utópica República Socialista: "Por ello recuerdo la chispa de su oratoria que encendía masas"... En su homenaje, aportó una imagen que le pareció digna de *El mitin de las mariposas*, el libro inicial de Barrenechea. Contó Coloane que "en más de un día asoleado sobre un mar de plata labrada me ha tocado ver un 'mitin de picaflores'. Sobre todo el de las ballenas francas de grandes aletas caudales. Cuando las fauces del cetáceo emergen para respirar, un caudal de picaflores se esparce a su alrededor, y entonces se hunden una vez más en el misterio de las aguas todas las teogonías ancestrales".

Post-mortem aparece *La India no misteriosa*, libro que deja ver el placer inmenso del poeta ante otros paisajes geográficos, otras razas y costumbres, la diversidad inagotable de lo humano. Por eso amaba los viajes, entraba en trance al ponerse en movimiento, se le agudizaban sus sentidos al iniciar una travesía.

Hernán Poblete Varas, el primero, luego varios otros, acogen bien estas páginas que traen imágenes de humor y simpatía del lejano país. Carlos Ruiz Tagle –recordando la "dignidad milenaria" del poeta en sus últimos años–, cuando aparecía en la Academia de la Lengua con su mirada fuerte, gozo y dolor mezclados, evalúa el libro como obra de verdadera calidad, superior incluso a *Frutos del país*. Y celebra que traiga esa India a América siendo capaz de reírse de sí mismo, y de contar incluso sus propias "metidas de pata" por desconocer las costumbres locales.

Rodolfo Garcés Guzmán, desde *Las Últimas Noticias*, se maravilla ante el poeta que, muerto por tres años, sigue publicando libros: "Leer su libro póstumo es como escucharlo, reposado pero veloz, sonriente y creativo, redivivo, pluma en ristre, amistoso". Braulio Arenas también celebra su discreción –por "no buscarle los tres pies al gato del esoterismo"–, ofreciendo una India directa y esencial, con humor, en la que si aparecen imágenes sobrecogedoras es porque brotan por sí mismas, sin ayuda del autor. Como al llegar al Monte Abu, donde cientos de personas –pueblo contemplativo– se sientan a mirar la puesta del sol. Y entonces el monte se parece a esos templos de la India, cubiertos de esculturas de cuerpos enteros.

Fidel Araneda Bravo, sacerdote además de crítico, habló de "la resurrección" del poeta: "En cada página parece que Julio hablara su lenguaje característico, pausado pero nunca monótono, siempre chispeante, risueño y saturado de esa inventiva propia del verdadero poeta que era él". Como religioso, celebra que Barrenechea, como San Agustín, crea en el verdadero amor, la auténtica manera de amar, es decir la verdad; el santo dijo que "la verdad es la que vence, la caridad es el triunfo de la verdad".

El poeta, tal vez, tenía la misma esperanza. Aunque perdiera amigos, especialmente en Chile, porque, al decir de Araneda Bravo, aquí triunfan los aduladores que son "la expresión más legítima de la falsía". Por lo mismo, alaba a un Barrenechea que, "con extraordinaria franqueza", no escondiera nunca ni sus ideas ni sus propias caídas.

Entre los homenajes al año de su muerte, hay uno del mismo Araneda Bravo en la Biblioteca Nacional: "Cantó con independencia, sin importarle las modas ni las esencias dejadas por los grandes líricos nacionales, creó una poesía muy limpia, muy bella, muy clara, quizás clásica del más puro y hermoso lenguaje castellano y que en sus postreros años cristalizó en ansias de cristiana y católica religiosidad".

En 1984 es Jacobo Schaulsohn, el gran líder del Partido Radical, figura señera de la política chilena del siglo xx, universalmente respetado, el que decide hacer un recuerdo público a los cinco años de la muerte del gran poeta. Haciendo memoria de quien, desde joven, mostrara "las virtudes que lo hicieron un líder de juventudes y un ejemplo de idealismo valeroso y consecuente. Como conductor universitario alcanzó la presidencia de la entonces combativa Federación de Estudiantes de Chile, incorporándose así a la historia de las luchas por la libertad y la justicia. Su encendida y consistente oratoria le creó una fundada aureola de conductor social".

Rindió homenaje, asismismo, a su acción pública, "aplicada constructivamente a la búsqueda de un mejor porvenir para la Pa-

tria con particular acento en los sectores sociales más desamparados de la fortuna, del acceso a la cultura y de las posibilidades para alcanzar un bienestar humanamente exigible para el mínimo decoro".

Ese mismo año, 1984, se reeditan los Frutos del país, en la editorial Andrés Bello, y el libro permanece entre los más vendidos durante tres meses. Aunque se seleccionaran sólo 30 de las 52 crónicas publicadas en el libro original, Hugo Montes celebra ese mar de anécdotas de los tiempos de Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Ríos, y sólo se sorprende de que no haya en él referencias religiosas. Lo atribuye a la generación del poeta, los nacidos en torno al Centenario de 1910, en que "la formación juvenil tenía rastros de positivismo y de ese laicismo anticlerical que hoy parece bastante trasnochado. Julio evolucionó a tiempo. Fue siempre hombre de espíritu y al final de su vida creció en él la preocupación religiosa".

Celebra también algunas frases del libro, clásicas, que luego se repetirían sin saberse su autor: "Chile es un país construido a ambos lados de la vía férrea", por ejemplo.

Hernán Poblete Varas se complace en ese libro que permite encontrarse de nuevo con un Barrenechea al que "había que celebrarle sus singulares dones políticos, su sabiduría de diplomático, su hermosa versación de poeta, su humor por momentos rabelesiano y por momentos fino como un escalpelo, su generosa amistad, su ánimo fraterno que podía lindar con lo sentimental".

Al año siguiente, sexto aniversario, fue la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos la que le rindió un homenaje, oportunidad en que su viuda Anne hizo entrega de manuscritos, cartas, recuerdos y otros que quedaron depositados en el Archivo del Escritor.

Para el séptimo aniversario, el académico Fidel Araneda Bravo preparó una conferencia sobre el largo poema "Dios tuvo un hijo" de Barrenechea, a quien describe como "poeta convertido". Allí dice que éste, "abiertos ya sus ojos a la luz de la gracia, contempla los milagros del Verbo de Dios hecho hombre, y cree en ellos con la fe fortalecida por los sufrimientos", tal como lo expresara en ese poema:

> El marfil de sus manos pasaba por las llagas como una brisa por las flores. Iban sus pasos por el agua, su túnica viajaba, era un blanco velero que él mismo tripulaba.

Desde la sorda muerte su voz era escuchada. Los muertos regresaban.

Sigue Araneda Bravo: "No conozco en la literatura chilena, ni en otra hispanoamericana, una voz lírica que haya cantado mejor toda la epopeya de Cristo con la clara veracidad y unción de Julio Barrenechea; habría que trasladarse al Siglo de Oro español para encontrar algo semejante: San Juan de la Cruz, en 'El cántico espiritual'; Fray Luis de León, en 'La Ascensión'; Fernando de Herrera, en 'Por la victoria de Lepanto', y Lope de Vega en '¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?', o en 'Pastor que con sus silbos amorosos', que glorifican al Hijo de Dios en algunos momentos de su vida terrena; lo mismo podría decirse de nuestro poeta, el Pbro. Luis Felipe Contardo en sus poemas que se refieren sólo a diversas escenas de la vida del Nazareno. ¿Quién ha mostrado el poder de Cristo con esa dignidad poética de Julio Barrenechea?".

Termina diciendo que "Julio Barrenechea siguió el camino señalado por el Artífice Supremo, se entregó a Él y con Él vive esa alegría y bondad que caracterizaron la vida terrena de nuestro poeta amigo de juventud".

Los diez años de su muerte son motivo para que se instale un retrato del poeta en la sede de la Sociedad de Escritores de Chile, en el marco de otro homenaje. Magdalena Fuentes lee unos poemas, proyectan un diaporama preparado por Pedro Pablo Zegers en la Biblioteca Nacional, Edmundo Herrera habla de la trayectoria del poeta, Gil Sinay se refiere a su aporte a la causa judía, y un poeta de Buin aporta la sorpresa del día... Rinde homenaje al Premio Nacional que, a pesar de su fama, iba periódica y modestamente a reunirse con el pequeño grupo local.

Sinay recuerda que "fue uno de los primeros que alzó su voz para protestar contra la persecución hitlerista", y también para denunciar su penetración en la región de los lagos en Chile, acuñando una metáfora que hizo historia, según la cual, si no se ponía atajo a la situación, "en el cielo de Chile no brillará la Cruz del Sur sino la esvástica". Rindió homenaje al autor de iniciativas que, no le cabía duda, fueron aporte para que los judíos en la Unión Soviética recibieran otro trato.

En 1994 se le dedicó un nuevo homenaje en la SECH. La Sociedad de Escritores de Chile, al cumplirse los quince años de su muerte, lo recuerda en su revista institucional; "si Huidobro fue el vanguardista que rompió los cánones tradicionales, si Gabriela realizó el milagro de construir con los materiales más sencillos la poesía más sublime, si Neruda fue el poeta cósmico y torrencial, y De Rokha el tonante avasallador, Barrenechea es el poeta que trasciende e interpreta las circunstancias del ser, la intimidad y el contorno, y sabe encontrar en la naturaleza y en los acontecimientos un ritmo y una armonía casi orientales, como esperando siempre que la Providencia muestre sus designios superiores". Esto, en *La Palabra*, Revista de Difusión Cultural de la SECH, Año2, Nº 5.

Como diría Luis Merino Reyes, en su texto sobre *Escritores chilenos laureados con el Premio Nacional de Literatura*, Ediciones Eura, 1995, es un caso extraño, para un poeta nacido en 1910, no haber sido afectado por "el vendaval Neruda", posición en la que apenas estarían Óscar Castro, Victoriano Vicario y el primer Nicanor Parra, "pero el estro de Barrenechea se sostiene con más pureza durante su vida entera y asienta una poesía grácil, desnuda, de líneas muy puras, propia solamente de él".

El asombrarse siempre del mundo, el preguntarse una y otra vez el quién soy, el aceptarse como hombre en estado permanente de conflicto y duda, el aceptar que cada uno es un ser distante de sí mismo, lo sitúan –casi filosóficamente– en un espacio propio... Pero esa búsqueda, tan antigua en el ser humano, siempre abre espacio a la creatividad, en cada época. No se sabe muy bien cómo despierta la creatividad en el ser humano, la capacidad de mirar el mundo con ojos nuevos, pero se ha constatado que casi siempre, rodeándola, hay tres factores: humor, musicalidad y un talento para establecer analogías.

Hay mucho ahí de la definición de la poesía de Barrenechea; música, metáforas y humor. Gracias a ello, poesía mediante, es capaz de entregar un torrente de visiones del hombre, del mundo, del chileno, de Chile, de América Latina y de su época.

En el mes de mayo de 1995 se celebra en Santafé de Bogotá, en grande, el medio siglo de su llegada como Embajador. En el palacio de la Academia de la Lengua, presidiendo su director Jaime Posada y con asistencia de los ministros de Relaciones Exteriores de Chile, José Miguel Insulza, y de Colombia, Rodrigo Pardo, así como del embajador de Chile Juan Pablo Lira, del de Colombia en Chile, Mario Eastman, y del Agregado Cultural de Chile, Ricardo Hevia, se inició una semana donde hubo variadas evocaciones.

El Tiempo, en su edición dominical, incluyó un largo y emotivo texto de Germán Arciniegas, ya nonagenario. Al maestro, constreñido a su dormitorio con el peso de sus movidos 95 años de vida, se le había solicitado una adhesión, un saludo, por su larga amistad con Barrenechea. Pero, por lo mismo, y dejando asombrados a quienes conocían su estado, volvió a escribir largo, recordando esa América del tiempo de José Vasconcelos, de Víctor Raúl Haya de la Torre, cuando había esperanzas de cambios sin violencia y de integración latinoamericana. De cuando se creara el "Himno del Estudiante" con letra del peruano José Gálvez y música del chileno Enrique Soro, simbólicos vástagos de dos países separados desde la Guerra del Pacífico.

En su texto Arciniegas rinde homenaje al rol de "acudiente general" del embajador, que se tradujo en que centenares de jóvenes colombianos estudiaran en las universidades chilenas, y que los diplomas de éstas se hicieran frecuentes en las paredes de los consultorios médicos o dentales de Bogotá o Medellín

La hija menor del poeta –Aura, nacida ahí en Bogotá–, habló en nombre de la familia y recordó que su padre siempre había jugado con la idea, después de renunciar a su cargo, de volver a vivir a Colombia. Agregó que había regresado varias veces, y que este homenaje era sólo otro viaje más "a esta ciudad por la que paseó como un visitante, sintió como un hombre y cantó como un poeta".

En la Casa de la Poesía Silva –encabezada por María Mercedes Carranza– se celebró un acto sobre la trayectoria de Barrenechea con una conferencia biográfica y lectura de sus poemas. La radio cultural HJCK le dedicó un especial al poeta "colombo-chileno", el que se inició con estas palabras: "En la historia de los diplomáticos extranjeros que hayan visitado Colombia en todos los tiempos, tal vez ninguno haya arraigado entre nosotros con tanta fuerza de afecto y perdurabilidad como el chileno Julio Barrenechea".

Olga de Camacho, viuda del gran poeta Arturo Camacho Ramírez, también estuvo esa semana. Al igual que su hijo Julio Andrés –ahijado del poeta chileno, de ahí su nombre–, socio de Gabriel García Márquez en la producción del noticiario de la televisión colombiana, productor de revistas, gastrónomo, una personalidad digna de su padre, el que muy pronto partiría a Argentina como embajador y que, en esos días, será el anfitrión que hace recorrer a la familia la Bogotá de los recuerdos –incluso Apulo, donde los Barrenechea veraneaban medio siglo antes– y la del presente.

La llegada del poeta no había sido ese mismo mes, pero la embajada chilena hace coincidir el homenaje con la firma de una serie de acuerdos Chile-Colombia para lo cual había viajado el canciller chileno. Nada habría gustado más al poeta que verse, desde la distancia, como un tema de amistad y encuentro cultural entre sus dos patrias, apadrinando una tan postergada integración en varios campos; y que a su propio sobrino Julio Riutort Barrenechea, como director de DIGEDER, le corresponda suscribir los acuerdos del área deportiva.

Cómo le habría gustado esa semana, esas fiestas, esas tertulias de colombianos y chilenos reunidos...

En 1995, el Centro Cultural del Barrio Brasil, por cuanto el poeta "vivió en calle Maturana a pocas cuadras de la Plaza", dentro de "los proyectos de remodelación, restauración y hermoseamiento del barrio que está llevando a cabo la I. Municipalidad de Santiago", acordó "la colocación de una placa recordatoria de este gran valor de la literatura, la política y la diplomacia chilena". Dos años después, en la Semana del Barrio Brasil 1997, fiesta ya muy popular y convertida en tradición, se celebra un recital llamado "Los poetas leen a Julio Barrenechea", acto en el que Sylvia del Valle, Alejandro Ríos y Eduardo Robledo hacen una lectura de algunos de sus poemas en una carpa instalada al costado de la Plaza Brasil.

En 1997, dentro de su serie dedicada a los Premios Nacionales de Literatura, la Editorial Universitaria publica una antología seleccionada y prologada por el ensayista, académico y poeta Alfonso Calderón, bajo el título de *El tiempo y la muerte*.

Ese mismo año, al conocerse en Chile del homenaje y exposición organizados en Colombia, el Instituto Chileno Israelí decide repetir el programa en Santiago, lo que se hizo incluyendo varios objetos y manuscritos que fueran del poeta y que ya pertenecen -por donación- al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional: "Recordando a un gran amigo de nuestro Pueblo" fue el nombre de la semana cultural.

Enrique Lafourcade, en su libro Cuando los políticos eran inteligentes, reconstruye el mundo artístico y cultural de los años '30 y '40, sus personajes y lugares de encuentro, sus hábitos y anécdotas. Hablando de ll Bosco recuerda que ahí se organizaron numerosos banquetes y elecciones: "Los socialistas, encabezados por Armando Mallet y Salvador Allende, políticos de tiempo completo que habían sucedido a los líderes anteriores del partido, los grandes Ricardo Latcham y Julio Barrenechea, bebían tazas de té ruso. Tal vez por eso duraron tanto tiempo en las lides. Latcham era inteligentísimo, mordaz, imprudente en sus adjetivos con los que solía crucificar a sus adversarios. Barrenechea, de un humor loco. Cálidos, ambos. Libres. Mallet y Allende, en cambio, fríos y realis-

tas. Tal vez mejores en el quehacer político que es el arte de manipular a los hombres".

Su libro culmina así: "Permítanme referirme a los grandes oradores. 'Habla para que te conozca', pedía Sócrates. La palabra alimentada por claras y distintas ideas, por luminosas metáforas e imágenes, era algo consubstancial al político de la vieja guardia. Pienso en Julio Barrenechea y Manuel Eduardo Hübner, socialistas que con sus voces de consumados actores, su ingenio, su cultura, hacían y deshacían en los hemiciclos, en las tribunas, en las concentraciones. Sin micrófono eran capaces de mantener en vilo a multitudes, racionándole alternadamente risas y llantos".

La Editorial Los Andes, al año siguiente, 1998, por iniciativa de Magdalena Piñera publica una antología seleccionada y prologada por una de las hijas del poeta, Aura. Es Luis Vargas Saavedra quien presenta el libro *Poema de la existencia*, celebrando que, "en estos años de una fertilidad editorial que se parece al desove de los peces, el fenómeno de que nos llegue a las manos, y a los ojos, algo de calidad indiscutible, es una fiesta para los sentidos. Y un festejo para todo el cuerpo, alma incluida".

En 1999, la Biblioteca Municipal de Lo Barnechea, ubicada en la Avenida Lo Barnechea y a propósito de sus orígenes históricos en el bisabuelo del poeta, realiza también un homenaje y pasa a llamarse, oficialmente, "Centro Lector Julio Barrenechea". El Instituto de Conmemoración Histórica de Chile, en el frontis de la biblioteca, hizo colocar una placa de mármol que da testimonio del hecho y relaciona al lugar con el Premio Nacional de Literatura del año 1960; al bisabuelo Francisco de Paula con el poeta. Así, un liceo, una biblioteca, una calle, un barrio, mantienen su nombre vivo. También, por supuesto, su obra. Los nuevos poetas jóvenes, ajenos y desinteresados de tantas utopías del siglo, expresadas, entre otros, por anarquistas, radicales, socialistas, apristas, comunistas troskistas, agrariolaboristas o democratacristianos, indiferentes a esa trayectoria y búsqueda de Barrenechea o a las odas y loas de Neruda a Stalin, dejan esa dimensión en el pasado y leen su poesía.

Van tras la belleza y la sabiduría de sus versos. Francisco Véjar (nacido en Viña del Mar, en 1967), es autor de la reciente *Antología de la poesía joven chilena*, trabajo que hizo por encargo de la Editorial Universitaria en 1999. En el prólogo habla de influencias de los seleccionados, de sus lecturas, y cita a Alberto Rojas Jiménez, Rosamel del Valle y Omar Cáceres, a Alberto Rubio, y a los consagrados Parra, Lihn, Arteche y Teillier.

Termina: "Se hacen visibles, en algunos de estos poetas, elementos del jazz, el paso frenético de la ciudad, la reflexión desde el lenguaje y hacia el lenguaje, el fin de siglo, el mar, las voces de sectores marginales, la intertextualidad y la confluencia de *la insidia del sol sobre las cosas*. En fin, son lectores, incluso, de Julio Barrenechea en su *Diario morir*. Por lo tanto, son respetuosos de una tradición que no ha perdido continuidad en el Chile de hoy".

Al saber de este libro, la viuda del poeta, Anne Youngleson, aporta una carta del destacado crítico y poeta norteamericano Charles Guenther, especialista en poetas latinos. Éste califica la obra de "espléndida", con logros tales como "Rumor de mundo" que califica de "cercanos a la calidad de los mejores Paul Valery (i.e. El cementerio junto al mar)".

Agrega: "Me gusta particularmente la habilidad de Barrenechea para ser autoconsciente y objetivo en poemas diferentes. Sus formas y temas son 'orgánicos' o, como se dice, 'se dejan llevar por la corriente' según lo que el tema o la situación sugiera. Su poema 'El ángel recuperado' es una pieza deliciosa, y puedo imaginar su popularidad. Barrenechea no teme escribir de ángeles (como Cocteau que los introducía en sus poemas). La fe de Barrenechea, como la de García Nieto, es admirable. Barrenechea también me recuerda a José García Nieto, el poeta español que ganó el más prestigioso premio hispano, el Premio Miguel de Cervantes (115.000) en 1997. García Nieto fue celebrado por su uso de las líneas de 11 sílabas, una tradición que inició Garcilaso a comienzos de los 1500 y Barrenechea usa esa línea logradamente en su mayor obra maestra entre sus poemas (a mi juicio), entre los que aparecen en su antología chilena: 'Esfuerzo hacia la muerte' (es la misma línea que en el Cementerio... de Valéry, pero más lograda aquí; formal, elegante, poderoso medium para su mensaje).

"En conjunto, de estos ejemplos, Barrenechea es ciertamente merecedor de ser traducido".

Termina: "Celebro que haya encontrado estos poemas. No entiendo por qué no está Barrenechea en mis antologías de poesía española y latinoamericana. Una de esas 'lacunae', de poetas que no merecen el olvido, como le gustaba decir a Pound".



Miguel Laborde



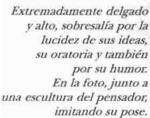
Sus padres, Julio César Barrenechea y Claudina Pino de Barrenechea, junto a su primogénita, María, prematuramente fallecida.



En 1912, cuando el poeta tenía poco más de un año, posando en el estudio M. Pérez Cruchaga de Santiago.



Julio Barrenechea
en su juventud, cuando se
iniciaba en la política y ya
se le reconocía como poeta
de una lírica aérea
y diferente.







Siendo estudiante de la Escuela de Derecho destacó como líder político y, como presidente de la FECH, encabezó el movimiento estudiantil que fue determinante en el derrocamiento del general Carlos Ibáñez del Campo.



En la escuela de leyes conoció a Jaia Dyvinetz Tocaroff, quien destacaba por su belleza eslava y también por ser una de las dos mujeres del curso.



En una imagen de 1929, Jaia (izquierda) y su hermana Anita; por entonces, la primera era la novia del poeta.



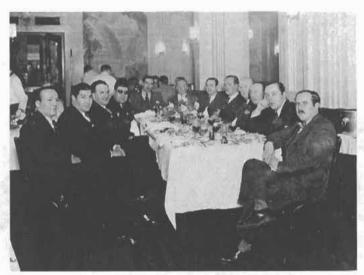
En 1931, a los 21 años, Julio junto a Astolfo Tapia Moore, con quien compartía una amistad y los mismos ideales socialistas.



La bohemia santiaguina de la época reunía a artistas e intelectuales; aquí, de pie, en un grupo que incluye a Pablo Neruda y Delia del Carril.



Julio y Jaia se casaron en 1930. La pareja tuvo cinco hijos, dos de los cuales, los menores, nacieron en Colombia, donde el escritor fue embajador durante siete años.



Almorzando en los comedores de La Bahía, lugar que convocaba al mundo político, artístico y cultural de la época.



Durante la embajada en Colombia, Barrenechea sostuvo una intensa actividad social que fortaleció su interés por la unidad de los pueblos latinoamericanos.



Bogotá 1946; asistiendo a la transmisión del mando presidencial al asumir Mariano Ospina Pérez.



En Bogotá, Barrenechea destacó como anfitrión, y su "casa siempre abierta", como diría Germán Arciniegas, acogió generosa a los políticos, artistas e intelectuales de la época.



El embajador de Chile y su esposa.
Como diplomático, Barrenechea
estableció tales vínculos con el
pueblo colombiano que llegaría
a ser conocido como poeta
"colombo-chileno".



En la ceremonia de coronación de Constanza Fina Quintero, la reina de belleza retribuye con una condecoración al embajador Barrenechea.



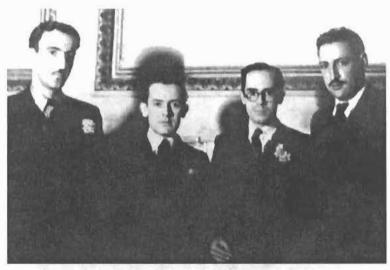
Colocando una ofrenda floral en el monumento del escritor colombiano Jorge Isaacs, el célebre autor de María.



Bogotá, abril de 1952. Barrenechea con el siquiatra Carlos Castaño y Arturo Camacho Ramírez, diplomático y poeta colombiano de destacada trayectoria.



Con miembros del grupo de poesía Piedra y Cielo –el de mayor relevancia en el panorama literario colombiano del siglo XX–, junto al monumento funerario al poeta José Asunción Silva.



El quinteto de La Arcadia Feliz constituyó una tertulia a la que se integró el poeta chileno como un miembro más; en la imagen, de izquierda a derecha, los poetas Efraín Cabrera, Arturo Camacho Ramírez y Gerardo Valencia, junto al historiador Osvaldo Díaz; sólo falta Alejandro Arboleda.



En 1952, luego de renunciar a la embajada por el caso de asilo de Saúl Fajardo, junto al pergamino que le entregó el pueblo liberal colombiano "en reconocimiento a sus principios democráticos americanos, demostrados a través de su valiosa vida".



En 1957, instalados en Chile, Julio Barrenechea, su esposa y sus cinco hijos. Además, las dos hermanas del escritor, Yolanda (atrás, a la izquierda) y Elba (extrema derecha).



En los salones del Club de la Unión, durante un almuerzo ofrecido por los académicos de la Lengua chilenos a sus correspondientes del Perú, en agosto de 1959.



El poeta a los 50 años, en 1960, durante un viaje a Buenos Aires.



En 1960, durante un viaje oficial a Israel, con el entonces embajador de Venezuela en ese país, el poeta Vicente Gervasi, de quien era amigo entrañable y con quien compartía el mismo humor.

Estando en París,
Barrenechea recibió
la noticia de que
había obtenido el
Premio Nacional de
Literatura de 1960.
En la foto,
entrevistado por la
revista Zig-Zag a su
llegada a Chile, lo
acompañan sus hijos
Alfonso y Aura, de
pie, y María Eugenia,
sentada junto a él.





Julio Barrenechea en un grupo de personeros entre los se destacan Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende Gossens.



Julio Barrenechea destacó por su brillante oratoria, tanto en su carrera literaria como en sus discursos políticos.



En octubre 1964, un grupo de intelectuales se reúne con el candidato presidencial triunfante, Eduardo Frei Montalva; aparecen Maruja Pinedo, el nuevo mandatario, Mimí Marinovic, Julio Barrenechea y Rafael Frontaura.



Nombrado embajador en la India, en 1965 abandona el país desde el aeropuerto Los Cerrillos. El poeta aparece junto a mujer y sus cinco hijos; de izquierda a derecha, Diana, Julio, Aura, Alfonso y María Eugenia.



Llegada a la estación de Nueva Delhi, junto a los hijos Julio (a su lado), Alfonso y Diana (ambos atrás) y personal de la Embajada de Chile en India que acudió a recibirlos, encabezado por Francisco Ignacio Ossa.



Pasando revista a los guardias de honor, como parte de los actos para acreditarlo como embajador de Chile en India. Abril de 1965.



Saluda al Vicepresidente de la India, Zakir Husein, después de haber leído el discurso y entregado las cartas credenciales.



Durante una recepción, junto a Indira Gandhi y un grupo de diplomáticos hispanoamericanos, entre ellos, el embajador de México Octavio Paz (al centro, de blanco), luego distinguido con el Premio Nobel de Literatura.



Ruth Dayan, entonces esposa de Moshe Dayan, junto al embajador y su hija María, en una recepción a la mujer del líder israelí de la Guerra de los Seis Días.



En celebración del 18 de septiembre, el embajador recibe a los invitados en el ingreso a la residencia, acompañado por su hija Diana.



Barrenechea y su hijo Alfonso, preparándose para visitar la tumba del Pandith Nerhu; sin zapatos, como lo obligan las costumbres.



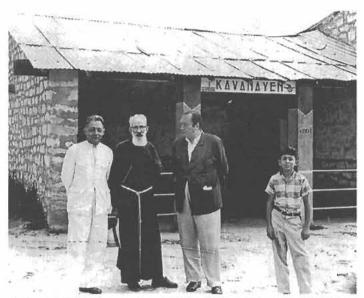
Entregando una ofrenda floral en homenaje a Pandith Nerhu, acompañado por Francisco Ignacio Ossa, funcionario de la Embajada de Chile en India.



Con motivo de un reconocimiento de parte de los sikhs, Barrenechea viajó al norte de India para recibir la espada símbolo de este grupo religioso de carácter guerrero, distinción que pocos han recibido.



El poeta en su hogar en Nueva Delhi, donde aprovechaba de mantener su actividad literaria, tarea que se tradujo en tres libros de poemas: Ceniza viva, Estados de ánimo y Sol de la India.



La inquietud por conocer y vivir, llevó al poeta a otras realidades y lo ayudó a crear vínculos con gente muy diversa.



Exploró la naturaleza –tema de muchos poemas– con la misma curiosidad que lo llevaba a relacionarse con la gente.



Luego de años de viudez, en 1970, el poeta se casó en la Capilla de la Nunciatura de Nueva Delhi con Anne Youngleson, ciudadana inglesa residente en India, quien lo acompañó por el resto de sus días.



En el Palacio de Gobierno; el presidente Vivi Giri hace entrega de su regalo de matrimonio al poeta y su segunda esposa, Anne.



En Londres, el año 1971, visitando Trafalgar Square junto a Anne y rodeados de palomas.



En Santiago de Chile al regresar de la India, donde se instaló en un departamento frente al Parque Forestal.



A los 69 años de edad, el poeta posa para el último retrato previo a la fugaz enfermedad que significó su pérdida. De esta imagen, el Premio Nacional de Arte Sergio Montecino creó un retrato póstumo, como recuerdo a un gran amigo y compañero.



Patrocinado por la Embajada de Chile en Colombia, en 1995 se conmemoraron los 50 años del nombramiento del poeta como embajador en ese país. En nombre de la familia, su hija Aura agradece en la Academia de la Lengua de Colombia. Atrás, de izq. a der., Ignacio Chávez, director del Instituto Caro y Cuervo, anfitrión; el canciller chileno, José Miguel Insulza; el canciller de Colombia, Rodrigo Pardo; el embajador de Chile en Colombia, Juan Pablo Lira, y el embajador de Colombia en Chile, Jorge Mario Eastman.



Su viuda, Anne Youngleson, cumpliendo con una idea del poeta mandó a grabar la frase que él sugirió para la lápida de la tumba, en el Cementerio General de Santiago: AQUÍ ESTOY CONTRA MI VOLUNTAD, JULIO.

Impreso en los talleres
digitales de RIL editores ®
Teléfono 2254269
ril@rileditores.com
Santiago de Chile, octubre de 2002

Ha publicado centenares de crónicas en distintas revistas y secciones de *El Mercurio*, todas referidas a la cultura chilena y sus raíces, la arquitectura, el urbanismo, la literatura y la historia nacionales, así como once libros de temas relacionados, entre los que destacan *Santiago*, *lugares con historia* (Editorial Contrapunto, 1990) y *Santiago*, *1850-1930* (Ediciones Dolmen, 1998).

Es director de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, director de la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile, miembro honorario del Colegio de Arquitectos, editor de contenidos de la Revista Universitaria de la Universidad Católica, miembro de la Comisión Bicentenario y director cultural de El Plomo, Excursiones Culturales.



Julio Barrenechea, que creció en una casa abierta a tertulias donde asistían Víctor Domingo Silva, Samuel Lillo, Federico Gana y Luis Orrego Luco, tuvo un temprano despertar público y poético. Presidió la combativa FECH, que se alzó contra la dictadura de Ibáñez en 1931, momento en que sus compañeros de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile se encargan de publicar su pimer libro, El mitin de las mariposas (1930).

Desde entonces es protagonista de la bohemia local y un lúcido humorista que, solicitado en todos los ambientes, pronto es galardonado con el Premio Municipal de Poesía (1936), a los 26 años de edad. Líder de acciones por los refugiados españoles y semitas, viaja por toda América hasta Nueva York, recibe al Winnipeg en Arica, dirige la Alianza de Intelectuales de Chile y representa al país en congresos culturales, alcanzando un nombre internacional que se traduce en ediciones en Ecuador y Colombia, especialmente en este país, donde fue el embajador de Chile de 1945 a 1952 y se le conoce como poeta "colombo-chileno". Es uno de los pioneros de la integración cultural latinoamericana, por la cual recorrió la mayoría de sus naciones.

Una de las grandes voces de la poesía chilena en el siglo XX, a los 50 años de edad recibe el Premio Nacional de Literatura (1960). Por entonces es elegido miembro de la Academia Chilena de la Lengua y viaja de invitado oficial al joven Estado de Israel. Allí inicia la fase mística de su poesía, que alcanza su mayor altura en la India, donde fue el embajador de Chile de 1965 a 1971.

Fue uno de los grandes oradores del siglo, diputado por Santiago y Cautín y figura central en las campañas de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Eduardo Frei Montalya.

Este libro es un inestimable documento histórico que, cargado de anécdotas íntimas, atraviesa casi todo el siglo XX cultural de América Latina: desde las tertulias del Centenario, en que un joven Arturo Alessandri Palma era el secretario del Ateneo, pasando por el fértil ambiente literario de los años 30 y 40, las búsquedas de los años 50 y 60 como presidente de la SECH y contertulio de Octavio Paz en la India, hasta culminar en los sombríos años 70, cuando fallece el poeta.

ISBN 956-284-244-4

